

Jane Mackenna

*Lady
Marrian*



Ediciones

© Jane Mackenna, [2019]

1^{ra} Edición Digital.

Título de la Obra: Lady Marian.

Diseño de Portada: Leydy García.

Corrección y edición: Daniela Loreto

Maquetación: Leydy García

©EdicionesAL.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler préstamos públicos.

Dedicatoria

Para aquella que se llevó una parte de mi corazón con ella.

Agradecimientos

Nunca se me ha dado bien esto de los agradecimientos, porque siento que siempre me dejo a alguien en el tintero, pero allá vamos. Primero que nada, agradecer a mi buena amiga, compañera de letras, y hermana adoptiva Leydy Garcia, sin ella, sin su apoyo, ayuda y consejo no habría llegado hasta aquí. Fue la primera persona en creer en mí, en apoyarme en esta maravillosa, pero difícil aventura que es la escritura, la que día a día intenta enseñarme, puesto que me queda muchísimo por aprender, la que tiene que aguantar mis bloqueos, bajones y varias cosas más. Juntas emprendimos no solo el viaje a la auto publicación, si no a algo mucho más grande, que poco a poco va dando sus frutos.

Debo mencionar también, aunque hayamos tomado caminos separados y nos hayamos distanciado a Emisellys Sanchez pues también su apoyo en el pasado me ayudó a llegar hasta este momento, a pesar de que ya no estemos tan unidas, debo agradecerle mucho, y no sería justo no hacerlo.

A mi grupo de lectura Apasionadas Literarias por el apoyo, por la amistad que ha surgido, de un proyecto que comenzamos con mucha ilusión y que poco a poco y con esfuerzo va creciendo, gracias a mi familia de apasionadas. A mis lectoras cero, por su paciencia y apoyo incondicional, por sus consejos en momentos de bloqueo, porque sin ser realmente conscientes, son de una ayuda impresionante.

A mis fieles lectoras, las que comenzaron conmigo este viaje en wattpad y aún siguen allí, a las que me han ido descubriendo en el camino y me dieron un voto de confianza, y a las que están por llegar, espero nunca llegar a defraudarlas.

Y, por último, pero no menos importante, a los Mackencie, aquellos que llegaron a mi mente una noche cualquiera, y que aún no se han marchado, y creo que jamás lo harán, para mí son tan reales como yo misma, me han dado muchas alegrías y también muchos quebraderos de cabeza, pero los amo, espero que todo aquel que llegue a leer sobre este clan tan especial para mí, también les permita ocupar un pequeño lugar de su corazón.

¡Una vez más mil gracias!

Sinopsis

Marian Mackencie, desde que tiene uso de razón ha tenido sueños extraños y la sensación de no pertenecer a ningún sitio. Al morir Esmeralda y Marcus quienes creía sus padres, descubrirá al fin el secreto que le ha sido ocultado durante toda su vida, quedando así dividida entre su amor prohibido y su deseo por regresar a su verdadero hogar, del que fue arrancada sin piedad siendo un bebe.

Eric Darglinton, condenado por sus padres a casarse sin amor con una rica heredera, pero decidido no acceder a un matrimonio igual de infeliz que el de ellos, romperá todo vínculo con su tierra y emprenderá el más arriesgado de los viajes en busca de la mujer que verdaderamente ha amado toda su vida.

Él será el próximo Duque de Darlington y ella una simple criada.
Dos mundos distintos, dos corazones que no entienden de clases sociales.

Capítulo 1

(Lady Marian) Sur de Inglaterra, 1500

La última montaña de arena, es puesta sobre la tumba de Marcus; el hombre que me ha criado más no mi padre. Y, un cúmulo de recuerdos de mi infancia, comienzan a aparecer ante mis ojos...

—Te pareces tanto a él. —Me escupe en la cara, su mal aliento me da ganas de vomitar.

¿Por qué Esmeralda me odia tanto? ¿Por qué me prohíbe que la llame madre? Se lo he preguntado muchas veces a Marcus, pero nunca me responde. Solo tengo cinco años, pero veo como los demás niños disfrutaban con sus padres, ¿Por qué a mí no me quieren?

Vuelvo al presente con un gran nudo en mi garganta, me duele recordar mi infancia, con el paso de los años llegué a soportar los desprecios de las personas que creí eran mis padres, no fue hasta que cumplí ocho años que comencé a entender los extraños sueños, que con tanta nitidez puedo recordar.

Veo a una mujer muy hermosa y en sus ojos puedo apreciar una gran tristeza, está sola mirando al horizonte, su pelo negro y largo movido por el viento, es como si estuviera esperando la llegada de alguien muy importante para ella.

No me ve, lo sé porque aunque intento acercarme a ella, no puedo. Pero, sus ojos parecen iluminarse con una pequeña chispa de esperanza, cuando a lo lejos logra escuchar el galope de varios caballos y distinguir a varios jinetes. Entre los que resalta, uno que va montado sobre el lomo de un caballo negro con una gran mancha blanca entre sus ojos, quien se adelanta y, cuando llega hasta la mujer, desmonta sin detener del todo el galope de la bestia.

—*Has vuelto. —susurra la hermosa mujer con un amor profundo en sus palabras.*

—*Siempre —responde el hombre moreno, sus ojos son negros como la noche, me recuerdan mucho a los míos.*

—*¿Sebastien?... —La mujer parece asustada, ansiosa*

El hombre llamado Sebastien, niega con la cabeza y un profundo dolor se instala entre los dos, puedo sentirlo.

—*La encontraré, te juro amor mío que nuestra hija volverá a casa.*

Y con esa promesa, el hombre y la hermosa mujer se abrazan, puedo sentir el gran amor que los une además del intenso dolor por la pérdida de ese ser querido tan importante para ellos. Envidio a esa persona, el indescriptible sentimiento que sienten por ella hace que la busquen con desesperación, ojalá fuera yo esa hija.

Ojalá alguien me quisiera así algún día.

Esa fue la primera vez que soñé con mis verdaderos padres. Desde ese día, cada noche lograba escapar a través de mis sueños a esas hermosas tierras, y ver a las personas que me dieron la vida, podía huir de mi horrible realidad. Esmeralda siempre me ha odiado, pero Marcus; aunque, nunca me expresó amor o cariño, se portó distinto a ella. Fue un hombre amargado a causa de su aspecto; ciego de un ojo y terriblemente desfigurado, recuerdo con claridad las muchas veces que Esmeralda se burló de él por eso.

No sé qué es lo que siento con exactitud, su muerte no es algo que lamente, aunque, sí me produce una leve tristeza pues a pesar de que no fue el mejor hombre, me crío y protegió siempre que Esmeralda, embriagada por el vino, se ponía violenta conmigo.

Esmeralda...

Debo volver de prisa a casa, ella está enferma del mismo mal que atacó al que fue su esposo, mi deber es cuidarla hasta que el Señor decida llevársela. A pesar de mi conocimiento en hierbas curativas y brebajes, nada ha funcionado con ellos.

Miro por última vez el lugar donde reposará para siempre Marcus, despidiéndome de él, porque cuando Esmeralda también se marche de este mundo, al fin seré libre para seguir mi camino, para encontrar lo que durante años he soñado. Corro el corto camino que separa el cementerio de la aldea hasta nuestra pequeña choza, al abrir la puerta el hedor a muerte me golpea,

incluso temo que esté muerta ya, me acerco al camastro y puedo observar como la enfermedad ha consumido bastante a la mujer que tengo delante.

Su tez blanca y sudorosa, sus gemidos de dolor.

—*¿Esmeralda? —susurro sentándome a su lado, apenas respira.*

Entreabre los ojos y me mira.

—*Ya está hecho, ¿Cierto? —Su voz ronca por la fiebre ya no me sorprende —. Parece mentira, nunca lo amé y ahora incluso la muerte nos lleva juntos.*

Vuelve a cerrar los ojos, y por primera vez en toda mi vida veo como las lágrimas se filtran a través de sus parpados cerrados.

—*Al fin serás libre —susurra sin abrir los ojos, como si de ese modo pudiera controlar el llanto que baña su demacrado rostro —, Marian.*

—*¿Qué? —pregunto temiendo que esté delirando de nuevo.*

—*Tu verdadero nombre es Marian, ese fue el nombre que eligió tu madre al dar a luz, eres hija de Valentina y Sebastien Mackencie.*

No doy crédito a sus palabras, desde muy pequeña supe que no eran mis padres, pero Esmeralda siempre se burlaba de mí y mis sueños, siempre me llamó bruja y me amenazó con contárselo a todo el mundo. Ahora, entiendo todo, durante toda mi vida he soñado con tierras lejanas, salvajes y hermosas, y soñaba con una mujer preciosa pero que siempre tenía sus bellos ojos empañados por la tristeza, y el hombre que siempre la protege, muchas veces lo vi llorar.

Ellos son mis verdaderos padres. Siempre estuve convencida de eso, aunque ella lo negara. En mi corazón, cada vez que soñaba con ellos, me sentía a salvo, en casa.

—*¿Por qué lo hiciste? —pregunto sin comprender.*

—*Lo amaba más que a mí misma. Pero Sebastien había entregado su corazón a tu madre y nada de lo que yo hiciera cambiaría ese hecho, así que obtuve mi venganza a través de ti.*

—*¿Me robaste? —Aún no doy crédito a su confesión.*

—*Con la ayuda de Marcus secuestré a tu madre, yo ayudé a traerte al mundo, y cuando naciste dejé a tu madre desangrándose y nos marchamos llevándote con nosotros.*

—*Pero mi madre vive, ¡Yo la he visto! —Digo confundida—. Su pelo es negro como la noche, y sus ojos azules.*

—*Sobrevivió para pasar sus días soportando el dolor por haberte perdido, conseguí lo que quería, pero no he sido más feliz por ello, al contrario, el verte a ti cada día es como ver a Sebastien, y recordar que*

perdí algo que nunca llegué a poseer.

—He pasado los primeros dieciocho años de mi vida alejada de mi familia, de mi tierra. —Un profundo odio comienza a crecer dentro de mí, pero intento dominar el amargo sentimiento, pues Esmeralda está moribunda.

—Eres la nieta de Alexander y Brianna Mackencie, el Laird más temido de las Tierras Altas, tú perteneces a esas tierras, salvajes pero hermosas a la vez, ojalá pudiera verlas una vez más antes de morir, pero me temo que mi hora ha llegado.

—¿Por qué ahora? —Insisto con los dientes apretados, controlando las ganas que tengo de gritarle todo el dolor que siento, de herirla y destrozarla como ella hizo con mis padres.

—Nunca he creído en Dios, pero ahora que mi hora se acerca, quiero saldar mis cuentas —jadea en busca de aire, a cada segundo le cuesta más poder respirar—. Pedirte que me perdones es inútil, intentar reparar lo que hice hace tantos años es imposible, pero contándote la verdad te permito escapar de aquí. Ya no tienes por qué seguir trabajando para los duques, márchate a casa, vuelve a tu hogar y olvídate de Eric.

Palidezco al escuchar sus palabras, pues estaba segura de que había disimulado muy bien mis sentimientos por el próximo Duque de Darlington.

—Esmeralda...—intento desmentir sus palabras, pero no me lo permite.

—¿Qué crees, que no lo sabía? ¿Qué no me daría cuenta? —cuestiona muy seria— No cometas el mismo error que yo, no te aferres a un imposible. El jamás se casará contigo, no con una campesina con sangre gitana en sus venas.

—Pero acabas de decir que no soy una simple campesina, soy la nieta de un Laird.—respondo dolida por sus palabras, porque muy en el fondo sé que son ciertas.

—Cierto, pero nunca estarás a la altura de un duque inglés, hazme caso— En su voz escucho una súplica que no puedo pasar por alto —. Vuelve a donde perteneces.

—Lo haré. —Le digo para intentar calmarla.

—¡Júramelo! —Me exige cogiendo mi mano con las pocas fuerzas que le quedan.

Tardo varios minutos, no me gusta jurar en vano, no estoy segura si seré capaz de irme lejos de Eric, aunque, mi corazón ahora mismo está dividido entre el amor que siento por él y el que siento por mis padres, pues a pesar de

no conocerlos, me une a ellos algo muy poderoso.

Sus ojos medio cerrados, su mano fría sobre la mía, me hace reaccionar.

—Te lo juro Esmeralda— asiento para convencerla.

Ella suspira y cierra los ojos, por un momento creo que ya se ha marchado, pero me sorprende ver que vuelve a abrirlos y suplicar una última cosa.

—Dile a tu padre que me perdone por favor, —comienzo a llorar ante su petición y mirándome por última vez, sus últimas palabras son... — Sebastien.

Ha muerto con el nombre de mi padre entre sus labios, entre sollozos le cierro los ojos para siempre e intento odiarla, despreciarla, pero no puedo. Solo siento pena, pena por ella. Porque sé lo que es amar a un hombre que jamás corresponderá tus sentimientos, al que nunca podrás amar con libertad.

Aunque, no puedo perdonar lo que me hizo, lo que nos hizo a todos.

Y, ahora, que las dos personas que me criaron han muerto dejándome sola, después de vivir toda mi vida con ellos, no me siento huérfana, pues no lo soy, a miles de millas de distancia está mi familia, mis padres, mis abuelos, y espero que no sea tarde para volver con ellos. No será hoy, ni mañana, pero siento la necesidad de conocerlos, de que me estrechen entre sus brazos y tener la sensación de pertenecer a alguien.

Me limpio las lágrimas mientras llaman a la puerta, voy a abrir y me encuentro con los ojos azules de Eric, y unas ganas irrefrenables de abrazarlo me invaden, pero me contengo.

—En nombre de toda mi familia, vengo a dar el pésame a tu madre y a ti. —Su voz ronca y amable me hacen llorar de nuevo.

—Ella también acaba de morir—susurro, intentando tranquilizarme.

Veo como me mira con lástima y me sorprende al abrazarme, me tenso por un instante, pero me dejo hacer, porque sé que no volveré a estar entre sus brazos nunca más. Cierro los ojos dejando a mi imaginación volar, imaginando como sería mi vida junto a él, este dulce momento dura poco, se aparta y no soy capaz de mirarlo a los ojos.

—Tus padres fueron unos trabajadores ejemplares.— asiento porque eso es cierto, tenían muchas faltas, pero fueron leales a los duques—¿Qué vas a hacer ahora Elisa? —Por un momento me asombra que me llame así, pues ahora que sé que el nombre que eligió mi madre para mí fue Marian.

—No lo sé —susurro sin fuerzas, no tengo ganas de pensar, debo ocuparme de la mujer que me crío—. Debo enterrar a Esmeralda.

—Mis hombres se encargarán, debes descansar, no hace falta que vengas

a trabajar hasta el sábado, ese día necesitamos a todas las trabajadoras disponibles, tenemos una cena muy importante.

—Gracias mi señor, allí estaré —intento sonreír más no lo consigo, cuando Eric se marcha vuelco a respirar con tranquilidad y me dejó caer en la silla más cercana.

Los golpes en la puerta me sobresaltan, abro y me encuentro a varios hombres que viene por el cuerpo de Esmeralda, les pido esperen un poco, quiero arreglarla y lo hago con rapidez. Ya en el cementerio, vuelvo a mirar su cuerpo inerte y me parece mentira que esta mañana estuviera en este mismo lugar enterrando a Marcus y, ahora, ella descansa a su lado.

Tengo dos días por delante para descansar y arreglar la pequeña choza donde me he criado. Hice una promesa y estoy dispuesta a cumplirla, pero no sé cuándo.

Los días han pasado raudos, he intentado mantener la mente ocupada, por suerte el arduo trabajo en la mansión, me deja poco tiempo para compadecerme. Hoy es el día del gran baile, aún no sabemos el porqué de tanto alboroto, han llegado personas desde todas las partes de Inglaterra, Duques, Condes, Marqueses, Barones. Todo está limpio y reluciente, la abundante comida preparada para ser servida, todas las sirvientas ataviadas con nuestros mejores uniformes, y lo que aún no logro comprender es por qué siento unos nervios espantosos, como si algo malo fuera a ocurrir, llevo varias noches soñando algo muy extraño.

En mi sueño Eric está en un camino frente a mí, su mirada me trasmite pena e indecisión y, cuando empiezo a acercarme a él, algo me lo impide, mejor dicho, alguien. Una mujer menuda y voluptuosa, con el cabello rubio, muy hermosa, toda una dama. Ella es la que me impide llegar hasta Eric, no he querido darle mucha importancia porque han sido días duros para mí, pero cada vez estoy más y más nerviosa, tanto que me tiemblan las manos.

Cuando la fiesta da inicio, todas nos ponemos a trabajar, incluso me olvido de mis tontos temores, las horas pasan, todos comen y disfrutan de la velada. El baile comienza a media noche, puedo ver a las jóvenes damas ataviadas de sus mejores galas, todas hermosas y elegantes, a los caballeros apuestos y galantes.

Justo es ese momento aprovecho para tomar un descanso y salgo al jardín, incluso aquí hay gente, camino con rapidez y me alejo, adentrándome en el

pequeño laberinto que tienen los Darlington, creo estar sola hasta que escucho pisadas apresuradas detrás de mí, estoy lista para gritar cuando observo a Eric aparecer frente a mí, más apuesto que nunca con su traje negro.

—*Creía que no podría darte alcance, Elisa— respira agitado, como si hubiera corrido Kilómetros.*

—*¿Desea algo mi señor? —pregunto aún sin comprender por qué Eric me ha seguido.*

—*Necesito hacer algo antes de que sea demasiado tarde —susurra antes de cogerme entre sus fuertes brazos y posar sus gruesos labios sobre los míos.*

Abro los ojos de par en par porque no puedo creer que Eric, el hombre que amo me esté besando. ¡Mi primer beso! Siempre soñé que sería así, lo he deseado desde hace casi tres años, cuando fui lo suficiente madura para comprender por qué me sonrojaba cada vez que mi señor me sonreía, para entender por qué deseaba ser besada por él, y aunque sé que mi amor por Eric está condenado, no puedo impedirme disfrutar de sus caricias y de corresponder con todo mi amor al beso.

Nunca antes he sido besada, no sé si estoy haciéndolo bien, pero me dejo llevar por las hermosas sensaciones que el hombre que amo despierta en mí. No sé siquiera cuánto tiempo pasa antes de que nos separamos, no soy capaz de mirarlo a los ojos, me avergüenza que piense que soy una libertina, una mujer sin respeto y moral.

—*Perdóname —susurra, me besa una vez más y se marcha dejándome sola en el oscuro laberinto.*

Las preguntas sin respuesta me rondan la cabeza una y otra vez, ¿por qué lo ha hecho?

El descanso termina y aún aturdida debo volver a la mansión, todos los invitados están reunidos en el gran salón de baile, así que entró por la puerta de la servidumbre para no ser vista con el aspecto desaliñado y temblorosa, no quiero que nadie empiece a preguntarme. Apenas me ven, las criadas cuchichean en un rincón de la cocina y cuando me miran con lastima no entiendo nada.

—*¿Qué ocurre? —pregunto.*

Ninguna se atreve a responder, solo Sofia; mi mejor amiga desde que puedo recordar, una gitana como yo, tal vez por eso nos hicimos confidencias desde muy pequeñas, confió en ella.

—*Los duques van a hacer un anuncio muy importante y... —Las voces en*

el salón la hacen callar y un horrible presentimiento me golpea.

Con sigilo, me asomo y veo a los padres de Eric junto a él, pero lo que hace que deje de respirar, es la hermosa joven que está a su lado sonriendo orgullosa. La he visto mil veces en mis sueños, es la mujer que impedía que pudiera acercarme a él.

Un sudor frío cruza mi espalda de inmediato, y del mismo modo, siento la presencia de Sofía materializarse a mi lado, como a la esperara que en cualquier momento pudiera derrumbarme en el suelo. Ella mejor que nadie sabe de mi amor por Eric, y siempre ha intentado hacerme entender que por mucho que lo ame, los cuentos de hadas no existen.

La voz grave del Duque de Darlington, me devuelve al presente...

—Queridos amigos, me complace anunciar el compromiso de mi hijo Eric con Lady Bárbara Stanton. —El anuncio hace que todos los presentes aplaudan con júbilo.

Pero, a mí se me ha partido el corazón en mil pedazos.

—Lo siento —susurra mi amiga, para que las demás no nos oigan—. Esto es lo que quería contarte.

—Canalla—intento contener las lágrimas—. Hace menos de media hora que me ha besado.

—¿Qué?! —pregunta Sofía en voz bastante alta. Mi mirada de enfado la hace guardar silencio enseguida, si alguien más escucha lo que le he confesado, mi corazón roto será el menor de nuestros problemas.

—Ya da igual, eso no importa —camino despacio saliendo de nuestro escondite y me dirijo hacia la cocina de nuevo—, Esmeralda tenía razón, es hora de que me marche de aquí, es hora de que vuelva a mi hogar.

—¿A Irlanda? —Sofía no puede creer que sea capaz de tomar tal decisión, lo que ella no sabe es que no soy irlandesa.

—A Eilean Donan, a Escocia. —Le cuento la verdad, ¿por qué ocultarla ya? —Ese es mi verdadero hogar.

—¿Vas a dejarme sola? —En su voz puedo detectar el miedo, el dolor. Ella al igual que yo está sola en el mundo, sus padres murieron cuando apenas era una niña.

—Puedes venir conmigo. —De repente, esa idea me da alegría, saber que no la perderé me proporciona algo de paz.

—Iré contigo, Elisa contesta sin dudar.

—Marian, mi verdadero nombre es, Marian Mackencie —digo orgullosa de mi estirpe, de la familia a la cual pertenezco y ansío conocer.

—Un bonito nombre —asiente mi amiga—. ¿No vas a llorar?

—¿Serviría de algo? —sonríó, intentando alejar el dolor que me atenaza el corazón, pero no creo que sea capaz—. Dentro de dos días al amanecer partiremos, necesitamos hacer arreglos, tendremos que viajar solas, necesitamos caballos.

—¿Y cómo lo haremos? —pregunta preocupada.

—Yo me encargo. —Lo tengo todo planeado, ahora más que nunca debo salir de aquí.

No quiero pasar mi vida, viendo al hombre que amo formando una familia, o peor aún, convertirme en su amante como afirmó Esmeralda que ocurriría. Ya me siento sucia por el beso que me ha dado, un beso que me dio a sabiendas de que iba a comprometerse con otra mujer, pero claro, ¡¿Quién soy yo?! Nadie, una simple gitana a la que puede utilizar a su antojo y voluntad, para satisfacerse y reírse de mí.

Lo que Eric Darlington, no sabe es que de Marian Mackencie no se ríe nadie.

Capítulo 2

(Lady Marian) Sur de Inglaterra, 1500

El amanecer me sorprende sin haber dormido nada, tengo los ojos hinchados por el llanto. Me siento traicionada, usada y menospreciada, es algo que no quiero volver a sentir nunca más, ya he decidido que me marcho de aquí, y hoy mismo hablaré con la duquesa y le dejaré claras mis intenciones y las de Sofía

Me levanto de mi catre y me visto, después me trenzo el cabello y me dirijo hacia la mansión, hace frío, pero no lo siento. Cuando llego a la cocina, Sofía ya está preparando el desayuno, una mirada suya es suficiente para comprender que tiene algo malo que decirme, y no sé si quiero escucharlo.

—*¿Qué ocurre? —le pregunto, mientras empiezo mi trabajo—. ¿Has cambiado de idea?*

Ella niega, pero no me mira, comienza a asustarme.

—*Los Stanton, se quedaron ayer a dormir—susurra.*

«*¿Así que eso es lo que temía decirme?*» pienso, ya consciente de que soy la encargada de servir el desayuno, lo que me pone en alerta en seguida, pues ver a Eric junto a su prometida es mucho más de lo que puedo soportar.

—*Yo serviré la mesa hoy —dice decidida, solo puedo sonreír en agradecimiento—. Solo un día Elisa, aguanta un día más.*

—*Marian —corrijo.*

Se marcha para llevar todo lo necesario para arreglar la mesa, decido salir a ayudarla ya que nadie estará levantado aún, así que no tendré que ver a ningún invitado. Con rapidez preparamos la mesa y me retiro del mismo modo, de vuelta en la cocina sigo preparando las cosas y adelantado otras para la comida.

Pasado unos minutos, Sofía me anuncia que ya todos están en la mesa y que va a comenzar a servir, yo le dejo todo preparado y le agradezco una vez más por salvarme de tener que soportar el dolor de ver a Eric junto a su futura mujer. Segundos después, mi amiga vuelve con cara de circunstancias y a nada de romper en llanto.

—*¿Qué ocurre, Sofía? —pregunto asustada.*

—*Lady Margaret, ha ordenado que seas tú quien sirva el desayuno como haces siempre.*

Asiento, intentando encontrar el valor para salir de allí y enfrentar lo que intentaba evitar a toda costa.

Lady Margaret Darlington, me ha odiado siempre, desprecia a la servidumbre en general, pero hacia mí siempre ha sentido un odio desmedido, nunca he entendido el porqué. Cojo la bandeja con él té, el café y los bollos y salgo con la cabeza en alto, no estoy dispuesta a que nadie sepa cuán destrozada estoy, mucho menos, Eric Darlington.

Como suponía su prometida está a su lado, enfrente sus futuros suegros, y los duques a la cabecera de la gran mesa, nadie alza la vista al verme entrar, solo Lady Margaret; cuya sonrisa ladina refleja lo mucho que está disfrutando de la situación.

Sirvo con manos temblorosas, temiendo derramar algo, gracias a Dios no es así y, en pocos minutos, logro regresar a la cocina. Allí Sofía, me espera nerviosa, paseándose de un lado a otro y, al verme, pregunta qué ha ocurrido, pero niego con la cabeza para hacerle saber que no deseo hablar, ni recordar nada de lo que he visto y sentido allí fuera.

El día pasa despacio, solo deseo que el tiempo pase para poder irme de aquí, llegar a mi hogar, al lugar donde pertenezco y poder curar mis heridas, tal vez encontrar algo de paz. Al caer la noche, me dirijo a mi choza, cansada y desanimada, he conseguido comprar un par de caballos con un collar de perlas que poseía Esmeralda, según me contó fue un regalo de un amante, y dado que no deseaba tenerlo en mi poder, no dude en darle un uso mejor. He comprado también, algo de comida y un par de dagas, pues viajaremos solas y no voy a arriesgarme a ir por completo desprotegidas.

Entro y prendo una de las velas que siempre dejo preparada para mi regreso, y lanzo un grito al ver sentado en una de las sillas al mismísimo, Eric Darlington.

—*No era mi intención asustarte —dice, mientras se levanta—. Esta mañana ni siquiera querías servir la mesa para no verme.*

—*¿Desea algo mi señor? —pregunto, intentando mantener la distancia—. ¿A qué debo el honor de su visita?*

—*¡Elisa, por favor! —En su voz detecto dolor—. No soporto que me mires así, no soy el canalla que crees. Mi compromiso estaba arreglado casi desde nuestro nacimiento, no es algo que haya buscado y, ciertamente, no lo deseo.*

—*No debe darme ninguna explicación mi señor, solo soy una simple*

criada.

—¿Crees que eres una simple criada para mí? ¿Qué no siento nada por ti después de lo que ocurrió anoche entre nosotros? —indaga con ansiedad, buscando mi mirada—. Crecimos jugando juntos, éramos amigos.

—Eso fue hace mucho tiempo mi señor, ambos crecimos y nos debemos a nuestras obligaciones, usted debe casarse para tener el heredero que sus padres ansían, y yo, simplemente, soy una criada.

—¡Déjate de estupideces, Elisa! —Me interrumpe, gritando—. ¡Puedes llamarme, Eric! ¡Maldita sea!

—No creo que sea correcto, mi señor —me niego de nuevo, él y yo nunca seremos iguales.

—¿Y besarme sí lo es? —lo pregunta con tanta seriedad que, incluso, me asusta.

—¡Pero fuiste tú quien me besó! —exclamo, incrédula.

—¡Por fin una emoción sincera! —sonríe, no puedo evitar imitarlo, pues sus hermosos ojos azules brillan con una chispa de felicidad que no tenía cuando he llegado.

—Eric... —susurro, viéndolo acercarse a mí, feliz porque por fin lo he llamado por su nombre—. Esto no está bien, no deberías estar aquí.

—Deseo estar aquí, en cualquier parte donde tú estés, ahí es donde quiero estar. —Sus grandes manos cogen mi rostro y nos miramos a los ojos, estoy segura que él puede ver en los míos el amor que siento por él, y mis pensamientos se disipan, cuando vuelvo a sentir sus labios sobre los míos. Los temblores en mis piernas, los nervios, los escalofríos, todo se intensifica.

No sé en qué momento hemos llegado hasta mi cama, pero allí estamos, lo siento sobre mí, besándome, acariciando mi cuerpo como nadie lo ha hecho jamás. Y con algo de sorpresa, me descubro correspondiéndole con audacia y sin ningún tipo de pudor, ya tendré tiempo más adelante para arrepentirme, por ahora, y si esta es la última vez que voy a verle, deseo entregarme a él y atesorar en mi mente este recuerdo hasta el final de mis días.

—¿Deseas que pare, Elisa? —pregunta, jadeando mientras acaricia mis piernas por debajo de mi falda.

No respondo, solo me abrazo con más fuerza a su cuerpo, él parece entender mi mudo deseo y con mucho cuidado comienza a desnudarme, mientras sus besos y caricias no cesan, impidiéndome pensar y arrepentirme.

En pocos minutos, estoy desnuda bajo su espléndido cuerpo, me mira

hambriento y, sin dejar de mirarme, acaricia mis pechos haciéndome gemir por el placer tan intenso que una su sola caricia me provoca, mientras a su vez, busca en mis ojos alguna reacción de rechazo. Y, al no encontrar en estos más que deseo, comienza a quitarse la camisa y los pantalones, permitiéndome ver por primera vez un hombre desnudo y excitado, no siento temor a pesar de ser virgen, sé que sentiré dolor, pero es algo que deseo entregar al hombre que amaré toda mi vida.

Vuelve a tumbarse sobre mí, susurrando mi nombre una y otra vez, besando mi cuello, mis pechos, y cuando roza mi centro, me estremezco ante su ardiente caricia y siento que me despedazo en un millón de partículas. Estoy sudorosa, temblando de deseo y anticipación, hasta que, al fin Eric se apiada de mí y me hace suya muy despacio y sin prisa. Es tan cuidadoso, tan cariñoso conmigo que, soy capaz de imaginar que él me ama tanto como yo a él, y que esta noche se repetirá una y mil veces más.

El dolor que siento, es efímero comparado con el placer y el amor que me embarga. Y, cuando por fin siento a Eric dentro de mí por completo, me permito abrir los ojos y lo miro presa de mil emociones. Está más hermoso que nunca, con su cabello rubio bastante sudoroso, sus ojos azules ahora casi negros por el deseo, sus fuertes brazos sosteniendo su peso para no aplastarme, su mandíbula apretada a causa de la contención de su propio goce, no quiere hacerme más daño del necesario, todo un caballero inglés, mi caballero de brillante armadura, aunque solo sea en mis sueños.

Cuando soy yo quien le acaricia su fuerte espalda, es él quien se estremece y cierra los ojos, para después moverse despacio entre mis piernas, no siento dolor, me siento plena, llena de él y no quiero que este momento acabe jamás. De pronto, todo se vuelve más brusco y rápido a medida que el placer guía nuestros cuerpos y, sin poder controlarme más, grito el nombre de Eric y sus labios el mío, mientras ambos llegamos a la cima de un placer nunca antes experimentado y él me abraza como si nunca me quisiera soltar.

No sé en qué momento me dejo vencer por el cansancio, pero al despuntar el alba y mirar a mi lado, Eric ya no está. Un sigiloso escalofrío me invade, pero decido no lamentarme por lo ocurrido, hay mucho que hacer antes de partir, ya tendré tiempo para arrepentimientos. Por lo que, a prisas me visto sin permitirme procesar el tibio dolor que palpita en mi centro, estoy algo dolorida, no sé cómo podré cabalgar, aunque este no me impedirá irme lejos de aquí, pues mi corazón siente un dolor mucho mayor y no es capaz de soportarlo.

Mis pocas pertenencias ya están metidas en un saco, los caballos preparados, solo me falta ir a la mansión por Sofía; ella duerme en la parte de los criados desde que murieron sus padres hace ya muchos años. El día está nublado, la niebla casi no me deja ver, pero voy directo al cementerio donde descansan Esmeralda y Marcus, necesito despedirme de ellos, aunque no lo merezcan.

—Me marchó de aquí como te prometí Esmeralda, regresó al hogar del que nunca debí ser arrancada, aunque no es fácil os he perdonado, a ambos —intento contener los sollozos para seguir hablando—. He venido a despedirme de vosotros pues no volveré jamás, pero le diré a Tito que os traiga flores, espero que estéis donde estéis hayáis encontrado la paz que no supisteis encontrar en vida, Adiós.

Dejo las flores que he traído para ellos, y me marchó sin mirar atrás, es la primera de muchas despedidas que tendré que enfrentar antes de partir, y no es la más dolorosa.

Cuando llego a la mansión, Sofía ya está esperándome en el portón, parece nerviosa incluso asustada.

—Creí que nunca ibas a llegar Marian —me riñe, dirigiéndose hacia su caballo y atando su saco a la silla.

Sin perder tiempo, yo también hago lo mismo, miro por última vez todo lo que me rodea, aquí he crecido, no conozco nada más allá de estas tierras y, ahora, me aventuro a irme solo en compañía de mi amada amiga hasta Escocia. Mis pensamientos son interrumpidos por un niño corriendo hacia nosotras, es Tito, otro huérfano que trabaja como ayudante en las cuadras.

—¡Elisa! —grita, yo le mando callar enseguida, no quiero que nadie nos vea marchar—. ¿Te vas sin despedirte?

Veó que está a punto de llorar y lo abrazó, no quería despedirme de él porque sabía que esto ocurriría, me pondría a llorar como una niña.

—Volveremos a vernos, Tito—le miento para que deje de llorar—. Debes prometerme que le pondrás flores a Marcus y Esmeralda, ¿de acuerdo?

Él asiente, sorbiéndose las lágrimas y me abraza con fuerza.

—¿Dónde vais a ir? —susurra en mi oído.

—Vuelvo a mi hogar, a Eilean Donan, está en Escocia, ¿te cuento un secreto?

Vuelve a asentir ya más animado, le encantan los secretos, y sonrió sin poderlo evitar.

—Mi verdadero nombre es Marian Mackencie, y soy nieta del Laird más

poderoso de las Tierras Altas, así que vuelvo con mi verdadera familia.

—Es muy bonito tu nombre, como tú. —Me besa en la mejilla y se aparta de mí, reuniendo el valor como si fuera ya un hombre—.Prometo cuidar las tumbas de Esmeralda y Marcus hasta que vuelvas.

Sonríó y le beso por última vez, no tengo valor para decirle que no voy a volver. Después, me dirijo hacia mi caballo, pero el ruido de la puerta abriéndose nos sorprende a los tres, y más al ver de quién se trata.

Lady Margaret Darlington, está frente a nosotras.

—¿Así que te marchas? —sonríe, mirando los caballos ya preparados—, mejor, así le ahorras la vergüenza a mi futura nuera de ver aquí a la amante de su marido.

—No soy la amante de su hijo—contesto con rapidez, sus palabras son como sal sobre una herida.

—¿No? —pregunta, cínica—. Anoche fue a tu choza y volvió casi el amanecer, eso te convierte en su ramera—, afirma con cara de asco.

A mi lado, Sofía contiene el aliento al escucharla, me siento tan humillada que no soy capaz de contestar, momento que aprovecha la duquesa para asestar el último golpe.

—Eres tan zorra como tu madre, ¿no sabías que fue amante de mi marido muchos años? —la miro sin poder dar crédito a lo que dice—. La odiaba a ella y te odio a ti.

—Vámonos, Elisa—suplica mi amiga.

—Hazle caso a tu amiga, ¡Lárgate de aquí! —ordena—. Mi hijo ya ha obtenido de ti lo que deseaba, ahora, se casará con la mujer que realmente ama, y esa no eres tú, ¡Escoria!

Dicho eso, cierra la puerta de golpe, dejándonos fuera.

Estoy llorando, me siento tan menospreciada, mancillada.

—¡Vamos! —insiste de nuevo Sofía.

Como puedo, subo a mi caballo y emprendemos la marcha, dejándola a ella marcar el camino, pues me siente desecha y mis lágrimas nublan mi vista. Ninguna de las dos habla, no sé durante cuánto tiempo cabalgamos, pero cuando el sol calienta con fuerza sobre nuestras cabezas, le digo.

—Debemos parar a comer algo, cerca de aquí hay un arroyo y allí pueden beber los caballos. —Sofía nos guía y en poco tiempo llegamos a nuestro destino.

—¿Dónde estamos? —pregunto, con la voz ronca por el llanto.

—Fuera de las Tierras de los Darlington—responde, sacando algo de pan

y queso para comer.

Los caballos están bebiendo en la orilla del arroyo, todo parece normal, todo parece estar en su sitio, menos yo.

—*¿No vas a preguntarme nada? —le digo mirándola, esperando ver en sus ojos el reproche.*

—*No, si te has entregado a Lord Darlington sé que ha sido por amor, mi opinión y afecto por ti no han cambiado ni lo harán.*

—*Gracias Sofía, muchas gracias, no sería capaz de hacer este viaje sin ti.*

—*Si serías capaz, no vuelvas a agachar la cabeza ante nadie —me ordena—. ¡Recuerda quién eres en realidad! Eres Lady Marian Mackencie.*

—*Sí—susurro—. Soy Lady Marian Mackencie, y nunca más permitiré que nadie me hable como lo ha hecho esa maldita vieja.*

Sofía asiente y sonrío feliz, y yo la imito, parece mentira que hace unos minutos me sentía derrotada y con unas simples palabras de ella, me siento más fuerte y poderosa que nunca. Siento como si hoy fuera el primer día de nuestra nueva vida, y pronto podré abrazar a mis padres, a mis abuelos, nadie volverá a despreciarme.

Hoy comenzamos a vivir...

Capítulo 3

(Lady Marian) Frontera con las Tierras Bajas de Escocia.

Llevamos varios días de viaje, no ha llovido ni hecho mucho frío, y eso es una gran ventaja, la gente es muy hospitalaria y ninguna de las dos noches hemos tenido que dormir a la intemperie. Los campesinos, son mucho más agradables que la gente rica, gracias a ellos pudimos dormir un par de noches en posadas tan pronto cruzamos la frontera, y según nos explicó un granjero hace unas horas, no faltaban muchas millas para llegar a la frontera con las Tierras Bajas de Escocia, una vez crucemos, atrás dejaremos a Inglaterra para siempre.

Aunque, cuando traspasemos los límites aún nos quedarán al menos tres o cuatro días de viaje para llegar a las Tierras Altas, y un día o dos más para llegar a Eilean Donan. Por lo que, decidimos no parar en ningún otro lugar hasta cruzar la frontera, Sofía teme que nos busquen y nos obliguen a volver, le he repetido mil veces que no van a perseguir a un par de criadas, no somos nada para ellos.

Casi al anochecer, atravesamos por fin el tan ansiado límite y optamos por quedarnos a dormir a la intemperie para conservar el poco dinero que nos queda, pues ya estamos en un país extraño y no sabemos a qué tendremos que enfrentarnos, además en caso de que mi familia no nos dé asilo lo necesitaremos para sobrevivir hasta encontrar algún trabajo.

«¡Al fin libres!» pienso, cuando soy consciente de que estamos ya en otro país, en mi verdadera patria, y puede que parezca una tontería, pero lo siento en mi corazón, siento que pertenezco a esta hermosa tierra y presiento que estamos muy cerca de nuestro destino, más cerca de conocer a mi verdadera familia.

¿Qué pensarán de mí? ¿Cómo reaccionarán al verme? Lo que más deseo es gustarles, que me amen, nunca he recibido amor. Marcus no era muy expresivo; y Esmeralda, me odiaba, así que mi infancia no ha sido la mejor, a pesar de que desde que conocí Sofía; quien es menor un par de años, ha sido como la hermana que nunca tuve, por eso siempre la he protegido y no dudé en traerla conmigo. No concibo mi vida sin ella a mi lado, y sé que el sentimiento es

mutuo.

—¿Te arrepientes? —pregunta, sacándome de mis pensamientos—. ¿Lamentas haberte entregado a Darlington?

Tardo en responder, porque no es una respuesta que pueda darse a la ligera, pero tras verla unos segundos peinar su cabello, le contesto.

—No. —Mi confesión le sorprende, lo sé—. Deseaba entregar mi virtud al hombre que amara, y lo he hecho. No importa cuáles fueron sus intenciones, para mí solo cuentan las mías.

—Entiendo..., nunca he estado enamorada, no he sentido el deseo de entregarme a ningún hombre —dice con pesar.

—Quiera Dios que jamás ames a quien no pueda corresponderte —le deseo de todo corazón, pues sé muy bien el dolor que produce el desamor.

Termino de secar mi cuerpo y me visto junto al fuego, como no tengo paciencia para domar mi cabello rizado, es Sofía; quien me lo cepilla una y otra vez hasta que está casi seco y luego me teje una trenza.

—Debemos dormir, mañana será un día largo. —Asintiendo, ambas nos metemos en la pequeña cama que hemos improvisado, nos abrazamos para sentir el calor de la otra.

Y así como tantas noches antes de hoy, nos dormimos.

Sé que estoy soñando porque nunca he estado en este lugar. Me encuentro en una pequeña aldea, las mujeres compran comida, los hombres montan a caballo, pero lo que llama mi atención, es el muchacho que nos mira sin disimulo, parece cautivado por Sofía, y no puedo evitar sonreír cuando me doy cuenta que ella también parece encontrar atractivo al chico.

Y sí que lo es, su pelo negro y ojos azules lo hacen ver además de apuesto bastante gallardo, es alto y fuerte, pero no parece ser mucho mayor que yo. Cuando empieza a caminar hacia nosotras, escucho como mi amiga jadea impresionada, le pido que intente disimular un poco, no quiero llamar la atención más de lo necesario.

—Buenas días señoritas, ¿están de paso? ¿Viajan solas? —Es educado, a pesar de parecer un guerrero.

—Buenos días, viajamos acompañadas de un amigo, gracias por la preocupación —intento no dar mucha información, pues no puedo confiar en nadie, después de todo somos forasteras.

—Me alegra saber que no viajan desprotegidas, ¿podría saber el nombre

de tan lindas damas? —Sólo mira a Sofía, así que queda confirmado que ha quedado prendado de ella.

—Ella se llama Sofía, yo me llamo Elisa. —No le digo mi verdadero nombre.

—Encantado, mi nombre es Evan Mackencie, nieto del Laird. —Al escucharlo mi corazón da un vuelco, ¿acaso estoy frente a mi hermano, o frente a un primo?

—¿Sois hijo de Sebastien Mackencie? —No puedo evitar preguntar, lo que provoca que él me mire con recelo y Sofía me dé un fuerte pisotón para advertirme del error que he cometido.

—¿Conoces a mi padre? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Mi padre conocía al tuyo —y no miento. Él no parece muy convencido, pero inclina la cabeza en señal de despedida y se marcha con rapidez.

—Era tu hermano —susurra conmovida, Sofía—. ¡Dios santo! creo que me he enamorado.

Despierto sobresaltada, acabo de soñar con el hermano que no sabía que tenía y, no solo eso, ahora sé que mi mejor amiga; la muchacha que he considerado más que una hermana, puede que acabe casándose con Evan Mackencie.

Mi hermano...

No puedo volver a dormir, el alba empieza a vislumbrarse y decido levantarme a preparar todo para partir, cuando está todo listo, no me queda más remedio que despertar a Sofía; sé que está agotada al igual que yo, pero deseo llegar a mi destino lo antes posible, según el posadero podemos llegar a Eilean Donan en tres días si nos damos prisa. Aunque, el sueño que acabo de tener hace poco, me ha hecho reflexionar, no puedo presentarme ante mi familia, así como así afirmando que soy la hija que les fue arrebatada hace dieciocho años y esperar que me crean.

Mi deseo de conocerlos se ve empañado por el miedo que empiezo a sentir, ¿y si no me reconocen como su hija? ¿Y si no se fían de mi palabra? Si es así no sé qué haremos Sofía y yo, podríamos buscar cualquier trabajo, no le temo al esfuerzo, desde muy pequeña tuve que ayudar en casa sirviendo en el hogar de los Darlington.

Eric...

Intento no pensar en él, no recordar la noche que he pasado entre sus brazos,

ni las hirientes palabras de su malvada madre, no sé hasta qué punto estas son ciertas, pero sí sé lo doloroso y humillante que me resultó escucharlas.

Una vez tenemos todo listo, comemos algo rápido y emprendemos la marcha antes de que el sol esté en lo alto del cielo. En varias ocasiones, mi amiga me pregunta qué es lo que me preocupa, pues mi silencio le hace saber que algo ronda mi mente, no quiero preocuparle, pero un mal presentimiento me acompaña, me siento observada, como si un animal acechara en las sombras, dispuesto a devorarnos.

—Estás muy callada Marian.—Escucho la inquietud en su voz—. Algo te preocupa.

No pregunta, es una afirmación, y a ella no puedo mentirle.

—Tengo un mal presentimiento —intento no parecer tan asustada, pues no quiero aterrorizar a Sofía.

—¿Sobre qué o quién? —intenta mantener la calma, y en ningún momento pone en duda lo que digo.

—Es como si alguien nos estuviera siguiendo desde hace rato —lo digo en voz baja, mirando hacia todos lados, pero sigo sin ver nada.

Se lo que sea, sabe esconderse.

Varias millas después, decidimos parar, llevamos muchas horas de viaje, y aunque temo que eso pueda ser un grave error, es necesario, pues los caballos están cansados, además son bastante viejos y si no lo hacemos será peor.

—Debemos detenernos, los caballos no resistirán mucho más —ordeno y, al desmontar, buscamos la sombra de un árbol—. Debemos estar atentas, ten la daga preparada.

Nos sentamos y contemplamos el paisaje que tenemos frente a nosotras: grandes montañas, verdes y frondosa, el sol nos da su calor, pero juraría que en esta tierra hace aún más frío que en Inglaterra. No vemos chozas ni personas, lo que me pone aún más intranquila, no sé dónde nos encontramos exactamente, de acuerdo a lo que nos contó el posadero deberíamos estar ya muy cerca de la frontera donde comienzan las tierras del Laird Mackencie.

Escuchar a este hablar con tanto respeto de mi abuelo, me produjo un sentimiento de orgullo inmenso, no lo conozco, pero lo imagino fuerte, serio, un guerrero en toda regla. Sé que mi abuela es inglesa, eso también lo recalco nuestro informante, pero eso no hizo a la hermosa y valiente Lady Brianna merecedora de malas palabras, al contrario, según nos contó el buen hombre, ella ha sido una digna señora para el Laird Alexander Mackencie.

Por último, nos contó la trágica desaparición de su nieta hace dieciocho

años, nos habló de ese hecho tan horrible sin saber que frente a él estaba la mismísima Marian Mackencie.

—Hay tanta calma...—susurra Sofía, haciendo volver a la realidad.

—Es la calma que precede a la tempestad —aseguro.

Y, como si tuviera el poder de conjurar el peligro, vemos aparecer de entre los árboles a cuatro hombres, no llevan caballos, por su aspecto deduzco que son gitanos como nosotras, nos miran con lujuria, nadie habla, parece que todo se ha detenido.

El más grande, que parece ser el líder, es el primero en hablar.

—¿Qué hacen dos gitanas vestidas como gadjo? —Puedo darme cuenta que ha bebido en exceso.

Sofía intenta hablar, pero en seguida la detengo, no tenemos por qué darle ningún tipo de explicación, es cierto que no vestimos como gitanas, pero si le decimos que jamás hemos vivido entre nuestra gente, son capaces de cualquier cosa.

—¿Acaso sois mudas o sordas? —pregunta, con el ceño fruncido.

—Ni una cosa ni la otra, mi señor —respondo, intentando calmarlo, tal vez si somos educadas se marchen y nos dejen en paz.

—¿Mi señor? —repite con ironía, todos rompen a reír—. Definitivamente, no sois gitanas, aunque lo parecéis.

—Sí lo somos —se apresura a afirmar Sofía. Es obvio que ella piensa lo mismo que yo, si estos hombres descubren que somos más gadjo que gitanas, no nos van a respetar.

—¿De qué clan? —inquiere el que parece más joven, y por el parecido con el líder casi podría asegurar que son parientes.

Nuestro silencio nos condena. Ellos en cambio, se miran entre sí e intercambian miradas lascivas, al ver la clara oportunidad de hacer con nosotras lo que les plazca. Y antes de podamos reaccionar, veo como se nos acercan, y el más joven coge con rudeza a Sofía del cabello, obligándola a caer de rodillas. De inmediato, reacciono e intento ir en su ayuda, pero uno de los hombres que se ha mantenido en silencio, me lo impide.

Mi amiga está aterrada, llora desesperada, y el miserable que la sujeta parece disfrutar con su angustia, por lo que, intento deshacerme del agarre de mi captor, pero no lo consigo, y la sangre se me hiela en las venas cuando escucho el grito de Sofía tras ver como el infeliz le desgarró la parte de arriba del vestido. Por un momento, aparto la mirada, los sollozos y las súplicas de Sofía están partiéndome el alma.

—*¡Por amor a Dios! ¡Soltarla!* —grito—. *¡Es una niña! ¡Tomarme a mí en su lugar!*

El hombre, se detiene y me mira.

—*¿Te entregarías de buen agrado?* —*Parece no confiar.*

—*Sí, si la soltáis* —*afirmo. Sofía grita negando con la cabeza.*

—*Lo siento gadjo, me gustan más las mujeres que luchan, que suplican* —*responde, mientras lanza a Sofía en el suelo y comienza a manosearla.*

Me revuelvo como una fiera, grito improperios, juramentos que no son dignos de una dama, pero no sirve de nada, están a punto de violar a mi mejor amiga frente a mí y no voy a poder hacer nada.

De repente, aparece un hombre a caballo gritando algo que no logro comprender, por su aspecto deduzco que es un guerrero, luce fuerte y musculoso, su cabello es largo y castaño como su barba, y sus ojos claros casi negros por la furia.

Los gitanos, lo miran y se preparan para atacarlo.

Pero este es quien ataca primero, derribando con su espada al que está a punto de forzar a Sofía; quien viéndose liberada corre despavorida, aunque, después al ver que yo también estoy en apuros acude auxiliarme, mientras el hombre que me retiene se debate entre ir a ayudar a sus compinches o seguir reteniéndome. Momento que aprovecho para enterrarle mi daga en su brazo, y una vez me suelta, corro al encuentro de mi pobre amiga, que se arroja en mis brazos hecha un mar de nervios.

Ya a salvo, corremos hacia nuestros caballos dispuestas a resguardarnos, mientras nuestro salvador sigue luchando con nuestros agresores, puedo ver que el más joven junto a otro de los malhechores ya están muertos, sólo queda en pie el líder, que lucha enardecidamente contra el increíble y diestro desconocido.

Un agónico grito rompe de repente el ensordecedor ruido de la batalla, nuestro héroe ha sido herido, y nosotras también gritamos horrorizadas al ver como la espada de aquel canalla ha cortado la carne de la pierna y torso de nuestro salvador. E, instintivamente, protejo a Sofía tras de mí y empuño con más fuerza mi daga, pues está desnuda de cintura para arriba, y si el hombre muere, volveremos a estar a merced de ese canalla. Ya no habrá nadie que nos salve.

Pero vuelvo a respirar, cuando el gran hombre pelirrojo, con gran esfuerzo, logra acabar con la vida del asqueroso gitano, aunque él ha quedado herido de gravedad, casi no puedo mantenerse en pie, lo que me hace dar dos pasos en

su dirección dispuesta a ayudarlo, pero Sofía me detiene.

—*¡No vayas!* —susurra, temblorosa.

—*Tengo que ayudarlo Sofía, ha sido herido por salvarnos. —Le tiendo una pequeña manta para que se tape y me acerco al hombre con cautela.*

—*Mi señor... —Está arrodillado intentando recuperar el aliento, veo como la sangre mana de sus heridas.*

—*¿Estáis bien mis señoras?* —pregunta con dolor en la voz, y aunque está herido de gravedad, su primera preocupación somos nosotras.

—*Estamos bien, mi señor. Gracias a vos —respondo con gratitud—. Necesita que lo ayude, soy muy buena con las hierbas, le prometo que haré todo lo posible por salvarle.*

—*Debemos llegar a un buen lugar, aquí estamos demasiado expuestos —jadea.*

—*No voy a moverlo de aquí hasta que no lo cosa, no puede caminar.*

Le empujo con suavidad en el suelo, y aparto su camisa empapada de sangre. El corte es profundo, pero no tanto como creía, el de la pierna me preocupa más, casi puedo verle el hueso, y es la herida que con toda seguridad acabará infectada si no lo curo y coso, correctamente

—*Sofía —llamo a mi amiga, temiendo que no acuda a mi llamado.*

—*Elisa —susurra detrás de mí, se acerca llena de temor.*

—*Necesito que vayas al arroyo y me traigas agua, busca en una de mis bolsas y tráeme mis hierbas y todo lo necesario para coser —ordeno luego con seriedad, para que entienda que es urgente, que no tengo tiempo para lidiar con su desconfianza hacia el desconocido que nos ha salvado la vida.*

Cuando la escucho marcharse, comienzo a apartar la tela para poder trabajar. El hombre sisea, apenas un murmullo, pero lo escucho, sé que está sufriendo un dolor atroz.

—*Aquí tienes el agua, ve limpiando las heridas, ahora te traigo las hierbas.*

—*Va a doler, pero es necesario. —Un brusco asentimiento es lo único que recibo por respuesta.*

Sofía trae mis hierbas y, siguiendo mis instrucciones, prepara el empaste que necesito para colocar sobre las suturas. Cuando limpio toda la sangre y mugre para intentar evitar la infección, procedo a coser y, a pesar de que cada puntada debe doler como el demonio, el hombre no emite quejido alguno.

Al finalizar, aplico en las heridas el empaste que le calmará el dolor y con una de mis viejas enaguas hago unas vendas, es imprescindible que las heridas

estén secas y tapadas en todo momento, al menos hasta que empiecen a cicatrizar.

—*Mi señor, esto ya está. Dentro de un rato le daré un brebaje para ayudarlo a dormir.*

—*Nada de brebajes, muchacha. —Su voz suena cansada, ha perdido bastante sangre, no sé si será conveniente movernos de aquí—. No pienso quedarme dormido sabiendo que los amigos de esos malditos pueden regresar.*

—*Pero los ha matado a todos—exclama Sofía asustada, mirando a nuestro alrededor, esperando que aparezcan más bandidos dispuestos a matarnos.*

—*Suelen viajar más de cuatro, muchacha. Sospecho que he matado al líder, estarán sedientos de venganza, no pienso dejaros desprotegidas hasta que llegemos a tierra de los Mackencie.*

Al escuchar ese apellido, dejo de guardar mis hierbas.

¡Mackencie! ¿Acaso pertenece a mi familia?

—*¿Sois familia del Laird Mackencie? —pregunto, intentando no parecer ansiosa.*

—*No, mi señora, solo pertenezco a su clan, ¿acaso conocéis a mi Laird? —Parece que no le ha gustado mi pregunta.*

—*Nos dirigimos hacia allí, nuestros padres acaban de morir, y nos dijeron que tenemos allí un tío, pero no tenemos el honor de conocer a vuestro señor —miento, porque es lo único que puedo hacer.*

—*¿Sois hermanas entonces?, No parecéis escocesas —cuestiona, confuso.*

—*Somos medio gitanas, y nos hemos criado en Inglaterra, pero nuestro corazón pertenece a estas tierras. —Mi respuesta parece agradaarle.*

—*¿Puedo conocer vuestros nombres? —sigue sintiendo curiosidad, y es comprensible.*

—*Mi hermana se llama Sofía y mi nombre es Elisa.*

—*¿Está bien vuestra hermana? ¿Llegué a tiempo? —sisea entre dientes.*

—*Sí, solo magullada y muy asustada, lo que ocurre es que ese miserable le desgarró el vestido —le explico.*

—*Puedo dejarle una de mis camisas, sé que no es algo apropiado para una dama, pero...*

—*Se lo agradeceríamos mucho. —Saca algo de su saco y se acerca con pasos lentos hasta nosotras, siento a Sofía temblar e intento tranquilizarla —. ¿Podemos saber el nombre de nuestro salvador?*

—*Mi nombre es, Cameron del Clan Mackencie —responde, cerrando los ojos—. En mi montura, dentro de una de mis bolsas encontrareis varias camisas, coged una.*

Con un movimiento de cabeza le digo a Sofía que vaya a buscar la camisa y se cubra con esta, si somos atacadas de nuevo debemos estar preparadas. Cuando lo hace, vuelve a acercarse y Cameron la observa como si necesitara cerciorarse de que no tiene ni un rasguño.

—*Si deseáis me ofrezco a acompañaros hasta las tierras de los Mackencie, después de todo voy hacia allí, llevo varios años fuera, ya que mi Laird me envió a la frontera cuando mi esposa murió. —En su voz aún puedo reconocer el dolor por la pérdida.*

—*¡Lo siento mucho! —respondemos ambas a la vez.*

—*Era demasiado joven para morir. —Es su única repuesta, parece que no le gusta ver la lástima en los ojos de los demás—. Podéis confiar en mí, nadie os dañará estando a mi lado, y podéis estar seguras de que una vez lleguemos a las Tierras de los Mackencie nadie osará intentarlo.*

—*Aceptamos, muchas gracias por lo que ha hecho por nosotras, nunca lo olvidaremos. —Mi agradecimiento es sincero, pues sin la aparición de Cameron todo hubiera sido muy distinto.*

—*Muchas gracias, mi señor —Ahora, es Sofía quien agradece.*

—*¿Qué edad tenéis? —le pregunta, mirando fijamente sus ojos que aún reflejan el horror que ha sufrido.*

—*Dieciséis veranos, mi señor —responde Sofía—, Elisa tiene dieciocho.*

—*¡Dios Santo, la misma edad que Katlin cuando murió! —susurra, horrorizado—. Katlin era mi esposa, murió dando a luz.*

Ambas lo miramos con compasión. Él intenta levantarse en respuesta, lo ayudo, se acerca a su caballo y coge varias mantas.

—*Pasaremos la noche aquí, mañana seguiremos el viaje. —Se prepara para encender el fuego.*

—*¿Queda mucho para llegar a nuestro destino? —Ahora, pregunta Sofía, pues sabe que estoy deseando saber.*

—*Quedan al menos cuatro o cinco días de viaje para llegar a tierra de los Mackencie, una vez lleguemos allí podré respirar tranquilo.*

—*¿Por qué es tan importante llegar a esas tierras? ¿Por qué se sentirá más seguro? —pregunto.*

—*Porque me reconocerán por los colores de mi tartán, y nadie en su sano juicio atacaría a un Mackencie, mucho menos en sus tierras.*

—*Entiendo. Si mañana quiere emprender el viaje, debe hacerlo con calma o sus puntos podrían abrirse.*

—*No es la primera vez que me hieren muchacha, sobreviviré.*

Dicho eso, Sofía y yo nos miramos más tranquilas y compartimos con Cameron la última comida que nos queda, él en cambio, parece avergonzado de no poder cazar para proporcionarnos alimento, intento hacerle entender que no es necesario, pero no puedo convencerle y promete mañana traer carne para un buen guiso.

Cuando ya estamos acostadas, con un Cameron dispuesto a montar guardia toda la noche para mantenernos a salvo, no puedo evitar pensar, «Ya estamos cerca de mi hogar, y aun así, queda mucho camino por recorrer, mi vida en estos momentos es un caos, he dejado atrás la única patria que he conocido, a las personas que me criaron y al único hombre que he amado en mi vida».

Nada volverá a ser como antes, ni yo misma lo soy ya.

Elisa murió el mismo día que le entregué mi virtud a un hombre que solo me consideraba un juego, que solo buscó su placer sin importarle mis sentimientos y se burló de la mejor noche de mi vida. Pero, una cosa tengo clara, a Marian Mackencie jamás volverá a engañarla ningún hombre.

—*Parecéis triste, ¿acaso os duele dejar algo atrás? ¿Un hombre quizás?*

—*La pregunta me coge desprevenida, pues no sabía que me observaba.*

¿Cómo decirle que he dejado toda una vida atrás?

—*Nada de eso mi señor, solo es la conmoción por lo que pudo haber pasado hace unas horas, si no llega a ser por vos...*

—*Olvidarlo, vuestra hermana va a necesitar vuestra fuerza.*

—*Desde luego, intenté defenderla y no pude. —La voz me tiembla al recordar los gritos de Sofía.*

—*No os culpéis, fui testigo de cómo hicisteis lo posible.*

—*Pero no fue suficiente...*

No hablamos más, parece que entiende que necesito tiempo para dejar de culparme a mí misma. Segundos después, lo observo alejarse mientras me dejo vencer por el sueño, hoy ha sido un día horrible, y temo que lo que nos queda por superar sea igual de malo o peor.

Capítulo 4

(Marian Mackencie) Tierras Altas de Escocia, 1500.

A pesar de mi recomendación de no cabalgar hoy, Cameron ha decidido arriesgarse, dice que no es seguro permanecer aquí por más tiempo y, aunque suene egoísta, me alegro de partir, pues estas tierras me producen temor, no solo por lo que estuvo a punto de ocurrir ayer, sino porque parecen infectadas de maldad; mi don, me permite saber muchas cosas, buenas y malas, y me advierte que este lugar definitivamente no es bueno.

Cabalgamos con lentitud, pues le he advertido de lo doloroso y complicado que sería si los puntos en su cuerpo se abrieran y sus heridas se infectarían, eso solo significaría que todos estaremos en serios problemas. Además, sin parecer muy ansiosa, y mientras recorremos milla a milla la distancia que nos separa de Eilean Donan, intento sonsacarle cualquier tipo de información.

Y, a pesar de llevar muchos años lejos de su hogar, me describe con lujo de detalles que, la fortaleza está sobre la pequeña isla del mismo nombre, que se alza a un lado del lago Duich al noreste de Escocia, y que por su emplazamiento es una fortaleza prácticamente inexpugnable, y la población más cercana es Kyle of Lochalsh a unas sesenta millas de Inverness. También que comenzó a construirse por orden de Alejandro II de Escocia en 1220, sobre las ruinas de un antiguo fuerte usado por los Pictos como defensa ante las incursiones vikingas, y que fue además uno de los refugios de «Robert the Bruce» cuando huía de los ingleses. Pero lo que más me conmueve, es el orgullo que noto en su voz cuando menciona que esta imponente fortaleza ha pertenecido a los Mackencie durante siglos, a su clan, a su Laird

—¿Cómo es él? —no puedo evitar preguntar.

—Es un hombre fuerte, orgulloso y un Laird de honor, siempre preocupado por su gente, cuando era más joven según contaba mi madre, todos temían que fuera como su padre. Pero a pesar de que lo crío con mano de hierro no logró quebrar su alma, y solo hizo falta la llegada de Lady Brianna para guiarlo por el buen camino.

—Según cuentas, parece que se aman mucho. —Sonrío, intentando imaginar esa clase de amor.

—Desde luego, nadie que los vea dudaría de que los une un profundo amor, aunque no siempre fue así, Lady Brianna no tuvo un recibimiento agradable por parte de nadie, me avergüenza confesarlo, y el peor fue Alexander.

—¿A qué te refieres? —Mi curiosidad sobre mi familia, es mayor que mi miedo a ser descubierta.

—El matrimonio fue obligado por nuestros reyes, ellos ni siquiera se habían visto, Alexander odiaba el hecho de verse obligado a separarse de Isabella, su amante durante muchos años, ella hizo que él despreciara a su futura esposa inglesa— le miro horrorizada, ¿mi abuelo tenía una amante? —A su llegada esa pequeña jovencita recibió desprecios, malos tratos, incluso llegó a ser desterrada por un crimen que no había cometido.

Al acabar de relatar lo que intuyo fue solo una pequeña parte de lo que debió sufrir mi abuela, las lágrimas empañan mis ojos. Intento controlarme, pues Cameron me mira extrañado, tal vez acabe pensando que estoy loca.

—No hay porque llorar, muy pronto mi Laird se dio cuenta de que Isabella había mentado, la sacó de su vida, aunque claro, esa arpía no se dio por vencida tan fácilmente, secuestró a Alexander, lo torturó hasta que James y los hombres Mackencie, incluida su esposa, lo rescataron.

—Sin lugar a dudas esa mujer había perdido la razón, ¿qué ocurrió con ella? —habla por primera vez Sofía.

Cameron asiente como respuesta.

—Intentó asesinar a Lady Brianna, así que con las pocas fuerzas que aún conservaba, Alexander se interpuso entre ellas, matando a Isabella y resultando herido de gravedad por la amante a la cual adoró por años.

—¡Dios Santo! —exclamamos ambas, horrorizadas.

Luego se vuelve a hacer el silencio y, con esfuerzo, intento asimilar la historia de mis abuelos mientras además me pregunto, «¿cómo habrá sido la vida de mi madre en estas tierras?» Nunca imaginé que algo tan terrible pudiera haber ocurrido en mi familia y, con seguridad, mi desaparición habrá sido otro duro golpe con el que han tenido que vivir durante todos estos años.

—Parece ser que la vida de su Laird ha estado repleta de tragedias— susurro más para mí misma.

—No solo la de él; James, su hermano menor, enviudó muy joven y con el tiempo acabó casado con una de las hermanas de su cuñada; Lady Sarah, una mujer dulce y tranquila, nadie al verla pensaría de lo que es capaz, ni de la fortaleza que tiene.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Sofía, tan muerta de la curiosidad como

yo.

—Estuvo casada con Malcom MacFerson, se habla mucho de lo que tuvo que soportar en ese clan, pero lo que es seguro, es que fue violada.

El grito de Sofía, me hace dar un respingo y mirarla, puedo ver el horror en su semblante y sentir a mi corazón sangrar por mi pobre tía, esa que aún no conozco.

—Parece que la familia Mackencie está maldita—susurra asustada mi amiga, como buena gitana cree en las maldiciones, yo nunca lo he hecho.

—Sí, mucha gente lo ha comentado a lo largo de los años, las desgracias no cesaron con el paso de los años, la hija de mi Laird creció y se casó con Sebastien, un gitano a quien acogieron Sarah y James, la hermana pequeña del chico murió muy joven, y él antes de casarse con Lady Valentina también tuvo que recorrer un camino lleno de espinas.— Contengo el aliento, porque está hablando de mis padres—. Nunca encontraron a su primogénita, una antigua amante de él se la robó y de eso hace ya casi diecinueve años, nunca dejaron de buscarla, y el dolor por esa pérdida ha marcado a todos.

Sofía me mira y le pido silencio, por mucho que Cameron nos haya contado toda la historia de la familia, aún no confío lo suficiente en él como para revelar mi verdadera identidad.

Cae la noche y decidimos pasarla en un buen lugar, por suerte, Cameron conoce estos lares y según él aún faltan varios días para que crucemos la frontera y estemos a salvo en tierra de los Mackencie. En poco tiempo, una gran hoguera nos calienta y cenamos carne asada gracias a la caza de nuestro acompañante, puedo ver que mi amiga está demasiado cansada para poder mantenerse despierta, pero por algún motivo está luchando contra el sueño.

—Sofía ve a dormir, no tienes nada que temer, Cameron no va a dejar que nos ocurra nada malo—intento tranquilizarla, aunque en sus ojos puedo ver el temor y la desconfianza.

Pero segundos después, algo en mi mirada la tranquiliza lo suficiente como para acomodarse e intentar descansar, sé que lo vivido ha dejado una huella en su corazón difícil de borrar, pero tengo fe en mi pequeña amiga, es una chica fuerte, toda su vida ha debido luchar y enfrentarse a muchos momentos duros, y aunque este es el peor, no va ser el que la derrumbe.

Cuando solo quedamos despiertos Cameron y yo, decido volver a curar sus heridas. La de su pecho está en muy buen estado, pero no puedo decir lo mismo de su pierna, que está hinchada y rojiza, creo que comienza a infectarse, pero él se niega a que vuelva a abrir la herida, no quiere retrasar

más el viaje, y su terquedad puede conmigo, por lo que la limpio lo mejor que puedo mientras rezo para que mañana amanezca mucho mejor, de lo contrario, estaremos perdidos.

Poco después, a pesar de intentar mantenerme despierta, mis pesados ojos se cierran y me entrego a la inconsciencia, hasta que de pronto, los gritos de terror de Sofía me despiertan y, de inmediato, busco con la mirada a mi alrededor al posible atacante, pero solo veo a Cameron de pie y con espada en mano dispuesto a atacar a un adversario que no existe.

Corro hacia mi amiga y la zarando, intentando despertarla de la pesadilla que la hace gritar de un modo que me parte el corazón. Cuando al fin consigo que despierte, sus ojos se abren llenos de lágrimas, y su rostro está pálido y tembloroso, la angustia es palpable en ella, por lo que me abraza como si nada ni nadie fuera capaz de salvarla de lo que sea que estuvo soñando.

—Venían por mi Elisa, me estaban haciendo mucho daño. —Sollozos muy violentos la estremecen, intento tranquilizarme y poder tranquilizarla a ella también.

Cameron, es un mundo espectador, es como si supiera que solo nos necesitamos la una a la otra.

—Nadie viene a por ti, pequeña—le aseguro—. Nadie volverá a hacerte daño.

No dice nada más, pero sus sollozos y temblores persisten durante largo rato, hasta que el cansancio la vence y vuelve a caer rendida, yo también estoy agotada, no deseo moverme de su lado, por lo que, me acomodo junto a ella y dormimos juntas lo que queda de noche.

Son los rayos del Sol los que me despiertan al día siguiente; Sofía sigue dormida, y me levanto muy despacio para no despertarla, el olor a comida me indica que nuestro guardián ya ha preparado el desayuno, tenemos tanto que agradecer a este hombre, no sé cómo podré pagarle todo lo que ha hecho por nosotras en tan poco tiempo.

—¡Buenos días Cameron! No deberías haberte molestado en preparar el desayuno.

—No es molestia, mi lady. —Se le ve cansado, además de pálido y sudoroso, algo no está bien, pero ni una sola queja sale de sus labios.

—Sois un buen hombre, Cameron Mackencie—sonrío, agradecida.

—No siempre lo fui—susurra muy bajo, pero consigo escucharlo. No

pregunto, si él desea hablar, lo hará cuando esté preparado—. ¿La niña está bien? —pregunta luego, intentando cambiar de conversación.

—No es una niña. —digo, sabiendo que si Sofía lo escucha se sentirá ofendida.

—Para mí lo es—afirma con tranquilidad, y debo reconocer que tiene razón.

—Está dormida, no ha vuelto a tener pesadillas, es fuerte. Lo superará.

El hombre solo asiente y sigue afilando su espada, le pregunto si se encuentra bien, a lo que me responde que sí, pero por su aspecto sé que está mintiéndome, y cuando le ofrezco de nuevo mi ayuda para curar sus heridas se niega de tajo. Me está ocultando algo, a cada segundo estoy más convencida, pero al primer intento de discutir, me ordena que despierte a Sofía para poder partir cuanto antes.

No muy convencida, me acerco a ella despacio y la llamo en voz baja, no quiero sobresaltarla.

—¡Sofía, despierta! —Veo como hace una mueca de fastidio y luego abre los ojos con lentitud.

—¡Buenos días, Elisa! —dice, mirando tras de mí y, al darse cuenta que el desayuno que normalmente prepara ella está hecho, agrega —: No debería tomarse tantas molestias.

—Eso le dije, pero al parecer es un hombre que está acostumbrado a hacerlo todo solo Sofía—intento que entienda que Cameron lleva muchos años en soledad.

Asiente lanzándole a este una mirada lastimera, que a él no le sienta nada bien, es obvio que no le gusta ser objeto de ese sentimiento, pero no dice nada, por lo que Sofía se levanta seguido y, tras adecentarnos un poco, nos reunimos con nuestro guía y guardián, con el que comemos durante un buen rato en absoluto silencio.

En poco tiempo, tenemos todo recogido y estamos listos para partir, y así lo hacemos antes de que el Sol alcance su punto más alto, pues debemos aprovechar al máximo las horas de luz para adelantar todo lo posible de camino.

De pronto, Sofía me advierte.

—Elisa, algo le ocurre a Cameron, su comportamiento es extraño, es como si no pudiera mantenerse sobre el caballo.

Lo miro y compruebo que mi amiga tiene razón, está haciendo un esfuerzo sobre humano por mantenerse consciente.

—¡Cameron! —lo llamo alarmada, acercando mi montura a la suya, cuando me mira un jadeo escapa de mis labios, pues está sudando y en sus ojos se refleja el dolor, parece como si su mente estuviera en otro lugar—. Debemos detenernos, no estás bien.

—Estoy bien, falta poco para llegar a unas antiguas chozas abandonadas que utilizaban los antiguos clanes para la temporada de caza, allí podremos descansar. —Le cuesta hasta pronunciar las palabras.

Sofía y yo, nos miramos preocupadas, por su estado no creo que llegue a recorrer la poca distancia que asegura nos separa de nuestro próximo destino. ¿Cómo no me he dado cuenta antes de su mal estado? He estado tan nerviosa por el encuentro con mi familia, que me he olvidado de sus heridas, me siento como una total irresponsable egoísta. ¿Qué clase de curandera soy si no me preocupo por la gente que debo curar?

No sé con exactitud cuánto tiempo pasa, pero tras galopar varias millas, al fin puedo respirar con un poco de alivio, pues no muy lejos de donde nos encontramos puedo ver un conjunto de pequeñas chozas; unas en mal estado, y otras; mejor conservadas a pesar de que se nota que han sido abandonadas hace mucho tiempo.

—¡Ya las veo, Elisa! —exclama Sofía aliviada, mientras observo cómo Cameron se aferra a su increíble fortaleza.

Un hombre menos corpulento hubiera caído desmayado del caballo hace mucho tiempo, pero él hace uso de sus pocas fuerzas, se endereza en el caballo y sale a galope a pesar de mis gritos para que se detenga ¡Es una maldita locura! ¡Va a partirse el cuello! Por lo que ambas galopamos detrás de él y gritamos espantadas cuando al llegar a una de las chozas, observamos como el gran cuerpo de Cameron se desploma del caballo en plena marcha.

¡Lo sabía! Sabía que ocurriría algo así, cuando le he gritado que se detuviera ha sido porque he tenido una pequeña visión, le he visto caer, y a pesar de que es algo a lo que estoy acostumbrada, no poderlo evitar que un sentimiento de angustia me deje sin aliento.

Llegamos a su lado y corro hacia él, luego ordeno a Sofía que ate a los caballos... Cameron no está consciente, no sé si es por la caída o por la fiebre, solo con estar a su lado puedo notar el calor que desprende su cuerpo.

—¿Cómo vamos a moverlo? —pregunta Sofía, preocupada.

Buena pregunta...

Es un hombre grande, fuerte y alto, nosotras somos diminutas en comparación con él, pero necesitamos meterlo en una de las chozas.

—Mira cuál está en mejor estado, luego pensaremos cómo meterlo dentro— contesto —. Debo bajarle la fiebre y abrir la herida de su pierna, sospecho que la infección es la causante de su estado y si no logro curarlo a tiempo, puede perder la pierna.

Se marcha y en pocos minutos me informa que, la única choza que tiene el tejado y todo lo demás intacto, es una de las más cercanas a nosotros, por lo que enseguida doy gracias a Dios y nos ponemos manos a la obra. Varios minutos después, y sin entender del todo cómo es que conseguimos mover el cuerpo de Cameron, lo acostamos en un pequeño camastro, y sin perder más tiempo de que no tengo, le pido seguido a Sofía que busque leña para encender el fuego; y agua, vamos necesitarla. Si estas chozas fueron construidas aquí, será porque no muy lejos debe haber un lago o manantial que les proporcionaría agua a los hombres.

Mientras tanto, comienzo a examinar a Cameron y tal como suponía la herida en su pecho está perfecta, pero la de su pierna ha empeorado, no solo está roja e hinchada igual que ayer, también ha comenzado a supurar, está infectada.

Salgo corriendo hacia mi caballo y busco mi bolsa, donde guardo todo lo necesario para curar, saco lo que voy a utilizar y en ese justo momento Sofía llega con el agua. Lo primero que hago, es un brebaje para bajarle la fiebre, que no estoy muy segura de lograr hasta que la infección desaparezca. Luego, le pido ayuda a mi amiga para obligar entre las dos a Cameron a beber, lo que no resulta muy difícil, pues la fiebre hace que se encuentre sediento y, tras verlo quedarse más tranquilo después, decido salir con Sofía a buscar leña, necesito el fuego urgente, debo hervir agua para volver a curar la herida con profundidad.

En poco tiempo, el fuego arde con intensidad dentro de la pequeña choza, el agua hierve con ferocidad también, pero antes de abrir de nuevo la herida, caliento al rojo vivo mi pequeño cuchillo y procedo. Cameron suelta el primer alarido de dolor y se retuerce, de inmediato, insto a Sofía para que lo sujete con todas sus fuerzas, pues, aunque esto es muy doloroso, es necesario.

—Si estuviera consiente seguro no emitiría sonido alguno—susurra.

—Lo sé, no es menos hombre por sentir dolor—le digo, mientras continúo con mi tarea.

Durante horas me dedico a drenar la infección, Cameron ya no es capaz de moverse, pero creo que la fiebre y el dolor lo han dejado en un estado, en el que no es consciente de nada, mejor que sea así, por el momento.

Ambas estamos agotadas, es demasiado tiempo cuidando de nuestro protector, la fiebre está en su punto más alto, ha comenzado a delirar, y escucharlo nos está partiendo el corazón. Llama a su mujer, solloza el nombre de su hijo, y por un momento abre los ojos, dedicándome una mirada perdida, aún puedo escuchar su suplica...

—Déjame morir, deja que me reúna con ellos. —Lagrimas bañan sus mejillas enrojecidas por la fiebre.

Me parte el corazón que me pida una cosa así.

—No puedo hacer eso—respondo, ahogándome con mi propio llanto.

Me mira impotente y vuelve a cerrar sus ojos.

Cuando llega el alba, sin dormir nada, insisto a Sofía para que descanse, yo no voy a hacerlo hasta que no esté segura de que la fiebre no acabará con la vida de Cameron. No he querido preocuparla, pero no estoy segura de poder salvarle la pierna, si la fiebre no desaparece y la infección sigue avanzando, no tendré otra opción más que cortársela.

Nunca antes he tenido que hacer algo así, y me preocupa, si fallo, puede desangrarse hasta morir, y no soportaría tener una muerte sobre mi conciencia. Así que rezo a Dios para que me permita salvarlo, Cameron no se merece nada de esto, si está en este estado es por nuestra culpa y haré todo lo posible por sanarlo.

Capítulo 5

(Marian Mackencie) Tierras Altas de Escocia, 1500

No sé en qué momento el sueño me vence, sé que estoy dormida porque la mujer que tengo en frente no la he visto nunca en mi vida, a pesar de que es como estar viendo mi rostro reflejado en un espejo.

—Hola querida, al fin puedo llegar a ti. —Su sonrisa es dulce, y aunque es muy parecida a mí su apariencia se siénteme tan angelical que no tengo dudas de que estoy en presencia de un muerto.

—¿Quién eres? —pregunto con mucha curiosidad—. Siento que te conozco, pero no te había visto nunca.

—No podías verme pequeña, pero siempre estuve a tu lado. —responde, acercándose a mí.

—No entiendo—susurro más para mí misma—. Mi don me permite ver muchas cosas, ¿por qué a ti no?

—Por la maldad de la que estabas rodeada, no me permitía acercarme a ti —explica con mucha calma—. Soy tu tía, Marian.

—¿Marian? —Recuerdo que Esmeralda antes de morir, me contó el porqué de mi nombre, fue en honor a la hermana de mi padre, que murió muy joven.

—Sí pequeña, ambas compartimos nombre, apariencia y un don especial, el cual conlleva una pesada carga. Me hubiera gustado estar a tu lado para ayudarte.

—¿Tú tuviste a alguien para ayudarte? —Quiero preguntarle tantas cosas.

—A tu padre, él fue mi mayor apoyo, mi protector. —Sonríe con nostalgia, puedo asegurar que lo echa mucho de menos.

—*¡Mi padre!* —suspiro, la tristeza de no conocerlo, de no haber compartido mi infancia a su lado, me embarga—*¿Cómo es él?*—pregunto ansiosa por saber.

—Él fue el mejor hermano que la vida me pudo dar, soportó lo insoportable por salvarme, y aún el día de hoy sigue llorando mi muerte, a pesar de que sabe que donde estoy soy feliz y tengo paz.

—Debe ser difícil perder un hermano.

—Lo es, pero más difícil es vivir con la pérdida de una hija, no ha dejado de buscarte nunca, no ha pasado un solo día que no te haya pensado, tanto él como tu madre te aman inmensamente.—Me acaricia el rostro, tan parecido al suyo.

—Siempre me he sentido perdida, fuera de lugar, soñando con ellos, sin saber quiénes eran en realidad. —El dolor de ese hecho me desgarró, y sin esperármelo me abraza, es extraño que pueda abrazar a una persona que ya está muerta, pero al fin y al cabo solo es un sueño.

—Lo sé mi niña, pero eso no será así nunca más, es hora de despertar, no temas, volveremos a vernos. —Besa mi frente, debo contener el llanto—. Ahora que puedo acercarme a ti, no pienso desaparecer.

—¡Gracias, tía! Espero verte pronto, hubiera querido conocerte. —La congoja comienza a ahogarme.

—Pero me conoces pequeña, estoy dentro de ti. —Me besa por última vez y desaparece.

Despierto sobresaltada, de momento no sé dónde me encuentro, hasta que de golpe recuerdo a Cameron y me acerco a él a gran velocidad. Parece que la fiebre ha bajado, está tranquilo, miro su pierna, sigue roja e hinchada pero mejor que ayer. Suspiro aliviada, no tendré que amputar después de todo.

—¿Cómo está? —La pregunta de Sofía corta mis pensamientos, no me había dado cuenta que estaba despierta.

—Temía tener que amputar la pierna, gracias a Dios no será así. —La miro aliviada—. La fiebre ha bajado un poco, se recuperará, es un hombre fuerte.

—Esto retrasará nuestro viaje. —comenta, mientras se levanta y comienza a preparar algo de desayunar, casi no nos queda comida.

—No importa, he esperado dieciocho años de mi vida, puedo esperar unos días más, lo importante es que Cameron se recupere. —Me levanto del camastro y lo dejo descansar—. Esto no hubiera pasado, si hubiera guardado reposo.

Me siento culpable, pues tal vez debí ser más firme en mis recomendaciones.

—Sé lo que estás pensando, y no eres culpable de nada —me dice Sofía, me conoce tan bien—. Es un hombre adulto, que toma sus propias decisiones.

—Aun así, debí insistir más. —No puedo evitar sentir lo que siento.

—¡Basta, Marian! —exclama, con exasperación—. Deja de intentar salvar a todo el mundo, deja de llevar la carga del mundo tú sola.

—No me llames así, sabes que aún no quiero revelar mi identidad—le recuerdo, mirando hacia atrás para saber si Cameron a escuchado algo, por suerte, sigue dormido.

—¡Lo siento! —se disculpa algo avergonzada—. Pero estoy cansada de ver cómo te fustigas por cada cosa que no puedes controlar, no siempre podrás salvarnos a todos, piensa un poco más en ti misma, lo mereces.

No contesto, ya que tiene razón, así soy, está en mi carácter, desde muy pequeña mi don me exige salvar a todo aquel que se cruza en mi camino, olvidándome de mí misma en muchas ocasiones.

—Hoy descansarás, no quiero que vuelvas a enfermarte, recuerda lo que te pasó la última vez que cuidaste de este modo a alguien —me advierte.

Sus palabras traen a mi mente amargos recuerdos, sé a qué se refiere, hace años fallé, no pude salvar a un buen amigo, ese sentimiento de culpa e impotencia me ha acompañado desde entonces. No hay día que no recuerde a Jonathan, y que no le pida perdón por no haber conseguido salvarlo. Él era muy joven, y yo prácticamente una niña, aún no controlaba las hierbas, y mucho menos mi don, por eso desde ese día me dediqué a estudiar todo lo referente a curaciones, y a intentar dominar el obsequio que Dios me había concedido.

Recuerdo como Eric, desesperado, vino a buscarme, pues el médico de la familia, el señor Suttches, no sabía qué mal aquejaba al primogénito de los duques. Él sabía que yo podía ayudarlo, lo intenté, juro por lo más sagrado que lo hice, pero fallé, dos días después; Jonathan Darlington, moría en brazos de su hermano pequeño. Por lo que lloré como nunca lo había hecho en mi vida, y me sentí mucho peor cuando observé a Eric deshecho por la pena y el dolor, y aunque él me repitió una y otra vez que nada se pudo hacer por su hermano, el sentimiento jamás desapareció. Ni siquiera pude despedirme, pues la última vez que lo vi, pensando que volvería a verlo, no lo hice como debía, algo que aún me pesa hoy día.

—Siento mucho tener que recordar ese momento, Elisa—susurra apenada—. Comamos algo, si caemos enfermas no podremos ayudar a nuestro protector.

Comemos en silencio, observando de vez en cuando al enfermo, cuando acabamos me percaté de que se nos ha terminado la comida, así que dejo a Sofía con Cameron y salgo a cazar. Cojo mi arco y flechas y me interno en el

bosque, con la esperanza de conseguir alguna liebre para poder hacer un guiso, pues nuestro enfermo va a necesitar comer mucho para reponer fuerzas.

Como si supiera adónde me tengo que dirigir, sigo un pequeño sendero que me lleva a una arboleda, en la que rápidamente veo un ciervo; demasiado grande y mucha carne que no podremos conservar, así que decido dejarlo con vida. Por suerte, más adelante no tardan en aparecer un par de conejos, siempre he odiado tener que matar animales, pero es cuestión de supervivencia, por lo que, con agilidad preparo dos flechas y las disparo a la vez para que no les dé tiempo a escapar a ninguno de los dos.

Segundos más tarde y, tras comprobar que he dado en el blanco, me acerco a mis presas y los recojo del suelo, saco las flechas y las vuelvo a guardar, pues no se sabe cuándo necesitaré utilizarlas de nuevo. Una vez termino, me apresuro a llegar a la choza y, al entrar, me encuentro una lucha entre Sofía y Cameron.

No puedo creer lo que ven mis ojos...

—¿Pero qué demonios ocurre aquí? —pregunto, mientras dejo los conejos sobre la mesa.

—¡Elisa! —exclama Sofía, aliviada—. Dile a este hombre insufrible, que no puede levantarse de la cama—. Me pide, mientras intenta con todas sus fuerzas que Cameron vuelva a acostarse.

—Cameron, ¡Por amor de Dios! —Me abalanzo para ayudar a la pequeña Sofía, pues el hombre está a punto de conseguir incorporarse por completo—. Ayer estuviste al borde de la muerte, no puedes levantarte todavía.

—¡Malditas muchachas! —gruñe, y aunque está débil nos da una buena pelea—. No soy un mocoso para estar en cama.

Pero logramos contenerlo y acostarlo de nuevo en la cama.

—Despertó al poco rato de marcharte, he intentado convencerlo por las buenas y por las malas. —me dice Sofía mirándolo de malos modos, y él a su vez le regresa otra mirada igual de furiosa.

—Esta muchacha es un donas—exclama, exasperado.

—No sé qué demonios me llamaste, ¡pero eso lo serás tú! —grita, mientras se levanta y, tras recoger los conejos, se marcha dispuesta a lavarlos y quitarles la piel para poder cocinarlos.

—¿Qué le dijiste? —pregunto curiosa, conforme examino de nuevo la herida y ruego porque no se haya abierto con el forcejeo.

—Demonios... para lo pequeña que es, es una maldita fiera—refunfuña, como niño malcriado.

—Lo es, pero tiene buen corazón, lo hace por tu bien Cameron, ayer llegué a pensar que, si sobrevivía, tendría que amputar tu pierna, y todo fue por tu terquedad, este tipo de heridas son muy peligrosas.

—Muchacha, no soy ningún auld como para que se me trate de este modo, en batalla he recibido peores heridas y después de pasar la fiebre he vuelto a ser el de siempre.

—Te informo que no entiendo el gaélico, te agradecería que hablaras de forma que pueda saber lo que dices—le explico, aliviada por ver que la herida está bien.

—¿No entiendes nada? —pregunta, confuso—. ¿Cómo vas a entender a la gente de Eilean Donan?

—Aprenderé, lo hago muy rápido—sonrío emocionada de poder tener la oportunidad de aprender mi lengua materna—. Tal vez tú nos puedas ayudar.

—Claro, pero deberéis aprender rápido, pues estamos en la recta final del viaje.

—El viaje debe alargarse más Cameron, hablo en serio, la herida de tu pierna aún no ha sanado por completo, no volveré a arriesgarme, si debo mantenerte atado a esta cama eso es lo que haré, ¿acaso quieres perder tu pierna? Porque eso es lo que ocurrirá si vuelve a infectarse.

Puedo apreciar que no le gusta lo que acabo de decirle, mucho menos que sea una mujer quien le ordene guardar reposo, una a la que conoce de pocos días y de la que no sabe completamente nada.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta, con los dientes apretados y el cuerpo en tensión.

—Al menos una semana—respondo, con naturalidad.

—¡Una semana! —exclama horrorizado—. No podemos quedarnos aquí una maldita semana, por una herida insignificante.

—De insignificante no tiene nada Cameron, llegó hasta el hueso, ayer estuviste muy mal, y es casi un milagro que hoy estés consciente, deberías descansar, cuanto antes recuperes fuerzas, antes podremos partir.

Durante un buen rato refunfuña, pero no le hago caso, me ocupo de arreglar nuestras cosas a la espera de que Sofía vuelva con la carne ya preparada. Cuando lo hace, Cameron ya está dormido de nuevo y ella lo mira con una furia inmensa.

—Al fin conseguiste domar a la fiera. —Comienza a cortar en pequeños trozos la tierna carne del conejo.

—Me costó, pero ya sabe que debemos quedarnos al menos una semana

antes de que pueda volver a subir a un caballo y cabalgar como si nos persiguiera el mismo demonio. —No puedo evitar reír por la expresión de su rostro—. También ha prometido que nos ayudará a aprender gaélico, lo vamos a necesitar.

—No sé qué te causa tanta gracia, a mí este patán me resulta insoportable. —Ahora es ella la que está enfurruñada. Estoy rodeada de niños, esto empieza a exasperarme.

Guardo silencio, lo mejor es dejar que el enfado se le pase, mientras preparo varias botellas de brebaje para la fiebre y varios emplastes para las heridas de Cameron, es mejor estar prevenida por si surge durante el viaje algún contra tiempo.

Poco tiempo después, la comida está preparada.

—¿Vas a despertarlo? —pregunta mi amiga, de mala gana.

—Debe comer algo, después puede volver a dormir, lo necesita.

Me acerco despacio hacia él, con un cuenco lleno de caldo y algo de carne.

—Cameron, despierta, debes comer algo—le llamo en voz baja para no sobresaltarlo.

Sus ojos se abren casi enseguida y, tras mirarme unos instantes algo perdido, asiente y se incorpora un poco en la cama. Acto seguido, comienza a comer con verdaderas ansias, ya son dos días sin probar bocado, es bueno que tenga apetito. Cuando se da cuenta que Sofía está en la mesa, comiendo su parte, la mira de forma extraña, solo rezo para que no comiencen a pelear de nuevo.

—Muchacha, quería disculparme contigo por mi comportamiento, despertar y no tener fuerza siquiera para pelear con una mujer tan pequeña como tú no me ha gustado nada—explica con sinceridad—. Y, mucho menos, saber que nuestro viaje debe retrasarse.

—Acepto tus disculpas Cameron, estoy muy agradecida contigo pues salvaste mi vida y la de mi hermana, por ello has estado al borde de la muerte, siento mucho no haberte tratado con el respeto y la gratitud que mereces. —Las disculpas son sinceras por parte de los dos, eso me hace sentir muy aliviada.

Acabamos de comer en completo silencio, pero en calma, por primera vez desde que estamos los tres juntos no percibo esa incómoda tensión entre Cameron y Sofía. Al finalizar y, sin necesidad de insistir, nuestro salvador vuelve a dormir, está agotado, aunque no le guste reconocerlo.

Después de limpiar y recoger todo, a Sofía y a mí no nos queda nada más

que hacer, así que decidimos pasear por los alrededores sin alejarnos mucho, pues no queremos ponernos en peligro. No sé en qué punto exacto de las Tierras Altas nos encontramos, pero el paisaje es hermoso. Nos rodean hermosas montañas verdes y el Sol brilla espléndido, por lo que, tras llevarme hasta el arroyo donde consiguió agua ayer, Sofía y yo decidimos darnos un buen baño.

El agua está helada, pero es un alivio poder quitarme la suciedad y sudor del cuerpo, los últimos días de viaje no han sido fáciles, y puede que los que queden tampoco lo sean.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a tu hogar, Elisa? —pregunta Sofía, metiéndose en el agua.

—No lo sé Sofía, te juro que no lo sé—suspiro—. Ahora mismo quiero concentrarme en cuidar a Cameron, el día que debamos partir dejaré que los nervios se adueñen de mí, no antes.

Insisto a Sofía para que se dé prisa, pues ya llevamos largo rato fuera y me preocupa Cameron, no solo porque está enfermo, también porque de ser atacado en nuestra ausencia será incapaz de defenderse. Volvemos a paso ligero, y una vez entramos en la cabaña, me siento aliviada al ver que sigue durmiendo, ni siquiera se ha dado cuenta de nuestra salida.

Ya falta poco para que oscurezca, por lo que, preparamos la cena y vuelvo a despertarlo, veo por su mirada que la fiebre ha vuelto a aparecer, pero no con tanta violencia, eso me alivia, le doy de nuevo el brebaje y vuelve a dormir, estará varios días así, y es lo mejor para que su cuerpo sane por completo. Luego, Sofía y yo cenamos mientras recordamos con cariño algunos momentos de nuestra infancia, puede que no fuéramos ricos, pero hubo un tiempo donde éramos felices con lo poco que teníamos.

Al acabar, ordeno a Sofía que se marche a dormir, yo quiero intentar vigilar lo máximo posible a Cameron, al menos esta noche. Aunque por más que lucho contra el cansancio, al poco tiempo, me dejo arrastrar por este y caigo rendida.

Al día siguiente, Cameron permanece durante más horas, despierto, pero aun así no dejo que se levante del camastro, me cuesta, pero al fin consigo poder convencerle de buena gana. La fiebre, ha desaparecido por completo, el apetito va volviendo, la herida de su pecho está bastante mejor, y la de su pierna también.

Los días se tornan una ansiosa rutina, y así siguen transcurriendo hasta que, una semana después estamos listos para partir, le hago prometer a Cameron

que tomaremos el viaje con calma, no importa lo que nos cueste llegar, pero ahora que está casi recuperado, no voy a arriesgarme a que todo vuelva a complicarse.

Durante toda la semana ha llovido a cantaros, todo está embarrado, hace frío, nunca pensé que existiera un país más frío que Inglaterra, pero me equivoqué. Por suerte, Cameron al fin ha entendido la gravedad del asunto y se toma el viaje con tranquilidad, y lo que en una situación normal nos hubiera costado dos o tres días, nos cuesta una semana entera. Es decir, el viaje de regreso a mi verdadero hogar casi me ha costado tres semanas, pero estoy feliz, ya que hoy por fin llegaremos a nuestro destino.

Aunque también bastante ansiosa, Sofía lo nota y, aprovechando que Cameron va bastante adelantado, me pregunta en voz muy baja.

—¿Estas nerviosa y aterrada, cierto? —Y, mira de reojo a, Cameron.

—Sí, a ti no puedo negártelo, ni puedo disimularlo.

—No debes temer, tú lugar está allí. Tu familia te ama, y cuando te conozca no podrán dejarte marchar.

—Mi temor es que se aferren a la idea de que soy una impostora, ellos deben estar cansados de ilusionarse en vano, y no me conocen.

—Nada más verte lo sabrán—lo asegura tan convencida que incluso logra tranquilizarme por un instante.

Pero la angustia vuelve a atenazarme mientras recorremos las millas el hermoso paraje que nos rodea, pues ver las verdes y esplendorosas montañas hace que una dolorosa tristeza me embargue por haber crecido tan lejos de mi verdadero hogar. Para mi suerte o desgracia, he vivido en la ignorancia, pero para mis padres ha debido ser un horror vivir todos estos años con la incertidumbre de no saber mi paradero, si estaba viva o muerta, si estaba sana y salva con alguien que me cuidará como es debido.

No puedo decir que Esmeralda y Marcus fueran unos padres amorosos y devotos, pero pudo haber sido mucho peor. «¿Cómo podría compensar dieciocho años de ausencia?» No dejo de preguntarme, y aunque no fue mi culpa, no puedo dejar de sentirme así, pues siempre soñé con ellos, con estas tierras, pero nunca tuve el valor de preguntar o de irme y buscar el origen de esos sueños.

—Muchachas, falta poco para llegar. —Esa información de Cameron, me hace empezar a temblar, no puedo controlarme.

—Debes sosegartes—susurra con seriedad, Sofía.

Asiento y miro al frente, a lo lejos, muy lejos puedo divisar unas torres que

supongo son de la fortaleza que ellos llaman Eilean Donan, de la que se sienten tan orgullosos por su historia. Y mientras la sigo observando, intento imaginarme cómo será el primer encuentro con mis padres, con mis abuelos y, aunque ya sé cómo se dará el acercamiento con mi hermano, no puedo evitar que mi angustia aumente ya que tanto para él como para todos seremos unas forasteras.

¿Qué debo decirles? ¿Qué dirán ellos al verme? no lo sé, lo que sí tengo claro es lo mucho que deseo abrazarlos y sentirme a salvo entre sus protectores brazos, pero eso es una locura, estoy consciente de que si lo hiciera me tomarían por loca y no quiero eso. Además, tenemos otro problema, Cameron cree que vamos al encuentro de un tío que no existe y, al llegar a nuestro destino, me veré obligada a decirle la verdad, arriesgándome a que no me crea y acuse antes de que yo misma pueda hablar con mi familia.

Solo espero que no sea así.

Las pocas millas que quedan me parecen eternas, y al irnos acercando puedo ver chozas de gente del clan, también muchos animales, personas arando y cultivando verduras, me encanta lo que observo, veo riqueza, veo a sus habitantes trabajando feliz. Lo que habla muy bien de mi abuelo, puede que en su juventud cometiera errores, pero ahora al parecer es un buen Laird, y me siento orgullosa de ser hija y nieta de quien soy.

Ahora, ya no me siento menos que los Darlington.

Eric...

«¿Cómo estará? ¿Se habrá casado ya? ¿Le habrá importado algo el que me haya ido? ¿O, su madre tendría razón?» Esos pensamientos me hieren, me matan, pero contengo mis lágrimas. El viaje ha sido tan duro que casi no me ha dado tiempo de pensar en él, ni para echar de menos su presencia. Sé que debo olvidarme de él, en eso sí debí escuchar a Esmeralda, pero me equivoqué. Me entregue a sus besos, le regalé la pureza que debía dar a mi marido, una que desde muy joven juré le entregaría al hombre que amaré, por desgracia, Eric no me ama y jamás será mi marido, nunca volveré a verle.

En mi mente, tengo su rostro grabado a fuego, sus ojos azules, su sonrisa sincera y su pelo dorado como el Sol. Desde niña lo observaba en silencio, imaginando que al crecer él me amaría como yo lo hacía, pero todo fueron sueños. Fueron una quimera...

—Elisa, mira —me apremia, Sofia.

Miro hacia donde me indica y frente a mí tenemos el largo puente que antecede a la fortaleza, que atravesamos con lentitud observamos embobadas

la enorme fortificación a la que nos acercamos.

—¡Bienvenidas a Eilean Donan, muchachas! —En su voz, puedo notar la alegría que siente al volver a casa, lo sé porque es lo que estoy sintiendo yo en este preciso momento.

El corazón late feroz dentro de mi pecho y mis ganas de llorar se recrudecen.

Segundos después, desmontamos de nuestros caballos y Sofía me coge la mano de inmediato en señal de apoyo e, instintivamente, le devuelvo el gesto mirando a nuestros alrededores, no reconozco a nadie y una profunda desilusión me invade. Pero de pronto, dejo de respirar cuando veo aproximarse, sobre un gran caballo negro, a un hombre enorme cuyo poderío, fuerza y liderazgo resalta desde la distancia.

—Es mi abuelo—susurro.

Cierro los ojos, porque lo he visto mil veces en mis sueños.

—Aquí viene mi Laird.—Cameron, lo dice con tal reverencia que me estremezco.

«¿Y si nos pregunta quiénes somos?» Me alerto seguido, y no soy la única.

—Escóndete, Elisa —me apremia mi amiga—, inventaré algo a Cameron.

Sin que lo vuelva a repetir, camino rápido hacia un puesto de verduras y me escondo tras este, intentando pasar desapercibida.

Aún no es hora abuelo...

Capítulo 6

(Marian Mackencie) Tierras Altas de Escocia, 1500.

Intento mantenerme lo más callada y quieta posible, mientras observo cómo Alexander Mackencie, desmonta su caballo y se acerca a Cameron, pero la curiosidad termina ganándome y, aunque temo ser vista, no puedo evitar inclinarme un poco fuera de mi escondite y maravillarme ante la reacción de mi abuelo. Este abraza a Cameron como si fuera el hijo pródigo que vuelve al hogar y, a pesar de que el abrazo dura muy poco, me deja saber que nuestro salvador no es uno más de los hombres Mackencie, sino que es alguien allegado a él y eso me pone aún más nerviosa.

Por suerte, no repara en Sofía; quien se acerca a mí a paso lento para no llamar la atención, pero varias mujeres nos detectan de inmediato y nos miran curiosas, es demasiado evidente que somos forasteras.

Segundos más tarde, Alexander se marcha, y Cameron al fin parece darse cuenta que no estamos a su lado, por lo que, con cara de preocupación nos busca con la mirada y, una vez nos encuentra, camina con rapidez hacia nosotras.

En su mirada, puedo leer con claridad la confusión por nuestro comportamiento.

—No sabíamos qué hacer Cameron, no queríamos causar problemas —me excuso de inmediato, conforme él sigue avanzando.

—Mi Laird, jamás se opondría a que ayude a unas damas a reencontrarse con su familia.

—Me alegra saber eso Cameron, tú has sido muy bueno con nosotras y no queremos ser una molestia.

—No ha sido ninguna molestia, y ahora debemos ir a buscar a vuestro tío —afirma.

Ambas nos miramos asustadas, ha llegado el momento de la verdad y no sé cómo se lo va a tomar, a nadie le gusta que le mientan, él no se lo merecía, pero no teníamos más opción.

—Cameron, me gustaría hablar contigo en un lugar un poco más privado —empiezo a hablar con voz temblorosa.

Me mira interrogante, pero tras unos instantes de duda, asiente y nos indica que lo sigamos. En poco tiempo, llegamos a una choza que parece bastante abandonada, que asumo es su casa por la familiaridad con que se adentra en esta.

—Entrad, disculpar el aspecto que pueda tener, pero hace años que me fui —explica algo avergonzado.

—Tranquilo, entendemos —Sofía es la que habla—, podemos limpiar nosotras.

—No os he traído aquí para eso, Elisa me ha pedido un lugar privado para hablar, en mi casa estaremos tranquilos.

Al entrar el olor a cerrado nos golpea, todo está lleno de polvo, por lo que Cameron nos invita a sentarnos sobre unos destartalados taburetes y eso hacemos sin rechistar. Instantes después, enciende el fuego y todo adquiere una mejor iluminación. La choza, es pequeña, pero no me quedan dudas de que esta era su hogar cuando estuvo casado, en sus ojos veo el dolor al mirar a su alrededor.

—Siento haber sido tan egoísta como para no pensar que te dolería volver a tu casa. —me disculpo, no sé qué más hacer.

—Tarde o temprano tenía que pasar Elisa, no soy un niño, no voy a derrumbarme. —Parece un poco ofendido—. Mejor dime qué es eso tan importante que nadie puede escuchar.

Al escucharlo, Sofía me mira transmitiéndome todo su apoyo y me insta con sus ojos a decir la verdad, por lo que, tras coger una gran bocanada de aire, lo miro y comienzo a confesar.

—Cameron, te he mentado, no me llamo, Elisa.

Mi amiga, en respuesta, coge mis temblorosas manos, apoyándose y dándome el valor necesario para continuar.

—He vivido toda la vida en Inglaterra con Marcus y Esmeralda, ellos me criaron más no eran mis verdaderos padres. Durante años he sentido que no pertenecía a ese lugar, no solo porque Esmeralda me lo recordará cada vez que tenía oportunidad. —Alzo la mirada y puedo ver cómo Cameron poco a poco va cobrando consciencia de lo que estoy confesando—, cuando Marcus murió hace unas semanas, Esmeralda no tardó en seguirlo, unas fiebres acabaron con ellos, y antes de morir ella me confesó quién soy en realidad.

—Tú eres... —Cameron, no se atreve a decirlo.

—Sí. Soy Marian Mackencie, la hija perdida de Sebastien y Valentina.

—¡Dios mío! —Él se lleva las manos a la cabeza—. ¿Por qué mentir? ¿Si

eres Lady Marian, por qué te escondite de tu abuelo? —En sus preguntas percibo su desconfianza.

—Porque temo que mi familia reaccione igual que tú, estás dudando y eso es lo que más me aterra, que ellos no me acepten —explico, intentando contener el llanto.

Él me observa, detenidamente, supongo que intentando encontrar algún parecido con mis padres o abuelos, pero por lo poco que he podido observar a Alexander Mackencie, yo no he heredado nada de él.

—No sé cómo no me he dado cuenta antes, veo el parecido con tu padre.

—¿De verdad? ¿Me parezco a mi padre? —pregunto, ansiosa.

—Sí, no veo gran cosa de Valentina en ti, pero no hay duda que la sangre gitana de tu padre corre por tus venas—asiente con seriedad y, mirando a Sofía después, pregunta—. ¿Quién es entonces la muchacha?

—Es mi mejor amiga, mi hermana, aunque no sea de sangre, en eso no mentimos—respondo, abrazando a Sofía—. Nos conocemos desde que éramos niñas, ella es huérfana, al igual que a mí no nos quedaba nada en Inglaterra.

—Entiendo. —Es todo lo que dice, y su falta de reacción me pone aún más nerviosa.

—¿Qué pensáis hacer?

—Yo ni puedo, ni quiero mentir a mi Laird. Más pronto que tarde llegará a sus oídos que dos mujeres viven conmigo.

—No es nuestra intención que traiciones a tu Laird, ya hiciste suficiente por nosotras, nos salvaste, nos trajiste a casa—alego con total sinceridad. Es algo que jamás podré agradecerle lo suficiente.

—Ni siquiera pienses que os voy a abandonar a vuestra suerte —advierde él en respuesta—, estamos en tierras Mackencie, pero aun así no podéis ir solas por allí, ¿Dónde dormiréis? —cuestiona.

Bajo la mirada hacia mi viejo vestido gris, asustada, debo tomar una decisión, no puedo seguir escondiendo la verdad por miedo, pues ahora, también está involucrado Cameron, si dejamos su protección estaremos solas a merced de los peligros, pero si nos quedamos a su lado podemos traerle graves problemas.

—Tendré que enfrentar lo que más temo, no puedo exponerte.

—No debes hacerlo por mí, Marian. —Escuchar de sus labios mi verdadero nombre me causa una emoción desconocida—. Puedes esperar unos días. Descansar, podemos decir que sois unas primas lejanas de mi

difunta esposa.

—Dijiste que no podías mentir a tu Laird.—le recuerdo.

Él me mira de una forma extraña, que no logro descifrar.

—Parece ser que no me importa. —Y se marcha dejándonos a solas, sorprendidas por su revelación y su conducta.

—¿Crees que llegado el momento sería capaz de mentir a su Laird? —pregunta asustada, Sofía.

—No lo sé—suspiro cansada—. Esperemos que no tengamos que averiguarlo.

Decidimos no hacer caso a Cameron y limpiar la pequeña choza, en pocas horas todo está reluciente, el fuego calienta el hogar, incluso vamos a comprar algunas verduras y carne para hacer un guiso, pero al caer la noche él aún no ha regresado y Sofía empieza con sus malditas suposiciones, haciéndome dudar y temblar de pánico, ¿Y si ha ido directo a contar la verdad a mi familia?

Cuando al fin la puerta se abre, dejando ver a un Cameron recién bañado, ambas nos quedamos con la boca abierta, incluso se ha cortado un poco su gran barba, ahora, parece más joven, y es cuando me doy cuenta de lo apuesto que es, aunque no soy la única que lo nota. Si no supiera que Sofía algún día será parte de mi familia, llegaría a pensar que Cameron y ella tendrían un futuro, juntos.

Cameron, al notar nuestra reacción, se queda inmóvil en la puerta y mira a su alrededor con cara de alucinado, es obvio que no puede creer lo que ve.

—Os dije que no teníais que hacer nada. —Entra y cierra la puerta.

Sofía, con una espléndida sonrisa, le pide después que se siente a la mesa mientras sirve la cena.

—Es lo menos que podríamos hacer—responde esta por enésima vez en el día.

Yo aún no puedo moverme, no sé si sentirme aliviada por ver que ha vuelto o si quedarme allí pasmada a la espera de que salten sobre mí los hombres de mi abuelo.

—Marian, puedes sentarte y empezar a respirar —dice entre bocado y bocado—, no he dicho nada a nadie y eso que he visto a tu hermano y a tu padre.

Me siento con rapidez y, con la mirada, le hago saber qué espero me cuente con lujo de detalles ese encuentro.

—¿Qué te han dicho? ¿Qué han hecho? —pregunto con visible ansiedad.

—*Nada Marian, olvidas que ellos no saben nada. Les dije que había llegado acompañado de unas primas de mi mujer, ellos quedaron conformes, venían del lago, es muy común que la gente vaya allí a lavarse, y para tu familia también lo es.*

Asiento.

Aunque igual, me entristece no haber podido verlos, al menos en persona, sí los he visto muchas veces en sueños, pero no es lo mismo. Envidio a mi hermano, él ha podido crecer junto a nuestros padres, no hay día que no me pregunté, ¿cómo hubiera sido mi vida si Esmeralda y Marcus no hubieran cumplido su cometido, si hubieran fallado?

Claro que entonces, no hubiera conocido a Sofia, a...

«¡Eric!», de solo recordar su nombre, mi alma se parte en pedazos, nunca he estado tan lejos, y mucho menos, tanto tiempo sin verlo, sin saber nada de él. Pero sé que marcharme fue la mejor decisión, y aunque ha sido en extremo doloroso, tengo muy claro que quedarme allí y ver día tras día como él hace su vida con otra mujer, hubiera acabado sin dudas con mi vida. Al menos, estando lejos, puedo conservar su hermoso recuerdo, sin tanto rencor, y quizás tener una oportunidad de seguir con mi vida.

—*Marian, come algo por favor, estás muy delgada —me pide Sofia, sacándome de mis pensamientos.*

La miro e intento hacer lo que me pide, pero unas repentinas náuseas, no me dejan.

De pronto, Cameron se levanta y se dirige hacia la puerta.

—*¿Dónde vas? —le pregunto sin poder contenerme.*

—*Voy a dormir en las caballerizas como alguno de los hombres solteros, no es decente que duerma aquí a solas con dos mujeres.*

—*Pensé que esas estúpidas normas las dejábamos en Inglaterra—se queja, Sofia.*

—*Aquí también respetamos la virtud de nuestras mujeres, sé que en Inglaterra nos describen como salvajes sin modales, pero no es así, ¡Buenas noches, jovencitas!*

Sofia bufa enfadada por el énfasis que ha hecho en la palabra jovencitas, pues odia que le recuerde constantemente su edad o la diferencia entre ellos.

—*Juro que a veces le retorcería el pescuezo—gruñe mientras recoge la mesa.*

—*Déjalo pasar, Sofia. —La ayudo a recoger.*

Rato después, nos preparamos para dormir y avivamos el fuego, porque,

aunque Escocia es mucho más hermosa que Inglaterra, tiene un clima peor. El frío es en verdad inclemente. Como solo hay un lecho, lo compartimos, eso no nos importa, lo hemos hecho muchas de veces.

—*¡Buenas noches, Marian!* —susurra mi mejor amiga.

—*¡Buenas noches, Sofía!*

«*¿Qué hago de nuevo en la mansión de los Darlington?*» me pregunto, veo a mucha gente congregada, muy contenta, la música llena el ambiente. Desconcertada, miro a mi alrededor buscando el motivo por el cual esté de nuevo aquí, y lo veo a lo lejos. Es Eric; más apuesto y elegante que nunca, y sin pensarlo, camino con rapidez hacia él, pero cuando estoy a punto de llegar a su lado, algo me detiene.

Junto a él está la muchacha que sus padres desean se convierta en su esposa. Ella se ve radiante, feliz, hermosa con su vestido blanco.

¿Blanco?...

Estoy en una boda, en la boda de Eric.

Tan pronto comprendo todo, mis ojos empiezan a humedecerse y mis pies a retroceder despacio, pues no quiero que me vean, no puedo darles el gusto de verme humillada. Pero cuando doy la vuelta para irme de allí, frente a mí está él junto a su madre sin expresión alguna, y es ella quien me suelta con una gran sonrisa en sus labios.

—*Te lo dije gitana asquerosa, tú no eres nada para mi hijo.*

Impactada por lo que acabo de oír, miro a Eric con el rostro bañado en lágrimas, pero él no dice nada, sólo me mira en silencio.

Despierto sobresaltada y Sofía me imita, estoy llorando, ahogándome de dolor.

—*¿Otro sueño?* —pregunta con voz adormilada.

—*Una pesadilla*—susurro.

Me dejo abrazar por ella, es una costumbre, es su manera de intentar alejar los malos recuerdos que dejan en mí ese tipo de sueños, pero esta vez lo que me ha dejado con el alma hecha trizas, es saber que mi pesadilla no es tal, sino una absoluta realidad.

Eric, ya debe estar casado con esa mujer.

Cuando por fin logro calmarme, Sofía me anima a levantarme y a salir de la

cabaña. Ya el alba ha despuntado y debemos ir de nuevo al mercado por provisiones. Cuando por fin estamos listas, salimos y recorremos la poca distancia que nos separa del lugar donde se vende la comida y todo lo demás.

Camino al lado de mi amiga, pero estoy muy lejos de aquí.

—Ese muchacho, comienza a incomodarme Marian— me alerta, Sofía.

—No digas mi verdadero nombre aquí— ordeno mirando a nuestro alrededor—. ¿De qué muchacho estás hablando?

—De ese que está allí en frente, no para de mirarnos, ¿crees que sepa quién eres? —pregunta con temor.

Tras escucharla, miro con disimulo hacia donde mi indica y me quedo sin aliento. ¡Es él! Es mi hermano pequeño.

—No temas Sofía, él no va a hacernos ningún daño—le aseguro.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —insiste.

—Porque ese muchacho tan apuesto es mi hermano.

La observo contener el aliento y mirarme con sus grandes ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabes? —inquieta nerviosa—. Has soñado con él, ¿cierto?

Asiento y miro de nuevo a mi hermano. Es apuesto, de pelo negro como el mío y ojos azules. Además, es alto y parece fuerte, todo un guerrero, me appena no haber estado a su lado mientras crecía.

Evan, se acerca a nosotras; y Sofía, me coge la mano nerviosa.

—¡Buenas días, señoritas! ¿Están de paso? ¿Viajan solas? —La sensación de escuchar su voz tan cerca de nosotras, es indescriptible.

¡Por fin mi hermano está frente a mí! Pero aún no se lo puedo decir...

Capítulo 7

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia 1500.

Cuando Evan se marcha, no muy convencido de la explicación que le he dado, aún puedo sentir mi corazón martilleando con ferocidad dentro de mi pecho. Sofía ha quedado conmocionada sin duda, y yo no estoy mucho mejor, y aunque no debería sentirme tan afectada pues ya he soñado con este momento, lo estoy.

Ahora, más que nunca debo encontrar el valor de ir a ver a mis padres para contarles quién soy, creo que he demorado mucho toda esta situación y es hora de terminarla ya. No tengo porque esconderme, pues soy tan víctima como ellos, si me hubiera enterado mucho antes de quién era en realidad, habría regresado sin dudar. Pero por desgracia, han tenido que pasar dieciocho años, mucho sufrimiento y búsquedas sin éxito para volver a tener la oportunidad de estar juntos, y no seré yo quien alargue aún más ese suplicio, mañana será el día en que me presente en la fortaleza, porque según me contó ayer Cameron, hoy es el cumpleaños de mi hermano.

—Tu hermano, es el hombre más hermoso que he visto en mi vida—suspira una sonrojada Sofía y no puedo evitar reír.

—Sabía que dirías algo así—le confieso en tono de burla.

—Podrías haber tenido la decencia de decirme que tu hermano era tan bello —se queja en respuesta, enfurruñada.

—Creo que no le gustaría oírte referirte a él en ese modo, los hombres no son bellos, son apuestos.

—Lo que sea, no voy a perdonarte que me hayas hecho quedar como una estúpida.

—Mi querida Sofía, confía en mí, el hecho de haber babeado con descaro no cambiará la opinión que mi hermano se ha formado de ti.

—Odio cuando te pones tan profunda, como cuando guardas secretos, ¿hay algo que yo deba saber? —pregunta desconfiada.

—Nada que necesites saber en este momento, solo que mañana al fin conoceré a mi familia, se ha acabado el miedo.

—¡Alabado sea el Señor! —exclama alzando las manos al cielo. Ambas

rompemos a reír después y decidimos seguir con las compras.

Pasado un rato, volvemos a la choza para preparar la comida y Cameron no tarda en llegar también. Parece cansado, pensativo, y sus ojos reflejan más tristeza de la acostumbrada.

—¿Ocurre algo, Cameron? —pregunto, preocupada.

—Nada Marian, solo estoy cansado, había perdido práctica en los exigentes entrenamientos de los Mackencie.

No digo nada más, porque sé que está mintiendo, algo mucho más importante le atormenta, y lo único que puedo hacer es mantener viva la esperanza de que, tarde o temprano, confíe lo suficiente en mí como para contarme lo que le está carcomiendo el alma.

—Mañana voy a ir a Eilean Donan, es hora de acabar con el sufrimiento de mis familiares y con el mío propio—le informo, intentando sonar segura—. Si todo sale bien, dejaremos de incomodarte muy pronto.

—No me molestáis en absoluto Marian, pero me alegro que hayas decidido enfrentar tu destino y aceptar quién eres en realidad, no hay nada que temer, ni nada de lo que debas avergonzarte. Por tu cuerpo corre sangre de los mejores guerreros que existen, tu linaje es un orgullo.

—Y lo porto con muchísimo orgullo Cameron, no pienses ni por un momento que no es así, desde el momento que supe quién era en realidad, me siento parte de ellos, aunque nunca haya estado a su lado.

—Debe ser hermoso tener raíces, saber de dónde vienes, yo nunca supe quién era mi padre, y madre murió hace mucho tiempo— interviene Sofía con dolor en su voz.

—Tú me tienes a mi querida, mi familia es tu familia—le digo sonriendo—, y te aseguro que más pronto de lo que te puedas imaginar, tendrás la tuya propia.

Ella a su vez, asiente sonriendo no muy convencida de lo que digo, pero yo sí tengo la certeza, mi mejor amiga un día llegará a ser una Mackencie por derecho, sus hijos llevarán mi sangre, y no puedo estar más feliz por ello.

—¿Y por qué no hoy? —pregunta de pronto, Cameron

Ambas lo miramos sin saber a qué se refiere.

—¿Cómo? —inquiero en seguida.

—¿Que por qué no vas hoy a la fortaleza? Sería un regalo magnífico para tu hermano.

—Por eso mismo, hoy es el día de Evan, no quiero arruinarlo.

—¿Acaso crees que el muchacho no querrá conocerte? —pregunta incrédulo

—Durante toda su vida a deseado conocer a su hermana mayor, para nadie has sido un secreto vergonzoso, Marian.

—Lo sé, pero siento que hoy no es correcto, no quiero quitarle el protagonismo a Evan.

—Entiendo, bueno pues mañana será el día. —Se levanta y se marcha igual como ha venido.

—Es un hombre tan raro—susurra Sofia, mientras empieza a recoger todo. Es algo que se ha vuelto una rutina.

—Es un hombre atormentado Sofia, no lo olvides.

Dicho eso, ambas pasamos el resto de la tarde bordando y recordando momentos de la niñez, sin duda, los que puedo recordar con más cariño son los vividos junto a ella. Aunque tampoco, podemos evitar rememorar con algo de nostalgia los años que pasamos jugando en los bosques que rodeaban la mansión de los Darlington, a las criadas que trabajaron codo con codo con nosotras, muchas tenían nuestra edad, y todas éramos dirigidas por Margarite; una francesa presuntuosa que se creía más que las demás solo por ser la dama de compañía de Lady Darlington y haber viajado con ella desde Francia cuando se casó con Lord Darlington. Y, aunque fueron momentos difíciles de duro trabajo, fuimos felices con lo poco que teníamos, nunca nos quejamos de la vida que nos había tocado vivir.

Ahora, estamos a millas de distancia de ese lugar, han pasado semanas y todo ha cambiado, incluso nuestra forma de pensar ya no es la misma, mucho menos nuestras prioridades, antes solo nos conformábamos con sobrevivir, en cambio ahora, queremos vivir, pero felices, y lo seremos cueste lo que cueste.

Ya entrada la noche, preparamos la cena como de costumbre, y aunque todo se ve muy bueno, no soy capaz de probar bocado, siento el estómago un poco revuelto, además estoy muy preocupada por Cameron, es tarde y nada que llega, debe estar en la celebración del cumpleaños de mi hermano.

Mucho tiempo después, por fin aparece y su expresión sigue igual de taciturna, pero aun así nos cuenta con algo de emoción todo lo que ha ocurrido en la tarde, de lo magnífica que resultó la fiesta y de lo felices que estuvieron Evan y el resto de mi familia. Sofia intenta sonsacarle más información sobre Evan, pero Cameron solo le cuenta que mi hermano ha terminado borracho y muy animado con una de las criadas más jóvenes del castillo, y en respuesta, su rostro palidece a pesar de querer aparentar indiferencia.

En cambio, yo sonrío al ver su reacción, pues gracias a mi don; ese del que tantas veces he renegado, sé con certeza que ellos están destinados a estar

juntos, y aunque me duele verla sufrir por algo que todavía no entiende, no puedo decirle la verdad., pues por experiencia sé que si intento interferir con mis visiones algo horrible puede pasar.

Acabado el relato, Cameron como cada noche se marcha y, nosotras; después de dejar todo arreglado y darnos un baño, nos acostamos una al lado de otra. Sofía sigue muy silenciosa, por lo que, la dejo tranquila y trato de aplacar mis propios miedos, mañana debo presentarme ante mi familia, ocurra lo que ocurra no voy a cambiar de opinión. Al cabo de unos minutos, mi amiga logra conciliar el sueño, mientras yo sigo dando vueltas y más vueltas sobre el camastro, hasta que, por fin caigo en un intranquilo sueño.

A la mañana siguiente, la mortecina luz del sol me despierta, y de inmediato, me levanto dispuesta a no dejarme vencer por el temor y los nervios. Segundos después, suelto mi cabello recogido en una larga trenza y comienzo a vestirme con mi mejor traje. Uno de color verde, es el último que me hice con una hermosa tela que encontré en un mercado en Inglaterra.

Al terminar, miro mi reflejo en el avejentado espejo que Cameron tiene en su hogar y me preocupo al observar mi rostro pálido y unos círculos negros alrededor de mis ojos. Me veo muy descompuesta por los nervios, y las recurrentes nauseas que siento me lo corroboran, pero estoy decidida. Acto seguido, despierto a Sofía; que también se viste con su mejor traje. Uno de un azul celeste que la hace ver más hermosa, y al igual que yo se deja su largo pelo suelto.

Una vez terminamos, nos miramos y, como ninguna de las dos tiene hambre, decidimos ir caminando hacia la fortaleza. El día es frío, a lo lejos se puede apreciar una densa niebla, aun así, seguimos andando en silencio y en poco tiempo llegamos a la imponente fortaleza, en la que entramos tras cruzar el puente y el gran portón custodiado por varios guardias, quienes nos ven pasar junto a la demás gente que entra y sale del castillo.

—Ya estamos aquí Marian, estamos en tu verdadero hogar—susurra Sofía mirando a su alrededor e, inevitablemente, yo hago lo mismo.

El lugar es majestuoso, hermoso, es tal cual como lo he soñado miles de veces, me resulta increíble estar aquí por fin, es sencillamente maravilloso, me siento flotar en una nube de felicidad e irrealidad, pero también tengo algo de miedo. No sé a dónde debo dirigirme o qué hacer, mucho menos, el cómo soltarle a todos semejante noticia.

Aunque, pasado unos segundos, por fin decido ir por la puerta del servicio y preguntar por mi madre. Es lo más sensato. Me tiemblan las piernas, apenas si las puedo mover con algo de firmeza, pero sigo andando, hasta que, de pronto, una voz detrás de nosotras me detiene y paraliza el corazón.

—¿Marian? —Me giro, y puedo ver a una mujer menuda mirarme como si estuviera frente a un fantasma, ¿de qué me conoce?—No puedes ser tú... tú estás muerta.

—¿Quién sois vos? —pregunta Sofia ante mi silencio.

—Soy Marie, dama de compañía de Lady Brianna Mackencie, señora de estas tierras—contesta con orgullo—. ¿Quién sois vosotras?

No contestamos, porque no nos da tiempo.

—Marie, ¿qué ocurre? —Veo aparecer a una señora alta de pelo negro y ojos azules como el cielo, ella aún no nos ha visto, pero sé con seguridad que ante mí tengo a mi madre. Y sin que pueda y quiera evitarlo, mis ojos se llenan de lágrimas.

Es... es hermosa...

De inmediato, una pálida Marie me señala y, mi madre, mira hacia nosotras y suelta un gemido lastimero, estremeciéndose e inundándosele los ojos de lágrimas también.

—Eres tú...—susurra intentando acercárseme, pero antes de dar siquiera dos pasos se desmaya.

Y Marie, presurosa, impide que caiga al suelo y grita por ayuda, estoy tentada a salir corriendo, pero algo más poderoso que el miedo, me detiene. Es como si estuviera anclada al suelo y teniendo otra de mis premoniciones.

Segundos después, la primera en aparecer, es mi abuela, que al ver a su hija en brazos de Marie grita alarmada, provocando que los hombres dentro del castillo comiencen a llegar, algunos armados creyendo que están siendo atacados, pero entre tanto alboroto, nosotras pasamos desapercibidas durante un buen rato, hasta que, aparece mi padre y coge entre sus fuertes brazos a mi madre, que parece reaccionar a su cercanía. Abre los ojos y parece buscar algo, mejor dicho, a alguien... me busca a mí.

—¿Mi hija! —susurra, desconcertando a todos—. Marian está aquí.

—¿De qué estás hablando, cariño? —pregunta Sebastien, con voz ronca.

—Nuestra hija ha vuelto a nosotros querido—sonríe por primera vez entre lágrimas—. ¡Está ahí! —Señala hacia donde estoy y todos se giran a verme.

Escucho murmullos, jadeos, pero toda mi atención está centrada en mi madre que se incorpora sobre sus pies ayudada por mi padre y se acerca a mí,

no puedo respirar, no puedo moverme. En cambio, él parpadea incrédulo, mientras a su lado mi abuela solloza en brazo de mi abuelo; quien lucha por contener su propia emoción.

—¡Mi niña! —solloza mi madre, mientras acaricia mi rostro bañado de llanto.

Acto seguido, y para mi absoluta dicha, me abraza y yo le correspondo porque es lo que he soñado durante todo el viaje, ser recibida de este modo, nada de dudas, nada de acusaciones. Y así permanecemos no sé por cuánto tiempo, ella acunándome en sus brazos y repitiendo mi nombre una y otra vez, no existe nada más, nadie a nuestro alrededor, aunque, soy consciente de la multitud que nos rodea.

—Esposa, ¡Por amor a Dios! Deja que abrace por fin a mi hija. —La voz emocionada de mi padre, hace que me separe de la mujer que me dio la vida y lo mire por fin a los ojos.

Unos idénticos a los míos, en los que veo empozarse un poco de humedad, mientras su labio inferior se contrae en un esfuerzo por no romper a llorar delante de todos.

—Eres idéntica a ella—susurra, antes de apresarme entre sus fuertes brazos, y en reflejo, me siento al fin completa, protegida, sé que estoy a salvo de todo mal a su lado.

Sin poder evitarlo, finalmente, mi padre se rompe y puedo notar como tiembla por los sollozos, eso me hace llorar mucho más, ver a este gran hombre desecho por el dolor, me parte el alma. Cuando nos separamos, coge mi rostro entre sus grandes manos y limpia mis lágrimas, después me mira directo a los ojos y explica emocionado.

—Eres la viva imagen de mi amada hermana, tu tía. Llevas su nombre en honor a ella.

Solo asiento, pues un nudo en mi garganta me impide hablar.

De pronto, vuelvo a ser consciente de la presencia de mi madre y mis abuelos, y es mi abuela Brianna, quien después de apartar a mi padre de mi lado, me abraza con fuerza entre sus brazos. Al separar nuestros cuerpos, me dedica una sonrisa luminosa y le da paso al gran hombre que vi el primer día que llegué aquí... ¡Mi abuelo!

Alexander Mackencie.

—¡Bienvenida a tu hogar, mi niña! —me susurra al oído, estrechándome y alzándome entre sus musculosos brazos, y al escuchar esa simple frase vuelvo a sollozar como un bebé.

Cuando me deja en el suelo, al fin veo a toda mi familia reunida alrededor, todos conmocionados pero felices, sin asomo de dudas en sus ojos, convencidos de que yo soy realmente la hija que les fue robada hace tantos años atrás.

—¡Mi querida hija! —dice mi madre feliz, acercándose de nuevo a mí—. Tenemos tanto de que hablar.

—Sí, tengo mucho que contaros. —Mi voz tiembla, pero es escuchada por todos.

Mi madre, me coge la mano y guía hacia el gran castillo.

—¿Sofía? —pregunto, asustada—. ¿Dónde está?

—La muchacha que te acompaña está con Marie, no te preocupes—explica, mi abuela.

Escuchar eso me tranquiliza, y entonces, me dejó llevar por ellos hacia el interior la fortaleza, donde una enorme sala nos recibe, ocupada por una gran mesa con varias sillas, una chimenea encendida y paredes adornadas con hermosos tapices.

El hogar de mi familia, no tiene nada que envidiar a la mansión Darlington.

—Siéntate querida, Marie ya fue por un buen té. —En todo momento, es mi abuela la que habla, a mis padres y a mí, la emoción nos ha dejado sin habla.

Una vez sentados, todos vuelven a clavar sus atentas y expectantes miradas en mí, parece como si temieran que desaparezca en cualquier momento. Al poco rato, Marie aparece con el té y unos pasteles con aspecto buenísimo, me sonrío, pero no dice nada más, y se marcha sin que me dé tiempo a preguntar por el paradero de mi amiga.

—¿Dónde has estado pequeña? —La voz ronca de mi padre, aparta de momento mi preocupación por Sofía.

—En Inglaterra.

Mi abuela jadea, y mi padre y abuelo gruñen.

—Te buscamos allí también, no me importó desatar una guerra—replica Alexander.

—Supongo que Marcus y Esmeralda se escondieron muy bien para que no pudierais encontrarlos, a ella no le dio tiempo de contarme mucho más.

—¿Dónde están esos miserables? —pregunta entre dientes mi progenitor.

—Muertos. Hace semanas que murieron—les confieso.

Y, un torbellino de preguntas que no alcanzo a entender, se desata luego de eso, hasta que, la llegada de Evan, nos silencia a todos. Mi hermano, entra corriendo precipitado y se detiene frente a mí, mirándome como si tuvieran

enfrente un fantasma.

—¿Es cierto? —pregunta, sin mirar a nadie en concreto—. ¿Es mi hermana?
—Ahora, sí mira a nuestros padres buscando la confirmación.

—Lo es—afirma mi madre—. Ella es tu hermana Marian, es la viva imagen de tu difunta tía Marian, por ella le pusimos el nombre.

—Sé esa historia madre—responde, sin dejar de observarme.

Por un momento, me asusto, su silencio y seriedad hacen que tema que no me acepte como su hermana, que no me quiera aquí, pero mis miedos se disipan, cuando me levanta de la silla y me aprieta contra él en un fuerte abrazo.

—¡Bienvenida a casa, hermana! —susurra emocionado, hundiendo su cara en mi cuello—. Te he echado de menos cada día de mi vida.

Y yo, en respuesta, correspondo su abrazo y beso su mejilla repetidas veces, tengo tanto amor guardado que me desborda.

—Hijo, déjala respirar—ordena con suavidad, mi padre.

Unos segundos después, por fin logramos separarnos y vuelvo a sentarme, pues sé que necesitan saber todo, y durante horas les cuento lo que ha sido mi vida, intentando no darles tantos motivos para el llanto, lo que implicó no contarles sobre la relación que tuve con las personas que me criaron, ni siquiera les cuento sobre Eric. Eso es un secreto que guardo para mí, una parte de mi vida que acabó en el momento que me fui de allí.

Cuando Sofía aparece de pronto, acompañada de Marie y un hombre igual de fuerte y alto como mi abuelo, sonrío aliviada. Ella acude a mi lado y me abraza. Sin necesidad de palabras nos comunicamos, sonreímos felices, ella está contenta porque he encontrado al fin a mi familia, y yo aliviada y más querida que nunca.

—Madre, padre, abuelos, os presento a Sofía, ella ha sido como una hermana para mí durante todos estos años, es huérfana, yo soy toda la familia que le queda—les cuento a todos, intentando hacerles entender cuán importante es ella para mí.

—¡Bienvenida, Sofía! Te agradezco que hayas estado al lado de mi pequeña durante todos estos años, por ello siempre te estaré agradecida y para mí serás a partir de este momento una más de mi familia, en mi hogar siempre serás bien recibida. —Mi madre la abraza y Sofía intenta contener el llanto.

—Estamos de acuerdo con nuestra hija, para nosotros eres una Mackencie más, has acompañado a nuestra nieta cruzando Inglaterra y Escocia vosotras solas, tienes nuestro respeto y afecto de por vida —dice, mi abuelo.

—¡Gracias, Laird Mackencie!—responde Sofía, avergonzada por tan buen trato.

Mientras, mi hermano, la mira ceñudo y, sin decir palabra alguna después, se marcha como si el mismo diablo fuera tras él, provocando que mis padres y abuelos sonrían de su extraña reacción. Es obvio que ellos conocen los motivos de esta, pero no les exijo saberlos, lo único que me interesa es verlos así de felices, eso me llena el corazón de dicha y paz.

A partir de ahora, de ese modo es que quiero verlos siempre: riendo y sin ningún atisbo de pena o dolor en su semblante.

Capítulo 8

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia 1500.

Cuando cae la noche, luego de contarles lo que ha sido mi vida lejos de su lado, y ellos las suyas, todos estamos muy cansados, mi madre insiste en acompañarnos a Sofía y a mí a nuestras habitaciones. Ella ha dispuesto una para cada una, pero después de explicarle que estamos acostumbradas a dormir juntas, nos ha permitido escoger la más grande disponible para ambas. Además, se ocupa de todo, nos consiente como si fuéramos niñas pequeñas, y cuando se lo hago notar, simplemente, me responde con mucha seriedad y dolor en su voz.

—Me han privado toda tu vida de poder cuidarte y consentirte, no me pidas que no lo haga ahora por muy mayor que seas. —Se acerca a nosotras y nos mira con un amor inmenso—. El destino no solo te ha regresado a casa, sino que también me ha dado una nueva hija.

Sofía, intenta contener el llanto, ella no recuerda el amor maternal, y recibirlo de mi madre, a quien no conoce más que de unas pocas horas, es una auténtica sorpresa.

—¡Gracias, señora! —agradece, temblorosa.

—Nada de señora querida niña, llámame madre si así lo sientes, yo te llamaré hija si así me lo permites.

Sofía asiente, y se deja abrazar por la mujer que me trajo al mundo, no puedo sentirme más orgullosa de haber salido de su vientre.

—Ahora, os dejo descansar. Si necesitáis algo, mi esposo y yo, dormiremos no muy lejos de aquí. —Nos besa a ambas y, tras mirarnos una vez más con todo su amor, se despide—. ¡Buenas noches, hijas mías!

Segundos más tarde, se marcha dejándonos solas, tengo tantos sentimientos encontrados dentro de mí, tanta felicidad, que no sé por dónde empezar a expresarme.

—¿Te parecería una locura si te digo que por fin me siento en casa? —susurra, acongojada, Sofía.

—No—contesto con voz trémula—, porque yo siento lo mismo. Es como si toda mi vida hubiera estado dividida, ahora, me siento completa.

—¿Crees que serás feliz aquí? ¿Lejos de Eric? —inquire algo temerosa de mi reacción.

—Seré feliz—afirmo convencida—, no voy a desperdiciar mi vida sufriendo por un hombre que ni siquiera ha luchado por mí, su silencio, su ausencia, me confirma lo que su madre me dijo.

—Recuerda que él no sabe hacia dónde nos dirigíamos, hiciste prometer a Tito que no le diría a nadie nuestro paradero.

—¿Crees que el próximo Duque de Darlington iba a salir tras una campesina gitana? —pregunto con burla, intentando ocultar el daño que eso me produce.

No responde.

Ella sabe tan bien como yo, que para esa familia no somos nada, aunque, ahora todo será diferente, pues Elisa y Sofía han muerto, desde hoy y hasta el día que la muerte venga a buscarnos seremos, Marian y Sofía Mackencie. Nadie volverá a vernos con asco o superioridad, pues somos y siempre fuimos mejores que ellos. No teníamos joyas ni trajes lujosos, pero nuestro corazón es puro, en nuestra alma no existe la maldad, ni la codicia, ni el interés que gobierna las clases altas.

—Vamos a descansar, hoy ha sido un día repleto de emociones, y no sé tú, pero yo estoy agotada.

Asiento, después ambas nos acostamos en el espacioso lecho de plumas y cierro los ojos dispuesta a dormirme, pero tras dar muchas vueltas, no lo consigo y abandono la habitación. No sé con exactitud por dónde voy, casi todo el lugar está a oscuras, solo unas pocas antorchas siguen encendidas y su opaca luz me permite bajar las largas escaleras por las que subí en compañía de mi madre. Al desembocar en el gran salón, atraída por el fuego que todavía calienta el hogar, me siento frente a este y lo contemplo hipnotizada.

—A tu tía también le encantaba contemplar el fuego. —La voz grave de mi padre, me sobre salta—. Lo siento, no era mi intención asustarte.

Sonrío en respuesta, su presencia me deja sin habla, me siento algo cohibida a su lado. Después, durante largo rato, ambos disfrutamos del silencio, él se sienta a mi lado contemplando las llamas que nos dan calor, tengo tanto que preguntarle que no sé por dónde empezar, tanto que contarle que no me salen las palabras.

—¿Cómo era? —le pregunto al fin y él me mira interrogante—. Mi tía.

—Tú eres igual a ella, incluso podrías ser hija suya. Verte a ti, es como si volviera a tenerla a mi lado —me confiesa, y aunque me sonrío, puedo ver una

sombra de dolor reflejarse en sus ojos.

—Lamento mucho que mi apariencia te cause tanto pesar —me disculpo con voz entrecortada.

—¡No vuelvas a pensar eso! —exclama horrorizado—. Verte, tenerte aquí a mi lado, es un sueño hecho realidad. Desde que Esmeralda te arrancó de nuestro lado, he pasado noches en vela, intentando imaginar un momento como este. Me he perdido años de tu vida, algo que siempre va a dolerme, pero estoy dispuesto a pasar cada instante que me permitas a tu lado.

—Y yo, quiero que todos estéis a mi lado en cada momento durante lo que me quede de vida—contesto, emocionada. Mi padre me abraza, intento contener el llanto, pues no quiero estropear este hermoso momento—. Ella murió con tu nombre en sus labios—. Siento como mi confesión le hace tensarse.

—Nunca podré perdonarla, ¡Dios me perdone, pero no puedo hacerlo! —susurra contra mi cuello al comprender a quién me refería—. Me arrebató lo que más amaba, y ha hecho de nuestras vidas un infierno, pudimos seguir adelante, pero tanto tu madre como yo, vivíamos a la mitad.

Lo abrazo con más fuerza, en un intento por hacerle saber lo feliz que me hace saber que me han amado durante todos estos años, que no se dieron por vencidos, que siempre tuvieron la esperanza de tenerme algún día con ellos. ¡Gracias a Dios, ese día ha llegado! Y ahora, menos que nunca, me arrepiento de lo que dejé atrás para estar donde estoy ahora mismo.

No sé cuánto tiempo estamos así, abrazados, ajenos a todo lo que nos rodea, regocijándonos de nuestra cercanía, reconociéndonos como lo que somos: padre e hija. Es magnífico sentir su calor protector envolverme, tanto que, sin percatarme, poco a poco me siento caer en un tranquilizador sueño. Y él al notarlo, a pesar de mis débiles protestas, me alza en sus fuertes brazos y me pide suplicante.

—Permíteme que haga esto. Deja que, por un momento, piense que eres mi pequeña niña y que nadie me ha impedido vivir a tu lado.

Con una leve sonrisa acepto, antes de cerrar los ojos, apoyar mi cabeza en su hombro y dejar que me lleve hasta mi habitación, pues también yo deseo fingir lo mismo. Minutos después, entramos en esta sin hacer mucho ruido para no despertar a Sofia, me deja en el lecho, me besa en la frente y se despide.

—¡Descansa, hija mía! —susurra.

—¡Buenas noches, padre! —le respondo, e incluso en la penumbra, puedo ver cómo le tiemblan los labios y sus ojos brillan poderosamente.

Instantes más tarde, cierra la puerta y por fin puedo dejarme vencer con tranquilidad por el sueño, pues por primera vez en mi vida me siento a salvo y en casa, que estoy donde debo estar.

He dormido durante horas, y es la melódica voz de Sofía; que canta mientras cepilla su larga cabellera, la que me despierta y hace abrir con lentitud mis ojos.

—¡Buenos días, Sofía! —saludo con mi voz aún pastosa por el sueño—. ¿A qué se debe esa felicidad tan temprano?

—No es tan temprano querida amiga, casi es hora de la comida, has dormido mucho—sonríe—. Incluso tu madre vino a despertarte, pero tu padre le dijo que te dejará dormir un poco más, ya que anoche te desvelaste.

—Sí, no podía dormir. Estuve hablando un poco con mi padre, tenemos tanto que contarnos, que ni siquiera supe por dónde empezar—suspiro, antes de levantarme dispuesta a asearme.

—Tu madre, nos trajo estos hermosos trajes, mañana mismo dice que iremos al pueblo más cercano a comprar las telas más bonitas para hacernos los vestidos más hermosos de toda Escocia—. Puedo ver la ilusión en sus grandes ojos verdes. Ninguna de las dos hemos tenido nunca cosas tan hermosas como estas.

Contagiada por su emoción, escojo para mí el vestido azul claro, cuyo tono, en su opinión, realza mi tez clara y mi oscuro pelo, mientras ella, escoge uno rosa pálido que le favorece muchísimo. Me encanta verla así de feliz. Su pelo castaño y sus ojos brillan con luz propia, y casi puedo asegurar que su vida será así a partir de ahora. Aunque, por desgracia, no puedo decir lo mismo de mí, no sé aún qué me depara el destino, el último sueño que tuve fue más bien una pesadilla, donde mis peores temores se hacían realidad. Lo único que tengo claro, es que necesito dejar todo atrás e intentar reconstruir mi vida, intentar encontrar de nuevo el amor, uno que sí sepa luchar por mí y me ame por quién soy y no por mi procedencia.

Una vez listas, Sofía me insiste para bajar al salón, está ansiosa y creo saber el porqué, por lo que, le hago caso y ambas descendemos las escaleras con una sonrisa en los labios. El primero en vernos, es un hombre que no he visto jamás, pero que de cierto modo me resulta bastante familiar.

—¡Por todos los dioses! —exclama al verme—. Mi hijo tenía razón, es idéntica.

Al escuchar esas palabras, la mujer menuda que está a su lado, se gira hacia nosotras, que hemos detenido nuestra marcha.

—¡Dios mío! —susurra, llevándose la mano al pecho.

En ese momento, mi padre se acerca a nosotras y me coge de la mano, haciendo que me mueva hacia ellos y que Sofía nos siga.

—¡Basta! —ordena firme, pero sin alzar la voz—. Las estáis asustando, creo que mi hija puede llegar a cansarse de que estemos comparándola continuamente con mi hermana.

Al poco tiempo, mi madre se acerca también y, tras darme un beso en la frente y otro a Sofía, procede a presentarnos a la pareja que anoche no estaba aquí, lo que me hace suponer, de inmediato, que el motivo de su visita soy yo.

—Estos son mis tíos, James y Sarah —dice con cariño—. Tío James, es hermano de tu abuelo; y tía Sarah, es hermana de tu abuela.

—¡Encantada! —susurro, no sé qué más decir.

En respuesta, y sin que lo esperara, Sarah me atrapa entre sus brazos y me abraza fuerte, susurrando mi nombre y sollozando, parece que creyera que no soy real. Yo a su vez, le devuelvo el abrazo e intento tranquilizarla.

Cuando al fin lo logra, me libera y me mira sonriente a los ojos.

—¡Al fin volviste a casa! ¡Bienvenida a tu hogar, querida! —acaricia mi mejilla y luego deja paso a su esposo.

Es tan parecido a mi abuelo, una versión más joven y menos corpulento.

—Bienvenida a casa Marian, puedes llamarme tío James. Nada de abuelo, ¿de acuerdo? —bromea, haciéndonos reír y aligerando la tensión en el ambiente.

Acto seguido, la abuela nos ordena pasar al salón, y una vez nos sentamos alrededor de la mesa, puedo ver a mi sonriente hermano acomodarse al lado de Sofía, que está más roja que un tomate.

—¡Buenos días, hermanita! Aunque, creo que mejor debería decir buenas tardes—se burla con naturalidad, provocando que le enseñe mi lengua y los demás vuelvan a reír.

Es como si nunca, nos hubieran separado. Y al parecer, no soy la única que lo piensa, pues las miradas de nuestros padres lo dicen todo: nos observan con amor absoluto.

A partir de ese momento, todos comemos entre bromas y risas. Mis tíos, me invitan a visitar su hogar, que no está muy lejos de Eilean Donan y en donde mis primos aguardan ansiosos por conocerme, y aunque les prometo ir pronto, sé que no será así pues primero debo pasar tiempo con mis padres y mi

hermano, deseo con toda el alma estar lo más que pueda con ellos.

Y, mientras la conversación fluye de forma natural y amena, devoro con verdaderas ganas todo lo que me sirven. ¡Estoy hambrienta! Y la comida, ¡deliciosa! Pero, cuando Marie me ofrece un plato con dulce, el olor de este me revuelve el estómago y comienzo a sentir unas fuertes náuseas.

Sofía, de inmediato, me mira preocupada.

—Vuelves a estar pálida, Marian—susurra. Mi hermano también la escucha y del mismo modo se levanta bruscamente, sobresaltando a todos.

—¿Qué ocurre hijo? —pregunta mi padre, levantándose también.

—Marian, no se encuentra bien—le contesta, sin dejar de mirarme.

Niego con la cabeza, aunque demasiado tarde, pues tanto mi madre como las demás mujeres ya están a mi lado.

—¿Qué sucede, mi niña? —pregunta mi abuela.

Pero, antes de que pueda responderle, y para mi total vergüenza, una nueva arcada atraviesa mi estómago y comienzo a vomitar delante de todos. No puedo evitarlo, por lo que, mi madre, consciente de eso, me sostiene el cabello y ordena a Marie que me traiga un té. Cuando por fin termino de devolver lo que comí, alzo mi rostro y los observo mirarme preocupados.

—¡Lo siento! —susurro con voz cansada.

—Tonterías, cariño—responde mi madre, mientras me limpia la boca y la frente sudorosa—. Deja que tu madre te cuide.

Luego, me ayuda a levantar y acompaña hasta la habitación, donde me recuesto en el lecho y cierro los ojos intentando volver a respirar con normalidad, pero un mal presentimiento me agobia aún más.

—Marian, cariño, ¿no tienes nada que contarme? —me susurra, acariciando mi cabello, y las lágrimas acuden a mí—. No llores pequeña, mamá está contigo.

Seguido, ella me abraza, y es cuando por fin lloro todo lo que no me había permitido hasta ese momento. Debía ser fuerte por Sofía y por mí. Teníamos un largo viaje que enfrentar, y pensar o entregarme a mi dolor no era opción. Pero, ahora, ya no puedo soportar más, a este se suma una nueva preocupación, puede que esté embarazada.

No quiero avergonzar a mis padres, no quiero que se sientan decepcionados.

—¡Lo siento! ¡Lo siento, mamá! —repito una y otra vez.

—No tienes que pedir perdón por nada, hija mía —me aprieta más contra su cuerpo.

En ese momento, la puerta se abre y Sofia aparece con una taza de té en sus manos.

—¿Estas mejor, Marian? —me pregunta, angustiada

Asiento, no quiero preocuparla.

—¿Cuánto hace que mi hija siente malestar, Sofia? —le pide saber a su vez, mi madre.

—Un poco más de una semana, señora.

—¿Qué te dije anoche, hija? —me reprende con dulzura al escuchar la respuesta.

—¡Perdón, madre! —sollozo.

Y, en respuesta, ella acuna entre sus manos mi rostro bañado en lágrimas y susurra mirándome directo a los ojos.

—No pienses jamás que voy a juzgarte.

Esas palabras hacen que nuevos y desgarradores unos sollozos atraviesen mis labios, y aunque intento controlarme, pues sospecho lo que va preguntarme a continuación, no puedo.

—Marian, ¿estás embarazada? ¿crees que puedes estar en cinta? —formula la tan angustiada pregunta sin rodeos.

A la que no sé cómo responder, salvo agachando la mirada y guardando silencio, pero, tan pronto ella me hace mirar de nuevo sus expectantes ojos azules, decido no mentirle aun cuando eso signifique decepcionar a una madre que encontré hace apenas un día.

—No lo sé—susurro con voz llorosa.

Mientras, Sofia se lleva las manos a su boca en un intento por reprimir un chillido; y mi madre, vuelve su mirada dolorida y acuosa.

He perjudicado a mi familia y me siento perdida otra vez...

Capítulo 9

(Eric Darligton) Inglaterra, Mansión de los Duques de Darligton.

Dos meses, hace casi dos meses, que Elisa se fue acompañada de Sofia sin siquiera despedirse, luego de entregarme el bien máspreciado de una mujer, después de regalarme la noche más hermosa de mi vida.

Su partida me ha dejado herido y deshecho. No dejó una nota, nada, solo el silencio. ¿Qué hice mal? ¿Acaso no me amaba? ¿Interpreté mal su respuesta apasionada la noche que se entregó a mí? Son tantas preguntas sin respuesta. Y, aunque en un principio me deje dominar por la pena, con los días el enfado hizo mella en mí, haciéndome sentir traicionado y utilizado. Yo, no le habría exigido nada, si después de nuestra noche de pasión, me hubiera dicho que sus sentimientos no eran igual a los míos, a pesar del dolor que eso me causara, la habría respetado.

Sin embargo, optó por el camino fácil, por el más cobarde, escabullirse en la madrugada para no ser vista y huir. Ningún sirviente me da respuesta, afirman no saber nada, pero sé que el pequeño Tito sabe algo, y aunque he tratado de disuadirlo usando métodos poco honorables, su lealtad hacia Sofia y Elisa es fuerte, algo que le honra. He llegado incluso a amenazarle con echarlo de mis tierras, un recurso bastante miserable, y su respuesta ha sido siempre la misma aun cuando el miedo inunda sus pequeños ojos marrones.

Por otra parte, mis padres, siguen presionándome para que siga adelante con mi matrimonio con Bárbara, la noche que anunciaron mi compromiso sin mi permiso, fue la primera vez que hablé con ella, y aunque me pareció una mujer bella, refinada, toda una dama de alta sociedad, no es lo que quiero para mí. Ellos no entienden que no deseo un matrimonio como el suyo, desde pequeño no recuerdo más que gritos y disputas en mi hogar, frialdad y desprecio, sé que su matrimonio fue concertado, un mero trámite para sumar vienes y títulos al Ducado.

¿Eso quieren para mí? ¿Qué viva mi vida con una completa desconocida que no me produce ningún sentimiento? ¡Muy probable! Por eso, no me extrañó que cuando les confesara la verdadera razón de mi negativa a casarme con Lady Bárbara, se rieran de mí y me llamaran estúpido y afeminado.

Sé que nunca fui el hijo predilecto de mi padre, solo se fijó en mí cuando mi hermano mayor Jonathan murió de unas fiebres teniendo apenas dieciséis años, desde entonces, sobre mis hombros recayó todo el peso del Ducado y la procreación de herederos dignos del apellido Darlington. Mis padres nunca superaron su muerte, y para ser sinceros yo tampoco, él fue mi mejor amigo, mi ejemplo a seguir, mi héroe, solo tenía trece años cuando murió dejándome desamparado.

Ese día no sólo perdí un hermano, perdí mi libertad.

Aún recuerdo todo como si fuera ayer. Mi padre me había abofeteado por mi muestra de debilidad, por lo que corrí a ocultarme detrás de los establos a llorar la muerte de mi hermano pues nadie más parecía sentirlo. Poco tiempo después, llegó Elisa; una pequeña niña de ojos y pelo negro, quien no tuvo miedo de acercarse al hijo del Duque de Darlington, tal vez porque en su inocencia no comprendía nada de las absurdas normas y títulos que nos separaban.

Y a mí tampoco me importaban en ese entonces, y siguen sin importarme hoy día.

Desde entonces, hace casi once años, y a pesar de que con el pasar del tiempo nos fuimos alejando, yo por obligación y ella por miedo, nunca pude romper la conexión con ella. Al cumplir los dieciocho años, ya sabía que la amaba, ninguna mujer me llamaba la atención por muchos bailes que mis padres organizarán para atraer a las damas casaderas de la región, ninguna me parecía lo bastante hermosa o buena, no como mi Elisa. Por lo que, apenas pude les confesé la verdad, quienes no solo rieron de mí, también me aconsejaron casarme con una dama de sociedad y tomar a Elisa como mi amante.

Una propuesta que me encolerizó e hizo enfrentarme a mi padre por primera vez, pues jamás me conformaría con menos que hacer a Elisa mi duquesa, jamás podría sentir vergüenza de su sangre gitana, pero la sola mención de mis intenciones solo logró que él adelantara sin mi consentimiento mi compromiso con Lady Bárbara, un enlace que le reportaría abundante dinero. Por eso, la noche que besé por primera vez a mi amada Eliza, le pedí perdón por lo que estaba a punto de ocurrir sin que yo pudiera evitarlo.

Me siento miserable, ¡Soy un cobarde! Tengo veinticuatro años y nunca he sido en realidad el dueño de mi propia vida. Jonathan, habría sabido qué hacer, de los dos él era el más arriesgado y decidido, yo siempre fui más tranquilo, dado a la lectura, a montar a caballo y jugar al ajedrez, a estudiar

para alcanzar mi más grande sueño: ser profesor. Nada digno del hijo del Duque de Darlington. Fue a raíz de la muerte de mi hermano que, tuve que aprender a llevar las cuentas de todas mis propiedades, a salir de caza y hablar diferentes idiomas, a flirtear con las damas, porque es lo que se espera del ahora único heredero.

Este es mi angustioso presente, no quiero casarme con una mujer que no amo, y la cual tampoco me ama, solo desea mi título y riquezas, ¿quién no sueña con ser la Duquesa de Darlington? Con gusto se los regalaría y me marcharía en busca de Elisa, por quien rezo cada noche para que esté sana y salva, aunque no me ame.

Una vez más, como cada día voy en busca de Tito, esperanzado porque sea hoy el día en que el pequeño por fin hable. Lo localizo en los establos limpiando las cuadras, un trabajo a mi parecer demasiado pesado para un niño tan pequeño, pero sus padres insisten en que debe trabajar duro desde temprana edad.

—¡Buenos días, Tito! —saludo con cordialidad.

Al escucharme, el niño me mira algo asustado.

—¡Buenos días, mi señor! —responde en voz baja, con temor.

—¿Sabes lo que voy a preguntar, cierto? —intento sonar tranquilo.

—Y usted, mi señor, ya sabe la respuesta—responde con valentía, dejando atrás el miedo de hace unos instantes.

—¿Por qué, Tito? —Ya ni siquiera me enfurece su negativa—. ¿Por qué te niegas a decirme donde está Elisa y Sofía?

—No se llama Elisa—exclama en un arrebato de furia, instantes después veo como se le descompone el semblante al darse cuenta de que ha hablado de más.

—¿A qué te refieres? —pregunto ahora más confuso que antes.

—Ella me dijo un secreto antes de marcharse, le juré que nunca le diría adónde fue, y no lo haré, no me importa si usted me echa de sus tierras. —Alza orgulloso su pequeña barbilla.

—Nunca haría eso Tito, ese día me enfurecí. Pero nunca te dejaría desprotegido.

—Usted y su madre son malos con Marian, y nunca le diré nada. Ella está en un buen lugar, donde no volverán a insultarle, ni a hacerle daño —me mira con enfado, y una vez más no sé de qué habla.

—¿Mi madre? —frunzo el ceño, intentando recordar si alguna vez lastimó a Elisa—. ¿Quién demonios es Marian?

—Elisa, Ella se llama Marian—confiesa—. Su madre la insultó la mañana que ella se marchó de aquí. La llamó ramera.

¿Cómo?!

Escuchar que mi madre humilló a Elisa o Marian, me da igual como se llame, me enfurece y enciende la sangre. ¿Cómo supo ella que pasé la noche con Elisa?

—¿Estás diciendo que mi madre le hizo daño a Elisa? —pregunto para asegurarme.

—Sí mi señor, pero ella no lloró, aunque vi sus ojos tornarse tristes —dice entre dientes—. No quiero que le haga más daño. Usted le ha hecho llorar demasiado.

Una vez escucho aquello, solo siento deseos de retorcerle el pescuezo a mi madre, nunca he sido un hombre violento, pero ahora mismo podría ser capaz de cualquier locura.

—Ahora entiendo tu negativa pequeño, y quiero que sepas que estoy orgulloso de que cumplas con tu palabra. Eso te hará un buen caballero.

—Yo nunca seré un caballero mi señor, nunca seré nada, como tantas veces me recuerda Lady Margaret.

Aprieto los dientes, al conocer que también maltrata y humilla a este pequeño niño, mi madre es una mujer amargada, llena de odio y resentimiento, y se empeña en ver a todos a su alrededor como seres inferiores a ella, solo por el hecho de ser la Duquesa de Darlington.

—Nunca te dejes humillar por mi madre, ¿de acuerdo? Si te molesta acude a mí—dicho esto, me marché intentando controlar la ira que amenaza con consumirme.

Voy en busca de mi madre, tal vez ella me dé respuestas. No espero que me diga dónde está Elisa, pero sí que confiese todo lo que me contó Tito, pues estoy seguro que ha humillado a la mujer que amo en muchas más ocasiones. ¿Cómo no lo pensé antes? Conozco la maldad de la mujer que me trajo al mundo, pero creí que Elisa estaba a salvo de sus mezquinos actos, una vez más subestimé a Lady Margaret Darlington.

Tan pronto entro por la gran puerta principal, me dirijo a sus aposentos, donde sé que a estas horas debe estar mi madre, nunca baja antes del almuerzo, y tal como suponía, allí está siendo custodiada por su dama de compañía ubicada en la puerta de su habitación, que se sorprende un poco al verme, pues nunca voy allí a menos que ella mande a llamarme, cosa que no suele suceder muy a menudo.

—¿Desea algo, Lord Eric? —pregunta servicial la mujer.

—¿La duquesa está despierta?—pregunto, intentando controlarme.

—Sí mi señor, pero ahora mismo su madre no puede recibirlo. Si me permite, yo le comunicare que desea hablar con ella.

—No pienso irme sin que me reciba—respondo serio. Si me marchó, nunca la enfrentaré, y esto no se lo pienso dejar pasar.

—Sea razonable, mi señor...—No acabo de escucharla. La empujo con suavidad, pero con la suficiente fuerza para apartarla.

La mujer contiene un grito de incredulidad en respuesta y, después sin siquiera llamar a la puerta, la abro empujándola con mis manos. Ambas hojas rebotan contra la pared y mi madre, que está en su lecho desayunando con toda tranquilidad, abre los ojos como platos, sorprendida de que yo, su hijo menor, ese que siempre ha despreciado, por fin tenga las agallas de plantarle cara.

—¿Se puede saber qué significa esto, Eric? —exclama sin alzar mucho la voz.

—Significa madre, que estoy cansado de ser un títere en vuestras manos. —Aprieto mis puños—. Y quiero escuchar de vuestra boca, cómo fue que humillaste a Elisa o, ¿debo decir, Marian?

—¿Te has vuelto loco? —pregunta furiosa, se levanta de la cama y se acerca a mí, la bofetada que recibo no me sorprende—. Respétame Eric, soy tu madre.

—Por desgracia para ambos. Recuerdas que soy tu hijo, cuando te conviene —respondo sin dejarme intimidar—. Además, el respeto se gana madre, y tú no has hecho nada para ganarte el mío.

—¿Qué demonios te ha poseído? —Ella misma no puede creerse lo que estoy haciendo, y ciertamente, yo tampoco—. ¿Estás reclamándome que haya tratado a esa bastarda gitana como lo que es? —pregunta luego con una risa maliciosa.

—¡No la insultes! —le ordeno—. ¿Qué le dijiste el día que ella se fue de aquí? Se marchó por tu culpa, ¿cierto?

—No querido, se fue por la tuya, ¿de verdad creerías que después de pasar la noche en su cama podrías desaparecer, así como así y ella se iba a sentir bien con eso?

—No sé cómo sabes eso, pero no me fui porque quisiera hacerlo, estaba protegiendo su honor—respondo apretando los dientes, al pensar en el dolor que Elisa pudo haber sentido por mi marcha.

—¿Honor? —se carcajea mi madre—. Querido, las muchachas como Elisa,

no tienen honor, son usadas por los hombres como tú, y ellas están gustosas de ser vuestras rameras, ¿dónde ves tú el honor? ¿La virtud?

—Ella me entregó su virtud, no tengo dudas sobre eso madre. Mi Elisa no es ninguna ramera.

—¿No existe “tu Elisa”, Eric! —exclama alzando la voz por primera vez—. Estás comprometido con Lady Bárbara, ella va a ser tu mujer, y eso fue lo único que le dije a tu ramera. Le hablé con la verdad, y nada puedes reprocharme.

—¿¡No puedo?!—grito con furia—. ¡Me has destrozado la vida! Nunca me has amado, soy el hijo que reemplazó a tu adorado, Jonathan.

Otra bofetada, me gira la cara hacia la puerta y en esta veo a mi padre mirándome como si quisiera acabar con mi vida.

—No pronuncies siquiera su nombre, Eric. Él era todo lo que tú jamás podrás ser—sisea furiosa, con lágrimas en sus ojos tan parecidos a los míos.

—¿Entonces, dejarme libre! —vuelvo a gritar, sin importarme quién me escuche.

Estoy cansado de esta situación.

—Eres, Eric Darlington. Eso nunca podrás cambiarlo, así que compórtate como tal—habla por primera vez mi padre, entrando a la habitación y cerrando la puerta.

—No voy a casarme con Lady Bárbara Stanton. —Alzo mi mentón y los miro a los ojos, para que vean que es una decisión irrevocable.

—Sí lo harás —dice con mucha tranquilidad mi padre—. Ser un Darlington es un honor, somos una de las familias más influyentes de Inglaterra.

—Para mí, ese apellido ha sido una maldición. No deseo casarme con alguien que no amo, ya os lo dije, no me escuchaste. No contentos con eso, echaste a Elisa de aquí—los acuso sin importarme las consecuencias.

—No la echamos, ella solo se fue. Pero reconozco que nos facilitó el trabajo, no queríamos ocuparnos de ella y un posible bastardo—gruñe mi madre.

Se me hiela la sangre al escucharla, nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de que nuestra noche juntos tuviera consecuencias.

—¿No me digas que no lo habías pensado? —se burla mi padre.

Solo de pensar que Elisa pueda estar quién sabe dónde y embarazada de mi hijo me mata, ahora más que nunca debo encontrarla.

—Voy a ir a buscarla—comunico muy seguro.

—¿No, no lo harás! —El puño de mi padre, impacta en mi mejilla

haciéndome retroceder varios pasos—. Eres mi hijo, el futuro señor de todo esto, ¡compórtate como tal! —ordena gruñendo.

Noto el sabor de la sangre nadando en mi boca, pero ese dolor es nada comparado con el que siento al pensar en todo lo que puede estar pasando, Elisa.

—Voy a ir a buscarla, no me importa lo que digáis o hagáis, dejé de teneros miedo.

—¿Y por dónde vas a empezar? —pregunta seria mi madre, como si pudiera engañarme y hacerme pensar que le importa realmente si la encuentro o no.

—Tito, sabe dónde están. Él me lo dirá—le respondo, rogando para poder convencerlo de una vez.

Me giro para marcharme, he dicho todo lo que quería decir, y debo comenzar a buscar a la mujer que amo y que, muy posiblemente, esté esperando un hijo mío. ¡Un hijo de ambos! Sonrió feliz, pero mi sonrisa muere igual de rápido que ha nacido, cuando las palabras de mi padre me detienen.

—Si te marchas. Olvídate de volver, dejaras de ser mi hijo. No serás nadie.

Respiro hondo, y sin siquiera mirarlos, contesto muy tranquilo.

—Seré libre, tendré a Marian. No necesito nada más.

Y, seguido, me marchó, y a lo lejos puedo escucharlos llamarme a gritos, pero no vuelvo la vista atrás, nunca volveré a anteponer mi título ni a mis padres, ante la mujer que amo.

Por favor, que encuentre a Elisa pronto...

Capítulo 10

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Le he rogado a mi madre que aún no diga nada de mi estado, pues, aunque estoy casi convencida de que estoy embarazada, quiero estar totalmente segura antes de defraudar a toda mi familia.

¿Qué pensará mi padre? ¿Mis abuelos? ¡Oh Dios!

He llorado durante horas, y después de asegurarle a mi madre que mi estado no es fruto de ninguna violación, la dejo abrazarme y le cuento toda mi historia.

—¿Quién es el padre? —susurra acariciando mi cabello, después de largo rato de llanto.

—Lord Eric Darlington, próximo Duque de Darlington y poseedor de unos cuantos títulos más.

—¿Te forzó? —Noto como contiene el aliento, esperando mi respuesta.

—No madre, él no me forzó. Me entregué a él porque lo amo, siempre lo he amado, desde que tengo uso de razón ha sido alguien muy importante, siempre fue mi amigo a pesar que sus padres no aprobaran nuestra amistad.

—Puedo entender eso hija mía, yo misma he amado a tu padre desde que era una niña, ¿crees en las almas gemelas? ¿En que todos nacemos predestinados a una persona? Yo sí, pues lo he vivido en carne propia.

—¿Te enamoraste de padre muy joven? —pregunto interesada, deseo saber más sobre la historia de amor de las personas que me dieron la vida.

—Amo a tu padre desde que tengo uso de razón, y no creas que fue todo un camino de rosas, me costó lágrimas de sangre conseguir que tu padre aceptara que estábamos hechos el uno para el otro.

—Pero él te amaba, se reusaba a aceptarlo, pero lo hacía. Eric no me ama —sollozo esas palabras que tanto daño me hacen.

—¿Por qué estás tan segura de que no te ama? —pregunta mi madre.

—Él no ha venido a buscarme, eso creo que es más que suficiente respuesta a tu pregunta madre— respondo enfadada, no con ella, sino con él.

—¿Acaso ese muchacho sabe dónde estás? ¿Se lo dijiste? —exige saber, mirando mis ojos.

Tras varios minutos, durante los cuales no digo nada, niego con mi cabeza, me avergüenza haber sido tan tonta como para no caer en cuenta de eso, yo misma le hice jurar a Tito que nunca revelaría mi paradero, y confío en ese pequeño, sé que no dirá.

—Entonces querida, ¿cómo quieres que él venga por ti? —susurra con dulzura. —Sé que, aunque supiera dónde me encuentro no vendría, él jamás desafiara a sus padres, mucho menos por mí. Para ellos solo soy una bastarda gitana.

—¡Nunca más vuelvas hablar así de ti! —exclama furiosa—. Tú no eres ninguna bastarda, eres hija de Sebastien y Valentina Mackencie, nieta de Alexander Mackencie Laird del clan más poderoso y temido de las Tierras Altas. —enumera orgullosa—. Mi abuelo, tu bisabuelo era miembro de la casa de York, así que no crean esos imbéciles que su sangre es menos noble que la suya—gruñe y se levanta, dejándome sola sentada en mi lecho.

—Madre, no me importa lo que piensen de mí, ellos me han despreciado toda mi vida, sobre todo Lady Margaret. Siente un odio desmedido hacia mí, que no entendí hasta que murió Esmeralda. —Al escuchar ese nombre, puedo ver cómo mi madre se tensa, tiene sobrados motivos para odiarla—. Ella fue amante de Lord Darlington, yo no lo sabía.

—Sí, no pongo en duda la palabra de esa mujer, Esmeralda era una ramera de las de peor clase. —Nada más decir eso, con la mirada parece querer disculparse.

—No pasa nada madre, puedes hablar con total franqueza, no me une ningún sentimiento a ella, más allá de la poca estima que pude tenerle por criarme, que también desapareció cuando me contó la verdad.

—No podría culparte por amarla, después de todo ella te crío. —Puedo sentir su dolor, y un nudo aparece en mi garganta dejándome casi sin habla.

—¿Cómo crees que podría amarla? Nunca fue una madre para mí, aunque ella me apartó de tu lado, tú siempre estuviste presente, mucho más cerca que ella misma. —La abrazo para ocultar mi llanto.

—Te he echado tanto de menos hija mía, el dolor ha sido atroz —dice correspondiendo a mi abrazo, ambas vamos a necesitar tiempo para asimilar que, el tiempo perdido por mucho que nos duela, es algo que nos han arrebatado y que jamás podremos recuperar.

Después de nuestra conversación, y de calmarnos mutuamente, mi madre decide que no vamos a contar nada todavía sobre mi posible embarazo. A mi padre y demás familiares, les diremos que algo me ha sentado mal, odio mentirles, en especial a él pues en tan poco tiempo he logrado sentir una especial complicidad que no logro explicar, una que a ella le hace sonreír apenas le comento sobre esta.

Unos minutos más tarde, siguiendo su consejo y el de Marie, salgo a dar un paseo por los alrededores del castillo, rodeado por el lago Duich. Nunca vi nada tan hermoso, no puedo decir que Inglaterra sea horrible, pero mi corazón reconoce estas tierras, las amaba incluso antes de llegar aquí, pues durante toda mi vida soñé con ellas. Durante el recorrido, intento no pensar en mi estado, en lo mucho que va a cambiar mi vida, en las decisiones que voy a tener que tomar.

¡Voy a ser madre!

De pronto, escucho unos pasos y me giro de inmediato, encontrándome a Sofía, quien se acerca a mí con semblante crispado.

—Vas a decirle sobre él bebe, ¿cierto? —pregunta sin rodeos, cuando se posiciona a mi lado.

No me mira, sus ojos observan el inmenso lago que nos rodea.

—No lo sé— respondo con sinceridad.

—Estás siendo una maldita cobarde, Marian —me observa y puedo ver su enfado—. Nunca has sido cobarde, no empieces siéndolo ahora, no con algo tan importante como la vida de tu hijo.

—¿Cobarde? ¿Crees que estoy siendo cobarde? Tal vez no quiera decirle nada porque no se lo merece Sofía, tú misma escuchaste la basura que me dijo Lady Margaret.

—¡Exacto! —exclama alzando los brazos hacia el cielo—. Escuché a Lady Margaret, no ha Eric. No sabes nada Marian, tal vez él esté tan perdido como tú.

—No lo creo, Sofía—respondo sin querer dar mi brazo a torcer—. Conozco a Eric mejor que tú, solíamos ser amigos cuando éramos niños, sus padres ejercen un control sobre él que nunca he llegado a comprender, va más allá de la lealtad.

—Creo que lo que siempre buscó Eric en sus padres fue aceptación, ¿no recuerdas cómo adoraban a Jonathan? —Esa pregunta trae recuerdos a mi mente—. Lo adoraban, para Eric nunca quedo nada, solo soledad.

Es escuchar esto último y mi mente comenzar a ir más atrás en el tiempo,

cuando Jonathan aún vivía y Eric era libre, un niño solitario, pero libre gracias al cariño y la protección de su hermano mayor. Siempre juntos, así logro recordarlos, y de pronto soy consciente de cómo todo cambió tras su muerte, no solo fue el dolor de la pérdida, sobre los hombros del Eric también recayó todo el amargo peso del ducado. Luego de eso, él jamás volvió a ser el mismo, fue cómo si Jonathan se hubiera llevado una parte de su alma.

«¿Cómo pude olvidarlo?» me reprocho en mis adentros, mientras profundizo cada vez más en ese doloroso instante de sufrimiento para Eric, y de cierto modo para mí, pues a partir de ese día todo cambió también entre nosotros.

Estoy cansada, hoy ha sido un largo día, solo quiero llegar a casa y poder dormir, y mientras camino, ruego porque Esmeralda esté lo bastante ebria como para dejarme en paz una maldita noche. Pero de pronto, escucho unos sollozos y me detengo, y algo en mí se rompe al observar no mi lejos de mí al hijo menor de los señores, llorando como si su mundo se hubiera derrumbado.

Es Eric...

Quiero acercármele, pero me contengo, pues desde hace un tiempo, Lady Margaret no ha cesado de repetirme una y otra vez, que no puedo acercarme a sus hijos, que soy escoria, que no puedo volver a jugar nunca más con ellos, porque solo soy una maldita sirvienta. Por eso, he tratado de evitarlos a toda costa, con Jonathan ha sido más fácil, él siempre tiene deberes que hacer, pero Eric es más insistente, y aunque he tratado de hacerle entender que tenemos vidas muy distintas y destinos por completo opuestos, se niega a dejar nuestra amistad atrás.

Y, al recordar esto último, ya no me siento capaz de marcharme y dejarlo solo, además algo horrible ha debido ocurrir para que esté así, nunca lo he visto llorar. Con cuidado, me le acerco, y él al sentir mi presencia, se gira hacia mí y me observa con sus preciosos ojos azules enrojecidos por el llanto y el dolor.

—Eric, ¿qué ocurre? —susurro horrorizada.

—Se ha ido Elisa, él se ha marchado para siempre—responde sollozando con más fuerza

—¿Quién se ha ido? ¿De qué estás hablando? —insisto, intentando entenderle.

—Jonathan. —El nombre de su hermano, es la única respuesta que obtengo.

Segundos después, el significado de lo que ha dicho llega a mí como una avalancha y mis lágrimas no tardan en aparecer. ¡Jonathan, ha muerto! Él llevaba días enfermo con unas virulentas fiebres, ¿por qué no lo vi? Siempre sueño cosas, ¿por qué no vi la muerte de mi amigo? Sí, mi amigo, nuestro héroe, quien jamás permitió a sus padres arrebatarme mi amistad.

Estoy llorando, cuando aquel doloroso recuerdo abandona mi mente, mis lágrimas caen copiosas por mis mejillas.

—Llevas mucho tiempo huyendo Marian—susurra Sofía al imaginarse lo que he recordado—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Era más pequeña que vosotros, pero recuerdo ese día tan bien como tú, pero al contrario de lo que haces, no lo escondo, no intento olvidar el dolor.

—Eras una maldita niña Sofía, es imposible que recuerdes a Jonathan—exclamo furiosa.

—Puede que no tan bien como tú, pero sí recuerdo a ese muchacho tan parecido a Eric, alto, desgarbado. Siempre con una sonrisa y un gesto amable, aunque solo fuéramos criadas. Él fue de las pocas personas amables conmigo, y eso es algo que no olvidaré jamás.

—¡Lo siento, Sofía! —me disculpo, avergonzada—. Todo esto está siendo muy difícil para mí.

—Lo sé, pero tú lo estás complicando aún más, dejando que esa maldita vieja siga ganando, —Me mira con los ojos llenos de seriedad, tanto que me asusta—. Ya no eres una de sus sirvientas, eres Marian Mackencie, y creo que ya va siendo hora que el mundo entero lo sepa.

Miro el agua que me rodea, el reflejo del Sol en ella.

—Tienes razón. Es hora que deje de tenerle miedo, esa maldita mujer ya no puede hacerme daño. Soy tan buena o más que ella, estoy harta de tener que esconderme.

—Así me gusta—exclama feliz, abrazándome.

—Le escribiré una carta a Eric, le contaré de mi estado, él deberá decidir qué desea hacer.

—¡Muy bien dicho! —me apoya mi mejor amiga, esa que siempre ha sido mi más fiel aliada—. Volvamos adentro, está refrescando, en tu estado no es bueno coger frío.

La miro tratando de contener la risa, me hace mucha gracia que intente

cuidarme, cuando soy mayor que ella.

—No digas nada a mi familia, ¿de acuerdo? —le suplico—. Llegado el momento seré yo quien se lo diga.

—No es algo que puedas ocultar por mucho tiempo, no tardará mucho en notarse.

—Lo sé, pero hoy no es el día apropiado. Ya he decepcionado a mi madre, no soportaría ver la mirada de desaprobación de mi padre y los abuelos.

—Estoy segura que no has decepcionado a tu madre, ni los demás se sentirán de ese modo.

No la contradigo, porque tal vez tenga razón, mi madre me ha asegurado que no está enfadada o decepcionada, que jamás podría llegar a estarlo por alguna cosa que haga, pero es algo difícil de creer, sobre todo porque nadie me ha amado de ese modo en mi vida.

Al entrar al salón, lo primero que veo es a mi padre paseándose a grandes zancadas por este, cuando me ve, detiene su errática caminata y luego se acerca a mí mirándome fijamente, lo que me pone nerviosa y deja sin respiración. Siento que puede ver a través de mí y eso me angustia.

—Tu madre no quiere decirme qué ocurre, pero tú sí lo vas a hacer— ordena furioso.

—Padre, no debes preocuparte, estoy bien— intento sonreír para aliviar la tensión que emana de su gran cuerpo.

—¡No me mientas, muchacha! —gruñe—. Soy tu padre, puede que no te haya criado, pero eres sangre de mi sangre, créeme cuando te digo, que la sangre gitana que corre por nuestras venas es especial. Sé que tú también lo sientes.

Agacho la cabeza avergonzada, sabía que no podría ocultar mi secreto por mucho tiempo, odio esta sensación, la opresión en el pecho, amenazando con ahogarme.

—Voy a decepcionarte padre yo...— Sus fuertes brazos me rodean y sus palabras susurradas en mi oído alejan de mí todos los temores.

—Jamás podrás decepcionarme, eres todo lo que siempre soñé, te amo con todo mi corazón, al igual que tu hermano sois parte de mí.

—Creo que estoy en cinta, padre— lo digo con rapidez, para no perder el valor.

Puedo sentir como su abrazo se hace más fuerte, incluso, como deja de respirar, temo su reacción, temo que se aparte de mí y me aleje, eso destruiría mi maltrecho corazón.

—¿Quién es el miserable bastardo que se atrevió a tocarte? —pregunta con voz gutural.

Suelto un pesado suspiro.

—¡Basta, Sebastien! —ordena firme, mi madre—. Nuestra hija nos necesita más que nunca, necesita nuestro apoyo, no tus irracionales celos de padre.

—Mi hija me acaba de confesar que está embarazada, pero yo no veo por aquí al padre de la criatura o, ¿tú sí? —Al no obtener respuesta, continúa hablando—Un hombre, un verdadero hombre estaría aquí dando la cara, sin embargo, solo veo a una niña asustada por la reacción que pueda recibir de su familia.

—Y ella descubrirá por sí misma, que nosotros la apoyaremos en todo momento. No nos conoce, Sebastien—hablan como si yo no estuviera presente, y ver el dolor en sus ojos me hace sentir miserable.

—Madre, padre. En primer lugar, debo pedir perdón, sé que no soy lo que esperabais, me entregué al hombre que he amado toda mi vida, sin pensar en nada más, sin pensar en las consecuencias que podría acarrear para todo el mundo.

—¡Basta! —ordena de nuevo mi padre—. Vuelvo a repetirte que eres mucho más de lo que esperábamos, no has hecho nada malo, y no volverás a estar sola nunca más.

Cuando me doy cuenta, estamos fundidos los tres en un cálido abrazo, que me da más fuerza y ánimos que cualquier otra cosa, me da fuerza para enfrentar todo lo que pueda avecinarse, porque el futuro es incierto, pero una cosa es cierta, nunca volveré a estar sola ni desamparada, no solo porque he encontrado a mis padres y mi lugar en el mundo, sino también, porque voy a ser madre. Un pequeño ser crece en mi vientre, alguien que dependerá por completo de mí, alguien que me querrá como yo a él.

Mi otra mitad. El fruto de mi amor por Eric, porque no importa si jamás lo vuelvo a ver, si nuestros destinos no vuelven a unirse, una parte de él vivirá en mi hijo y estará muy cerca de mí, y eso me hace feliz.

El futuro es mío, ya no le temo.

Ahora, es Eric Darlington quien debe decidir, y espero que su decisión sea la correcta...

Capítulo 11

(Eric Darlington) Mansión de los Duques de Darligton, Inglaterra.

Desde el día que enfrenté a mis padres, no he vuelto a hablar con ellos, pero sí contraté a un investigador, aunque debido a la poca información que pude darle sobre Eliza no me ha dado muchas esperanzas, lo que me tiene sumido en la más absoluta desolación.

Además, desde aquella fatídica discusión, ellos también se han propuesto a ignorarme en todo momento, en especial, cuando nos sentamos alrededor de la mesa del comedor, por lo que, cansado de sus desprecios e imposibilitado de irme de aquí pues tengo la esperanza de que Eliza regrese, he ordenado que las comidas se me sirvan en mis aposentos o en mi despacho, en el que paso largas horas de trabajo administrando e intentando salvar el patrimonio familiar del que tanto se jactan mis progenitores y que ambos despilfarran sin medidas, mi padre con más ahínco en ese absurdo club de caballeros, apuestas y amantes bastante caras.

Si el abuelo viviera, moriría de nuevo al ver lo que ese par han hecho de su herencia.

Mi abuelo...

De solo recordarlo al hombre que fue como un padre para mí, un nudo de emociones se instala en mi garganta, murió cuando yo apenas tenía diez años y su muerte me destrozó, tres años después también me abandonó mi hermano y su partida me devastó, y ahora Eliza, la mujer que amo, se ha ido partiendo mi corazón en dos. ¡Dedo encontrarla! Y lo haré así tenga que recorrer cada rincón de Inglaterra, no puedo estar muy lejos, ¿cierto?

Temo que le haya pasado algo malo, a ella o a Sofia que la acompaña, dos jóvenes viajando sola es una verdadera tentación para infinidad de peligros. Sé que se protegerán una a la otra, son como hermanas, y aunque saben cómo cuidarse y siempre han sido muy valientes, al fin y al cabo, son mujeres.

Un suspiro desgano escapa de mis labios.

Como extraño el tiempo en el que todos éramos solo niños sin más responsabilidad que la de ser felices y jugar, sin ninguna distinción e impedimento para ser amigos, aun cuando mi hermano fuera el heredero

Darlington. Pero, lastimosamente, crecimos y nos distanciamos cada vez más, sobre todo luego de la muerte de Jonathan, tras la que Sofía y Eliza se refugiaron en sus responsabilidades, y yo, me sumé en un mundo de frivolidades aristocráticas negándome la posibilidad de ser feliz.

¡Pero ya no más!

Si para recuperar mi felicidad tengo que perderlo todo, entonces que así sea, nada material importa teniéndola a ella, y en cuanto a mis padres, nunca he tenido su amor, así que no creo les haga mucha falta.

Seguro de mi decisión, decido ir a buscar de nuevo a Tito en la pequeña choza de sus tíos, y al no ser atendido allí, camino rumbo a las caballerizas donde por lo general está el pequeño trabajando. Y en efecto, mientras me acerco a aquel lugar puedo verlo a lo lejos cargando un fardo de heno con bastante dificultad, por su forma de moverse pareciera que un dolor intenso lo aquejara y, al notarlo, de inmediato, un terrible presentimiento me atenaza, que confirmo una vez llego a su lado y observo su camisa raída y empapada de..., ¿Sangre?

—¿Tito, estas bien? —El pequeño, al escuchar mi voz suelta el fardo de heno que sostenía con sus delgados brazos y me mira asustado—. Tranquilo, no voy a hacerte daño.

—Mi señor...—gime de nuevo, está sudoroso.

Pero no alcanza a terminar, ante mis ojos lo veo desplomarse y apenas consigo cogerlo entre mis brazos antes de que caiga al suelo. Siento su piel arder, es evidente que está muy enfermo, por lo que, angustiado por la gravedad de su estado y sin pensar en nada más que ayudarlo, llamo a viva voz por ayuda. Casi de inmediato, aparece Peter, mi ayudante de cámara, quien nunca está muy lejos cuando lo necesito.

—¿Qué ha ocurrido, mi señor? —pregunta espantado, al ver el terrible aspecto del muchacho que tengo entre mis brazos.

—Tito, necesita ayuda urgente, llama al médico, lo llevaré a mi habitación —decido.

—Pero, mi señor, Lady Margaret pondrá el grito en el cielo...

—No me importa lo que pueda decir mi madre en estos momentos— respondo, ya de camino a la mansión.

En cuestión de escasos minutos, recorro el jardín, entro por la puerta de servicio y subo de dos en dos las escaleras que dominan el gran salón, donde en opinión de mi madre, se celebran los bailes más majestuosos de toda Inglaterra. Luego, entro en mi recámara y coloco sobre mi cama con mucho

cuidado el pequeño cuerpo inconsciente de Tito, quien gime y frunce el ceño como si el simple roce de las sabanas le infligiera un dolor atroz.

Tiempo después, el médico llega y ante mi atenta mirada lo examina, quedando ambos horrorizados al girar el cuerpo de Tito y mirar su espalda destrozada.

Pero ¿quién ha sido capaz de golpear de un modo tan brutal a este pequeño?

—¡Por el amor de Dios! —exclama el doctor, mientras con cuidado le retira la andrajosa camisa marrón y a mí me atacan unas fuertes nauseas.

El daño es mucho peor de lo que imaginaba. Toda la espalda de Tito está llena de latigazos, muchos han levantado la carne, y otros han formado ampollas infectadas que desprender un olor horrible.

—Debo curar de inmediato a ese niño, la fiebre es normal dado el estado en el que se encuentra su espalda, ¿sabe quién ha sido el salvaje responsable de esto? —pregunta con furia contenida.

—No, pero tenga por seguro que lo sabré, el responsable pagará muy caro esta salvajada.

Dicho eso, el hombre procede a limpiar las heridas tardándose horas, durante las cuales Tito no para de retorcerse y gemir de dolor. La fiebre sigue presente, y cada vez lo veo más débil. Pero, una vez su espalda está totalmente curada y el médico le hace beber un brebaje, logra relajarse y dormir tranquilo.

—El tónico le hará dormir durante mucho más, el unguento le calmará el dolor, las vendas deben estar limpias continuamente, si no pueden volver a infectarse, debe descansar y comer muy bien, está demasiado débil, temo que la fiebre pueda acabar con su vida.

—¿Qué más se puede hacer? —pregunto angustiado, no quiero que muera.

—Para bajarle la fiebre, es conveniente friegas de agua fría, aunque después de limpiar la infección, no debe tardar en bajarle. Mañana volveré para revisarlo de nuevo.

Seguido, le doy las gracias y ordeno a Peter pagar sus honorarios.

Cuando me quedo solo con Tito, no puedo evitar derrumbarme, siento temor de que el pequeño muera, no porque sea el único que sabe dónde está Elisa, sino porque de verdad lo aprecio, por lo que, sin perder más tiempo, ordeno a una de las criadas que empiece a bañarlo en agua fría antes de salir de mi habitación rumbo al despacho de mi padre.

Algo me dice que, mis padres, tienen todo que ver con lo ocurrido a Tito.

Al llegar frente a la gran puerta de roble, entro sin siquiera anunciarme.

—¿Qué demonios significa esto, Eric? —exclama mi padre, levantándose del sofá donde estaba muy ocupado con una de las criadas.

—¡Márchate! —le ordeno a esta sin mirarla.

La joven, de inmediato, obedece y sale cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo te atreves a dar órdenes aquí? —grita mi padre, acercándose hacia a mí dispuesto a golpearme.

Pero, detengo su puño antes de que alcance mi rostro, aunque sea mi padre, no voy a permitirle golpearme nunca más.

—No vas a volver a tocarme, padre—siseo con furia—. Doy las órdenes que me da la gana, necesito hablar contigo y tu nuevo juguete molestaba.

—¿Qué quieres? —se suelta de mi agarre y se sienta tras su gran escritorio, luego enciende un puro y me mira con total frialdad.

—Quiero saber si tú tienes algo que ver en el estado en que se encuentra Tito—respondo en la misma actitud.

—¿Tito? —pregunta extrañado—. ¿Es algún criado?

—Padre, Tito es el muchacho que ayuda en las caballerizas, el sobrino de los Stone—informo, intentando mantenerme tranquilo.

—No sé de qué demonios hablas, ¿y por esta tontería me interrumpes? —gruñe.

—¡No es ninguna tontería! —interrumpo dando un golpe a su mesa—. Ese muchacho ha sido azotado hasta dejarlo al borde la muerte, en estos momentos arde en fiebre, y su espalda es una completa masacre.

—¿Por qué debería importarme? —pregunta sin inmutarse—. Sus tíos lo habrán castigado por algún motivo.

—Cierto, se me olvidaba quién eres, ¿por qué debería importarte? —respondo con asco.

Seguido, salgo de allí cerrando de un fuerte portazo y me dirijo a buscar a mi madre, si él no es el responsable entonces ha sido ella, maldad le sobra para algo así y más.

El encuentro en su salón privado, tomando el té con toda tranquilidad.

—Madre— saludo por educación.

—No tengo nada que decirte Eric, ni deseos de que me impongas tu compañía—responde mirándome despectivamente.

—Pues lo siento, porque tendrás que aguantarme—respondo intentando ocultar el dolor que me produce su rechazo—. Tito ha sido azotado con brutalidad, por causalidad no tendrás algo que ver, ¿cierto?

—¿Y qué si fuera así? —responde, sin ninguna vergüenza.

—¡Está al borde de la muerte! —exclamo furioso, sintiendo por primera vez en mi vida deseos de golpear a una mujer, a mi propia madre... ¡Que Dios me perdone!

—Y eso debería importarme, ¿por qué? —pregunta sin inmutarse.

—Eres la mujer más malvada que he tenido la desgracia de conocer, me avergüenza ser tu hijo.

—Lo mismo digo, me avergüenza haber traído al mundo a alguien como tú, eres débil, eres patético—escupe con asco, pero esas palabras no son algo nuevo para mí.

—¿Soy débil porque no soy malvado como tú? ¿O soy patético porque no soy un mujeriego como tu marido? —pregunto con burla, negándome a dejar que ella vuelva a ganar.

—¡Maldito seas, bastardo! —grita perdiendo los nervios.

Sí, a la gran duquesa no le gusta saberse engañada por su marido, pero es el precio que debe pagar por ser quien es. Un alto precio a mi parecer.

—Para tu desgracia y la mía, sabes muy bien que no lo soy—y, tras decir aquello, me marchó. Ya he averiguado lo que quería saber, no necesito seguir en presencia de esa mujer tan despreciable.

Minutos más tarde, ya estoy de regreso en mis aposentos deseoso de que Tito despierte y pueda decirme toda la verdad, pues, aunque mi madre haya reconocido ser la culpable de su paliza quiero saber el porqué. Además, quiero comentarle que, una vez esté recuperado, me aseguraré de que nunca nadie vuelva a hacerle daño y pagaré su educación, Tito tendrá una mejor vida, y sé que Elisa estaría feliz por mi decisión.

—¿Ha despertado? —le preguntó en voz baja a la criada, que sigue dándole friegas de agua fría.

—No, mi señor, pero parece que la fiebre va bajando —me informa.

—¿Cuál es tu nombre? —exijo saber, agradecido por los cuidados.

—Rebecca, mi señor—responde algo temerosa.

—¡Gracias por cuidar de Tito! Puedes retirarte, Rebeca.

Una vez esta se marcha, me siento en el cómodo sillón junto a la cama y observo a Tito. No entiendo cómo mi madre pudo ser capaz de ordenar golpearlo de esta manera tan salvaje, a un niño tan pequeño, tan indefenso, me siento tan culpable, tan impotente. Si Elisa supiera de esto se le partiría el corazón, y de seguro me haría responsable por el comportamiento tan atroz de mi madre.

¡Ojalá hubiera nacido en otra familia! Estoy seguro de que, si mis padres

fueran unos honrados campesinos, sería más feliz de lo que jamás he sido junto a los Darlington, porque, ¿de qué sirve tanto dinero, títulos y privilegios? Si por dentro están vacíos, son malvados e infelices. Y eso, definitivamente no es lo que quiero para mi futuro, suficiente han sido estos veinticuatro años viviendo en una jaula, de oro, pero jaula, al fin y al cabo.

De pronto, escucho un gemido y miro hacia el lecho, encontrándome con los ojos a medio abrir de Tito; quien despacio mira a su alrededor con expresión aturdid y, una vez reconoce dónde está y me ve, la vuelve desconfiada.

—¡Tito, tranquilo! Estás en mis aposentos, el médico de la familia te ha curado—le explico—. Debes decirme quién es el responsable de esto, es una orden, no aceptaré que no sea obedecida— le advierto seguido con seriedad.

Él guarda silencio, es un niño muy reservado, tímido, muy parecido a mí a su edad, tal vez por eso siento esa poderosa empatía.

—Fue mi tío. —Su voz enronquecida por la fiebre y la debilidad—. Su madre le ordenó que lo hiciera, para que yo mantenga la boca cerrada.

Por un momento, no entiendo a qué se refiere, hasta que recuerdo que yo mismo hablé de más al confesar que el muchacho era el único que podía decirme dónde se encuentra, Elisa.

—¡Dios santo! —Cierro los ojos, horrorizado por mi estupidez.

—Su madre no quiere que usted sepa dónde está Marian, yo no debo decírselo, lo que ella no sabe, es que jamás le haría una promesa a alguien que no tiene mi afecto ni lealtad—susurra sin siquiera mirarme—. Su madre no es nadie para mí, así que no iba a jurar nada, por eso mi tío me golpeo de este modo.

—No sé de dónde sacas esa fortaleza, pero me siento muy orgulloso de ti, y sé que Elisa también lo estaría. Eres el mejor amigo que puede tener una persona.

—Me gustaría volver a verla algún día. —Su voz, ahora, suena tan rota, con tanta tristeza.

—Puedes volver a verla muchacho, podría llevarte hasta ella, si supiera dónde se encuentra podría llevarte vivir con ella, lejos de aquí, lejos de tus tíos.

Me mira con un nuevo brillo en sus ojos, veo esperanza.

—¿De verdad lo haría? —pregunta lleno de una nueva fuerza.

—Te doy mi palabra Tito, te prometo que nadie volverá a hacerte daño, y además yo mismo me encargaré de tu educación.

Sus ojos se llenan de lágrimas, parece que le cuesta respirar...

—Pero, le prometí a Marian que nunca le diría a nadie dónde está— confiesa confuso.

—¡Por favor, Tito! Necesito encontrarla, la amo y quiero casarme con ella —le suplico, en un intento porque mi ruego lo haga al fin confesar, aunque no estoy mintiéndole, esos son mis planes para el futuro.

—Sus padres, nunca le permitirán tal cosa —me mira desconfiado de nuevo.

—Cierto, por eso estoy dispuesto a renunciar a todo, solo necesito a Elisa, nada más— vuelvo a confesarle.

—Realmente la ama—Ya no pregunta, lo afirma, y respiro aliviado al ver que por fin me cree.

—Más que a nada en este mundo, por eso necesito encontrarla—suplico sin importarme nada más.

—Se fueron a Eilean Donan—responde, y ese nombre no me dice nada—A las Tierras Altas de Escocia.

¿Escocia?!

—¿Por qué demonios iría Elisa allí? —pregunto sin entender nada, ¿acaso estará intentando despistarme?

—Marian, me contó que su madre, no era su verdadera mamá, su verdadera familia está en Escocia.

—Dijiste que su verdadero nombre es Marian, ¿verdad? —El niño asiente—. ¿Qué más te dijo?

—Su nombre es Marian Mackencie, su abuelo es el Laird del Clan Mckencie, eso es importante, ¿verdad? Su abuelo suena a un hombre poderoso señor.

—Sí, lo es—digo intentando asimilar todo lo que Tito acaba de revelarme.

Así que, mi Elisa, es en realidad Marian Mackencie y pertenece a uno de los clanes más importantes y temidos de las Tierras Altas de Escocia. Y mis padres, creyendo que es una simple gitana campesina, casi tengo ganas de reír como un loco, casi...porque ahora, la muchacha que amo es aún más inalcanzable para mí que antes, ¿qué podría ofrecerle? Si me marcho mis padres me arrebataran todo, ¿cómo me presento antes ella sin nada?

—¿Iremos a Escocia, mi señor? —pregunta Tito esperanzado, le hice una promesa y no pienso dejar de cumplirla.

—Iremos a Escocia—respondo—. Te llevaré junto a Marian.

—¿Y a usted por qué le ha cambiado la cara cuando le he dicho quién es la verdadera familia de Marian? —pregunta al notarme algo pensativo.

—Porque una vez vaya en busca de la mujer que amo, mis padres van a repudiarme, no es algo que me importe, ellos me odian, y a mí ya no me une ningún sentimiento hacia ellos, pero ¿cómo me presento ante Marian sin nada? No seré nada.

—Será el hombre que siempre ha amado —me contesta, dejándome mudo.

Ojalá pudiera verlo todo desde los ojos de este pequeño niño.

Ojalá fuera todo tan fácil en la vida.

Ojalá Marian y yo algún día podamos estar juntos.

Al cabo de un rato, cuando Tito vuelve a dormirse, salgo de mi habitación y me dirijo a la choza de sus tíos. Es hora de que sepan de lo que soy capaz, de que enfrenten las consecuencias de seguir las ordenes de mi desquiciada madre.

Una vez llego a mi destino, quien me abre la puerta es la tía de Tito. Una mujer tan repugnante como el hedor que emana del interior de la casa.

—¿Dónde está tu marido? —pregunto sin rodeos.

El hombre, sale al escuchar mi voz, parece sorprendido, incluso diría que nervioso.

—Mi señor, ¿puedo ayudarlo en algo? —dice.

—Recoge toda tu basura, en una hora te quiero a ti y a tu mujer fuera de mis tierras—ordeno sin más dándome la vuelta.

Pero, su grito, me detiene.

—¡No puede hacer eso!

—¿Por qué no? Soy el próximo duque de Darlington, puedo hacer lo que me plazca—le regreso, apretando mis puños.

—¿Y mi sobrino? —pregunta la mujer.

—Tito, se queda bajo mi protección, jamás volveréis a verlo.

Dicho eso, me vuelvo y me marchó sin mirar atrás seguro de que nunca más volveré a ver a los Stone, ni Tito no volverá a ser dañado por ellos. Por primera vez, he hecho uso de mi poder, de mi posición para dañar a otros, pero ahora mismo no me arrepiento, lo he hecho para salvar al pequeño indefenso que yace postrado en mi cama, y lo volvería a hacer mil veces más si fuera necesario.

Estoy empezando a ser el hombre que siempre debí ser, espero que Jonathan donde quiera que esté, se sienta orgulloso de mí, y rezo para que llegué el día en el que la mujer que amo también lo esté y ser merecedor de su amor.

Capítulo 12

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Hace una semana que envié la carta a Eric, si no le ha llegado aún, debe faltar muy poco. Los nervios, no me dejan dormir muy bien por la noche, y el malestar por el embarazo me ha hecho adelgazar bastante, haciendo que mi familia se preocupe. Creo que todo lo que me negué a llorar y a sentir cuando salí de Inglaterra, ha salido a flote estos últimos días.

Pero a pesar de mi malestar, no me dejo vencer por este, al menos no durante la mayor parte del día pues mi bebe me necesita sana, fuerte y valiente, y mi familia no merece más preocupaciones, aunque por la noche, en la soledad de mi alcoba, todos los amargos recuerdos vuelven a mí. El dolor por perder a Eric es una herida muy profunda que se niega a sanar, y que Marie intenta aliviar propiciando que me fije en Cameron

¡¿En Cameron?!

¡Ja, como si pudiera!

Para mí solo es un amigo, alguien que me salvó cuando más lo necesité, pero no soy la mujer que él necesita, ni él es el hombre que amo. Por eso, últimamente, he tratado de evitarlo un poco, aunque yo, tampoco es que haya salido mucho fuera de la fortaleza, intento descansar todo lo que puedo y comer siempre que las náuseas me lo permitan.

Sofía, por otro lado, sí lo ha visto más seguido, según me cuenta, él tiene visita en su hogar, es una prima de Katlin, su difunta mujer, quien no sabía que esta había muerto años atrás. Algo que, de seguro lo debe tener en exceso mortificado, pues sin necesidad de escucharlo de su boca, sé del profundo dolor que aún alberga en su interior e imagino lo mucho que la presencia de esa mujer lo debe estar afectando, haciéndolo sufrir y obligándolo a recordar a su amada esposa.

¿Cómo no hacerlo? Yo más que nadie puedo entenderlo a la perfección, si estar alejado de la persona amada ya es un suplicio, que la muerte te la arrebate debe ser un mazazo mortal para quien ama con todo su corazón. Ojalá y algún día aparezca en su vida una mujer que logre suavizar ese dolor y aliviar la tristeza que siempre reflejan sus hermosos ojos claros.

Tras pensar en eso, decido por fin salir a dar un corto paseo, estoy cansada de mi encierro forzoso, necesito sentirme viva de nuevo entre la gente, además quiero ver a Cameron y escuchar de su boca lo que siente y opina sobre su inesperada visita. Por lo que, animada, salgo de mi alcoba y bajo despacio las escaleras esperando encontrarme a alguien en el salón, pero parece que todo el mundo está ocupado en sus tareas diarias, lo que para mí es un alivio pues no quiero seguir escuchando las inagotables advertencias de que debo guardar reposo.

¡Estoy en cinta! No estoy muriendo, aunque a veces lo parezca.

Pero de pronto, una voz potente me detiene...

—¿Dónde va mi querida sobrina? —Sonrío a mi tío Keylan.

No pienso mentirle, no tengo razones.

—Voy a dar un paseo tío, estoy cansada de tanto reposo, quiero ir a visitar a Cameron, Sofía me ha contado que tiene visita y me gustaría conocer a la joven, debe sentirse muy sola.

—No creo que a tu madre le guste la idea, Marian —dice serio, en el poco tiempo que llevo viviendo con mi familia, me he dado cuenta que Keylan es el más serio de mis tíos—. Pero entiendo que quieras caminar un poco, ¿qué te parece si te acompaño? Si algo te pasara Sebastien me despellejaría vivo, y aún tengo hijos a los que ver crecer.

No puedo evitar reír por la cara de espanto que ha puesto, después asiento y ambos emprendemos el camino hacia la aldea.

—¿Sabes? No puedo creer que tenga sobrinos adultos, el tiempo pasa volando, sin apenas darnos cuenta, un día somos unos muchachos y al siguiente estamos a punto de ver volar a todos nuestros vástagos.

—Sí, el tiempo pasa deprisa tío, es algo que no podemos evitar, pero siempre he pensado que envejecer no es malo, es un premio, piensa en toda la gente que muere joven, que no tiene la dicha de ser padre o madre, de ver crecer a sus hijos, envejecer es un privilegio.

Mi tío, me observa, fijamente, como si intentara descifrar de dónde he sacado ese pensamiento tan profundo.

—Tus padres tiene razón muchacha, eres especial—sonríe con tristeza—. Te pareces tanto a ella cuando hablas con esa sabiduría, es como si pudiera escucharla de nuevo.

Sé que habla de mi tía Marian, esa pequeña mujer que no llegó a crecer, que no tuvo el privilegio de envejecer, de dejar su estirpe, pero ella vive en mí,

soy su legado.

—Ella está bien tío Keylan, no tienes por qué sentir tristeza por ella—le aseguro al percibir su tristeza. Desde que puedo recordar, soy capaz de sentir o percibir los sentimientos de las personas a mi alrededor, sobre todo si son muy cercanas a mí—. Es feliz, tiene más paz de la que nunca pudo sentir en vida.

Una vez le aseguro aquello, Keylan, aparta su mirada de la mía visiblemente emocionado y yo, sin pensarlo, envuelvo su ancho pecho en un abrazo que de inmediato corresponde, creo que ambos lo necesitamos dejar de fingirnos invencibles al menos unos segundos, tras los que, al separarnos, ambos nos miramos emocionados y seguimos nuestro camino.

—¿Tú sueñas con ellos? —indaga mientras seguimos caminando.

—¿Con quién es?—pregunto sin llegar a comprenderlo del todo.

—¿Con los muertos?

—Solo con tía Marian, comencé a soñar con ella desde la muerte de Esmeralda y Marcus, antes de eso soñaba con mis padres, con estas tierras, como si me llamaran.

—Entiendo, pensaba que podías comunicarte con ellos.

—No sé si pueda, cada día aprendo algo nuevo sobre mi don, pero me ha costado años comprender que es un regalo y no una maldición. ¿Deseas saber de alguien que ya ha partido?

—Mis hijos, ninguno de ellos llegó a nacer. —Puedo sentir su dolor.

—¡Lo siento, tío! —susurro, no sé cómo aliviar el dolor de una pérdida tan grande.

—Es como si los hubiera matado con mis propias manos, como si supieran la vida tan miserable que les esperaba, no amaba a su madre, con el tiempo llegué a odiarla. ¡Que Dios me perdone!

—Tío no puedes mortificarte de este modo, tú no les quitaste la vida. Dios los quiso a su lado, tú los amabas a pesar de quien fuera su madre, y aunque no he podido verlos, sé que están en un lugar mejor, esperando el día en que tú, te reúnas al fin con ellos.

Me mira, se limpia algunas lágrimas delatoras que han brotado de sus ojos y sonrío.

—¡Gracias por tus palabras, Marian! Es cierto, tienes el don de poder sanar a las personas.

—He llegado a amar en lo que me he convertido, durante mucho tiempo me oculté, oculté lo que soy, por miedo, pero ya no lo tengo, no me considero una

bruja, no lo soy.

—Por supuesto que no lo eres, y quien diga lo contrario se las verá con los Mackencie.

—Bueno, ya hemos llegado, muchas gracias tío por tu compañía.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás cansada? —pregunta inquieto.

—Me encuentro perfecta, tranquilo tío Keylan—intento tranquilizarlo.

Y él, no muy convencido de mi afirmación, se macha poco después, antes de volverme y tocar la puerta de la humilde casa de Cameron en la que me alojé hace apenas unos días a mi llegada. Durante lo que parece una eternidad permanezco allí para a la espera de que alguien abra y, cuando estoy a punto de dar media vuelta y marcharme, la puerta se abre con lentitud y una joven casi de mi edad se asoma por esta. Parece asustada, ni siquiera me mira a los ojos.

—¡Hola, me llamo Marian! ¿Está Cameron? —pregunto amistosa.

Niega con la cabeza, puedo sentir su tristeza, su dolor, su soledad.

—¿Puedo saber tu nombre? —insisto, necesito llegar a ella, pues sus sentimientos están provocando en mí un gran malestar.

—Cinthia, mi señora. —Su voz es tan dulce y tierna, me recuerda un poco a la de Sofía.

—Encantada de conocerte, Cinthia, ¿quieres salir a pasear? ¿Podemos charlar un poco hasta que llegue, Cameron?

—Estoy haciendo la comida mi señora, no creo que sea apropiado—se niega con mucha educación.

Estoy a punto insistir de nuevo, cuando la voz potente de Cameron nos sorprende.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué tienes a Lady Marian Mackencie en la puerta Cinthia? —pregunta enfadado, nunca lo he visto así —. ¿Qué es lo que has hecho mujer?

—¡Basta, Cameron! —exclamo horrorizada por su comportamiento—. Solo vine a visitarte y a conocer a Cinthia, no veo porque ella debe ser culpable de algo. Si buscas alguna culpable, esa soy yo.

Cameron, me mira avergonzado por su comportamiento, luego ninguno de las tres hablas, la tensión en el aire se puede cortar con un cuchillo, pero además una extraña energía se arremolina entre ellos. Él parece odiarla, ella intimidada, aunque su mirada refleja algo más al mirarlo. ¿Qué pasa aquí?

—Apártate de la puerta, para que podamos pasar. —La muchacha obedece y Cameron me invita a entrar con un gesto de mano.

Acepto, porque ahora más que nunca quiero hablar con él.

Una vez dentro, Cameron entra también y sin siquiera dirigirle una mirada a Cinthia le ordena prepararnos un té. ¡Qué actitud tan despótica! Nunca me ha gustado que las personas traten con desprecio a otras, y menos a alguien de espíritu tranquilo y dulce como parece ser ella, cosa que me extraña y mucho de él. No entiendo. ¡Por que se comporta de ese modo? ¿Cómo puede odiar a una joven tan dulce, y que además es familiar de su amada esposa?

—¿A qué debo el honor de tu visita? —No me gusta su tono.

—Hace días que no te he visto, Sofía me ha contado que tenías visita y solo pretendía ser amable y educada.

—Por supuesto, Lady Marian la educada y amable que baja del castillo para mezclarse con la plebe.

Despreciables, así sonaron sus palabras y, al escuchárselas decir, a diferencia de mí que siento emerger de mis entrañas un calor irrefrenable, Cinthia jadea y nos mira expectante.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué demonios te ocurre, Cameron Mackencie?—grito furiosa, para horror la muchacha, que ahora, me observa solo a mí como si me hubieran salido cuernos en la cabeza.

Seguido, un silencio abrumador y en tenue crepitar del fuego nos envuelve, y antes de siquiera pensar en salir de allí, Cameron dulcifica su irritada expresión y me dice.

—¡Lo siento, Marian! Estos días no han sido buenos para mí.

—¿Y debemos pagarlo los demás? Acabo de ver como tratas a Cinthia, es una invitada en tu hogar, es tu familia—replico al instante.

—Yo no la invite—gruñe sin mirarme, y el estruendo de un plato al caer nos sobresalta. —¡Mira lo que haces mujer estúpida, es el segundo plato que rompes! —grita mientras se levanta de un salto.—Deja eso, ¡vas a hacerte daño!—ordena finalmente.

Y yo, que estaba a punto de abofetearlo por tratar a Cinthia como un trapo, me contengo y sonrío al escuchar sus últimas palabras. Él está preocupado por ella. No le importa el plato, es ella. No quiere que se haga daño.

—¿Cinthia? —la llamo con suavidad, puedo ver que está a punto de llorar—. ¿Por qué no vas a dar un paseo? Tal vez te encuentres con Sofía.

En respuesta, ella mira a Cameron en busca de aprobación, y cuando este asiente con evidente brusquedad, no lo piensa dos veces y se marcha corriendo.

—Ahora tú y yo vamos a hablar—sentencio, sentándome y obligándolo a

hacerlo mismo y, una vez cruzo mis brazos, lo insto con la mirada a hablar.

—Se parece tanto a ella...—susurra al fin en tono abatido.

—¿Cinthia se parece a tu esposa? —pregunto al cabo de unos segundos, tras comprender a qué se refiere.

—Es idéntica—afirma y cuando me mira puedo ver el dolor que le produce tener a Cinthia en su casa.

—Imagino que es doloroso tenerla aquí porque te recuerda a tu esposa fallecida, pero Cameron, ella no tiene la culpa, es algo que no puede evitar, eran parientes, ¿Qué esperabas? Yo soy idéntica a mi tía Marian.

—Verla a ella es un recordatorio constante de todo lo que perdí y que jamás podré recuperar, Marian.

—Pero ella no es culpable Cameron, es algo que tienes que entender.

—Ella no debió venir aquí—gruñe—. Dice que no sabía que Katlin murió hace años, es huérfana y no le queda más familia.

—¡Santo Dios! —susurro apenada por es pobre jovencita—. ¿No lo entiendes? Esa joven vino en busca de su único familiar vivo, sin saber que también había partido, está igual de sola que tú, podéis haceros compañía mutuamente, encontrar consuelo el uno en el otro.

—¡No necesito consuelo! —exclama levantándose con brusquedad de la silla—. Mucho menos de una mocosa. Le permito quedarse en mi casa, pero nada más. Y cuanto más pronto se marche mejor.

—No te reconozco—digo sintiéndome tan defraudada—. Un hombre que ayudó a dos jóvenes desconocidas, nos ofreciste tu hogar, ¿qué tiene de diferente Cinthia? Es tan joven, está tan sola y asustada por ti, ¿no te avergüenza eso, Cameron? ¿Crees que Katlin querría que trataras a su prima de este modo?

Al escucharme, se deja caer de nuevo en la silla y oculta su rostro entre sus grandes manos, por un instante, estoy tentada a consolarlo, pero no puedo olvidar las cosas tan horribles que acaba de decir.

—Estoy aterrado —me confiesa, y puedo ver cómo le cuesta reconocer tal debilidad.

—Te preocupas por ella, puedo verlo, pero Cinthia no.

—No quiero volver a sentir, cuando te conocí llegue a pensar que...— guarda silencio, pero lo que ha estado a punto de reconocer, me corta el aliento.

—Cameron yo... —me interrumpe.

—Tranquila, sé que tu corazón pertenece a Eric, al igual que el mío es de

Katlin —me sonrío—. Supe que tú y yo jamás podríamos estar juntos y no me importa, no quiero que pienses que estoy enamorado de ti, solo fuiste la primera mujer que me impresionó desde que conocí a mi amada. —Ambos reímos aliviados, yo más que él desde luego.

—Entonces ¿por qué odiar a esa pobre criatura? —insisto de nuevo, quiero llegar al fondo del asunto.

—No la odio, lo he intentado, pero cuando me mira con esos ojos cervatillo asustado tan parecidos a los de Katlin, no puedo. En eso no se parece a su prima, mi mujer era una autentica guerrera —me cuenta con orgullo.

—Aun puedo ver en tus ojos todo el amor que le profesabas, pero déjame decirte algo Cameron, ella está muerta, no va a volver por mucho que te empeñes en adorar su recuerdo, eso no la va a devolver a la vida—le digo en tono esperanzador y, mirando su semblante tribulado a causa de mis palabras, continúo—: Estoy segura que Katlin te amaba tanto como tú a ella, y por eso mismo no le gustaría verte de este modo. Encerrado en ti mismo y aferrado a su recuerdo, penando por ella, dejando escapar tu vida. Amarás a Katlin hasta el día de tu muerte, pero eso no significa que no puedas rehacer tu vida, yo creo en las almas gemelas, y puede que ella fuera la tuya como también puede que aún esté ahí fuera esperando por ti.

—Mi alma gemela fue mi esposa, por eso no he podido volver a mirar a una mujer desde que ella apareció en mi vida—responde con rapidez, eso me hace pensar que intenta convencerse a sí mismo más que a mí.

—Tal vez sí o tal vez no—insisto—. Tal vez solo estás muy asustado para mirar alrededor, ¿sabes, lo que creo? —pregunto y, sin esperar su respuesta, agregó—: Cinthia te asusta.

—¡No digas tonterías, muchacha! ¡No temo a ninguna mujer, mucho menos, a ese cervatillo asustadizo!

—Entonces ¿por qué te empeñas en apartarla, en no dejar que se acerque a ti? —insisto.

—No necesito a nadie, me gusta estar solo—refunfuña de nuevo, parece un niño pequeño y siento deseos de poder zarandearlo—. Cuidaré de ella, no me queda más remedio, pero rezo cada noche porque se case pronto o encuentre otro lugar donde vivir muy lejos de aquí de ser posible.

—Estás siendo muy cruel. —Me levanto dispuesta a irme, pues ya no tengo nada más que hablar con él—. Si tanto te molesta, deja que hable con mi madre, me la llevaré a la fortaleza, puede ser mi dama de compañía.

Tan pronto digo aquello, se tensa y me mira con ganas de replicar, pero en

vez de eso, aprieta sus puños y mandíbula en un inútil intento por disimular su desacuerdo.

—¿No dices nada? —presiono, conteniendo la risa.

—No deberías meterte donde no te corresponde mujer—responde, al final, enfadado.

Lo que me enfada de nuevo y me hace responderle en el mismo tono iracundo.

—Llevo poco tiempo aquí Cameron, pero he visto como mi abuelo se preocupa por todos los habitantes de Eilean Donan, y soy una Mackencie, ¿qué sería de mí si no siguiera sus pasos?

—Disculpad, Lady Marian—responde, irónico.

—¡No me vengas con eso de nuevo, Cameron! —Empiezo a sentirme fatigada, tantas emociones no son buenas para mí en estos momentos—. Sabes que soy feliz ayudando a la gente, no tiene nada que ver de dónde vengo, tú eres mi amigo, y si llevándome a Cinthia a la fortaleza te ayudo, lo hago con mucho gusto.

—Haz lo que creas conveniente, ella podría ayudarte —dice derrotado y, mirándome, pregunta—. ¿Tú estás bien? Te veo algo cansada y de verdad estás más delgada.

—Veo que Sofía es una fuente inagotable de información—digo no muy contenta de que él se haya enterado por otra persona sobre mi estado—. Estaba bien cuando llegué, pero tu terquedad puede conmigo.

—¿Qué te ocurre? —pregunta asustado—. ¿Quieres que llame a alguien?

—Solo estoy cansada Cameron, debo volver y recostarme un rato— le confieso y me levanto dispuesta a irme, pero tan pronto lo hago, su voz me detiene.

—No puedes ir andando, te llevaré.

Segundos después, salimos y mi amigo va por su caballo, y tal como si la hubiera conjurado, aparece justo en ese momento Cinthia con gesto tímido e intranquilo, que suaviza cuando me ve sonreírle y caminar hacia ella. Quiero hacerle la propuesta que le comenté a Cameron, decirle que si la convivencia con él se hace insostenible tiene un sitio a dónde acudir.

—Me alegra poder verte antes de irme—exclamo aliviada—. Me gustaría hacerte una proposición.

—¿A mí, mi señora? —pregunta, desconcertada.

—Sí, quería preguntarte si te gustaría venir a vivir a la fortaleza, ser mi dama de compañía, estoy en cinta, me paso muchas horas al día acostada, y

agradecería cualquier compañía—le explico riendo.

—Pensé que Sofia era su dama de compañía—susurra avergonzada—. No deseo quitarle su lugar a nadie mi lady.

—¡Sofia! —exclamo incrédula—. ¡Por Dios! Sofia es imposible mantenerla encerrada más de una hora, además ella es como una hermana para mí.

—¿Cameron se lo ha pedido verdad? —Su gesto adolorido al preguntarme aquello por poco logra sacarme las lágrimas—. Sé que no me quiere aquí. No sabía que Katlin había muerto, no tengo a nadie más, ningún sitio donde ir.

—Te estoy dando la oportunidad de tener un sitio donde vivir, un sitio al que pertenecer. No odies a Cameron, está perdido, pero algún día eso va a cambiar, solo debes tener paciencia.

—No le odio, ¿cómo podría? A pesar de que mi presencia le incomoda, me ha permitido vivir en su hogar.

—¿Te ha dicho por qué le incomoda tu presencia? —le pregunto, quiero saber si ella conoce las razones de Cameron para rechazarla.

—Siempre me dijeron que era muy parecida a Katlin, no lo recuerdo, ella era mayor que yo. Cuando se casó no la volví a ver, y ahora, no lo haré nunca más —me explica.

—Sí, Cameron dice que sois muy parecidas, y eso para él es muy doloroso. No quiero que te sientas presionada, pero si quieres y necesitas una amiga Sofia y yo estaremos encantadas de serlo—le confieso y ánimo.

—Gracias, mi señora, pero no creo que la nieta del Laird deba mezclarse con alguien como yo—responde ruborizándose.

—No vuelvas a decir eso jamás Cinthia, tú no eres menos que nadie, ¿de acuerdo? Estaré muy honrada si me consideras tu amiga a partir de hoy.

—El honor es mío, mi señora, muchas gracias—sonríe contenta por primera vez—. La gente de por aquí no es muy habladora.

—Les cuesta abrirse a la gente nueva, tranquila, te adoraran cuando te conozcan mejor— le aseguro, pues los primeros días de nuestra llegada también éramos vistas con extrañeza, pero eso cambio con rapidez—. ¿Dónde demonios está, Cameron? Estoy agotada.

—¿Se encuentra bien, mi señora? —pregunta preocupada.

—Sí, tranquila—le confirmo, viendo aparecer a Cameron—. ¡Al fin llegas!

—¡Lo siento! ¿Te llevo a casa? —pregunta solícito.

Asiento y, después de ayudarme a montar en su caballo, me despido de Cinthia.

—Piensa en lo que te he dicho, eres bienvenida en mi hogar cuando quieras,

incluso de visita.

—Lo haré mi señora—responde, de nuevo cohibida por la presencia de Cameron.

—¿Dónde estabas? —quien le pregunta de malos modos y sin mirarla.

—Fui a visitar a Katlin, le lleve flores frescas, lo hago cada semana— le confiesa ella, temerosa de dar su respuesta.

Y, de inmediato, comprendo su miedo al sentir el cuerpo de Cameron tensarse, pero antes de que él pueda decir algo de lo que más adelante pueda arrepentirse, lo insto a emprender la marcha rumbo al castillo, dejando atrás a una acongojada Cinthia. No puedo permitir que Cameron la vuelva a dañarla con su lengua viperina.

—Ibas a saltar sobre ella de nuevo, ¿verdad! —le reprendo—. Ella tiene tanto derecho como tú a visitar la tumba de Katlin, deja de ser tan patán.

—Lo sé, gracias por evitarlo.

—De nada, para eso están los amigos—respondo, intentando parecer enfadada—. Llévame a casa, necesito descansar. —ordeno después.

Dicho eso, seguimos recorriendo el camino con lentitud, en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos, cada uno luchando con sus propios demonios.

Capítulo 13

(Eric Darlington) Mansión de los Duques de Darligton, Inglaterra.

Han pasado varios días, Tito ha luchado contra la fiebre, hubo un momento en el que pensé no lograría sobrevivir, pero es un guerrero. Cada día está mejor, aunque las heridas más profundas todavía no cicatrizan del todo, son en verdad horribles y le dejarán marcas en su espalda que nunca desaparecerán, cortesía de Lady Margaret Darlington.

El comportamiento de mis padres es tan deplorable, me siento tan avergonzado por ello y sé que de Jonathan vivir se sentiría igual, o quizá él los hubiera podido controlar. ¿A quién pretendo engañar? Ellos siempre han sido fríos y desalmados, solo que desde niño aprendí a no permanecer mucho tiempo en su camino, y pasar desapercibido era fácil cuando mi hermano vivía, pero después de su muerte todo recayó en mí y mi vida se convirtió en un infierno.

Doy un hondo suspiro y sigo desayunando, mientras además miro mi correspondencia esperanzado en que, el hombre que contraté para dar con el paradero de Elisa, me tenga alguna noticia, aunque, no es que ahora me sirva de mucho alguna contesta, pues ya sé con exactitud dónde buscarla y su verdadera identidad.

—¡Eric! —Un estruendoso grito de mi madre, me sorprende y pone en alerta de inmediato, no creo que baje a estas horas para desayunar en mi compañía.

Segundos después, veo como desciende las escaleras con la elegancia que la caracteriza y me mira con vidente desprecio.

—¡Buenos días, madre! ¿A qué debo el honor de tu presencia? —pregunto.

Llega hasta la mesa y se sienta antes de responderme.

—¿Cómo te atreves a meter a esa escoria en mi casa? —sisea furiosa—. Acaban de informarme que ese mocoso de las caballerizas, no solo ha estado varios días en mi hogar, sino que además ocupa tus aposentos, ¡tu lecho! —exclama acalorada.

—Tito necesitaba cuidados madre, gracias a ti casi muere —respondo, intentando no perder la paciencia.

—¡No es mi culpa que no soporte un simple castigo! —grita en respuesta,

mientras con un movimiento de su mano solicita que le sirvan su desayuno—. Solamente ordené a su tío que lo castigara por su impertinencia y sus ganas de hablar de más.

—¿Simple castigo?! Ese mocoso como tú lo llamas, tiene la espalda en carne viva, ha estado al borde la muerte, y solo porque tú querías que guardara silencio sobre el paradero de Elisa.

—No pronuncies su miserable nombre en mi presencia —exige con desdén.

—¡Basta madre! —ordeno, golpeando con mi puño la mesa.

Ella me mira desafiante, nunca me ha tenido el mínimo respeto, ¿por qué iba a tenerlo ahora?

—No me hables así —me advierte, alzando uno de sus dedos en mi dirección—. Soy tu madre, merezco respeto.

—¿El mismo que tú tienes por los demás? Déjame decirte algo madre, el respeto se gana, no se exige.

—¡Maldito insolente! —me insulta—. Saca de inmediato a ese mocoso de mi casa—ordena de nuevo, mientras con renovada calma remueve su té.

—¿Quién soy yo madre? —pregunto en voz baja.

Me mira como si me hubiera vuelto loco, pero al final responde.

—Eric, eres mi hijo.

—¿Qué más, madre? —insisto.

Y, su respuesta inicial, es apretar sus labios y alzar el mentón, orgullosa.

—Eres el próximo Duque de Darlington —contesta muy a su pesar.

—Exacto madre, haces bien en recordarlo —le devuelvo, levantándome. No puedo ni quiero seguir soportando su presencia—. Por lo tanto, deja de darme órdenes como si fuera tu lacayo.

—¡Ojalá hubieras muerto tú y no Jonathan! —dice con la suficiente intensidad para que la escuche, lo que logra detenerme, ya que, aunque desearía que sus palabras dejaran de afectarme aún tiene el poder de partirme en dos.

—Ojalá hubiera sido así madre —respondo sin girarme.

Luego, continúo mi camino sintiendo que el mundo se estremece bajo mis pies, no todos los días tu madre te desea la muerte, lo que logra convencerme todavía más de marcharme de aquí y llevar a Tito con Marian, a pesar de que, una vez lo haga y la tenga frente a mí, no sepa qué hacer, ya que muy probablemente seré repudiado por la gente que me ha rodeado durante toda mi vida y no tendré nada qué ofrecerle.

Aunque eso poco importa ya, debo irme, porque igual nunca he encajado

por completo en la aristocrática sociedad inglesa de mis padres, y todo lo que esta representa: sus moldes establecidos, sus absurdas normas, sus prejuicios y clasismos, me asquean. Nadie debería ser más que nadie.

Minutos después, ya estoy en mi despacho, en el que he dejado todos listo para mi partida, miro una vez más los libros de cuentas y suspiro al pensar que de seguro, todo el patrimonio por el que tanto el abuelo Jhon luchó, será dilapidado por mis padres una vez haya salido por el enorme portón de esta mansión. Su ambición y despilfarro no conocen de límites, y aunque muchas de sus amistades me odiarán por darles la espalda a ellos y a mis responsabilidades, no me importa, solo yo sé la verdad de porqué he tomado la decisión de marcharme.

¡Seré libre!

Libre para ser quien quiero y amar a quien me dicte mi corazón, solo con eso bastaría para considerarme inmensamente rico.

En fin, he decidido dejar como administrador a un hombre de mi entera confianza con el que mantendré constante contacto, pues, aunque mis padres me repudien, no puedo evitar preocuparme por ellos, además he de hacer todo lo posible por conservar el legado de mi abuelo, no puedo dejar que todo su trabajo desaparezca.

Horas después, con todo bien dispuesto, me dirijo a mi habitación, donde Rebecca sigue haciéndole compañía a Tito, que ríe encantado a causa de un juego en el que ambos están inmersos. No recuerdo con exactitud cuándo fue la última vez que reí así, que fui feliz de verdad, aunque, con toda seguridad podría afirmar que fue antes de morir mi hermano y tener que alejarme de Marian. Todavía puedo recordar como si fuera ayer, una de las últimas conversaciones que tuve con él, ni siquiera estoy honrando su memoria, no estoy cumpliendo lo que prometí.

Jonathan está pálido, mucho más que ayer, la fiebre no desaparece y cada vez le cuesta más respirar, por lo que ha mandado a llamarme y aquí estoy. Mis padres me han prohibido acercarme, pues no pueden permitirse que sus dos hijos caigan enfermos, pero a mí no me importa, solo quiero estar con él, me duele verlo así. Siempre ha sido tan fuerte, parecía indestructible, y ahora lo miro y no puedo reconocer al hermano que siempre he admirado, mi ejemplo a seguir.

—Eric, no te acerques mucho —dice cuando me ve entrar con sigilo.

—No me importa, Jonathan —respondo firme, no temo a la muerte, solo quiero estar con mi hermano, la única persona que me ha amado.

—Pero a mí, sí —susurra a pesar de su debilidad—. Mantén la distancia hermano, por favor.

Es su suplica la que me detiene, pues siempre lo he obedecido.

—Quiero que me prometas que no vas a permitir que nuestros padres conviertan tu vida en un infierno, no permitas que te arrebaten tu libertad.

—¿Por qué hablas de este modo? ¿Por qué van a arrebatar-me mi libertad? —pregunto asustado.

—Sé que te prometí que nunca te abandonaré. —Escucho en su voz el dolor que siente—. Pero voy a tener que romper mi promesa —me dice con sus ojos fijos en los míos.

—No te entiendo —susurro aterrado, con cada palabra trémula que sale de su boca, un sentimiento de fatalidad se instala en mí.

—Eric, no sé si voy a sobrevivir, el médico no sabe que enfermedad me aqueja, y cada vez me siento más débil. —Escucharle decir aquello me dejan sin aliento—. No quiero irme de este mundo sin escuchar tu promesa, sin saber que vas a estar bien, que me perdonas por abandonarte, por cargarte con un peso que siempre me correspondió a mí. —Poco a poco pierde fuerza en su voz, tanto que para escucharlo debo acercarme mucho más a él, olvidando su advertencia.

—No puedes dejarme, seguro que mañana ya estarás mejor —susurro acongojado.

—Ojalá fuera así, no deseo irme, y mucho menos quiero dejarte solo —dice, cogiendo mi mano con la suya, esa que antaño era grande y fuerte, y que ahora es piel y hueso—. Júrame, júrame que no permitirás que te arrebaten tus sueños, lo que amas, deben quererte cómo eres, siento tanto dejarte la presión y la obligación del ducado, ojalá me hubiera dado tiempo a casarme y tener un heredero, al menos te dejarían en paz.

—¡Deja de pensar en mí, eres tú el que se está muriendo! —exclamo enfadado con él y el destino, quiero que luche contra el mal que lo devora, no quiero perder a la única persona que me ha querido y protegido desde que nací.

—Sé que estás asustado pequeño, no lo estés. —Su agarre se hace más fuerte, sus jadeos más seguidos, como si el aire se negara a entrar en su cuerpo—. Haz lo que te pido, dame paz, déjame partir con mi corazón más ligero.

—Tendría que ser yo y no tú quien estuviera en este lecho, tú eres más

importante, madre y padre te adoran, a mí me odian —sollozo, intentando secar mis mejillas empapadas de lágrimas.

—¡No vuelvas a repetir eso jamás! —exclama, incorporándose un poco en la cama, pero tan pronto su espalda queda algo inclinada, cae contra los almohadones de nuevo y toce con ferocidad.

—¡Jonathan! —grito, subiendo de un salto a la cama—¡Lo siento! ¡Perdóname! No volveré a decir eso jamás.

Aunque a pesar de mis palabras, el ataque de tos continúa durante lo que me parece una eternidad, mi hermano lucha por poder respirar, y enloquezco de desesperación, cuando veo salir sangre de su boca. Necesita ayuda, y dispuesto a ir por ella, me muevo de su lado, pero su firme agarre, me detiene.

—¡No! —jadea—. Solo te quiero a ti a mi lado, hazme la promesa que te pido, y no me dejes hasta que me haya ido, tengo miedo—reconoce avergonzado, lo veo en sus ojos vidriosos, casi sin vida.

—¡Te lo prometo, Jonathan! —respondo entre sollozos.

Una vez le digo aquello, él asiente y sus labios manchados de sangre esbozan una apagada sonrisa, y así permanece, tranquilo y mirándome en paz hasta que, un nuevo ataque de tos se presenta y me angustio a la par que rezo para que pare pronto como el anterior, pero no es así, cada vez es más fuerte, y cuando la sangre vuelve a aparecer, sé que es el final.

Por lo que, sin importarme mi propia vida, lo abrazo y lloro como nunca en mi vida mientras intento no gritar por ayuda pues se lo he prometido, y aunque siento que se me parte el alma, tomo su mano y lo miro observarme directo a los ojos, hasta que, al fin la tos desaparece y su cuerpo queda laxo entre mis brazos, sin vida.

Segundos después, es cuando me permito gritar de dolor y desesperación, se ha ido, mi hermano ha muerto y junto con él una parte de mí propio ser. Y acto seguido, llegan corriendo los criados y el médico, incluso mis padres aparecen despavoridos y, una vez me ven junto a su cuerpo, me apartan sin contemplación de su lado. Mi madre grita histérica, pero es mi padre, quien a empujones me hecha del cuarto maldiciendo y vociferando su deseo de que fuera yo y no su primogénito el que muriera esa noche.

Esa fue la primera vez que escuché esas palabras que a lo largo de los años me han atormentado.

Cuando mi mente retorna al presente, me doy cuenta de que estoy llorando, llevaba años sin hacerlo a causa de ese doloroso recuerdo. Pero lo que más me duele, es no haber podido cumplir aún la promesa hecha a mi hermano, y aunque al principio lo intenté, al final ganaron mis padres. En esa época, yo apenas era un niño fácil de manipular, deseoso de hacer lo que fuera necesario para que ellos llegaran a amarme y a mirarme con el orgullo con el que miraban a Jonathan. Cosa que jamás conseguí, y en el proceso perdí mucho más que mi libertad, perdí a Marian.

Luego de la muerte de mi hermano, ya no tenía tiempo para jugar, solo para estudiar y aprender todo lo referente a mi nuevo estatus de heredero de uno de los ducados más importantes de Inglaterra. Dejé de tener la libertad de poder jugar con los demás niños, y si lo hacía, por supuesto no podía ser con los hijos de los criados, de esa época solo saqué algo bueno, mi amistad con Gabriel: Conde de Oxford, a quien conocí el primer año de internado en Francia, al que mis padres consideraron oportuno enviarme a los pocos meses de la muerte de mi hermano.

Durante mi estadía allá, él se convirtió en lo más parecido a un hermano, a pesar de llevarme un par de años y ser como la noche y el día. Gabriel, es seguro de sí mismo, arrogante, mujeriego, tiene una familia que lo adora, es el mayor de cuatro lindas hermanas. Mientras que yo, soy callado, inseguro, débil, y aunque en efecto he disfrutado en el pasado del placer de yacer en el lecho con una mujer, por insistencia del mismo Gabriel, no soy capaz de mirar a ninguna otra como miro a Marian.

Ella siempre estuvo presente aún en la distancia, ni siquiera los dos años ausente durante los cuales creí que mi amor por ella solo había sido un juego de niños, fueron capaces de apartarla de mi corazón, cuando volví solo me bastó verla para darme cuenta de mi error. Estaba convertida en toda una mujer, en una hermosa mujer, mucho más bella que la dulce niña de mis recuerdos, la que en todo momento estaba dispuesta ayudar a los demás y a la que un aura de sabiduría siempre rodeaba.

Pero la que también rompió mi corazón, ignorándome. A mi regreso, recuerdo que me trato como si yo no existiera, como si nunca hubiéramos compartido juegos y confidencias de niños, y en mi afán por ignorar su frialdad hacía mí, me propuse olvidarla, hasta que, mis padres anunciaron en esa dichosa fiesta mi inminente compromiso con Lady Bárbara.

Por eso, momentos antes de que todo se fuera al diablo, la besé. No Pude evitarlo. No podía casarme con otra sin saber qué se sentía besar, acariciar y

poseer a la mujer amada. Aún puedo recordar con claridad el dulce sabor de sus labios, el jadeo que escapó de su boca al acariciarla, el estremecimiento que me recorrió la espalda al adentrarme en su carne y el fuerte latir de mi corazón al este reconocer como suya a Marian.

—Mi señor, no le habíamos visto. —La voz suave de la criada, termina con mi amargo recuerdo.

—Tranquila Rebecca, déjanos un momento a solas, por favor —ordeno con suavidad.

La criada asiente y se marcha sin vacilar.

—Tito, ha llegado la hora de partir, al fin comunicaré a mis padres mi decisión de viajar para encontrarme con Marian. —Puedo ver lo feliz que mi noticia le hace—. Debo pedirte una última cosa, no digas a nadie a dónde nos dirigimos, y mucho menos quién es en realidad Marian.

—No lo haré —responde sin dudar, aunque veo el temor en sus ojos.

—No te dejaré solo en ningún momento, no debes temer encuentro alguno con mis padres —le advierto para tranquilizarlo—. Tú y yo saldremos juntos de aquí.

—¡Gracias, mi señor! —Su gratitud es inmensa, puedo sentirlo.

—Descansa pequeño, debo enfrentarme con mis decisiones, mañana al alba partiremos.

Dicho esto, salgo de nuevo de la habitación y doy instrucciones a Rebecca de que informe si alguien molesta a Tito.

Es hora de enfrentar mi destino, de ser libre de una buena vez, el momento de hacer uso de toda asesoría dada por Gabriel, él además de ser mi amigo, es uno de los más prestigiosos abogados de Inglaterra, y me ha puesto al tanto sobre todo lo que puedo esperar de mis padres, y lo que estos pueden llegar a hacer en mi contra con la ley a su favor.

De acuerdo, a lo que me explicó, ellos pueden repudiarme, desconocerme como su hijo si así lo desean, pero no pueden quitarme el título, a su muerte seré Duque de Darlington y además heredaré todas sus propiedades quieran o no. Cosa que me tranquiliza un poco, pues cuando eso ocurra espero poder salvar parte del patrimonio del abuelo John, al igual que tranquiliza el hecho de que Gabriel haya comprendido mis motivos para irme, incluso, me animó a no perder más tiempo.

Con aquel pensamiento vivo en mi cabeza, camino hacia el despacho de mi padre, rogando para no encontrarlo allí retozando con una de las criadas, es algo que no deseo volver a ver en mi vida, además acabo de mandar llamar a

mi madre y que ella presencia una escena así sería demasiado embarazoso.

Llamo y entro sin esperar respuesta, con él la mejor opción es el ataque.

—¿Por qué vuelves a molestarme, Eric?! Dos días en la misma semana es demasiado, ¿acaso no tienes trabajo? —gruñe tras beber de su copa de coñac.

Mi padre es toda una colección de vicios: mujeriego, holgazán, bebedor y mal jugador.

—Es algo urgente que no puede demorar más, pero me gustaría que madre estuviera presente.

—¿Vas a obligarme a soportar su presencia además de la tuya? —pregunta hastiado—. Muchacho eso es demasiado a estas horas de la mañana.

—Es casi por la tarde —lo corrijo, eso me hace saber lo bebido que está.

—Lo que sea —responde, bebiendo de nuevo.

Segundos más tarde, llaman a la puerta y acto seguido aparece mi madre, que no se sorprende en lo absoluto de verme allí, pero sí se nota bastante molesta con esta reunión, pues mis padres odian a todo el mundo, pero entre ellos mismo existe un rencor profundo.

—¿Qué significa esto, Eric? —pregunta todavía de pie junto a la puerta cerrada—. No creo que esto sea cosa de tu padre, ni siquiera podrá pronunciar dos frases coherentes. —El desdén, hacia el que ha sido su marido por casi veinte años, es notable.

—Quiero comunicaros que me marcho —¿Ya está, ya lo dije!

—¿A dónde y por cuánto tiempo? —pregunta mi madre, entrecerrando sus ojos, sé que sospecha algo.

—El adónde no es importante, y el hasta cuánto depende de vosotros— respondo mirando a ambos, buscando una reacción—. Voy en busca de Elisa.

El ruido, que hace la copa de mi padre al estrellarse contra la pared que está a mi espalda, no me sobresalta, esperaba una reacción así de violenta, pero no de él, sino de mi madre.

—¿Te has vuelto loco, muchacho? —gruñe, levantándose de su asiento—. ¿No te quedo claro que esa gitana solo puede ser tu amante? Mándala a traer si eso te place, pero tú no te marchas. Tu boda está próxima, y tú deber es estar aquí con tu familia.

—¿Cuál familia, padre? —pregunto con burla—. ¿Vosotros? ¿Unas personas incapaces de amar, que odian a su único hijo y que se revuelcan en su miseria?

—¿Silencio! —ordena gritando, y luego se acerca a mí, tambaleante—. Lo menos que puedes hacer es intentar cumplir con tus obligaciones, todo esto no estaría pasando si no hubieras dejado morir a tu hermano— recalca con furia.

—¡No le dejé morir! —grito de vuelta, esa acusación es la única que me ha sacado de mis casillas durante todos estos años, amaba a mi hermano, y si hubiera podido hacer algo, lo habría hecho sin dudar—. Le prometí no dejarlo solo, él no os quería allí, no quería morir con vuestra presencia dañina alrededor, él no se merecía eso.

—¡Él no debería haber muerto! —grita histérica mi madre—. Debiste llamar al doctor cuando comenzó a empeorar, pero no lo hiciste, le dejaste morir —me acusa, con lágrimas en sus ojos.

—¿Creéis que quería que muriera? ¿Mi propio hermano? ¿La única persona que me amaba en esta casa y me protegía de vuestra maldad? —No puedo dejar de preguntar, son tantos años callado, soportando cada golpe que quisieran dirigir hacia mí—. Habéis perdido la razón por completo, yo amaba a Jonathan, era mi mejor amigo.

—Tus excusas ya no importan, sabemos que eres un maldito asesino, mataste a tu hermano y todo para qué, ¿para ahora dejar tiradas las responsabilidades de tu título? —vocifera de nuevo mi padre—. Pues tendrás que acatarlas, Jonathan nunca hubiera osado desafiarme, ni le habría faltado el respeto a su madre.

—El primero que le ha faltado el respeto a su esposa eres tú, ni siquiera tienes la decencia de esconder a tus rameras —contesto con asco, provocando que mi madre resople indignada—. No quiero una vida como la vuestra, quiero ser feliz, si ello significa perder todos los privilegios con los que nací, que así sea.

Al terminar de decir aquello, lo siguiente que siento es un golpe en el rostro, y aunque un poderoso impulso de devolverle el puñetazo me atenaza, me contengo, pues al contrario de lo que crean de mí, aún les tengo el suficiente respeto por haberme dado la vida.

—Creo que esta conversación ha llegado a su fin, ya dije lo que tenía que decir, vosotros habéis dicho lo que pensáis —les digo, mientras limpio la sangre que brota de mi labio partido.

—Si te marchas, estás muerto para mí —gruñe una vez más mi padre, ante el silencio iracundo de mi madre—. No pienses en traer a tu ramera a vivir aquí, nunca daré mi consentimiento para que te cases con una sucia gitana.

Es algo que ya me esperaba.

—Siempre lo he estado padre —respondo a su amenaza—. Por suerte para mí, no necesito tu aprobación, lo único que necesité alguna vez de vosotros fue amor, algo que siempre me habéis negado.

Dicho eso, salgo sin mirar atrás y a lo lejos puedo escuchar a mi padre maldecir como un demente repetidas veces, pues sabe que conmigo se marcha la esperanza de que las finanzas de la familia sigan a flote. Si se hunden ya no es mi problema, voy en busca de mi felicidad, de mi amor, de Marian.

Capítulo 14

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Otra semana ha pasado, Eric no ha enviado ninguna respuesta todavía y mi corazón cada día se siente más roto, al parecer, sí es posible que la misma persona te lo destroce una y otra vez en una sola vida, y aunque me he esforzado por mantenerme fuerte, he llorado a mares, y con seguridad lo seguiré haciendo durante algún tiempo.

Pero también, he decidido que, si Eric no aparece, he de desterrarlo de mi corazón y centrarme solo en mí y mi hijo, es lo mejor. Algo en lo que mi abuelo no está muy de acuerdo, pues se empeña en casarme antes de que mi embarazo sea notorio, cosa que jamás aceptaré aun si eso significa que deba abandonar su hogar, no quiero casarme con nadie, no quiero mentir sobre mi embarazo, porque a pesar de saber que hice mal no me arrepiento.

¿Cómo podría hacerlo? Si Eric, me ha regalado lo más hermoso de mi vida.

Mi madre y abuela, en cambio, me cuidan y apoyan lo que decida; y mi padre, a pesar de mantenerse al margen y asegurarme en reiteradas ocasiones que no está enfadado conmigo ni lo he decepcionado, sé que sufre en silencio.

Sofía, por su parte, me acompaña a todas horas y cuida como si fuera mi madre, está tan ilusionada y ansiosa como yo por la llegada de mi bebe, pero, últimamente, he notado una inusual tristeza en su mirada, sé que algo le ocurre y estoy convencida de que mi hermano tiene todo que ver en eso, pues hace un par de días los vi discutir cerca de las caballerizas. Ni siquiera sabía que se hablaban, ya que en todo momento se ignoran, en especial, durante las comidas, y si no supiera lo que sé pensaría que se odian.

Pero hoy, luce mucho más triste, incluso, sus ojos están algo rojos e hinchados.

—¿Sofía? —la llamo, mientras recojo mi cabello en una trenza, y al escucharme, ella deja de hacer mi lecho, algo que por más que le prohíba sigue haciendo, y me mira con curiosidad—. ¿Qué te ocurre?

Un segundo más tarde, instintivamente, aparta su mirada y aprieta la sabana que tiene entre sus manos.

—No me ocurre nada Marian —niega.

—¿Alguien te ha molestado de algún modo? —insisto, en un intento por corroborar lo que sospecho.

—No, todo el mundo ha sido muy amable conmigo Marian, tu familia me trata con mucho respeto y me dan los mismos privilegios que a ti, aunque no los merezca.

—¿Pero qué tonterías son esas? —exclamo incrédula—. Tú te mereces eso y mucho más, eres mi hermana.

—¡Pero no lo soy, Marian! —grita, dejándome conmocionada, y antes de que pueda reaccionar, la escucho sollozar lo que tanto atormenta su alma—. No soy una Mckencie, por mis venas no corre tu sangre, no pertenezco a estas tierras!

—Claro que eres mi hermana, en todos los momentos duros de mi vida has estado a mi lado, has atravesado toda Inglaterra y media Escocia para que podamos seguir juntas, ahora más que nunca estás apoyándome, eso te convierte en mi hermana, una a la que amo por sobre todas las cosas —le contesto al fin, sintiendo crecer un nudo en mi garganta, mi deseo de llorar es muy fuerte—. Así que, quien se atreva a decir o hacerte sentir que mis sentimientos hacia ti son otros, o que no te has ganado el derecho de pertenecer a mi familia, se las tendrá que ver conmigo.

Una vez le digo eso, me acerco a ella y la abrazo, necesitada de que entienda que cada palabra que he dicho es verdad, y urgida por transmitirle la fuerza que sé necesita en estos momentos. No sé qué atrocidades le ha dicho mi hermano para ponerla así de vulnerable, pero sí sé que voy a resolverlo cuanto antes.

—No dejes que nadie te convenza de lo contrario —susurro, apoyando mi barbilla en su cabeza—. Te amo.

—Y yo a ti —responde, temblorosa y conmovida.

Y así permanecemos, hasta que, tras calmarse y secarse las lágrimas, nos separamos y ella vuelve a lo que estaba haciendo, mientras yo, más decidida que nunca a ponerle un freno a mi hermano, me levanto y le digo de camino a la puerta.

—Voy a salir a tomar un poco el aire, en la comida nos vemos.

—Te acompaño —se ofrece.

—¡No! —me niego al instante, y sin darle tiempo a insistir, me marchó con rapidez—. Me gustaría estar sola.

Al bajar las escaleras, me encuentro con Marie y le sonrío, ¿cómo no hacerlo? es una buena mujer que se ha ganado mi cariño y afecto.

—¡Buenos días, niña Marian! ¿Adónde va con tanta prisa? Debe tener cuidado —me reprende con cariño.

—Marie, te he repetido hasta la saciedad que no me hables con tanto respeto, háblame como lo haces con mi madre y la abuela, no soy más que ellas —le digo, besando su regordeta mejilla.

—Lo intento niña, de verdad lo hago —ríe ella feliz por mi demostración de afecto.

—Voy a dar un corto paseo, ¿por causalidad no has visto a mi hermano? —pregunto, intentando averiguar el paradero de ese muchacho impertinente, en estos momentos estoy furiosa y dolida con él.

—Debe estar en el patio trasero entrenando con tu padre y con tu abuelo, bueno todos deben estar allí, salvo tu tío Aydan, que seguramente esté montando a caballo con Eara.

—Gracias, Marie —le digo y me apresuro a salir a las carreras.

—¡Niña, sin correr! —la escucho decirme a lo lejos, y aunque su protector comentario me hace reír, le hago caso, no debo correr riesgos.

Una vez resto velocidad a mi marcha, sigo mi camino hacia el patio trasero, o patio de armas como lo llaman los hombres, donde estos pasan la gran mayoría de horas, y al primero que diviso es a mi padre en un combate cuerpo a cuerpo con mi..., ¿tío?

Me dejan asombrada, ambos son buenos, muy buenos.

Con una destreza increíble, ambos se golpean hasta caer al suelo, para después continuar su aguerriada lucha sobre los charcos de lodo, lo que a mí me hace sentir mucho asco y sonreír, pues presiento que, la tía Rachell y mi madre no estarán muy contentas cuando sus maridos lleguen en semejante estado.

De pronto, un movimiento a mi izquierda me hace mirar en esa dirección y observo a mi querido hermanito acercarse hacia a mí con una sonrisa en su rostro de querubín.

—Hermanita, esto no es bonito de ver, las mujeres no suelen acercarse por aquí, les parecemos demasiado barbaros —me dice en tono jocoso.

—No soy como todas las mujeres hermano —respondo con seriedad, y él pierde su sonrisa al ver mi gesto—. Necesito hablar contigo, y mejor que no sea aquí.

Al escuchar esto último, sus ojos se oscurecen, lo que me hace suponer que imagina de qué quiero hablarle, por lo que, asiente con la cabeza y con un gesto me indica que lo siga. Un rato después, ya hemos cruzado el puente y

estamos lo suficientemente lejos de la fortaleza, y cuando voy a recalcárselo, él se detiene, se da vuelta y me dice.

—Ahora sí, ya puedes comenzar a gritarme —se cruza de brazos—. Supongo que tu hermanita te ha llegado con el cuento de que la trate mal, pero no considero que decir las verdades sea faltar el respeto a nadie, padre siempre me ha dicho que debo ser honesto.

—Ser honesto no es malo, lo malo es cómo se dicen las cosas, lo que tú puedes considerar una verdad, no es la verdad de todos los implicados —le regreso, imitando su postura.

—Esa sassenach no debería meterse en mis asuntos —sisea—. El otro día me sorprendió con la nieta del auld Fergus y comenzó a gritarme como si tuviera algún derecho sobre mí.

—Evan, habla más despacio, estás mezclando palabras en gaélico y aún me cuesta entenderlas. —Afortunadamente, Cameron en su día consiguió enseñarnos lo básico de este idioma tan complicado—. ¿Estás diciendo que te sorprendió con una mujer?

Conforme termino la pregunta, el asombro me sobreviene, pues me cuesta asimilar que mi hermano pequeño, ya no lo es tanto y comparte el lecho con mujeres; y que Sofía, sintiéndose claramente celosa y herida, le haya reclamado un respeto que aún no corresponde exigirle a Evan.

—¡Maldición, Marian! —blasfema—. Nunca recuerdo que no hablas nuestro idioma.

Lo noto frustrado al decir eso, pero algo me dice que su frustración nada tiene que ver con el hecho de que yo no hable muy bien gaélico.

—Evan, el tema que quiero tratar contigo, no es si entiendo el gaélico o no —respiro hondo en un intento por calmarme, pues a pesar de que este es un asunto muy importante para mí, no quiero discutir con mi hermano, amo a ambos y estar en medio de ellos es difícil—. Quería hablar contigo, porque no voy a permitir que hieras con tus actos o palabras a Sofía.

Por su mirada sé, que no le han gustado mis palabras.

—Soy tu hermano, tu lealtad debería ser para mí. —Puedo percibir un pequeño temblor en su voz—. Lo único que le dejé claro fue que no se metiera en mis asuntos, puede que ella sea tu mejor amiga, pero para mí no es nadie, una estúpida sassenach, que tiene el afecto de mi familia, de lo cual sabe aprovecharse muy bien.

—¡Silencio! —le ordeno, intentando controlar las ganas que siento de abofetearlo—. Sofía no es ninguna sassenach, ¿acaso me consideras igual por

no haber vivido en tu amada patria durante todos estos años? ¿Para ti soy una maldita forastera indeseable?

—¡No! —exclama horrorizado—. ¡Por supuesto que no! Eres mi hermana, las acciones de unos malditos te alejaron de nosotros.

—¿Entonces? ¿En qué se diferencia Sofía? —pregunto, sintiéndome muy dolida por sus palabras, por esos sentimientos tan horribles que ha expresado sobre la niña más dulce que he tenido la suerte de conocer.

—No es escocesa —responde de mala gana.

—¿Debo recordarte que nuestra abuela es inglesa? ¿Qué tía Sarah también lo es? —No puedo creer que ese sea el tonto motivo que lo empuje a tratar de tan malos modos a Sofía.

En respuesta, solo obtengo silencio y su mirada esquiva, sé que esconde algo, y como por acción divina, mi don hace acto de presencia haciéndome cerrar los ojos y contemplando una escena que me deja saber los verdaderos motivos de su comportamiento.

Sofía entrar a las caballerizas, está feliz, siempre le han gustado los animales, se dirige hacia uno de los cubículos donde descansan los caballos, pero unos ruidos extraños la detienen. Por un momento se asusta, pensando que alguien pueda estar herido y necesite ayuda, y justo cuando va a salir en busca de esta, la voz de una muchacha la detiene.

—Evan, eres fabuloso. —Ese nombre, dicho entre lo que parecen ser gemidos de placer, hace que Sofía se enfurezca de un modo que ni ella misma puede entender.

Y, sin siquiera pensarlo, camina hacia dónde provienen los sonidos y, lo que sus ojos ven a continuación, la deja con la boca abierta. Evan está sobre una muchacha completamente desnudo, con su trasero al descubierto y muy entretenido saboreando los grandes pechos de su acompañante.

—¡Evan Mackencie! —grita Sofía fuera de sí, haciendo que la fulana chille a causa de la sorpresa y empuje a Evan lejos de su cuerpo semidesnudo.

Quien, de inmediato, se levanta y cubre su desnudez con el tartán, mientras la mujer, tras ocultar su rostro, se marcha corriendo despavorida, dejando a Evan a merced de una acalorada Sofía, que lo mira con furia y algo más que ninguno de los dos alcanza a comprender.

—¡Maldita sassnach! —exclama él frustrado, viéndola incapaz de apartar su furiosa mirada del aún prominente bulto bajo su tartán—. ¿Cómo te atreves

a entrometerte en mis asuntos? ¿Quién te crees que eres aquí?

—Eso que estabas haciendo es vergonzoso, asqueroso —sisea ella furiosa.

—¿Por qué tan indignada? ¿Acaso quieres ser tú la privilegiada que goce de mis caricias? —espetea él con burla.

—Si te atreves a tocarme, maldito patán escoces, te mataré —lo amenaza, antes de intentar huir, pero Evan la detiene sujetándola del brazo.

—¿Matarme? —ríe él, mientras la acerca a su cuerpo—. Estoy seguro que te mueres porque te bese. —afirma seguido mirando los labios de mi amiga.

Luego la besa, la besa sin ninguna contención dejando a Sofía imposibilitada a resistirse, sumiéndolos a ambos en una especie de frenesí muy diferente al de dos personas que se odian. Se desean, es evidente, ellos se desean, aunque, cuando Evan al fin la libera, Sofía le regresa una bofetada que resuena en todo el establo.

—¡No vuelvas a golpearme, maldita inglesa! —ruge él enfurecido, tocándose su mejilla enrojecida—. ¿Qué haces aún aquí? Ya acompañaste a mi hermana, vuelve a tu maldito país y a la pocilga de la que hayas salido.

—Mi sitio es donde esté mi hermana —responde ella, alzando el mentón con orgullo.

—¡No es tu hermana! —grita él de nuevo—. ¡Es la mía!

—Puede que compartas su sangre, pero, ¿dónde estuviste estos dieciocho años, Evan?

Mi hermano, palidece ante su pregunta, y por primera vez desde que lo conozco, no sabe qué decir.

—He estado al lado de Marian desde que puedo recordar, en cada momento de su vida he estado apoyándola —prosigue Sofía, viendo a Evan totalmente consternado—. Puede que no sea escocesa, pero amo tu patria como si fuera la mía, puede que no comparta tu sangre, pero me siento orgullosa de pertenecer a tu familia, a tu clan, puede que no haya nacido del vientre de tu madre, pero la considero una madre, esa que perdí siendo tan pequeña, y considero a Marian la hermana que la vida nunca me pudo dar.

El rostro desencajado de Evan lo dice todo, se siente avergonzado, la sentida argumentación de Sofía lo ha tocado, pero incapaz de dar su brazo a torcer y pedirle disculpas por sus desafortunadas palabras, y mucho menos de reconocer que el beso que han compartido lo ha trastocado aún más, la mira con desprecio y la ataca de nuevo con ferocidad.

—¡No vuelvas a atravesarte en mi camino sassnach! —Y, luego sale raudo de allí sin ver cómo Sofía ya no es capaz de contener el llanto.

—Te sientes culpable por cómo la trataste, por eso dices esas cosas tan horribles, no sabes qué hacer o decir para que te perdone. —Él me mira incrédulo, y yo sonrío.

—Es cierto que tienes un don poderoso—suspira, y se pasa las manos por la nuca con incomodidad—. No soy así Marian, nuestros padres me educaron bien, respeto a las mujeres por encima de cualquier cosa.

—Te creo, Evan —intento tranquilizarlo, quitar un poco del peso que lleva sobre sus hombros—. Pero, entonces ¿por qué reaccionaste así con Sofía? Estoy de acuerdo en que no debería meterse en tus asuntos, la conozco y sé que se siente avergonzada de su comportamiento, pero también dolida por tus palabras, no puedes llegar a imaginar el poder que tienes sobre ella.

Al escuchar esto último, me mira curioso y a mí me entra el arrepentimiento, no sé si he acertado insinuándole eso, pero necesito entienda que sin pretenderlo puede herir a Sofía más de lo que él mismo imagina.

—Me sentí avergonzado —confiesa al fin—. No quería que ella me viera con ninguna mujer, no quería que pensara mal de mí, pero cuando la mire a los ojos y vi el desprecio que sentía por mí...

—Sois tan jóvenes —suspiro, no es que yo sea mucho mayor que ellos, pero siento como si ya hubiera vivido cien años.

—A penas eres un año mayor que yo —replica él algo molesto.

—Créeme cuando te digo que me siento una anciana en muchas ocasiones.

En su mirada puedo ver la compasión, incluso la culpabilidad.

—Ojalá hubiera sido yo y no tú —susurra sin mirarme.

—Evan... —me acerco a él y le obligo a mirarme—, tú no tienes la culpa de nada, ni siquiera habías nacido, créeme que estoy más que feliz de que te hayas criado con nuestros padres, rodeado de amor.

—Pero tú no te merecías ser arrancada de tu hogar, he tenido que crecer con el dolor de tu pérdida, cada vez que padre no volvía contigo, madre se marchitaba un poco más, odio a esos miserables que te arrancaron de nuestro lado, y si no estuvieran muertos, yo mismo los mataría.

—Deja ese odio Evan, ya todo ha pasado, créeme que me duele todo por lo que nuestros padres pasaron, nadie más que yo desearía que mi vida hubiera sido distinta, pero nuestro destino está trazado desde nuestra concepción y debemos conformarnos.

Cuando termino, me dejo abrazar por él y me dejo llevar por ese momento de paz y tranquilidad.

—Volvamos —indica Evan soltándome—, no me gusta estar fuera de los muros mucho tiempo y menos si vienes conmigo, temo no ser capaz de protegerte.

—Sí lo harías —respondo convencida.

—Daría mi vida por ti —confiesa, mirándome a los ojos.

Poco tiempo después, ya estamos atravesando el puente y, tras ver el enorme portón de la fortaleza, le pido a Evan con voz suave y cariñosa.

—Prométeme que no volverás a herir a Sofia.

—Lo prometo —asiente algo reacio, pero ni insisto, sé que cumplirá.

Ya de regreso en el patio, nos encontramos a varios hombres montados a caballo dispuestos a partir, por el gesto en sus rostros y la tensión que se puede palpar en el aire, deduzco de inmediato que no se dirigen a una simple cacería. Algo malo ocurre, y no soy la única que lo nota, Evan también, por lo que, presuroso se acerca a nuestro abuelo, que en ese instante envaina su espada y sube a su caballo.

—¿Qué ocurre abuelo? —le pregunta a este con preocupación.

—Tenemos forasteros en nuestras tierras, y los McCloud vuelven a dar problemas, les he dejado hacer lo que querían durante demasiado tiempo, es hora de que recuerden quién manda aquí —le explica, y en sus ojos puedo ver brillar una intensa furia.

—Voy con vosotros —se ofrece Evan, mirando a mi padre y al tío Keylan, que también están preparados para la partida.

—No muchacho, quédate aquí y protege a las mujeres, he dejado a más hombres para la defensa, pero no tenéis de que preocuparos, no permitiremos que lleguen hasta aquí. Nadie ha atravesado las murallas de Eilean Donan en siglos, esta vez no será diferente.

En ese momento, mi padre se acerca a nosotros montado en su caballo, y a pesar de su gesto serio puedo sentir lo feliz que está de vernos juntos al fin.

—Cuida de tu madre y hermana, volveremos pronto —le ordena a Evan en voz baja, mientras a mí una sensación de angustia me atenaza.

—Lo haré padre, te lo juro, no permitiré que nadie las lastime —le asegura convencido y orgulloso.

—Sé que lo harás —asiente del mismo modo nuestro padre, para después, mirarme y asegurar consciente de la preocupación que me embarga—. No te preocupes hija mía, volveré.

Y al asegurar eso último, un destello de amor ilumina sus ojos y un nudo de lágrimas crece en mi garganta impidiéndome contestarle, solo soy capaz de

dedicarle una apagada sonrisa, la misma que le regala mi madre desde las escalinatas, donde está parada mirándole e intentando contener su propio llanto y preocupación. Por lo que, sin dudar, me acerco hacia ella y la abrazo para darle la fuerza que necesita en estos duros momento.

—Madre... —No sé qué más hacer o qué decir para consolarla.

A su lado, mi abuela, parece más calmada, aunque no mucho, aun así...

—Van a volver, siempre lo hacen —nos asegura, tomando nuestras manos y viendo cómo nuestros hombres comienzan su marcha.

—¡Tulach ard! —grita mi abuelo con su espada en alto, haciendo que segundos después los demás guerreros coreen la misma frase.

—Es el grito de guerra de los Mackencie —me explica la abuela, mientras con el corazón en un puño las tres los vemos partir a todos.

Y así padres, hijos, esposos y hermanos se marchan para protegernos a todos.

Rezo a Dios para que vuelvan sanos y salvos.

Dios los proteja...

Capítulo 15

(Eric Darlington) Inglaterra, Mansión de los Darlington.

Hoy es el día que tengo previsto partir hacia Escocia, junto a mi buen amigo Gabriel, he dejado todo bien atado, por lo que puedo marcharme con relativa tranquilidad. A pesar de que sé que estoy cometiendo una locura, no puedo evitarlo, me niego a desperdiciar mi vida, no solo por la promesa que le hice a Jonathan, también porque deseo ser feliz. No quiero mirar atrás dentro de treinta años y ver que me he convertido en un ser amargado y vengativo, que disfruta de las desgracias ajenas mientras espera la hora de su muerte para al fin hallar algo de paz.

Tito está bastante recuperado, motivo suficiente para arriesgarme a emprender hoy mismo el viaje que me llevará a encontrarme de nuevo cara a cara con el amor de mi vida. Cuando entro en la habitación, el pequeño ya está preparado, en su mirada puedo ver la emoción y el temor, todavía no cree que podamos salir de aquí sin que mis padres interfieran, pero he despertado por fin a mi realidad y no dejaré que nunca más ellos me manipulen a su antojo.

—¿Estás preparado, chico? —pregunto consiente de su respuesta.

—Lo estoy, mi señor —responde, poniéndose de pie con algo de esfuerzo.

—Pues, ¡en marcha, los caballos están listos! —Ambos salimos de la habitación sin mirar por última vez la alcoba en la que he dormido toda mi vida.

Esta mansión se ha convertido en un mausoleo desde que mi hermano murió, la poca alegría que se respiró dentro de estas paredes un día desapareció cuando él nos dejó, así que no me duele dejar todo esto atrás.

Al salir al patio, miro a mis padres allí y me sorprendo, no creo que hayan venido a despedirnos, al contrario, de seguro es que este encuentro no será agradable, por ello, indico a Tito que coja los caballos y se aleje un poco, no quiero que la maldad de mis progenitores vuelva a herirlo de ningún modo.

—Así que sigues con la locura de ir tras tu ramera —escupe mi madre con desprecio al verme.

—No vuelvas a insultar a Marian en mi presencia madre, porque no seré capaz de controlarme —siseo, temblando de furia, cuando llego hasta ella.

—¿Amenazas a tu madre? —me reprocha, dando varios pasos hacia mí, encimándoseme amenazante.

—¿Ahora te preocupas por tu esposa, padre? —ironizo, no dejándome intimidar por su gesto furioso.

¡Ya no!

—No vas a marcharte, Eric —vuelve a hablar mi madre—. Dentro de una semana te casarás con Lady Bárbara, y acabarás con esta tontería.

—¡Impídemelo! —la desafío, mientras inicio mi marcha hacia mi caballo. Junto a este, está Tito subido ya al suyo.

—¡Si te marchas, jamás vuelvas! —grita mi padre—. ¡Estás muerto para mí, Eric!

Los miro directo a los ojos, intentando sentir algo de tristeza por dejarlos, pero no, no siento pena ni nada.

—Pues que así sea —asiento, y mirando una última vez más a las personas que me dieron la vida, finalizo—: Adiós.

Y así sin más, subo a mi caballo y, tras espuelearlo, me alejo de allí seguido de cerca por mi fiel acompañante, y solo cuando hemos recorrido varias millas y estoy seguro de haber salido ya del condado es que me permito aminorar el paso, pues Tito luce un poco cansado y dolorido, quien, al notarlo, insiste en proseguir ya que debemos llegar antes de que anochezca a la posada que se encuentra en la frontera con las Tierras Bajas.

Lo que me recuerda que, debo aclararle algo, por nuestra propia seguridad.

—¿Tito? —lo llamo y, como era de esperarse, él me mira y presta toda su atención—. A partir de ahora, no quiero que me trates como tu señor, debemos pasar desapercibidos, y si la gente sabe que soy el próximo Duque de Darlington nos pondremos en peligro.

—Pero no puedo hacer eso, mi señor —exclama espantado.

Cierro los ojos, frustrado, esto va a ser más difícil de lo que pensé.

—Tito, es de vida o muerte que lo hagas, a partir de ahora tú y yo somos hermanos, y mi nombre es Jonathan, no Eric. ¿Entiendes? —pregunto.

—Sí, mi señor —contesta no muy convencido.

—¡No me digas así, Tito! —exclamo perdiendo la paciencia—. Somos hermanos, trátame como tal. —ordeno.

Dicho eso, él asiente y seguimos en silencio nuestro viaje, aunque no avanzamos tanto como quisiéramos debido a su resentido estado. No luce muy bien, y a cada segundo lo noto más y más dolorido.

—Tito, ¿crees que puedas aguantar a todo galope? Al menos hasta llegar a

la posada, después te prometo que descansaremos un día entero si es necesario —le pregunto.

—Aguantaré mi... —comienza a responderme, pero al darse cuenta de que ha estado a punto de cometer el error de llamarme “señor”, rectifica—: Jonathan.

Sonrío. Es un niño muy listo y leal.

—Pues adelante entonces, muchacho —lo apremio, emprendiendo el galope a toda velocidad.

Cabalgamos durante horas, pero al anochecer llegamos a nuestro ansiado destino.

Una vez en la posada, desmontamos y, tras pagar a un mozo para que se encargue de los caballos, pido una habitación y una cena caliente. Ya instalados en la modesta estancia, examino con detenimiento las heridas de Tito, estas lucen bastante bien, por lo que, luego de comer y darnos un buen baño de agua caliente, caemos rendidos en el lecho.

Al amanecer, soy el primero en despertar, y sin hacer mucho ruido, salgo de la habitación dejando a Tito descansar a sus anchas como le he prometido. Se lo merece. Una vez llego al salón inferior de la posada, se me acerca una moza con intenciones nada decentes, es evidente que busca mi compañía, pero con delicadeza la rechazo, nunca he sido un mujeriego sin escrúpulos como mi padre, además, luego de compartir lecho con Marian, dudo mucho poder hacerlo con alguna otra mujer.

Cuando por fin me siento a la mesa, pido mi desayuno y le pregunto al posadero a qué distancia se encuentra Eilean Donan, y aunque puedo ver que siente curiosidad, no pregunta por qué viajamos hacia allí.

—Si siguen su viaje, solo descansando por las noches, pueden estar cruzando la frontera de los Mackencie en tres días, y llegarán a Eilean Donan en tres más —explica un poco reacio.

Se lo agradezco y continúo en lo mío.

Tan pronto acabo de comer, le subo su desayuno a Tito para que reponga fuerzas, pero al ver que sigue durmiendo, dejo la bandeja en la pequeña mesa y salgo en absoluto silencio, para después ir por noticias sobre nuestros caballos, necesito que estén bien cuidados pues el largo viaje que nos espera es largo.

Afortunadamente, el mozo de cuadra ha hecho un trabajo excelente, y para que siga siendo así le doy un par de monedas más antes de salir de las caballerizas. Esos caballos valen una fortuna, y son nuestro único modo de

llegar a nuestro destino, si les pasara algo o los robaran, el viaje hacia Escocia a pie sería un infierno.

De regreso en la alcoba, veo que Tito ya está despierto y comiendo con verdaderas ansias su desayuno, cosa que me alegra mucho, incluso, puedo apreciar que las sombras bajo sus ojos ya no están, es como si salir de la mansión Darlington le hubiera quitado un gran peso de encima.

—¡Buenos días, mi señor! ¡Gracias por subir mi desayuno! —me agradece—. Pero no debería haberme dejado dormir tanto. —Parece avergonzado.

Suspiro frustrado al escucharlo dirigirse a mí de esa forma tan ceremoniosa, y ese simple gesto basta para que Tito, caiga en cuenta de su error y rectifique.

—Lo siento, es difícil —susurra.

—Lo sé Tito, pero recuerda que es por nuestra seguridad —asiente y le sonrió para tranquilizarlo.

—¿Cuándo partimos? —pregunta, levantándose.

—Mañana al alba —respondo conciso.

—¿Mañana? ¿Por qué? —exclama sorprendido.

—Estamos cansados Tito, y esta etapa del viaje, es la más peligrosa —intento explicarle sin llegar a asustarlo—. Escocia no es como Inglaterra, no van a ser gentiles con nosotros muchacho. El viaje es largo, unos seis días si marchamos a galope, y no siempre podremos seguir ese ritmo, tú aún estás muy débil.

—Sé del odio entre escoceses e ingleses, pero no penséis que soy débil, puedo soportar lo que sea, no retrasaré el viaje —me responde decidido.

Escucharlo decir eso, me hace sentir orgulloso, su fortaleza y lealtad hacia las personas que ama es digna de admirar, ojalá yo hubiera sido así a su edad.

—Hoy descansaremos Tito, mañana partiremos y llegaremos junto a Marian en poco más de seis días.

—Deseo tanto verlas de nuevo, ni siquiera sabemos si están vivas —La angustia en su voz hace que mi corazón se acelere, pues ambos tememos lo mismo.

—Son fuertes, seguro llegaron a su destino —le aseguro, deseando que así haya sido.

Durante el resto del día, permanecemos en los alrededores de la posada intentando pasar desapercibidos, veo a muchos escoceses, que con toda seguridad son guerreros que custodian la frontera entre nuestros países. También, tratamos de conseguir información vital para nuestra supervivencia, y con éxito, gracias a la moza que esta mañana estaba tan dispuesta a disfrutar

de mi compañía, pudimos aprender a diferenciar los colores de los tartanes, para los escoceses es una forma de saber a qué Clan pertenecen.

El clan de la familia de Marian, utiliza los colores verdes, azul y rojo, y puedo ver que hay varios Mackencie por aquí, según me explica la muchacha, son los guerreros más temidos de Escocia, incluso los clanes enemigos tienen mucho cuidado antes de desafiar a Alexander Mackencie; su Laird y abuelo de Marian, lo que me tranquiliza bastante, es bueno saber que pertenece a una familia tan poderosa, así nadie volverá a hierla jamás, aunque, eso es algo que tampoco yo volvería a permitir nunca.

Casi al anochecer, regresamos a nuestra alcoba a descansar, en pocas horas partiremos y necesitamos estar descansados, además quiero marcharme incluso antes de que salga el sol por completo, mientras menos gente nos vea marchar y sepa hacia dónde nos dirigimos, mucho mejor.

Tito cae en un profundo sueño apenas se recuesta en el lecho, yo en cambio, no puedo dormir pues la preocupación por el viaje y por dejarlo todo atrás, incluyendo la ansiedad por volver a tener a Marian frente a mí, me lo impiden. No sé si quiera si querrá verme de nuevo, o si tal vez ya esté casada. Ese pensamiento logra desesperarme aún más, y aunque intento alejarlo de mi mente y convencerme de no existe posibilidad de que eso último ocurra, la verdad es que me es imposible, ¿Quién no querría casarse con ella? ¿Con una mujer hermosa, inteligente y bondadosa como lo es Marian?

Ojalá pueda llegar a tiempo y reparar mi error, explicarle lo ocurrido y que pueda perdonar mi falta de carácter para con mis padres, el no haber podido impedirle a mi madre ofenderla y obligarla a marcharse a escondidas como si fuera menos que nada, cuando ella para mí lo es todo, así ha sido durante años.

Al alba, y sin haber pagado un ojo, despierto a Tito, comemos algo y nos ponemos en marcha sin demora galopando sin descanso durante horas, hasta que, al caer la noche decidimos parar y acampar a la intemperie. El clima es bueno, lo que facilita mi vigilancia mientras una intensa ansiedad me recorre el cuerpo, no sé si son nervios por estar en territorio desconocido, o de emoción porque cada vez estoy más cerca de Marian.

El segundo día de viaje, no muy es distinto al anterior, solo descansamos un par de horas para que los caballos puedan recuperarse y proseguimos la marcha, en ningún momento he escuchado queja alguna de mi acompañante. Y, cuando el alba anuncia el inicio del tercer día, Tito despierta sin necesidad de ser llamado, sé que está ansioso al igual que yo, hoy cruzaremos las fronteras de los Mackencie, estaremos en el hogar de Marian, un poco más cerca de

ella.

Ya al atardecer, hemos recorrido varias millas más y cruzado la frontera, cómo lo sé, vaya a saber, pero lo sé y así se lo informo a Tito.

—Ya estamos en tierra de los Mackencie.

Él no me contesta, se ve pensativo y preocupa.

—Muchacho, ¿Qué ocurre? ¿Por qué tanto silencio de tu parte? ¿Estás cansado o dolorido? —pregunto con sumo interés.

—No estoy ni cansado ni dolorido, si no preocupado —me confiesa sin que tenga que presionarle mucho—. He traicionado la confianza de Marian.

—Se cómo te sientes Tito, pero piénsalo de este modo, si tú no me hubieras dicho lo que ocurrió entre mi madre y Marian nunca habría reunido el valor de enfrentarme a mis padres, si tú no me hubieras dicho dónde se encuentra Marian jamás habría sabido en qué lugar ir a buscarla, y mi vida ya no tendría sentido sin ella —intento que se sienta mejor con mi explicación.

El muchacho, guarda silencio, sé que está pensando en lo que le acabo de decir, espero que deje de sentirse culpable, si alguien tiene que ser culpabilizado soy yo, no él. Tito, es apenas un niño al que los mayores le hemos dado el peso de una carga demasiado grande para él.

—Tú no has hecho nada malo, Tito. Si cuando lleguemos ante Marian, ella tiene algo que reclamar, yo asumiré las consecuencias, le diré que te obligué, le diré que amenacé con matarte —expreso la idea que lleva rondándome la cabeza durante días.

Tito, me mira con la boca abierta y los ojos agrandados.

—Pero eso hará que te odie —exclama sorprendido.

—Estoy seguro de que ya lo hace, así que no supondrá ninguna diferencia —le respondo con tristeza.

—No creo que llegue a odiarte nunca en realidad, solo tienes que demostrarle tu amor, porque no has hecho un buen trabajo hasta ahora —argumenta.

Cada vez me deja más sorprendido su madurez, es como un anciano encerrado en el cuerpo de un niño.

—¿Dónde has aprendido a ser tan sabio? —pregunto más para mí mismo que para él.

—Siempre vi a mis padres queriéndose mucho, sé cómo se supone que debe ser el amor, y en los ojos de Marian siempre veía lo que reflejaban los ojos de mi madre al mirar a mi padre —me explica, y al escucharlo hablar de sus padres puedo sentir su dolor y añoranza—. Pero nunca vi eso en tus ojos, no

hasta ahora, hasta que ella se marchó, y me rogaste día tras día por saber su paradero, por eso rompí mi promesa, no creo que un amor como el vuestro deba ser asesinado de la forma en la que vuestra madre quiso hacerlo.

—Y te prometo que tu confesión, no será en vano —Se lo juro de corazón—. Puede que me cueste la vida recuperar a Marian, pero lo haré.

Asiente sonriendo, después mira a su alrededor atraído por una especie de ruido inexistente y poco a poco su sonrisa se apaga, eso me pone en alerta.

—Nos están siguiendo... —susurra asustado.

Miro con atención entre los árboles, Tito tiene razón, nos siguen y no son hombres del Clan Mackencie, lo que sería lógico pues hace horas que recorremos su territorio, estos individuos parecen ser carroñeros, y los carroñeros nunca andan con buenas intenciones.

—No son Mckencie —aseguro—. Debes estar preparado, si digo que huyas, hazlo. —le ordeno después mirándole fijamente a los ojos—. No dudes, si algo me ocurre, huye.

—No voy a abandonarte —replica asustado.

—No cometas ninguna estupidez muchacho, no me debes nada, si algo me ocurre, corre —vuelvo a ordenar con más ferocidad. Necesito asegurarme de que él estará bien pase lo que pase—. Llega hasta Eilean Donan, ve con Marian, allí estarás a salvo.

—Le debo la vida, mi libertad, así que mi señor no le abandonaré — responde sin titubeos.

—¡Esa absurda lealtad acabará con tu vida muchacho! —gruño, sintiéndome a cada segundo más orgulloso de él—. Veremos lo que ocurre, por el momento haz como que no los hemos visto, tal vez no ataquen.

Rezo a Dios para que así sea.

Varias millas después, aún estamos siendo perseguidos de cerca por los escoceses, aunque, al parecer no planean atacarnos y podremos perderles la pista sin necesidad de combatir, pero de pronto, el sonido de caballos aproximándose se escucha a lo lejos y mi cuerpo se tensa. Desde dónde estoy, puedo observar a un hombre alto y fuerte liderar al grupo de guerreros, y al mirarlo, de inmediato sé de quién se trata.

—¿Quiénes son? —pregunta Tito con voz temblorosa.

—Estoy convencido de que es el abuelo de Marian, el Laird de estas tierras —susurro, desmontando mi caballo al ver que los carroñeros que antes nos seguían escondidos, ahora, salen de su madriguera.

Y, nos atacan sin importarles que los Mackencie se dirijan hacia nosotros.

—¡No bajes del caballo! —le grito al muchacho, mientras soy rodeado por dos hombres.

No pienso permitir que se acerquen a Tito, aun cuando me superen en número voy a protegerlo si es posible con mi vida, y así se lo hago saber a esos barbaros carroñeros, cuando un grito de guerra se deja escuchar y veo a los guerreros Mackencie saltar de sus caballos cerca de mí con sus espadas en mano.

Acto seguido, una feroz batalla da inicio, todo es un caos a nuestro alrededor, pero sin dudar un segundo en cuál bando debo elegir, desenvaino mi espada y me uno al ataque de los highlander, quienes con una habilidad formidable blanden sus espadas contra sus enemigos como verdaderos guerreros.

Aunque, los despreciables carroñeros, también saben defenderse y golpe tras golpe logran resistir el ataque de los fieros guerreros Mackencie, quienes viéndose desafiados vuelven a corear su grito de guerra y a arremeter contra estos con mucha más ferocidad, abatiendo a la gran mayoría poco minutos después.

Tras los que, al bajar sus defensas, una nueva amenaza intenta materializarse, pues de pronto, uno de los maleantes apunta con su espada y a traición la espalda de uno de los valerosos guerreros y, en un rápido impulso, corro hacia a este y lo mato hundiendo mi espada en tu estómago. En respuesta, el highlander da media vuelta con rapidez y, al mirar a su atacante yacer en el suelo sin vida, me mira con gesto de asombro y gratitud. Es un guerrero formidable, de pelo y piel oscura, y unos ojos muy parecidos a los de Marian.

De repente...

—¡Jonathan! —escucho gritar a Tito, desesperado.

Y, cuando me vuelvo hacia él y veo el motivo, un escalofrío me recorre el cuerpo. Otro de los indeseables carroñeros, lo sujeta con fuerza de uno de sus brazos y lo tira del caballo, haciendo que su pequeño cuerpo caiga con todo su peso y chille de dolor.

Maldigo. Es todo lo que hago antes de correr hacia ellos ciego de ira y dispuesto a matar a ese infeliz, pero tan pronto doy unos cuantos pasos, otro despreciable carroñero me intercepta y, tras presentarle batalla y matarlo también ayudado por el guerrero de ojos oscuros y penetrantes, continúo corriendo hacia Tito sin nada más en la mente que salvarlo, hasta que...

Un golpe.

¡Mi cabeza! Algo me golpea en la cabeza y caigo desplomado en el suelo, conforme la vista se me vuelve borrosa y lejana y escucho a Tito llamarme desesperado una y otra vez, pero no puedo moverme, y segundos después mi mundo se oscurece totalmente y en lo último que puedo pensar es en Marian.

Capítulo 16

(Marian Mackencie) Eilean Donan

Mi padre, mi abuelo y mi tío hace horas que partieron y aún no han regresado. Mi madre y abuela, por su parte, intentan olvidar su preocupación realizando tareas absurdas sin conseguirlo, y no son las únicas, también yo temo que les ocurra algo malo, que vuelvan heridos, o mucho peor..., muertos.

Cierro los ojos y trato de tranquilizarme, pero de pronto, una extraña sensación de angustia se apodera de mí haciéndome temblar y perder el control de mis emociones, y sin que pueda evitarlo, poco a poco borrosas imágenes comienzan a apoderarse de mente.

—¿Marian? —escucho a mi madre llamarme, preocupada. Su voz suena lejana—. ¡Marian! ¿Qué te ocurre hija mía?

Y, aunque quiero responderle, no puedo, pues ya estoy atrapada en una especie de sueño donde lo primero que escuchó es el choque atronador de muchas espadas, seguido del poderoso grito de guerra de los Mackencie.

—Está teniendo una visión, Valentina —intenta tranquilizar a mi abuela—. ¿No recuerdas que a Marian también le ocurría?

—¡Pero no así! —exclama con desesperación mi pobre madre, y a pesar de que su voz cada vez suena más distante, puedo percibir en esta su angustia y desesperación.

—Tu hija aún no controla su don, pero es más poderosa de lo que lo fue su tía, tranquilízate—vuelve a insistir en tono tranquilizador la abuela.

Tras lo que, mi madre, me abraza y besa mi frente antes de dejar de escucharlas. Cuando las imágenes del fragor de la batalla regresan a mi mente con mayor claridad, vuelvo a escuchar gritos ensordecedores, esta vez de los heridos que yacen en el suelo exhalando su último aliento, mientras el abuelo, a quien logro ver con total claridad, ordena a los demás guerreros continuar la feroz batalla contra sus atacantes. Verlo sano y salvo me tranquiliza de inmediato, pero al pasar los segundos ya no lo estoy tanto, pues no logro ver a mi padre y tío por ningún lado, menos aún al escuchar de pronto, el grito de desesperado auxilio de una voz que reconocería en cualquier parte.

—¡Jonathan!

¡Tito!

Sí, es su voz, pero antes de que pueda confirmar lo que mis oídos han escuchado, todo vuelve a ser silencio y oscuridad en mi mente. Mi visión ha terminado, y lágrimas de angustia y desconcierto inundan mis ojos cuando los abro despacio no muy segura de entender el significado de esta, pues Jonathan ha muerto hace mucho tiempo; y Tito; mi pequeño y valiente niño, está en Inglaterra por culpa de mi egoísmo, pude habérmelo traído y protegerlo del odio y desprecio que sus tíos le profesan sin motivo.

De pronto...

—¡Está llorando! —grita de nuevo mi madre—No me pidas que me tranquilice, madre.

—Estoy bien —susurro agotada—. La abuela tenía razón, estaba teniendo una visión.

—¿Y por qué estas llorando? —sigue con su interrogatorio—. ¿Acaso viste a nuestros hombres heridos o...?—No puede acabar la pregunta.

—No madre, creo que están bien, aunque solo pude verlos por poco tiempo —les explico a ambas, intentando darles algo de paz.

—Entonces ¿por qué lloras mi niña? —pregunta mi abuela, extrañada.

—No lo sé —respondo visiblemente cansada, la visión me ha dejado agotada.

Mi madre, al notar lo, se levanta y, tras apremiarme para que también lo haga, me aparta un mechón de cabello del rostro con cariño y me dice.

—Debes descansar hija mía —Y, mirando a nuestro alrededor mientras caminamos, pregunta—. ¿Dónde demonios está Sofía?

—Déjala madre, no necesito escolta para dormir un poco —le contesto, antes de acostarme en mi lecho ayudada por ella y cerrar mis ojos.

—Descansa, mo cridhe —murmura tras besar mi frente.

Quiero preguntarle qué ha dicho pero el sueño me vence enseguida.

No sé cuánto tiempo he dormido, los parpados siguen pesándome en demasía, aun así, intento abrirlos, pero me contengo al escuchar de repente sigilosos susurros a mi alrededor.

—Debí estar con ella y no perdiendo el tiempo contigo —escucho decir a mi mejor amiga—. Después de todo, tú me desprecias, y ella es la hermana que nunca tuve pero que el destino tuvo a bien concederme. No importa lo que pienses, amo a tu hermana como si nuestra sangre fuera la misma, la lealtad

vale más que tu sucia sangre escocesa. —sisea, furiosa.

«¡Oh no Sofía, tú no has dicho eso!» pienso con pesar.

Seguido, un gruñido de mi hermano se deja escuchar y, antes de que diga algo de lo que luego pueda arrepentirse, gimo para llamar su atención y evitar que sigan haciéndose más daño.

—¡Marian! —exclama Sofía posicionándose a mi lado—. ¿Cómo te sientes? —pregunta después con voz preocupada

—¿Cómo te sientes hermana? —la imita Evan a la vez y no puedo evitar sonreír.

Sentirme así de amada me resulta nuevo al igual de agradable, nadie se había preocupado por mí de este modo antes, en mi niñez, cada vez que caía enfermaba estaba sola.

—Estoy bien, no hay de qué preocuparse —les digo incorporándome poco a poco, mientras Sofía a la vez acomoda las almohadas detrás de mi espalda y mi hermano nos observa con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su ancho pecho.

Segundos después, ella se aparta dejando sitio para que Evan se siente a mi lado.

—Madre, nos ha contado que has tenido una visión —me cuenta con los ojos oscurecidos de preocupación—. ¿Has visto algo que no le hayas contado a ella? ¿Le ha ocurrido algo a padre? —Su voz tiembla, haciéndome saber lo asustado que está ante esa posibilidad.

—No vi mucho, Evan —respondo apesadumbrada—. Ojalá hubiera visto más de lo que le dije a mamá y a la abuela, no sé con certeza si ellos están bien, no sé qué significa esta extraña visión.

Asiente, ahora más preocupado que antes.

—¿No han regresado? —pregunto temerosa la respuesta.

—No —niega con la cabeza—. Debí ir con ellos, si no regresan, jamás me lo perdonaré.

—Aún eres muy joven, Evan —trato de reconfortarlo.

—¡No soy un maldito niño, Marian! —grita, levantándose con brusquedad.

—No quise decir... —intento explicarme, pero Sofía sale en mi defensa y, sin proponérselo, lo complica todo aún más.

—¡No le grites! —Y lo empuja con todas sus fuerzas, alejándolo y provocando que apuñe sus manos y una furia salvaje se apodere de su rostro.

Temo por su reacción.

—¡Evan Mackencie, ni se te ocurra alzar tu mano! —le advierto mientras

me levanto con rapidez e interpongo mi cuerpo entre ellos.

Al escucharme, Evan parpadea y palidece, para después mirarnos espantado y decir antes de salir disparado de la habitación, dejando a Sofía asustada y a mí más aturdida que antes.

—Perdonadme.

Al cabo de un rato, Sofía nota mi estado y me ayuda a volver al lecho.

—Jamás te habría golpeado —susurro, aún temblorosa.

—Entonces ¿por qué te has abalanzado para protegerme? —pregunta con la voz igual de inestable que la mía.

—Por acto reflejo, nada más —intento convencerla a ella y a mí misma.

—Ni tú misma logras creer semejante mentira, sí habría sido capaz de pegarme —contradice, dejando en evidencia lo mucho que le ha dolido la reacción de mi hermano.

—No mediste tus palabras Sofía, debes contener tu lengua o te causará muchos problemas, no siempre estaré para protegerte —le aconsejo con cuidado, pues no quiero que piense que apoyo más a mi hermano o a sus actos que a ella.

—¿Lo defiendes? —Ocurre justo eso.

—No, jamás defenderé a ningún hombre que alce la mano contra una mujer —le aseguro muy en serio, mientras además decido hablar de nuevo con Evan y mis padres.

Esto se está saliendo de control. Si yo no puedo llegar a él, ellos lo harán.

Pensando en eso estoy, cuando de pronto, escuchamos un alboroto fuera del castillo, y acto reflejo busco incorporarme, pero de inmediato, una mirada severa de Sofía me hace saber que no me dejará levantarme del lecho.

—Dime, por favor, ¿qué es lo que ocurre? —ruego aterrada.

Al escucharme, e igual de intrigada y asustada, sale de prisa de la habitación dejándome sola y acechada por mis peores miedos, ¿habrá pasado algo malo a los hombres de mi familia? Un rato después, vuelve a abrirse la puerta y aparece mi padre junto a mi madre, llorosa.

—Padre —exclamo angustiada—. ¿Por qué está llorando madre? ¿Acaso ha ocurrido algo malo? —pregunto, intentando contener la amenaza de llanto en mi garganta.

—¡Tranquila, hija mía! —responde mi padre—. Tu madre, a pesar de los años, aún no se acostumbra, cada vez que me ve llegar sano y salvo, rompe a llorar.

—Entiendo —asiento aliviada, pues todos han llegado con bien.

Entonces, ¿qué significado tiene mi visión? ¿Quién es el misterioso, Jonathan?

—Tu madre me ha contado que tuviste una visión —comenta con su ceño fruncido—. Mi hermana, las tuvo en contadas ocasiones, y siempre con un propósito mayor.

—No entiendo —le contesto, cansinamente a la par de intrigada.

—Cuando esas visiones se presentan, suele ser porque quien está implicado en esas visiones es importante para ti, muy importante —recalca.

—Todos los que os encontrabais batallando lo sois padre —le digo, mirando sus oscuros ojos de guerrero que me miran fijamente.

—¿Te dice algo en nombre de Jonathan? —pregunta en respuesta con mucha seriedad—. Los intrusos de los cuales nos informaron son dos, un joven y un muchacho. Parecen ingleses, el joven ha sido herido, no se la gravedad, pero Keylan está llevándolo a él y al muchacho que lo acompañaba al hogar de James, estaba más cerca del lugar de la batalla. —explica después.

—Conocí hace mucho tiempo a un hombre llamado Jonathan, pero el murió hace años de unas fiebres, era el hermano mayor de Eric —confieso—. ¿Cómo se llama el pequeño? —pregunto, ansiosa, seguido, con un extraño presentimiento latiendo en la boca de mi estómago.

¿Será Tito?

—No ha hablado desde que el joven fue herido, solo llora —señala—. No se separa de su lado, espero que Sarah pueda hacerle hablar.

—¿Cómo era el joven? —pregunto a continuación, con el corazón golpeando con fuerza dentro de mi pecho.

—Como todos los ingleses, insignificante —Alza los hombros como restando importancia—. Rubio y delgado, aunque debo reconocer que es bueno con la espada, me salvo la vida. —confiesa a regañadientes.

Esa descripción tan escueta no me dice nada, Eric es rubio sí, pero como acaba de recalcar mi padre, más de la mitad de los ingleses lo son, puede que me esté emocionando por nada, que mi estúpido corazón, haga que me ilusione para después sufrir otro duro golpe.

—Cuando el joven despierte, si es que lo hace, nos informará de su identidad y saldremos de dudas —intenta reconfortarme, y yo sonrió para tranquilizarlo también.

—Debo hablar con vosotros sobre Evan —les suelto de golpe después.

—¿Te ha hecho algo? —pregunta mi padre, ceñudo.

—A mí no —niego con rapidez—. Pero él y Sofia tienen un camino por

recorrer, hoy se les fue de las manos a ambos. Ella le dijo algo que nunca debió salir de sus labios, y aunque confío en Evan temí que la golpeará, tanto que me levanté para interponerme entre ellos. —les cuento con lujo de detalles.

—Este muchacho se va a conseguir una buena paliza —gruñe mi padre—. ¿Cuántas veces le he recalado lo importante de respetar a las mujeres?

—Querido —interviene mi madre, acaricia su espalda—, creo que lo que necesita es que hables con él, tengo el presentimiento de que tiene sentimientos por Sofía que no sabe sobrellevar, tú mejor que nadie sabe lo que es luchar contra ello. —sonríe con picardía.

Mi padre, al escuchar esto último, le devuelve el gesto y la besa con pasión sin que le importe mi presencia y luego se marcha.

—¿Crees que pueda ser Eric, madre? —pregunto, sin poder controlar la dicha de que mi presentimiento pueda sea posible.

—No lo sé, hija —niega con pesar, sé que ella no quiere que sufra más de lo que ya lo he hecho—. Si es él, ¿por qué cambiarse el nombre? ¿Y quién es el muchacho que lo acompaña?

—No lo sé... —susurro aturdida por tantas emociones, ahora que sé que mi familia está a salvo, el alivio me ha dejado más agotada que la misma visión.

—Deberías descansar, hija —sugiere mi madre, acariciando mi oscuro cabello—. Te pareces tanto a ella. —añade con nostalgia—. Cuando naciste supe que ella seguiría viva en ti.

—Creo que lo hace —le respondo, mientras intento resistirme a la pesadez de mis ojos.

—No luches contra el cansancio, tú y el bebé necesitan descansar —me ordena con firmeza y cariño.

—Pero necesito saber si... —No me deja terminar.

—Te prometo que nada más sepa algo, si es necesario te despertaré —me jura, y confiando en su palabra, dejo que el sueño vuelva a apoderarse de mí.

Capítulo 17

(Eric Darlington) Tierra de James Mackencie.

Abro los ojos con dificultad, me duele horrores la cabeza, incluso, parpadear es un suplicio. No puedo evitar gemir al alzar mi mano y tocar el punto en mi cabeza de donde proviene el dolor atroz que me nubla la visión.

—Quieto mi señor, os han golpeado con fuerza en la cabeza. —Una voz femenina me detiene, y poco a poco después giro mi cabeza adolorida y puedo ver a mi lado a una hermosa y menuda mujer.

Su cabello parece de fuego, pero veo fortaleza y bondad en su mirada.

—¿Dónde estoy? —pregunto, con mi voz más ronca de lo normal.

—En el hogar de James Mackencie, mi esposo —informa—. Soy Sarah Mackencie, para mí es un honor poder ayudar a un compatriota, desde hace años que no veo ningún inglés por estos lares.

—¿Soy inglés? —le pregunto, sorprendido.

¿Qué me ocurre?

—Desde luego no sois escoces, los hombres de estas tierras tienen algo que los hace diferentes —responde, sin advertir la confusión en mi cabeza—. ¿Cuál es vuestro nombre? —pregunta seguido.

Pero yo no recuerdo mi nombre, ni de dónde vengo, por lo que guardo silencio, mientras hago un esfuerzo por recordar aun cuando siento mi cabeza a punto de estallar. Lo que hace que, la amable mujer, me mire con mayor detenimiento y pase de la curiosidad al desconcierto al comprender el motivo de mi silenciosa actitud.

—Habéis perdido la memoria —anuncia, y veo la compasión en sus ojos al decir aquello—. Un niño os acompañaba, voy a mandar a buscarlo, tal vez al verlo, recordéis.

Cuando se levanta y camina hacia la puerta, esta es abierta por un hombre musculoso de pelo oscuro que, al ver a la mujer, sonrío con afecto, pero cuando mira en mi dirección y nota que estoy despierto, su expresión cambia por completo.

—¿Despertó? —pregunta sin apartar su mirada de mí—. ¡Al fin! —gruñe después cerrando la puerta.

—¡James! —exclama la mujer—. Un poco más de respeto para nuestro invitado, esposo. —lo reprende con cariño la que supongo es su mujer.

—¿Eres consciente de que la primera regla en el campo de batalla es la de no dar la espalda a tu enemigo? —pregunta el aludido de brazos cruzados.

No sé de qué está hablándome, y el desconcierto en mi expresión debe ser tal que, tras cruzar una mirada con su mujer, vuelve su ceño fruncido, interrogante.

—No recuerda nada James, ni siquiera su nombre —le explica la pelirroja.

—¡Maldición! —protesta—. ¿Qué demonios le digo ahora a Alexander? —pregunta frustrado.—¿Y a Marian? Según me comenta mi sobrina, esa muchacha está como loca por saber quién es el inglés.

Según escucho ese nombre, siento un fuerte estremecimiento en todo el cuerpo, pero antes de siquiera poder procesarlo, la puerta vuelve a abrirse y aparece un muchacho, que al mirarme se acerca cauteloso hacia mí. Por su expresión, asumo que está nervioso y asustado, además de que parece claramente conocerme, incluso, a pesar de no reconocerlo, algo mi interior me advierte que él es alguien muy cercano a mí.

—Pequeño —empieza a decirle con dulzura la mujer—, ha perdido la memoria, ¿tal vez tú podrías ayudarle? Dinos su nombre, ¿de dónde venís? ¿por qué estabais en tierras del clan Mackencie?

El niño no contesta, solo me mira a la espera de una reacción de mi parte.

—¿Es mudo? —pregunto preocupado.

Veo como el hombre llamado James, niega con la cabeza.

—Lo escuché pedirte auxilio en medio de la batalla, así que, si no habla, es porque no desea hacerlo.

—Puedes hablar pequeño —lo alienta de nuevo la mujer—. Nadie te hará daño.

Pero el silencio es su única respuesta, por lo que, el tal James, impacientándose, despega sus labios para volver a hablar, pero su mujer lo detiene.

—Dejémosle solos un rato, tal vez a él le diga algo —sugiere.

A su marido, como era de esperarse, la idea no parece gustarle, aun así se deja guiar por esta y al salir cierran la puerta, dejándonos solos. El niño, en ningún momento ha apartado la mirada de mí, no parece temerme, lo que es algo bueno y a la vez inquietante, ¿Por qué no dice nada? ¿Será mi hermano? ¿Mi hijo?

—¿Quién eres pequeño? —pregunto cauteloso.

—Mi nombre es, Tito —responde en un murmullo, al fin.

—¿Eres mi hijo? —prosigo y, en respuesta, él abre sus ojos desmesuradamente como si le hubiera preguntado una locura.

—No, no lo soy —me dice en tono vacilante—. Su nombre es Jonathan.

«¿Jonathan.?» Repito en mi cabeza, sin lograr reconocer ese nombre como mío, aunque, tal como me ocurre con el muchacho, algo dentro de mí parece internalizarlo con excesiva familiaridad.

De pronto, la puerta vuelve a abrirse y aparece la mujer pelirroja otra vez junto a un hombre bastante mayor. ¿Quién demonios es?

—Este es nuestro físico, a veces nos visita desde Edimburgo, y ahora tenemos la suerte de que se encuentre aquí. —explica ella.

—Voy a revisar el golpe de la cabeza, Lady Sarah me ha contado que no recuerda nada—anuncia, mientras, sin esperar ningún tipo de respuesta de mi parte, comienza con la revisión—. El golpe ha sido fuerte, esa es la razón por la que ha perdido la memoria, mi consejo es el siguiente, nadie debe decirle nada, él debe recordar por sí mismo, si no, es muy posible que no recuerde nunca. —explica y recomienda pasado un rato.

El muchacho llamado Tito, me mira al instante horrorizado, un gesto que tampoco pasó desapercibido a nuestros acompañantes, que también se han alarmado con la noticia.

—¿Ocurre algo pequeño? —interroga el físico.

—Le dije su nombre, también le aclaré que no soy su hijo —responde el muchacho con voz temblorosa.

—Bueno, eso no es nada irreparable, a partir de este momento, debes dejar que recuerde por sí mismo, ¿de acuerdo? —contesta de nuevo el físico.

Tito asiente y el hombre se marcha.

Segundos después, la mujer llamada Lady Sarah insiste en llevarse a Tito para que coma algo y me deje descansar, lo cual permito con la condición de que una vez termine lo traiga de vuelta, pues en los ojos del muchacho puedo ver reflejada esa silenciosa súplica, es evidente que se siente a salvo y seguro solo a mi lado.

Al cabo de un rato, cierro mis ojos e intento dormir, pero el dolor de cabeza es horrible y borrosas imágenes acuden a mi mente, perturbándome mucho más. ¿Serán recuerdos? No estoy muy seguro, aun así, trato de relajarme y permitir que las imágenes emerjan con mayor claridad.

Veo ante mí una gran mansión, dos niños correteando y riendo, son felices.

—¡No corras Eric, voy a atraparte! —grita el más alto de los dos.

—¡Ni hablar, Jonathan! —contesta el más pequeño, riendo.

Y sigue corriendo, hasta que cae al suelo, y el mayor se acerca corriendo con la preocupación dibujada en su cara y lo ayuda a levantarse.

—Te dije que no corrieras tanto —lo regaña entonces.

De pronto, unas rápidas pisadas se escuchan a lo lejos y, al volverse, ambos miran a una niña de pelo negro y ojos oscuros, acercárseles con gesto horrorizado.

—¡Eric! —exclama la pequeña sentándose al lado del herido, de cuya rodilla mana sangre fresca, aunque no demasiada como para alarmarse—. Deja que te cure.

Una vez dice aquello, igual de rauda como llegó, se marcha y al cabo de unos segundos aparece de nuevo con unas cuantas cosas en sus manos, las cuales en pocos minutos se transforman en un ungüento apestoso, pero que, al hacer contacto con la herida, calma de inmediato el ardor y el sangrado del muchacho.

—¡Gracias, Elisa! —responde el herido.

—Siempre te salvaré, Eric —le responde con dulzura la niña de ojos negros.

De golpe, abro los ojos...

¡Elisa! ¿Quién es Elisa? ¿Quién soy? ¿Jonathan o Eric?

En un intento por recordar más cosas, cierro mis parpados de nuevo y espero con la angustia instalada en mi estómago, pero es inútil, mientras más me esfuerzo más me duele la cabeza y la frustración se apodera de mí, por lo que, al cabo de un rato desisto y dejo que el sueño por fin me venza.

Tal vez los recuerdos lleguen solos, sin forzarlos.

Mucho tiempo después, vuelvo a despertar, no sé con exactitud cuánto tiempo he dormido, pero siento que fueron muchísimas horas, aun cuando mis parpados se sienten pesados, tanto que me cuesta abrirlos y enfocar la vista en la silueta que percibo a mi lado.

¡Tito!

—¿Ya comiste algo? —pregunto con la voz pastosa por el sueño.

Él asiente y me indica con la mirada que mire a mi izquierda donde hay una

bandeja con algo de comida, la verdad que tengo bastante hambre, por lo que, me incorporo y comienzo a comer en compañía del pequeño que me observa con seriedad, parece preocupado y disgustado por la incómoda situación. Yo tampoco es que me sienta muy bien, y en eso estoy pensando cuando, de pronto, ambos escuchamos un alboroto proveniente de un lugar no muy lejano a la habitación.

¿Qué estará ocurriendo?

—Marian, se está volviendo loca Lady Sarah, debo ver con mis propios ojos quien es el forastero —logro escuchar una voz que no reconozco, pero que a su vez me resulta familiar.

—Sofía, te he dicho mil veces que me llames tía Sarah —escucho decir a la mujer pelirroja llamada Sarah—. Estoy de acuerdo en que lo veas, pero el físico nos ha advertido que debe recordar por sus propios medios.

Tito me mira nervioso, ha reaccionado a esa voz, ¿o son imaginaciones mías?

—Lo siento tía Sarah, así lo haré, no diré nada, y eso se aplica en ambos casos, si Marian tiene razón en sus sospechas, no seré yo quien revele la verdad, ella a su debido tiempo lo dirá y obrará según crea conveniente.

—No es a mí a quien debes decir eso Sofía, son los hombres quien exigirán saber su identidad, yo seré fiel a Marian siempre.

Dicho eso, un nuevo silencio se produce, y poco después, tras llamar a la puerta, entra Lady Sarah en compañía de una joven mujer de aspecto menudo, a la que no reconozco a simple vista, pero que, tal como me ocurrió con Tito, me resulta muy familiar. En cambio, ella sí parece conocerme, su mirada de odio no admite dudas, como también parece conocer al pequeño, que, a pesar de no reaccionar a su presencia, la mira con un brillo de emoción en la mirada,

—Ya he visto lo que he venido a ver, me gustaría hablar con el muchacho a solas —dice y solicita la muchacha con una frialdad que me sorprende y angustia.

Por lo que, de inmediato, intento oponerme a que hable con Tito, pero este acepta sin dudar y se va con ella sin ningún miedo, es obvio que se conocen, así como de seguro yo también, y aunque intento recordarla, solo vienen a mi mente más recuerdos de la niña pelo oscuro.

Dos niños rubios y la niña de hermosos ojos negros juegan felices entre

los árboles de un gran jardín, es hermoso y está muy bien cuidado, de pronto, alguien pronuncia sus nombres, y una rolliza mujer aparece ante ellos gritando a todo pulmón que: los hijos de unos Duques no deben jugar con sirvientas, y la hermosa pequeña de pelo oscuro contiene el llanto mientras los dos niños son alejados a rastras de ella.

Ese recuerdo, me conmueve.

¿Quién es esa niña? ¿Por qué es tan importante para mí?

Instante después, otra imagen golpea como látigo mi mente.

—Eres una vergüenza para esta familia —El hombre alto, que está frente a los niños, luce furioso.

—Padre, no ha sido culpa de Eric —El niño mayor es el que habla.

—Deja de defenderle Jonathan, así no le haces ningún bien, él debe aprender cuál es su sitio, y desde luego no lo es al lado de una sirvienta mugrienta —gruñe el mismo hombre asqueado—. No volverás a acercarte a ella, o haré que la azoten hasta matarla. —amenaza.

¡Dios santo!

Parpadeo aturdido por ese recuerdo, ese hombre, ese hombre es despreciable a la par de malvado, y justo cuando estoy deseando saber con exactitud quién ese animal, Tito regresa a la habitación con expresión tranquila y me informa.

—Jonathan, voy a marchar a Eilean Donan con Sofía, allí es dónde deberás ir cuando se te permita viajar. —Ha entrado solo, lo que me da oportunidad a preguntarle con libertad.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué debo ir allí?

—Todos deben jurar lealtad al Laird si desean quedarse en sus tierras —me explica con nerviosismo.

—Ni siquiera sé quién soy, ¿cómo voy a saber si quiero jurar lealtad? —cuestiono con brusquedad, pues no pueden obligarme a jurar lealtad ante nadie que no se merezca mi respeto.

—Veníamos con intenciones de quedarnos en estas tierras, yo voy a jurar lealtad Jonathan, nunca volveré al lugar del cual venimos —responde firme—.

Espero verte en Eilean Donan muy pronto.

—Tito, ¿me estás ocultando algo? —insisto.

—Nada que no puedas recordar por ti mismo, recuerda lo que más amabas —me dice, antes de dejarme solo de nuevo, y esta vez sé que no volverá a entrar por esa puerta, si quiero volverlo a ver, tendrá que ser en Eilean Donan.

Ahora, estoy solo, en unas tierras desconocidas para mí, con gente a la que no conozco, he olvidado toda mi vida, pero solo algo se repite una y otra vez en mi cabeza, las últimas palabras de Tito.

«Recuerda lo que más amabas...»

¿Qué o quién es eso que tanto amo?

Capítulo 18

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

He dormido durante horas, pero al despertar los nervios aún no me dejan vivir en paz, es como si algo fuera a ocurrir, odio esta sensación, pero más odio no saber qué hacer al respecto. No he recibido noticias sobre los forasteros que están en casa del tío James, y eso me tiene preocupada, tanto como para obligar a Sofía a recorrer la poca distancia que separa ambos castillos, necesito saber quiénes son.

No. Necesito saber si es, Eric.

Cuando me levanto del lecho, mando llamar a Sofía y, mientras la espero, rezo una y otra vez por que sea él, pues eso me daría alguna esperanza, ¿Quién abandona su hogar y recorre miles de millas de distancia si no es por amor?

Poco después, la puerta se abre y mi amiga aparece ante mí con gesto preocupado.

—¿Me has mandado llamar? ¿Te encuentras bien? —pregunta deprisa.

—Necesito que vayas al castillo de tío James, y averigües quienes son los forasteros ingleses —le pido como respuesta.

—Marian... —comienza a decirme indecisa—, no sé cómo decirte esto.

—¿Qué ocurre? —pregunto acercándome a ella y zarandeándola—. ¿Qué es lo que sabes?

—Un mensajero acaba de llegar, el inglés despertó —contesta, y sé que hay algo más, algo que me está ocultando.

—¿Y? —insisto—. ¡Habla! —Alzo la voz, y al segundo siguiente, me arrepiento al ver miedo en sus ojos.

Estoy comportándome como una loca desquiciada.

—No recuerda nada —confiesa al fin.

Cierro los ojos, ¿Cómo es posible tener tanta mala suerte? Si es Eric, significa que no recuerda nada, ni siquiera a mí. Y un dolor atroz me recorre el cuerpo al pensar en eso, aturdiéndome, debilitándome más, tanto que Sofía corre rauda a mi lado a socorrerme, pero rechazo su intento de sujetarme, no necesito ayuda.

—De todos modos, quiero que vayas allí, iría yo misma si pudiera —le

pido aún esperanzada, igual necesito saber quiénes son.

—Que sean ingleses no significa que sean ellos, Marian —intenta razonar—. Además, ¿crees que Eric traería a Tito con él?

—¿Por qué no? —cuestiono a su vez—. Puede que el muchacho insistiera y Eric haya decidido traerlo con él.

Sofía niega con la cabeza y me mira con un gesto parecido a la lastima, que respondo estrechando mis ojos, pues odio que me miren como si estuviera loca, además si he tenido esa extraña visión es por algo, y si los hombres de mi familia han vuelto sanos y salvos, solo me queda una explicación, y es que alguien muy importante para mí está cerca.

—Iré —acepta al fin, de mala gana—. Le diré a Cameron que me acompañe, pues no deseo tener a tu hermano a mi lado.

—Sofía, eso no es muy sensato —le advierto, porque sé con toda seguridad que Evan querrá acompañarla y asegurarse de que no le ocurra nada.

—Después de la escena de hace unas horas, ¿crees que estoy a salvo con él? —cuestiona ceñuda—. Prefiero la compañía de Cameron, además deseo saber qué está ocurriendo con él y la muchacha que vive en su hogar.

—No te entrometas Sofía, ellos deben arreglar sus propios problemas, todo sigue su curso —le aconsejo.

—Partiré de inmediato, si son ellos, ¿qué deseas que haga? —pregunta a continuación.

—No dirás nada —advierto—. Quiero que mi familia le dé una oportunidad a Eric, y si saben de antemano quién es él, me temo que lo atravesaran con sus espadas antes de permitirle hablar.

—¿Debo mentir entonces? —exclama espantada.

—Di que son sirvientes con los que trabajamos, si en realidad es Eric, él no recuerda nada, y puedes confiar plenamente en Tito para que te siga el juego.

—Esto es una locura, Marian —insiste en hacerme desistir.

Pero ya no hay vuelta atrás.

—¡Por favor, Sofía! —la miro, intentando transmitirle todo lo que estoy sintiendo en estos momentos—. Hazlo por mí.

Ella cierra los ojos y suspira profundamente, cuando los abre de nuevo, me mira sonriente y sé que ya la he convencido.

—Lo hare por ti —acepta.

—Si son ellos, sé que Eric aún no podrá viajar, pero trae a Tito contigo, y hazle saber a Eric que debe venir a Eilean Donan a jurar lealtad ante mi abuelo.

—¿De verdad crees que sus padres lo han dejado marchar? —cuestiona.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Lo sabré cuando estés de regreso.

Dicho eso, Sofia asiente y se marcha a cumplir con lo que le he pedido, y una vez estoy sola en mi habitación, me acerco a la ventana y observo con admiración el paisaje que me rodea: las aguas cristalinas que bañan la isla, las verdes colinas, el cielo taciturno, las abundantes y multicolores flores, todo es tan hermoso.

Poco tiempo después, es a mi amiga junto a Cameron a quienes veo cruzar el gran puente y marcharse raudos del castillo, perdiéndose en la lejanía. Rezo para que lleguen bien y pronto estén de regreso. Y mientras lo hacen, decido pasarlo fuera de estas cuatro paredes o me volveré loca, por lo que, tras abandonar mi habitación, bajo con cuidado las escaleras y camino hacia el gran salón, donde mi madre y abuela cuchichean en voz muy baja, tanto que no logro escuchar nada de lo que dicen, pero por sus gestos presumo que siguen preocupadas por mí, y confirmo mis sospechas, cuando al acercármeles ambas me miran sorprendidas y callan al instante.

—Hija, deberías estar acostada —reprende con cariño mi madre saliendo a mi encuentro.

—Madre, no voy a pasarme todo el embarazo en la cama —respondo un poco agobiada—. ¿Tú lo hiciste?

—No, contigo no —contesta—. Con tu hermano fue diferente, sabíamos que tanto yo, como él, corríamos peligro, así que sí pasé muchos meses en cama.

—Bueno, no es mi caso madre, cuando me sienta mal descansaré —sonrió para tranquilizarla—. Deja que disfrute de los pocos momentos en los que puedo moverme con libertad. Te juro que no voy a poner la vida de mi hijo en peligro.

—Sé que no lo harás. —Pasa su brazo sobre mis hombros y ambas nos dirigimos hacia mi abuela.

¡Mi abuela! A la que cada día veo más hermosa con su pelo largo, rizado y rubio veteado ya con algunos mechones de color plata, de ojos verdes llenos de una ternura infinita, parece mentira que sea una mujer que tiene nietos adultos, pues no aparenta su edad. Ojalá se mantenga joven por mucho tiempo, ojalá viva lo suficiente para reponer todo el tiempo que nos arrebataron y disfrutar del gran amor que se profesan ella y el abuelo, un valeroso guerrero difícil de encontrar en estos tiempos. «¿Qué ocurrirá cuando el gran Alexander Mackencie muera? ¿Quién será el próximo Laird? ¿Mi padre o el tío Keylan?» pienso melancólica, mientras me siento a su lado y le sonrío del mismo modo

apagado.

Odio pensar en la muerte, sobre todo tener una visión sobre la partida de un ser querido, y aunque ya me ocurrió con Esmeralda y Marcus, sé que aquella aflicción no será nada parecida al profundo dolor que sentiré de seguro cuando me toque despedir a mis padres y abuelos.

—¿Por qué me miras así muchacha? —Su inglés es perfecto, aun cuando se nota ese acento tan cerrado propio de la gente de estas tierras, donde ella ha pasado ya más de cuarenta años.

—Solo pensaba que me siento muy orgullosa de mi abuela —le respondo, sonriente.

A lo que ella y mi madre me devuelven la sonrisa y me miran con auténtico amor, ese que de niña me faltó y que, ahora, siento en demasía.

—Gracias querida, también me siento orgullosa de la familia que he formado, junto al único hombre que he amado en mi vida —responde, emocionada.

—¿Nunca dudaste de ese amor? —pregunto curiosa, y tras observar a mi madre y abuela intercambiar una extraña mirada, añado—: ¿Qué ocurre? ¿Acaso he preguntado algo malo?

—No hija mía, solo que la historia de amor de tus abuelos, no es la típica historia de cuento de hadas —me explica mi madre.

—Ninguna lo es —alego en respuesta, pensando en la mía propia.

—Cierto, el verdadero amor, el único, el que está predestinado para ti... —Mi abuela aprieta mi mano con cariño y me sonríe con un deje de tristeza y sabiduría—, ese es el que más duele.

—Cree a tu abuela, hija mía, pues tanto ella como yo hemos pasado por mucho para estar con los hombres que, en su día, eligió nuestro corazón.

— Eso quiere decir que no debo rendirme con Eric —pregunto, al no comprender lo que intentan darme a entender.

—Solo si él lo merece, si ese hombre se merece tu amor, entonces no te rindas, no importan los obstáculos que debas atravesar por el camino, sigue adelante. —Es mi abuela quien responde.

—Si Eric es el hombre que ha elegido tu corazón y sientes que él es merecedor de ese honor, has caso a tu abuela, no te rindas —añade mi madre—, aun cuando sea la gente que más te ama quienes se oponga a ello, incluso yo, pues como madre, no puedo querer ni respetar a un hombre que haga sufrir a mi hija.

—Madre... —intento hablar, pero ella alza su mano para que guarde

silencio.

—Déjame terminar Marian —ordena con firmeza—. Eres sangre de mi sangre, te traje al mundo y me fuiste arrebatada durante dieciocho años, solo deseo para ti la felicidad plena, esa que a mí y a tu padre se nos ha negado durante tanto tiempo. —Y su voz refleja el calvario que han pasado por causa de mi desaparición—. Por eso te digo, lucha incluso hasta con nosotros, en los momentos que nuestro amor por ti nos ciegue y no nos permita ver que Eric es el hombre que tú has elegido, y al que amas.

—Lo haré —prometo, con las fuerzas más renovadas que nunca.

—Tu padre me mataría si supiera lo que acabo de aconsejarte —susurra muy bajo, pero tanto mi abuela como yo la escuchamos y no podemos evitar romper a reír.

Un buen rato después, y a pesar de la charla con ellas, sigo intranquila y alerta a cualquier sonido proveniente del exterior del castillo. Cameron y Sofía se han tardado mucho, la fortaleza del tío James está relativamente cerca.

—Por mucho que mires hacia la puerta, eso no los hará volver más rápido —dice mi abuela mientras vuelve a su lectura.

La miro boquiabierta, ¿cómo es que ella sabe de la misión que le encomendé a Sofía?

—¿Crees que no sé lo que pasa en mi propio hogar? —sonríe—. ¿Crees que iba a dejar ir a esa muchacha desprotegida? Por muy cerca que viva mi hermana, y aunque está dentro de las tierras de los Mackencie, no pensaba dejarla ir sola.

—No iba sola, le dije que hablara con Evan o con Cameron —le confieso, algo sorprendida de que piense que envié a mi mejor amiga sin ninguna protección.

—Y lo hizo, sabemos que te preocupaste por su seguridad —interviene mi madre—, pero sé que también eres consciente de que entre ella y Evan ocurre algo, y que esa muchacha preferiría cruzar sola el infierno antes de pedirle ayuda a mi hijo.

No contesto, no debo, si algo he aprendido con el pasar de los años acerca de mi don, es a no intentar alterar lo que no debe ser alterado, pues el destino está trazado para cada uno desde el día de nuestro nacimiento, eso es algo de lo que estoy completamente segura.

—No me lo vas a decir —suspira, mirándome fijamente a la espera de una respuesta.

Pero como dije, mis labios son una tumba, y al ella comprenderlo, sonrío en asentimiento y le devuelvo el gesto.

Largas horas más tarde, empieza a caer la noche y mis nervios a agudizarse, voy de un lado a otro por todo el salón, y en esas estoy cuando los hombres entran en este después de un día de duro trabajo.

Mi padre, al verme, entrecierra los ojos desbordados de preocupación y enfado.

—¿Qué haces levantada, Marian? —gruñe, intentando controlar su carácter.

—También me alegro de verte, padre —respondo sonriente, a pesar de su fiera mirada.

—No empieces con tu plan macabro, esta vez no vas a envolverme con zalamerías señorita —me reprende sin cambiar su gesto serio.

Lo que, de inmediato, me enoja y me hacen pensar en las palabras dichas por mi madre hace pocas horas, en que llegará el momento que deberé luchar incluso contra mis propios familiares, ¿por qué no comenzar ahora?

—Padre, no soy ninguna enferma, puedo salir de la cama una vez recupero las fuerzas, y así lo haré siempre que disponga de ellas —respondo firme, regresándole una furibunda mirada.

Él reacciona bufando, pero tras evaluar mi semblante, dulcifica su mirada y me confiesa en un tono casi lastimero.

—No soportaría perderte ahora que te hemos recuperado, eso es todo.

Acto seguido, lo abrazo absolutamente conmovida y, sin dudar, él me pega a su pecho y envuelve con sus fuertes brazos, entre los que como siempre, me siento a salvo y en paz.

—¡Se acercan caballos! —grita una voz potente, desde fuera.

Al escuchar la noticia, mi padre se separa de mí y se dirige raudo hacia el portón, que a estas horas ya se encuentra cerrado como cada noche.

—Deben ser Sofía y Cameron —le informo vacilante y ahogada una vez le doy alcance.

—¿Qué demonios hacen fuera a estas horas? —gruñe, mientras da la orden de abrir el portón.

—Yo le pedí a Sofía que fuera hasta el hogar de tío James, necesitaba saber quiénes son los forasteros.

—¿Aún continúas con eso, Marian? —me reprende mi padre, impaciente.

—¡Tú no lo entiendes! —grito.

—¿Qué es lo que no entiendo, Marian? ¿Qué pones en peligro la vida de tu amiga y uno de mis hombres por un par de ingleses? ¡Ni siquiera puedes estar

segura de que sea el bastardo del que crees estar enamorada! —me reprocha alzando de nuevo la voz.

—¡Por favor, Sebastien! —intenta calmarlo mi madre, que al escuchar los gritos ha salido tras nosotros.

—¡Por favor qué Valentina! —le replica a mi madre—. Ella debe entender de una buena vez que ese bastardo la embarazó y no quiere saber nada de ella, ¿crees que un duque inglés se casará con una gitana? —continúa alzando cada vez más y más la voz.

—Controla ese carácter muchacho, puede que Valentina sea tu esposa, pero sigue siendo mi hija—le advierte mi abuelo al aparecer seguido por varios guerreros.

¿Acaso todo el mundo en el castillo ha venido a presenciar el espectáculo?

A lo que mi padre, furioso pero consciente de que debe respetar a su Laird, responde asintiendo y marchándose a paso vivo, mientras por fin, entran los dos caballos con Sofía y Cameron en sus lomos, pero también junto a ella viene, ¡¿Tito?! Sí, es él, lo reconocería a kilómetros, como no hacerlo si a ese pequeño lo amo con todo mi corazón, y no hay día en que me arrepienta el haberlo abandonado a su suerte.

Cuando nos dan alcance, el primero en desmontar de su caballo es Cameron, luego ayuda a Sofía en cuyos brazos yace dormido el niño, y a quien me acerco de prisa con las lágrimas desbordando mis ojos. Una vez estamos frente a frente, nos miramos y, en silencio, lloramos de felicidad, pues los tres volvemos a estar juntos, como siempre debió ser.

Segundos después, cojo a Tito entre mis brazos y él se remueve inquieto, entreabriendo sus ojos solo un poco.

—Marian... —susurra, adormecido al mirarme.

—Ya estás en casa pequeño, vuelve a dormir.

Y así lo hace ante la mirada curiosa de todos, que, sin pedir ninguna explicación, me observan caminar con el pequeño en brazos directo a mi habitación seguida por Sofía. Tito está más delgado, no quiero ni imaginar el calvario que ha pasado tanto él como Eric para llegar hasta aquí, como tampoco quiero preocuparme en este momento por explicarle nada a nadie, mucho menos mentir, eso lo haré mañana.

Por ahora, lo importante es proteger a Tito y luchar por esa felicidad que tanto mi madre como mi abuela me han dicho que no deje escapar.

Mañana será otro día...

Capítulo 19

(Eric Darlington) Tierra de James Mackencie.

Tito se ha marchado con esa extraña muchacha, dejándome solo, y aunque su partida me ha dejado un poco preocupado y confuso, algo muy dentro de mí intuye que está bien, incluso, mejor que conmigo.

Con el paso de los días, mi dolor de cabeza ha disminuido gracias al brebaje que me ha dado a beber Lady Sarah, una mujer de carácter debo añadir. Mientras que, por las noches, mi sueño ha sido bastante intranquilo, despierto de golpe con la sensación de haber tenido recuerdos, que al abrir los ojos ya no puedo recordar.

Es frustrante.

Pero hoy ha llegado el día, debo abandonar este hogar, y a pesar de sentirme todavía débil he de partir hacia Eilean Donan, no porque ansíe jurar lealtad a alguien que no conozco, sino porque algo me dice que allí encontraré las respuestas a todas las incógnitas que rondan mi mente. Necesito recuperar mis recuerdos, mi identidad, no puedo permanecer en la ignorancia por mucho más tiempo, pues acabaré loco, completamente.

Cuando consigo ponerme de pie y reponerme al ligero mareo en mi cabeza, noto que estoy casi desnudo, solo llevo encima los calzones, ¿Dónde estará mi ropa? Imagino que ha quedado inservible, o en el mejor de los casos, estarán lavándola. Ni siquiera recuerdo si traía más ropa conmigo, si viajaba a caballo o a pie, nada.

De pronto, la puerta se abre y entra Lady Sarah acompañada por el físico que me visitó hace unos días, intento que la vergüenza de verme en semejante estado no sea muy visible en mi rostro, soy un hombre, no una virgen asustadiza.

—No debería estar levantado joven —protesta el hombre, mirándome con su ceño fruncido.

Segundos después, con un gesto de mano me ordena acostarme de nuevo y, tras obedecerlo, comienza a examinarme minuciosamente.

—La herida está curándose bien, no ha tenido fiebre —explica a la dama.

—Ha tenido mucha suerte, y la memoria debería volver por sí sola,

recuérdelo.

Lady Sarah asiente, el físico se despide, y una vez quedamos solos, ella me mira de una forma extraña, tanto que me pone nervioso.

—¿Por qué estabas levantado? —pregunta muy seria.

—Deseo emprender el viaje a Eilean Donan, Tito antes de marcharse me informó que debo jurar lealtad a su Laird.

—Debes hacerlo si deseas quedarte en nuestras tierras —asiente—. Pero no tiene por qué ser hoy, deberías descansar.

—Voy a volverme loco milady —confieso ansioso—. Deseo recuperar mi vida, y algo me dice que allí encontraré las respuestas que necesito.

Asiente y, mirándome significativamente, me asegura en tono misterioso después.

—Estoy casi segura de que en Eilean Donan encontrarás lo que andas buscando. Si deseas marchar mi marido te acompañará hasta el hogar de su hermano.

—Sí, deseo partir hoy mismo —confirmo decidido—. Le agradezco su hospitalidad Lady Sarah.

—Sea —responde, y antes de salir de la habitación, añade del mismo modo inquietante—. Tienes una segunda oportunidad muchacho, no la vuelvas a desperdiciar.

Poco después una criada me trae ropa, no sé si sea mía, pero igual la acepto, como también el baño caliente que me preparan, tras el cual, me echo encima el pantalón negro y camisa blanca teñida en uno de sus costados con una imperceptible mancha de sangre, lo que me confirma que las prendas de corte elegante sí son mías, y que en efecto soy Inglés como en su momento me aseguró Lady Sarah.

Cuando estoy listo, salgo de la habitación escoltado por una de las criadas que ha ido a informarme que su señor me espera para partir, la sigo en silencio y sintiéndome ansioso por la presencia de tanta gente que no conozco. Aunque también a causa de mi propia inseguridad, no recuerdo si mi carácter es tranquilo o feroz, si soy simpático, frío o huraño.

Una vez llegamos al enorme salón, me encuentro con Lady Sarah y su esposo, quien me mira con ferocidad y desconfianza, no comprendo por qué, pues no he dado motivo para ser merecedor de esa aversión.

—Mi esposa me ha informado que deseas partir hacia el hogar de mi hermano —me aborda al llegar junto a ellos, asiento y añade—. Sea.

Un segundo después, con un gesto de cabeza me indica que lo siga, y así lo

hago en absoluto silencio, sintiendo la presencia de su mujer tras nosotros, supongo que deseará despedirse de su marido. Al salir al exterior, dos corceles imponentes nos esperan, James se sube al de color negro, y yo dudo en subir al otro. No sé si deba hacerlo.

—¿Recuerdas cómo se monta? —pregunta Lady Sarah, y asiento no muy convencido.

El caballo se queda inmóvil, como si me reconociera.

—Es tu caballo —informa el hombre—. Uno muy caro debo añadir, algo que me parece inverosímil, ya que ayer Sofia nos aseguró que tanto tú como el niño sois sirvientes como lo fueron ellas. —prosigue con la desconfianza brillando en sus ojos.

—¡No soy ningún ladrón! —exclamo ofendido.

—¿Cómo lo sabes? —replica el hombre—. ¿Acaso estás mintiendo muchacho? Porque si es así yo mismo te rebanaré el pescuezo.

—¡James Mackencie! —alza la voz la mujer—. ¡Me lo prometiste!

—¡Lo siento, mujer! —gruñe mirándome como si todo fuera culpa mía, definitivamente, este hombre me detesta—. Volveré mañana Sarah, si no podemos ir a todo galope tardaremos un poco más, además quiero ver cómo se las apaña mi hermano con el inglés—finaliza con burla.

—Como sea esposo, pero regresa a mi lado —es casi una súplica.

—Lo haré esposa, te amo —da la vuelta a su caballo y comenzamos a cabalgar.

—Te amo, James Mackencie —grita ella viéndonos partir, él solo sonríe sin volver la vista atrás—. ¡Que Dios os proteja!

Poco a poco nos alejamos del imponente castillo, y mientras lo hacemos una maravillosa vista se materializa ante nuestros ojos. El paisaje es espléndido a la par de verde y florido, rodeado de empinadas montañas bajo un cielo de densas nubes. Nada me parece familiar.

—Una vez lleguemos a Eielan Donan y jures lealtad a mi hermano, pasarás a ser un Mackencie, nosotros protegemos a los nuestros, pero debes demostrar que te has ganado ese honor—James rompe el incómodo silencio.

—¿Qué debo hacer? —pregunto.

—Solo tú puedes decidirlo, llegado el momento lo sabrás —responde sin más.

Dicho eso, seguimos cabalgando en silencio, pero ya no me siento tan tenso, pues el tal James parece menos incómodo con mi presencia, y así seguimos hasta que, de pronto, unas nubes negras comienzan a cubrir el cielo y unos

furiosos truenos a reventar en el cielo, haciendo que mi acompañante blasfeme en voz baja.

—Muchacho no queda mucho, debemos darnos prisa o acabaremos empapados —me informa con seriedad—. No creo que te convenga pescar una pulmonía en tu estado.

—Pues cabalgemos a todo galope —le digo, decidido a soportar el leve dolor titilando en mi cabeza.

—Sea —conviene, acto seguido espoleamos nuestros corceles y salimos a galope.

Unas pocas millas más tarde, mi dolor de cabeza se agudiza y la tormenta se hace más palpable. El aire se ha vuelto más denso y frío. Pero resuelto a no poner quejas y retrasar nuestro viaje, continúo avanzando junto a James, quien de repente señala a lo lejos una enorme fortaleza rodeada de un lago cristalina y a la que nuestros caballos, nerviosos por los truenos, no dudan en dirigirse mientras las primeras gotas de agua nos caen encima.

Cuando llegamos, en el patio interior no hay mucha gente, por lo que, somos nosotros quienes metemos los caballos en las caballerizas, y una vez lo hacemos, sigo a James hacia el castillo, nervioso, pues no sé cómo voy a ser recibido.

—Debes controlar el temblor de tus manos chico —se burla James—. Si crees que soy un maleducado contigo, Alexander será muchísimo peor.

¿Peor? pienso, mientras continúo caminando y siento mi corazón aletear a cada segundo con más fuerza. No es miedo lo que siento, si no soy bien recibido aquí soy libre de marcharme, pero de solo pensar en esa posibilidad la sensación en mi pecho empeora.

Al entrar en el gran salón, de inmediato, el calor del hogar nos recibe y frente a este un saludable Tito se calienta junto a la joven con quien se marchó y otro grupo de personas.

—¿Así es como me recibes hermano? —pregunta, alzando la voz James—. Ni siquiera mi hijo ha salido a recibirme.

Todos se giran y, al mirarlo, sonrían y exclaman jubilosos por su llega, mientras yo, relegado a un segundo plano, observo la escena en absoluto silencio, hasta que, Tito al detectar mi presencia, se acerca corriendo hacia mí llamando la atención de todos.

—Así que el inglés al fin ha decidido honrarnos con su presencia —gruñe el hombre mayor de porte imponente y poderoso.

—¡Alexander! —lo increpa una menuda mujer apostada a su lado.

—Te prometí que me controlaría mujer, no que sería un santo —le devuelve, dulcificando su mirada y sonriendo a la que presumo es su mujer—. ¿Sabes quién soy? —pregunta con brusquedad después, dirigiéndose a mí.

No sé muy bien cómo debo contestar...

—Supongo que debe ser el Laird del clan Mackencie —respondo al fin, intentando controlar el nerviosismo en mi voz.

—Exacto. —Asiente con seriedad—. Soy Alexander Mackencie, ¿has venido a jurar lealtad? —pregunta cruzándose de brazos.—Debo decir que tu supuesto hermano lo ha hecho mejor que tu hasta ahora.

En ese momento, miro a Tito, quien me devuelve la mirada con aprensión, como si intentara advertirme algo, pero cuando voy a hablarle, el sonido de una dulce voz proveniente de las escaleras, llama mi atención por completo y hace latir mi corazón aún más rápido.

—¿Qué está ocurriendo? —escucho decir a la pequeña y hermosa joven sobre la que mis ojos se han clavado, irremediabilmente.

Viene acompañada por otra mujer, quien la abraza en actitud protectora, pero mi mirada es capturada solo por su bello rostro y unos cálidos y grandes ojos negros. Es hermosa. Parece una suerte de visión, y como tal la admiro hechizado durante eternos segundos, hasta que, sorprendiéndome, la observo acariciar con delicadeza su pequeña panza... ¡Está embarazada!

Ella al ver mi reacción, palidece unos instantes y detiene su lenta marcha, para después mirarme fijamente a los ojos con un sinfín de sentimientos mezclado en los suyos. Parece aturdida por sus propias emociones, unas que no logro descifrar, pero que me transmiten una fuerte sensación de pertenencia y reconocimiento. Ella me reconoce.

—Hola Jonathan... —susurra—, sé que no te acuerdas de mí, mi nombre es Marian, bienvenido a mi hogar.

—Aún no he dado permiso para eso —gruñe el Laird.

—Abuelo... —implora con sus grandes ojos aguados.

Al escucharla, algo en mi interior se estremece y cierro los ojos, logrando ver el destello de una imagen en mi mente: dos cuerpos abrazados y besándose en un gran jardín. Y, aunque no puedo verles el rostro, un inexplicable presentimiento comienza a crecer en mí junto a los latidos de mi corazón.

—Mi señor, estoy dispuesto a jurarle lealtad —le informo decidido, levantando mis parpados y por primera vez, desde que desperté en una cama desconocida y sin memoria, seguro de lo que tengo que hacer.

En los ojos de Marian, veo alivio al escucharme, y algo más que no se

descifrar.

—Sea —responde el Laird sin mucho entusiasmo—. Que quede claro, que lo hago por mi nieta, pues dice conoceros y sois importantes para ella. No soporto a los ingleses.

Más que palabras, parecen gruñidos.

—¡Alexander Mackencie! —refunfuña al instante una pequeña y rubia mujer.

—Lo siento esposa, pero a veces olvido de dónde procedes.

—Pues será mejor para ti, que no se te olvide esposo —gruñe de nuevo la valiente mujer.

—Volvamos a lo que nos ocupa para que pueda irme a mi hogar —habla James en tono cansado.

—Arrodíllate —ordena Alexander Mackencie.

Es escucharlo y obedecerlo sin apartar mis ojos de Marian, no puedo dejar de mirarla, de sentir esa extraña sensación de que le pertenezco y que su mirada puede traspasarme el alma. Ella es, simplemente...

De pronto, un gesto en sus ojos me hace reaccionar, y tras agachar mi cabeza en señal de respeto ante su abuelo, comienzo a hablar.

—Juro ser fiel a ti mi señor, Laird de estas tierras, defender con mi vida este clan y honrar a vuestra familia —recito sin saber si son las palabras correctas.

Cuando alzo mis ojos hacia el hombre que tengo en frente, él está observándome con terrible seriedad, tanto que temo no esté satisfecho con mi juramento. Si no es así no sé qué más podría hacer.

—Te aseguro que deberás ganarte el honor de ser un verdadero hombre Mackencie, por el momento dejo que tanto tú como tu hermano viváis en mis tierras.

Dicho eso, lo siguiente que escucho es un “gracias a Dios” dicho en susurros procedentes de los labios de Marian, que sostienen una discreta sonrisa a la que respondo del mismo modo, sin saber a ciencia cierta porqué estoy dejándome llevar por toda esta absurda situación. Estoy en una tierra extraña, con gente a la que no recuerdo de nada, desmemoriado, y lo único que parece tener sentido es la sonrisa y la familiaridad que veo en los ojos negros de la hermosa mujer que observo como un tonto.

Casi al instante, los presentes comienzan a dispersarse, y mientras Marian es apartada a un lado por un hombre muy parecido a ella, Tito aprovecha para acercármeme con una calurosa sonrisa.

—¿Has estado bien? —le pregunto al llegar junto a mí.

—Sí, aquí todo el mundo me ha tratado muy bien, y ahora volvemos a estar con Marian y Sofía —dice con mucha alegría—. Sé que no las recuerdas.

—No, no lo hago —respondo, sintiendo una leve presión en mi estómago, pero seguro de mis palabras y sin saber cómo voy a lograr lo que voy a decirle, añado volviendo a posar mis ojos en Marian—: Pero lo haré Tito, recordaré quién soy y porqué estoy en estas tierras.

Debo hacerlo, algo muy dentro de mí me impulsa a luchar por conseguirlo. No quiero marcharme de aquí. No deseo dejar de ver la hermosa sonrisa de esa joven llamada Marian. Y aunque no sé de dónde provienen estos absurdos pensamientos y sentimientos por ella, por una mujer que ni siquiera recuerdo, no pienso cambiar de parecer.

Por lo que, nervioso a la par de decidido, me acerco hacia ella dispuesto a hablarle.

¿Qué puedo perder?

Capítulo 20

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Desde que tuve a Tito entre mis brazos, una sensación de paz se apoderó de mí. Durante toda la noche dormí junto a él hasta que llegó el alba, y una vez despertó, pudo por fin contarme todo lo que había ocurrido desde que Sofia y yo nos marchamos de Inglaterra.

Con lágrimas en los ojos, me confesó que Lady Margaret lo mandó a azotar con su tío para que guardara silencio sobre mi paradero, y cómo además Eric se había enfrentado a sus padres por protegerlo a él y había renunciado a todo, todo lo que por derecho le corresponde por amor a mí. Lo que, irremediablemente, me hace llorar sin contención tan pronto soy consciente de que, el hecho de que él haya sido capaz de revelarse a esas personas tan viles por mi causa, es muestra de que, no solo su madre me mintió al asegurarme que solo fui una mujer más que calentó su lecho, también de que en efecto él me ama, me ama tanto como yo.

Una vez me tranquilizo, Tito, abrazándome para reconfortarme, continuó su relato, explicándome los motivos por los cuales ocultó la identidad de Eric, cosa que entiendo, si alguien se hubiera dado cuenta de quién era su acompañante, hubieran estado ambos en peligro mortal, sobre todo al pasar la frontera. Una estrategia que, sin proponérselo, ahora, nos ha servido a la perfección para mantener, de momento, las sospechas de mi familia a raya. Nadie puede saber aún que él es Eric. Fingiremos que ambos son sirvientes, para que Eric con el tiempo pueda demostrarle a mi familia que es digno de pertenecer a nuestro clan, de ser el dueño de mi corazón y padre de mi hijo.

Esa misma mañana, tras darse un baño y desayunar, Tito juró lealtad a mi abuelo, quien a pesar de mostrarse algo duro con él lo ha aceptado en nuestro clan de buena gana, pues al explicarle el horror que Tito había padecido por defenderme, y que incluso así no me traicionó, bastó para ganarse su simpatía y asegurarle un lugar en nuestra familia, que con el pasar de los días lo ha aceptado como un verdadero Mackencie.

Reflexionando sobre todo eso estoy, cuando de pronto, un gran revuelo de voces me saca de mis pensamientos, y en lo primero que pienso es en que le

haya podido suceder algo malo a Tito, pero una vez salgo rauda de mi habitación y comienzo a bajar las escalares, mi mundo y corazón se detienen junto con mis pies al mirar a Eric.

Mi amado Eric...

Está más delgado y demacrado que la última vez que le vi, con una herida en su cabeza, su pelo rubio más largo de lo normal, incluso, tiene una incipiente barba rubia cubriéndole el rostro que lo hace parecer mucho mayor, y aunque sé que es el mismo de siempre algo en su mirada lo hace ver como alguien completamente diferente al que deje hace meses en Inglaterra.

Cuando él nota mi presencia por fin, me observa sin pestañear y frunce su entrecejo en un claro intento por reconocermelo, pero al no lograrlo suelta un corto suspiro y el alma me regresa al cuerpo, pues no quiero que nadie de mi familia desconfíe, el hombre que tengo a poca distancia debe ser a todos los efectos Jonathan, un simple criado con el que me crie, y que ha escapado de Inglaterra buscando una vida mejor para él y su hermano pequeño. Por lo que, luego de controlar un poco mi agitada respiración, comienzo a descender lentamente los escalones con la intención de acercarme al ser que he amado desde que tengo uso de razón, mientras siento cómo además una punzada de dolor se clava en mi corazón. Tenía la esperanza de que al verme Eric pudiera recordarme, que nuestro amor fuera lo suficientemente fuerte como para devolverle sus recuerdos.

—Jonathan. —lo saludo al darle alcance, y mi voz se escucha temblorosa.

No puedo evitarlo, como tampoco puedo impedir que mis ojos se humedezcan y que seguido mi abuelo se muestre ante él como un ser huracán e implacable. Y aunque sé que al final lo dejará quedarse por amor a mí, también estoy consciente de que una vez descubra mi mentira se sentirá dolido y traicionado, pero es un riesgo que debo correr, pues las sabias palabras de mi madre y abuela aún están muy presentes en mi mente, y haré todo lo necesario para conseguir estar al lado de Eric, y si para lograrlo tengo que hacer creer a mis seres queridos que es un criado cuando en realidad es el próximo Duque de Darlington, que así sea.

Pasado unos minutos, una tensa calma vuelve a hacerse presente y Eric jura lealtad ante mi abuelo, permitiéndome respirar con algo más de tranquilidad, mientras Sofía, que no se ha separado de mi lado, se remueve inquieta. Es notorio que está tan nerviosa cómo yo, pero cuando vuelvo mis ojos a su rostro, noto que su inquietud tiene otra motivación, Evan la está mirando como si quisiera quitarle la piel a tiras.

«Pero ¿qué les pasa a estos dos, hora?» Pienso, mientras observo como después mi hermano dirige otra mirada envenenada a su izquierda, donde Cameron, junto a su joven invitada, charla con Ian y mi padre. «Así que de eso se trata, celos» algo totalmente comprensible, pues de seguro ya se enteró de su ida al hogar de mi tío James en compañía de Cameron, cuando lo más correcto habría sido que él la acompañara.

Sabía que iba a enfurecerse, pero antes de que pueda caminar hasta él y obligarlo a dejar de ver a Sofía de ese modo tan cruel, ella me detiene y aprieta mi mano para indicarme que Eric se acerca. Se ve..., en sus ojos se refleja una determinación impresionante, no parece en absoluto agobiado por estar en una tierra que no es la suya, menos aún por su falta de recuerdos.

Cuando se planta frente a mí y me observa en silencio, siento como el aire se hace más denso a nuestro alrededor y mi piel se eriza al instante, mientras el azul de su mirada se oscurece.

—Sois la mujer más hermosa que he visto en mi vida —susurra despacio, haciendo que me sonroje y sonría ante la imposibilidad de abrazarlo como tanto deseo.

—¿Os conozco? Sé que lo hago —susurra de nuevo para que solo yo lo oiga.

—Claro que nos conocemos Jonathan, hemos trabajado juntos para los duques durante años, creía que Tito te lo había explicado —le contesto, intentando aparentar una tranquilidad e indiferencia que no siento.

—Algo me dijo, pero todo sucedió tan deprisa, él se marchó —responde—. Y desde que desperté solo tengo fogonazos de recuerdos que son ajenos por completo a mí, hasta que te vi—suspira luego con expresión perturbada.

—Debes estar agotado, deja que te acompañe a tu habitación —contesto con voz suave y le indico con un gesto de mano que me siga, pero mi padre me detiene.

—¿Dónde vas muchacha? —pregunta ceñudo mientras observa a Eric.

—Padre, nuestro invitado está agotado, recuerda que fue herido hace apenas unos días —respondo sonriente.

—Soy consciente de ello, Marian, vi con mis propios ojos cómo cometía un error tremendo al olvidarse que al enemigo no se le debe dar la espalda jamás —responde con seriedad.

—Mi señor, si hice semejante locura fue porque querría proteger a alguien importante para mí —responde con mucha seguridad Eric.

Puedo ver que a mi padre no le gusta que le conteste de ese modo, pero lo

deja pasar antes de volver de nuevo su mirada a mí y preguntarme.

—¿No irás a acompañar tú sola al muchacho?

—Sí, pensaba hacerlo —reconozco sin ningún pudor.

—Ni lo sueñes muchacha, que te acompañe Sofia —ordena, llamando a mi mejor amiga con su mano.

Suspiro en respuesta, porque, aunque quiero replicar, no serviría de nada, además no quiero llamar la atención sobre nosotros tan pronto, y si insisto en permanecer a solas con él todo el mundo se preguntara el motivo. Una vez Sofia llega a nuestro lado, los tres subimos las escaleras y, mientras caminamos ya hacia la habitación dispuesta para Tito, escucho a Eric soltar uno de sus característicos bufidos.

—Esta será tu alcoba —le digo cuando abro la puerta y entramos a la estancia, que recorre con la mirada en absoluto silencio.

Espero que le guste. Es un poco más pequeña que la mía, con un camastro para Tito y uno más grande para él. Con la mirada, después, le pido a Sofia que nos deje a solas y espere vigilante en la puerta, necesito estar con Eric sin tanta gente alrededor.

—¡Gracias! —dice él en voz baja, mientras se sienta en la cama.

Lo miro extrañada.

—¿Por qué me agradeces? —le pregunto al acercándome.

—Estoy seguro que tú has intercedido por mí, para que pueda quedarme en estas tierras, cosa que no logro comprender, nadie parece creer que sea merecedor de estar aquí, ¿tan poco vale mi persona? —inquire de vuelta con un deje de dolor que no puede ocultar.

—Pronto entenderás cuan valioso eres —le aseguro sin poder evitar acariciar su rostro. Eric cierra sus ojos ante mi toque—. Cuando la memoria venga a ti, comprenderás muchas cosas.

—¿Por qué siento que te conozco? —susurra en tono muy bajo.

—Porque lo haces, ya te lo dije —le confieso.

—No —niega con vehemencia—, tú eres especial, lo noto aquí. —Y luego se toca el corazón, un gesto que me rompe el alma.

Me cuesta horrores no decirle la verdad, que es el padre del hijo que llevo en mi vientre, que lo amo más que a mi vida, que él me ama lo suficiente como para dejar todo lo que le pertenece por derecho y viajar a una tierra que no es la suya, donde los ingleses son odiados y repudiados, todo por mí. Pero, aunque siento que me rompo a pedazos, no respondo a la súplica silencioso de

sus ojos que me piden lo rescate de las penumbras en las que se encuentra.

—No puedo decirte nada... —susurro, no muy segura de poder contenerme por mucho tiempo.

—¿Cómo puedes ser especial para mí si estás embarazada de otro hombre? —pregunta al verme levantada y dispuesta a salir de la alcoba.

Lo que detiene mi marcha al instante y me hace soltar un gemido lastimero, que trato de ahogar tapando mi boca con una de mis manos, mientras a su vez cierro mis ojos para impedirle a mis lágrimas a través de estos.

Pero Sofia, de pronto aparece de nuevo y, tras hacerme reaccionar, me saca de la habitación dejando a un Eric incluso más confundido.

—¿Qué te ha hecho? —sisea mientras me arrastra hacia mi alcoba para que nadie pueda ver el estado en el que me encuentro.

—Nada —respondo con sinceridad.

—¿Crees que soy estúpida? —protesta cuando estamos ya dentro—. Parece que vas a romperte en cualquier momento.

—Su corazón me reconoce —le confieso al fin con una sonrisa trémula—. Pero no logra comprender por qué siente lo que siente si estoy embarazada de otro hombre.

Asiente, y seguido me recuerda al entender el porqué de mis lágrimas.

—Debes resistir Marian, debes guardar silencio. Si de verdad su corazón te ha reconocido, tal vez no pase mucho tiempo antes de que recupere la memoria.

—Lo sé, pero nunca llegué a imaginar que sería tan doloroso —reconozco.

—El amor es dolor, tú deberías saberlo —dice abrazándome.

Y sus palabras reflejan su propia amargura, me apena que, siendo tan joven, deba sufrir tanto para alcanzar el amor, sé que mi hermano es el hombre predestinado para ella, pero saberlo no hace que sufra menos por ellos.

—No tiene por qué ser así, deja de luchar contra lo que sientes, deja de pensar que eres menos que el hombre que amas —le digo, mientras la zarandeo con fuerza para que deje de compadecerse.

—¿Quién te dice que amo al patán de tu hermano? —pregunta alejándose de mí.

—En ningún momento nombré a Evan —respondo intentando contener mi risa.

Ella suspira derrotada, y cuando vuelve a mirarme lo hace con tormento en sus ojos.

—Él no me ama, tal vez me desee —niega acongojada—. Los hombres

desean lo que no pueden tener, y me juré que nunca sería la fulana de ninguno —dice con rabia después.

Pero tan pronto aquellas palabras abandonan su boca, me mira con angustia y disculpa.

—No te sientas mal por tus palabras, no me considero una fulana, por haberme entregado a Eric —le aseguro al entender el motivo de su visible arrepentimiento.

—No quise decir semejante tontería, sabes que no te juzgo, solo que no he encontrado el hombre que sea merecedor de entregarme a él en cuerpo y alma.

—Lo sé —asiento—. Pero debes dejar de luchar, permite que mi hermano pueda acercarse a ti.

—Tal vez no es eso lo que deseo Marian, no quiero estar al lado de un hombre que me considera inferior por ser inglesa, no podría vivir a su lado escuchando como me compara con cada muchacha escocesa que haya podido compartir su lecho.

No puedo creer que mi hermano haya sido capaz de decir semejante bajeza, no después de que hablé con él, creí haber sido lo suficiente clara al respecto, si no podía tratar con respeto a Sofía debía mantenerse alejado de ella.

—Hablaré de nuevo con él —afirmo furiosa.

—Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión sobre Evan Mackencie —niega de nuevo y se marcha sin mirar atrás.

E, inevitablemente, al quedarme sola en mi habitación, la ansiedad me atenaza al pensar que, a pocos metros de mi habitación, está el hombre que amo con toda mi alma y cuyos recuerdos de mí ha perdido.

Nunca pensé que él vendría a buscarme.

Pero, ahora, hay que esperar, y aunque ya esté cansada de hacerlo, solo ruego porque Eric recobre la memoria antes de que nuestro hijo nazca, pues deseo con desesperación que él esté a mi lado cuando ese momento llegue.

Debo tener más paciencia que nunca, por eso, suspiro resignada, me siento frente al tocador y comienzo a deshacer mi trenza, dejando mi largo cabello suelto, luego lo peino una y otra vez mientras me dejo llevar por mis pensamientos. Mi alcoba solo está iluminada por dos velas, y su luz me mantiene abstraída de todo, hasta que, un ruido extraño me hace detener y mirar hacia la puerta. Cuando lo vuelvo a escuchar, un poco más fuerte, me levanto y me dirijo hacia la puerta, que abro despacio intentando no hacer mucho ruido y me sorprendo al ver a Eric frente a mí.

—No puedo estar alejado de vos —me confiesa con voz aterciopelada

mientras aparta un mechón de mi pelo de mi rostro—. ¿Qué me está ocurriendo? —pregunta luego asustado.

Es fácil ver la confusión en sus hermosos ojos, tan azules como el mar, pero aun así no soy capaz de decirle nada, en lugar de eso, cierro los ojos y me abandono a disfrutar de su toque en mi cabello, de sus palabras, que, aunque atormentadas, me dejan saber lo mucho que me necesita. Cuando los vuelvo a abrir, sin darme cuenta me he acercado hacia él, que me mira entre extrañado y extasiado por mi cercanía.

¿Cómo puedo decirle que hemos nacido el uno para el otro?

¿Cuánto más podré resistir?

Capítulo 21

(Eric Darlington) Eilean Donan, Escocia.

No me ha gustado que el padre de Marian nos obligara a estar acompañados de Sofía, esa muchacha parece que me odia. Deseaba estar a solas con ella, necesito entender por qué me siento así con ella, por qué motivo mi corazón palpitó como un loco apenas la vi. Pero igual nos dirigimos en silencio hacia la alcoba que me han asignado, en cuyo interior Marian me observa detenidamente por unos segundos en busca de alguna reacción de mi parte, creo que queriendo saber si es de mi agrado, y lo es, no puedo decir nada malo de la estancia, es más de lo que supongo me hubieran dado de no ser por ella.

Además, no recuerdo nada del lugar donde viví antes de llegar aquí, así que me es imposible comparar, sé por lo que me informa que compartiré habitación con Tito, no me molesta en absoluto, al ser hermanos es lo más normal, sin dejar de mencionar que, el muchacho parece ser de las únicas personas que me tienen aprecio, por no decir el único.

Unos segundos más tarde, Marian consigue que su amiga nos deje solos en la habitación y me siento agotado en el lecho, decidido a ser sincero con ella, pues es la única que puede darme respuestas. Cuando le explico mis sentimientos, el cómo me siento hacia ella tengo la sensación de que se contiene para no hablar, pero en su mirada veo muchos sentimientos desbordados. Tal vez esté volviéndome loco, a lo largo de los días desde que desperté es el pensamiento más recurrente que tengo, aun así, no puedo evitar preguntarle, ¿cómo puedo sentirme atraído por ella si le pertenece a otro hombre? Y mis palabras la lastiman, puedo ver el efecto en su hermoso rostro, y dispuesto estoy a levantarme y pedirle disculpas cuando Sofía llega en su rescate y se la lleva.

¿Qué he hecho? No era mi intención ofenderla, ni causarle daño alguno, solo necesito comprender. ¿Dónde está su esposo? Cuan afortunado debe sentirse por tener una esposa tan hermosa y gentil, a la espera de un hijo, la mayor bendición que un hombre puede recibir.

Atormentado por aquellos pensamientos, me acuesto y cierro los ojos, no sé

en qué momento el cansancio por la larga cabalgada me vence y un extraño sueño se apodera de mí.

Corro detrás de alguien, la llamo a los gritos.

—¡Elisa! —Delante de mí, una jovencita huye.

Al fin se detiene y le doy alcance, está hermosa como siempre, con su larga cabellera recogida en un moño alto, no importa que lleve el uniforme de criada, para mí es una reina, la reina de mi corazón. No sé por qué me disculpo, pero al instante siguiente la estoy besando, siento ese beso hasta en la punta de los pies, ella, aunque reacia al principio me corresponde al fin.

Se alza sobre sus pies, para intentar acercarse más a mí, eso me llena de satisfacción, pues no le soy indiferente. Cuando encuentro la fortaleza para separarme de ella, lo que ven mis ojos es lo más hermoso que he contemplado en mi vida, tiene sus labios hinchados y rojos, sus ojos más oscuros si eso es posible, su rostro enrojecido por el deseo. Querría decirle tantas cosas, pero el tiempo se ha terminado, debo volver y cumplir mi deber.

Aunque ello me parta el corazón.

Cuando despierto, lo primero que me pregunto es, ¿por qué la mujer con la que sueño se llama Elisa si tiene el rostro de Marian? Cada vez estoy más confundido, tal vez me están engañando, pero ¿con que motivo?

Movido por mi necesidad de verla y de respuestas, me levanto y salgo apresurado en su búsqueda, no estoy seguro de cuál sea su alcoba, pero algo más poderoso que yo parece guiarme hacia una puerta un poco más alejada de donde está mi habitación, a la que llamo con suavidad y, tras esperar lo que me parecen siglos, no recibo respuesta, tal vez no está, vuelvo a llamar esta vez con más fuerza, me parece escuchar ruido y por fin la puerta se abre dejándome ver la belleza de Marian de nuevo.

—No puedo estar alejado de vos —confieso, cogiendo un mechón de su pelo y acariciándolo con lentitud—. Estáis embarazada de otro hombre y, aun así, no puedo dejar de pensaros, de desear que ese hijo fuera mío, ¿qué me está ocurriendo? —pregunto asustado, viendo cómo ella me observa también temerosa e intenta controlar su agitada respiración.

Y antes de que alguno de los dos pueda hablar, cierra los ojos y disfruta de mi toque en su hermoso cabello, no estoy seguro de si es consciente de mi necesidad por ella, pero cuando los vuelve a abrir, al fin parece darse cuenta de que su cuerpo se ha acercado al mío y se reconocen, pues siento una excitación poco acostumbrada en mí y que ella no rechaza. No se aparta, no parece avergonzada o temerosa, y no sé cómo reaccionar, siento el deseo irrefrenable de besarla, ¿me golpearía si lo hiciera? Y tal como si pudiera escuchar mis pensamientos, ella niega con la cabeza y mira mis labios con visible deseo, haciéndome perder el control que he intentado mantener desde que la vi por primera vez hace unas horas.

Me siento sediento de ella, y sin poder detenerme, bajo mi cabeza muy despacio, pues quiero darle tiempo para que se aparte si no desea que la bese, pero no lo hace y doy gracias a Dios cuando nuestros labios se rozan, siento un fogonazo, imágenes de dos cuerpos unidos por la pasión, susurros de amor desenfrenado, el placer me nubla la visión, por ello me aparto de ella, asustado.

—¿Qué sucede? —interroga sin comprender mi reacción, incluso parece, ¿dolida?

—¿Quién eres? —susurro aterrado, cansado de estas sensaciones.

Me alejo unos cuantos pasos de ella, necesitado de controlar mi cuerpo y mi mente.

—No te alejes de mí —ruega, y casi me parte el corazón lo que veo en su mirada.

Cuando estoy dispuesto a contestar, y obligarla a que me dé las respuestas que necesito, somos interrumpidos de nuevo por su amiga, a la que comienzo a odiar tanto como ella a mí. Va acompañada de un Tito que parece bastante cansado, ¿qué clase de hermano soy? Ni por un segundo he pensado en su bienestar, solo en intentar comprender por qué me siento tan atraído por la nieta del que ahora es mi señor.

—Tito, está agotado —informa Sofía con mucha seriedad y un deje de acusación en su voz—. En vez de estar coqueteando con una dama, deberías atender mejor al niño.

—¡Sofía! —exclama, Marian.

—¿A caso no es cierto? Lo he visto todo Marian, da gracias a que he sido yo y no otra persona, estás arriesgando demasiado —responde un poco alterada, se nota que se preocupa por su amiga, y es algo que la alaba, si no fuera por el odio que siente por mí hasta me caería bien.

—Basta, Sofia —ordena bastante enfadada Marian.

—Tiene razón, creo que es hora de que Tito y yo, vayamos a dormir —asiento como despedida—. ¡Buenas noches, bellas damas!

Tito, me sigue sin tener que decir y puedo escuchar sus pasos apresurados tras de mí. Cuando llegamos a nuestra alcoba, sin pronunciar palabra, ambos nos acostamos en nuestros respectivos lechos, no sé qué hacer ni decir, me siento tan culpable, ¿cómo pude olvidarme de mi hermano?

—¡Lo siento, pequeño! —me disculpo, avergonzado.

—No importa, estoy bien, solo cansado —responde, mientras se acomoda en la cama—. Mañana será otro día, Jonathan.

—¡Buenas noches, Tito!

—¡Buenas noches! —Luego, el silencio nos envuelve, y aunque estaba seguro de no poder conciliar el sueño, caigo dormido sin mucho esfuerzo.

Al llegar la mañana, es Tito quien me despierta y, con mucha seriedad, mi informa que el Laird desea hablar conmigo. No puedo evitar que los nervios me ataquen, ¿qué puede querer Alexander Mackencie de mí? Aun así, me levanto, visto y apresuro a descender las escaleras, en cuyo final, la mujer llamada Marie, me espera para acompañarme hacia donde está su señor. Es una mujer rolliza, pero aún se ve la hermosura que debió tener en su juventud.

Me saluda con una sonrisa franca, que no puedo evitar imitar.

—Mi señor lo espera en la parte trasera, en el patio de entrenamiento —me informa.

Asiento y me despido de ella, quien me mira como si fuera al encuentro con mi propia muerte. Una vez llego a dónde me ha indicado, no solo me encuentro a Alexander, también a Sebastien y James Mackencie, junto a los gemelos, todos me observan como si fuera un insecto al cual deben aplastar.

Esto no va a ser nada divertido.

—Hoy vas a demostrarnos de qué estas hecho inglesito —se burla, Sebastien.

—Vas a luchar contra mi hijo, Keylan —informa Alexander, tendiéndome una espada larga y pesada.

La acepto sin vacilación.

El joven tío de Marian se acerca seguro y confiado, y yo ni siquiera puedo recordar si se luchar o si soy tan bueno como al parecer lo es Keylan.

—Contrólate muchacho —ordena a su hijo—. No queremos matarlo el

primer día.

El primer ataque, me coge desprevenido y recibo un rasguño en el hombro, nada importante, pero duele como el infierno.

—Keylan —advierde, James.

—Lo siento tío, no ha sido mi intención, pero parece que el inglés no sabe luchar —responde con guasa.

Al escucharlo, me enfurezco de un modo tal que, sin saber exactamente cómo, empiezo a esquivar cada golpe y a devolverle algunas buenas estocadas, puedo ver como mi contrincante se sorprende, pero no baja la guardia. No sé cuánto pasa después, pero me siento agotado, bañado en sudor, me duelen todos los músculos, y estos guerreros, parecen incansables. Tanto que, tan pronto como el dolor causado por la herida propinada por Keylan en mi hombro recrudece, este me derriba sin casi esfuerzo y apuntala su acero directo hacia mí. Y justo cuando parece dispuesto a dar el golpe final, un grito agónico nos congela a todos.

—¡No! —grita Marian, puedo reconocer su voz aun sin verla—. ¡Basta!

Y seguido, escucho sus pasos acercarse a toda velocidad, pero antes de que pueda alcanzarme, me levanto tan rápido como puedo y la miro con aplomo. No quiero que me vea derrotado y débil.

—¿Qué demonios significa esto? —pregunta, enfrentándose a los hombres.

—No nos cuestiones muchacha, este es mi clan y entreno a mis hombres como me plazca —responde con brusquedad, Alexander.

—¿No sois capaces de darle una tregua? —cuestiona, haciendo caso omiso de la orden de su abuelo—. Lucho junto a vosotros contra los McLoud, salvo a padre, protegió a Tito, y por ello se ganó el estado en el que se encuentra, ¿es necesario que demuestre de nuevo su valía?

—Es inglés —gruñe, Sebastien.

—Parecéis olvidar padre, que madre es medio inglesa, que mi abuela también lo es, por ende, sangre inglesa también corre por mis venas —alega, y tengo que contener la risa al ver a aquellos fornidos hombres quedarse callados ante la pequeña Marian.

—¡Marian! —le advierte su padre, intentando controlarse, lo puedo notar por el temblor de su cuerpo.

—¡Basta! —ordena el Laird—. Mi nieta tiene razón, si mi esposa viera esto, creedme cuando os digo que estaríamos en serios problemas, dejemos al inglés por hoy.

Marian, me coge de la mano y un escalofrío me recorre de la cabeza a los

pies. Solo hemos dado unos cuantos pasos cuando la voz de Keylan nos detiene.

—Ingles —me llama y giro para observarlo—. No ha estado mal—añade luego con una sonrisa burlona.

No respondo, pero me marchó orgulloso, pues es más de lo que hubiera esperado de mi contrincante. Al cabo de unos minutos, Marian me lleva hasta lo que parece una pequeña recámara, imagino que es la despensa del castillo por la cantidad de víveres que veo a mi alrededor.

—Voy a curarte ese rasguño —me informa, y en pocos minutos prepara unas hierbas y limpia con estas mi herida, no es gran cosa, cuando termina ya ni siquiera siento dolor—. Sanara enseguida. —sonríe.

Luego ambos nos quedamos mirándonos a los ojos, me veo reflejado en los suyos, tan negros como la más oscura noche, vuelvo a sentir el deseo de besarla, y no pienso volver a refrenarme. Desciendo hasta sus labios y cuando los rozo con los míos siento un fuego recorrer mi cuerpo, el deseo hace mella en mí, y a Marian no parece importarle, me abraza y esa es mi señal para profundizar el beso. No sé en qué momento la he sentado sobre la gran mesa de madera y ella me ha rodeado con sus piernas, pero al darnos cuenta ambos gemimos por el placer tan intenso que sentimos, mientras a su vez recorro con mis manos su cintura, sus caderas...

Solo estamos ella y yo en esta habitación, hasta que a mi mente llegan los recuerdos que había olvidado por días. Me aparto de golpe y cuando abro los ojos, se quién soy, quien es la mujer que tengo entre mis brazos.

—¡Mi amada, Marian! —digo tembloroso, pues no puedo creer que esté aquí, conmigo.

—Eric... —susurra con lágrimas en los ojos.

Capítulo 22

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

—Viniste a buscarme le digo mientras acaricio su rostro.

—¿Cómo pudiste dudar en algún momento que no lo haría? —responde, dolido.

—Estás prometido y tu madre me dijo... —No me permite acabar, pues posa uno de sus dedos en mis labios.

—No estoy prometido, mi madre te mintió, Marian... Yo nunca pensé en convertirte en mi amante, siempre soñé en hacerte mi esposa.

Me besa la frente con adoración y ante su confesión no puedo evitar sollozar de alivio, de dicha.

—Estás embarazada de mí —me acaricia el vientre con suavidad y ternura.

—Estabas dispuesta a tomarme de nuevo, aunque no recordaras que eras el padre, ¿cierto? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí. No me importaba nada, aunque los celos me estuvieran matando —reconoce sombrío.

Eric me ama, por encima de todas las cosas me ama, no estaba equivocada, el muchacho con el que crecí no podía ser tan ruin cómo aseguró su madre. Pero ¿cómo es posible que mi don no me advirtiera de cuán equivocada estaba respecto a él? Tan ensimismada estoy en mis propios pensamientos y la dicha que me embargaba, que no me doy cuenta que la puerta de la despensa se ha abierto y que mi hermano Evan nos observa, boquiabierto. Aunque no por mucho tiempo, pues antes de que alguno de los dos podamos reaccionar, se abalanza sobre Eric y yo doy un grito de muerte cuando los veo caer en el piso.

—¡Detente, Evan! —le ordeno, temiendo que si me acerco puedan dañar al bebé.

| Por lo que, al verme imposibilitada de apartarlos, salgo de prisa en busca de ayuda, pero para mí desgracia el primero en llegar es mi padre, quien al ver lo que ve, separa a mi hermano de Eric sin el menor esfuerzo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —gruñe furioso —. Podríais haber dañado a Marian o al bebé—reprende seguido.

—El malnacido tenía agarrada a mi hermana, no iba a quedarme quieto — responde mi hermano, ofendido.

Mi padre, le lanza una mirada mortífera a Eric, pero el hombre del que estoy enamorada, no se amedrenta ni un poco, al contrario, se yergue dispuesto a enfrentarlo cuando lo observa acercársele hecho una fiera.

—¿Te has atrevido a tocar a mi hija? —sisea, y volteando la mirada hacia mí, me pregunta—. ¿Te ha hecho daño?

—No —me apresuro a decir—. Padre deja que te explique...

Pero no me deja terminar, pues ahora es él quien coge del cuello a Eric y lo alza a varios palmos del suelo, haciéndome gritar de nuevo e intentar apartar de su cuello la mano que está asfixiándolo, aun cuando Evan intenta impedírmelo sujetándome fuerte de los brazos.

—¡Por amor de Dios! —Es el grito de mi madre, que hace que mi padre reaccione y suelte a Eric, dejando que caiga al suelo jadeante—. Sebastien, ¿qué significa esto? ¡Suelta a tu hermana, Evan! Está histérica, y eso no es bueno para el bebé.

Mi hermano, obedece de inmediato; y yo, corro hacia Eric y le advierto casi en un aterrado susurro, mientras veo como el cuello se le está volviendo amoratado.

—Eric, no puedes decirles quién eres todavía, te matarán.

—No voy a mentir Marian, voy a dar la cara, como hacen los hombres — responde sin ningún temor, yo gimo por el impacto de sus palabras y por lo que ello puede significar—. Ellos deben respetarme, y si me escondo tras una mentira nunca lo harán, y nunca podremos estar juntos.

Cierro los ojos, sabiendo que tiene razón, pero también que no voy a poder salvarlo al menos de una paliza, tal vez incluso lo echen de aquí, aunque si ese fuera el caso, con todo el dolor de mi corazón, me marcharé con él.

Me levanto y le ayudo a hacer lo mismo, mis padres y hermano nos miran; los hombres, de forma asesina; mi madre, con una expresión de comprensión en su bello rostro, y cuando Eric me coge de la mano, es ella quien frena a mi padre que está dispuesto a abalanzarse de nuevo sobre él.

—No, Sebastien —ordena mi madre, mientras lo coge del brazo—. Deja que se explique.

—Exijo que quites tu mano de encima de mi hija—espeta él con los dientes apretados.

—No, padre —hablo por primera vez—. Deja que expliquemos lo que ocurre, espero que sepáis perdonarme y perdonarle a él.

Evito decir su nombre.

—Vayamos al salón —dice mi madre, llevándose casi a rastras a mi padre y a mi hermano.

Si fuera otra la situación hasta me reiría.

—Me caen bien tus padres —susurra Eric, mientras avanzamos tras ellos.

Lo miro como si estuviera loco, pues mi padre ha estado a punto de matarlo.

—Te aman, por ello les estaré eternamente agradecido, te han cuidado, cuando yo no he estado para hacerlo. —Su voz suena atormentada.

Aprieto su mano en respuesta, y cuando llegamos al salón y veo que mis abuelos, tíos y tías allí reunidos, me asusto un poco.

—¿Se puede saber la razón de tanto alboroto, Sebastien? —pregunta con mucha tranquilidad mi abuelo, mientras cruza sus fuertes brazos sobre su ancho pecho.

—El bastardo inglés estaba abrazando a Marian —le contesta furioso.

—¿Cómo? —pregunta en voz baja, sin gritar, parece calmado, pero algo en mi interior me dice que no es así.

Lo mira como si quisiera aplastarlo, reducirlo a polvo.

Doy un paso al frente para dar una explicación, pero Eric me detiene, se posiciona delante de mí, como si quisiera protegerme. ¡Maldito necio! No soy yo quien necesita protección.

—¿Osas proteger a mi nieta de mí? —pregunta mi abuelo acercándose con lentitud, y al ver que Eric no se amilana, insiste —. ¿Crees que sería capaz de dañarla?

—No lo sé, pero antes tendrías que pasar por encima de mi cadáver para llegar a Marian —le responde con mucha tranquilidad y cierro los ojos, esperando la explosión de carácter de mi abuelo.

Mi corazón parece querer salirse del pecho, y cuando creo que va a salirse por la boca, escucho como las carcajadas de mi abuelo inundan la enorme estancia y levanto los párpados de nuevo, sorprendida. No puedo creer que se tome el desafío de Eric en broma, y no es el único, pues mi abuela y mi madre sonríen también, mientras que Sofía luce asustada y el resto de los presentes sin nada de humor.

—No sé si es que eres muy valiente o muy estúpido, hijo —niega con la cabeza mi abuelo, aunque está sonriendo—. Me gustas. Ahora dime, ¿por qué estabas abrazando a mi nieta?

—Porque la amo, mi señor —responde firme y alto, y yo contengo la respiración pues sé lo que vendrá a continuación.

—¿Cómo puedes amarla en dos días, muchacho? —Ahora es el turno de mi padre.

—¿Cuánto le costó amar a tu esposa?—le responde Eric de vuelta, mirándolo fijamente antes de proseguir—. Amo a Marian desde que era un niño, es la mujer más hermosa que he conocido, generosa, bondadosa, es como un ángel bajado del cielo, es mi ángel.

No puedo evitar sollozar al escucharlo, que haya confesado sus sentimientos más profundos por mí ante toda mi familia es más de lo que jamás llegué a soñar.

—¿Desde que eras un niño? —pregunta, ahora, mi hermano—. ¿Recobraste la memoria?

Aprieto con fuerza su mano, en un último intento.

—Lo hice —afirma, mira fijamente a mi abuelo y a mi padre—. Soy Eric Darlington, próximo duque de Darlington.

Acto seguido, todo se vuelve un caos. Mi abuelo le asesta un puñetazo a Eric en el rostro, que lo lanza varios pies de distancia como si fuera un fardo de heno; y mi abuela, al igual que yo, intentamos detenerlo, pero es ella quien logra hacerlo recapacitar y que detenga su encarnecido ataque. Mientras que Sofia y mi madre, hacen lo mismo con Evan y mi padre, apenas los contienen todo lo que sus fuerzas le permiten, por lo que, decido intervenir en vez de seguir chillando histérica.

—¡Basta! —ordeno—. Dejad que os explique, ¡por favor!—ruego seguido intentando conseguir que todos se tranquilicen.

—El miserable inglés se ha atrevido a mentirme, Marian —ruge mi abuelo.

—Él no recordaba nada, fui yo quien mintió —replico.

—¿Por qué razón? —inquiere mi padre—. ¿Sabías quien era todo este tiempo! —remata dolido por mi mentira.

—Porque sabía que, esta sería vuestra reacción, atacar sin dejar que se explique, sin darle oportunidad de conocer al gran hombre que es —respondo con toda sinceridad y cansada de mentir, de temer, es hora de luchar.

—¿Gran hombre? —se burla mi hermano—. Te preña y te deja marchar sola, ¡ha tardado meses en venir a buscarte!—grita enfurecido.

—¡No la dejé marchar! —exclama ofendido Eric—. Mi maldita madre le mintió, intento casarme con alguien a quien no amaba, al fin me revele, tarde lo sé—reconoce avergonzado—. Pero me cansé de intentar ser lo que no soy, de intentar ganarme el afecto de mis padres, no soy Jonathan, mi hermano era mucho mejor que yo, y es algo que mis padres nunca han podido perdonarme.

—Eric, eso no es cierto—susurro llorosa, al escuchar cómo se menosprecia así mismo.

—Es cierto, durante demasiado tiempo dejé que me convirtieran en un títere, me alejé de ti, peor aún, les permití humillarte, es algo que nunca podré perdonarme —me responde con voz temblorosa—. Pero se acabó, les deje muy clara mis intenciones, y ellos las tuyas, mientras ellos vivan, no soy bienvenido en su casa, para mis padres estoy muerto.

Un gemido lastimero escapa de mis labios al escucharlo y cierro los ojos, intentando asimilar todo lo que está confesando, intentando asimilar todo a lo que él ha renunciado por mí.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunto compungida.

—Porque te amo por sobre todas las cosas —confiesa, cogiendo entre sus grandes manos mi rostro bañado en lágrimas—. Porque de nada me sirven los títulos o las riquezas si no las puedo compartir contigo.

Soy consciente de que alguien más está llorando a pocos metros de nosotros y, cuando me vuelvo, me impresiona ver a mi madre limpiarse el rostro bañado de lágrimas, a mi abuela intenta contenerse las tuyas, y Sofia hacer su mejor esfuerzo por no romper a llorar también.

—Es el hombre al que se refería tu hermana, Sebastien —susurra mi madre, sé que se refiere a mi tía—. Así que deja de mirarlo como si fueras a matarlo, sabes que ni yo ni tu hija lo vamos a permitir.

—¡Tú no vas a decirme lo que tengo que hacer mujer! —gruñe mi padre de vuelta.

—¡Silencio! —les ordena la voz potente de Alexander Mackencie—. Así que en realidad eres un Duque Inglés.

—Lo soy a efectos legales, ya que mis padres no pueden quitarme el título, soy su único hijo—explica—. Pero mientras ellos vivan, no puedo volver, no es algo que me produzca gran pesar, no dejó nada en Inglaterra. Mi amigo Gabriel se encargará de intentar que mi padre no dilapide el patrimonio que nos dejó mi abuelo.

—Eres consciente de que me juraste lealtad, ¿cierto? —Eric asiente—. Bien, eres el padre del hijo que espera mi nieta, has venido por ella, tarde... —aclara en un gruñido—, pero lo has hecho. Has renunciado a tus privilegios, y dado la espalda a tus padres.—Conforme va enumerando cada una de las cosas que Eric ha hecho por mí, me siento más y más orgullosa de él.— Cruzaste tu país y el mío con un niño por única compañía.

—No podía dejarlo, no después de lo que mi madre le hizo, y sé cuánto ama

Marian a Tito —interrumpe Eric.

—Peleaste en una lucha que no era tuya, salvaste la vida de Sebastien y la de Tito, ganando por ello un buen golpe, que te dejo por días con una pérdida de memoria completa —sigue su explicación—. Aun así, me juraste lealtad, hoy peleaste herido contra Keylan y lo hiciste con ferocidad, estabas agotado, mas no te rendiste.

—Rendirse es de cobardes, para mí no es una opción, lo fui durante mucho tiempo, no lo seré nunca más —vuelve a interrumpir a mi abuelo.

—Deja de interrumpirme muchacho, o volveré a tumbarte —advierte él con frialdad—. Por último, hoy te has enfrentado a tres de nosotros, sin miedo, has dicho la verdad aun a sabiendas de que eso significaría como poco una paliza o el destierro.—nos mira a ambos con seriedad.—incluso la muerte.

—Si él se marcha, yo lo haré con él —aclaro en voz alta para que todos me oigan.

—¡No! —grita mi madre—. ¡Eso no!... por favor, padre—ruega.

—¡Silencio, maldición! —grita a pleno pulmón—. El inglés no va a ir a ninguna parte —aclaro molesto.—Por mucho que podamos detestarlo en este momento por lo que todos creímos que hizo a Marian, el muchacho se ha ganado mi respeto—confiesa renuente—. Incluso se atrevió a defender a Marian de mí, cuando sería incapaz de dañar a mi propia nieta.

—Pero, Alexander... —Mi abuelo, no deja continuar a mi padre.

—¿Osas cuestionar mi decisión? —sisea furioso.

—Es mi hija a la que ha deshonrado y humillado —espeta sin medir las consecuencias de desafiar a su Laird.

—Y es mi nieta, Sebastien; no pienses ni por un momento que me parece bien como hicieron las cosas, pero el muchacho ha rectificado, ha demostrado su honor, ¿acaso tú no erraste cuando eras más joven? ¿Debemos recordártelo, Sebastien? —Mi padre palidece, y mi madre lo mira sorprendida.

No conozco con exactitud el motivo de esa reacción, lo que si tengo claro es que, en el pasado de mis padres también ha habido traspies, y que mi madre perdonó a mi padre por ello.

Ante las palabras de mi abuelo, él se marcha furioso y mi hermano va detrás, no sin antes decirle unas palabras a Eric.

—Esto no se va a quedar así —amenaza.

Una vez ambos salen del salón, todos nos miramos sorprendido y en silencio, pues nadie puede creer que mi abuelo nos apoye sin siquiera pelear, sé que a mi padre y a Evan les va a costar más perdonar, pero espero que le

den una oportunidad a Eric.

—No le hagáis caso, se le pasará —dice mi madre, mientras se acerca a nosotros—. Sabía desde el principio quién eras —aclara—. Mi hija no pudo ocultar sus sentimientos por ti, y tú... a pesar de no recordar, la reconociste, ¿cierto?

—Lo hice, al menos mi corazón —sonríe Eric complacido de que mi madre sea más comprensiva.

—Espero que hagas muy feliz a mi hija —sonríe—. Pero debéis casaros inmediatamente.

—Mañana mismo si así lo deseáis —replica con rapidez.

—De eso nada, debemos preparar la boda, pero sí la próxima semana —sentencia mi madre, y luego se marcha en compañía de mi abuela mientras hablan de los preparativos, entusiasmadas.

Sonrió de felicidad, no pensé que podría volver a sentirme así, no desde que me alejé de Eric hace ya varios meses, en los cuales ambos hemos vivido un infierno.

—No recuerdo que me lo hayas pedido, Lord Darlington —digo con burla, pero en el fondo algo desilusionada.

—¿Quieres casarte conmigo, mi amor? —pregunta arrodillándose ante mí y rompo en llanto de nuevo, ¡maldito embarazo! —Eres lo más importante de mi vida, y deseo pasar el resto de lo que me quede a tu lado, viendo a nuestros hijos y nietos crecer, y poder morir a tu lado.

—Sí —asiento emocionada—. Por supuesto que sí.

¿Qué otra contestación podría dar? Si he amado a este hombre desde que tengo uso de razón.

Capítulo 23

(Eric Darlington) Eilean Donan, Escocia.

Parece mentira que un simple beso me haya devuelto mis recuerdos, en verdad, temía no poder recuperarlos nunca. Y ahora, que la recuperé y sé quién soy, no me importa nada, ni los golpes, ni las amenazas recibidas por parte de la familia de mi amada, solo sé, que no la quiero volver a perder. No, otra vez.

Sabía que no iba a ser fácil, que no sería sencillo llegar a Eilean Donan y proclamar quién era, y menos aún luego de lo ocurrido entre Marian y yo, es lógico que su familia no me acepte así de sencillo. Sin embargo, saber que en unos meses voy a ser padre, ha sido una sorpresa para mí, y doy gracias a Dios que recuperé el sentido común para enfrentarme a mis padres, de lo contrario, no me hubiera enterado jamás, lo que me deja casi sin aliento y con el corazón desbocado, pues no soy capaz de imaginarme la vida sin Marian ni la familia que estamos a punto de formar.

—Nunca quise que tuvieras que renunciar a todo por mí —susurra la mujer que amo, mientras está recostada sobre mi pecho y contemplamos el lago—. No deberías haber dejado a tus padres atrás, son tu familia.

Niego, mientras le beso el cabello oscuro que me hace cosquillas en la barbilla.

—No he renunciado a nada importante para mí, y si así fuere, ten la seguridad que valdría la pena solo por tenerte—le digo con convicción—. Lo único que me importas eres tú y este bebé que crece dentro de ti.

—Por un tiempo pensé que no me amabas, que tu madre me había dicho la verdad, esa que ni tú mismo te atrevías a decir. —El dolor que escucho en su voz me parte el alma.

—Marian, no soporto pensar en el dolor y el miedo que tuviste que pasar. —La aprieto más contra mí—. Yo tenía que estar a tu lado, te dejé sola, es algo que no me podré perdonar en la vida.

—No me dejaste sola, me sentí tan destrozada por tu compromiso que decidí huir, y la gota que colmó el vaso fue escuchar las mentiras de tu madre —me confiesa acariciando mis brazos.

—Nunca podré perdonarle eso, podría intentar olvidar todos sus desprecios hacia mí, los años que me privó de mi libertad, pero no de lo que te hizo a ti, ni al pobre Tito, ¿te lo contó? —pregunto, sabiendo que le habrá causado gran dolor.

—Sí —suspira—. La primera noche que dormí con él al desvestirlo me di cuenta de sus marcas, y me contó que lo cuidaste muy bien —sonríe con esa dulzura que la caracteriza, siempre viendo el lado bueno de las cosas.

—Ese fue el momento en el que me di cuenta, que las cosas habían llegado demasiado lejos, tuvo que ser un niño el que me abriera los ojos y me diera el valor que me faltaba para hacer algo que debí haber hecho años atrás —confieso avergonzado, pues con ella, con mi alma gemela, siento que no tengo nada que esconder—. Y cuando lo hice, me quité un gran peso de encima, ahora soy feliz por primera vez en años, desde que Jonathan se fue, no había vuelto a sentirme así.

—No debieron cargarte con esa losa, amado mío. —Ella se gira para mirarme a los ojos—. Jonathan era único, al igual que lo eres tú, nadie puede reemplazar a otra persona, mucho menos en los corazones de la gente que los amó alguna vez.

Amé muchísimo a mi hermano, fue mi héroe, desde su partida me siento incompleto, y ese dolor constante solo desaparece cuando Marian está a mi lado, por ello, no iba a permitir que nada ni nadie me arrebatara también a la mujer que amo.

—Jonathan, está bien mi amor, debes confiar en mí —intenta reconfortarme, lo sé, pero hay pesares que no pueden calmarse solo con dulce palabras—. A él no le gusta verte así, desea que seas feliz, por los dos, y está orgulloso de que estés cumpliendo la promesa que le hiciste.

Contengo la respiración, porque sus palabras me golpean con fuerza, ¿Cómo puede saber ella sobre la promesa que le hice en su lecho de muerte? Estábamos solos, y nunca le dije nada a nadie.

Marian, al notar la tensión creciendo en mi cuerpo, se gira por fin entre mis brazos quedando frente a frente, su mirada oscura parece ocultar muchos secretos, y por el brillo nervioso en esta sé que necesita confesarme uno de estos, pero está intentando reunir el valor suficiente para hacerlo.

—Cuéntame lo que te aflige Marian, puedes confiar en mí, no hay nada que puedas contarme que haga que deje de amarte, no hay poder humano o divino que pueda lograrlo.

—Tengo un don, Eric —suelta de golpe y, sin darme tiempo para procesar

lo que ha dicho, continúa hablando—. No solo soy buena curando con hierbas, tengo visiones, tengo sueños, puedo contactar con los muertos.

Su confesión me deja anonadado, no sé qué decir y no porque no le crea, ya que a lo largo de mi vida he tenido sobradas pruebas de que ella es especial, pero...

—Por favor, di algo —susurra, mordiendo su labio inferior.

—No me importa Marian, para mí sigues siendo la misma. —No encuentro las palabras para convencerla que no me importa que tenga un don—. Eso te hace aún más especial a mis ojos, si es que eso es posible.

—No entiendes, no es algo con lo que es sencillo vivir. —Veo el dolor, el tormento en sus ojos, y por un pequeño instante desearía que no tuviera ese don, si es algo que le causa tal pesar, no lo deseo para ella—. ¿Crees que me gusta saber cuándo van a morir mis seres queridos? Vivo con ese temor constante.

No puedo llegar a imaginar cómo me sentiría si supiera de antemano, que alguien a quien amo, va a morir sin poder hacer nada por evitarlo.

—Si pudiera hacer algo para cambiar eso lo haría, mi amor —digo con sinceridad—. Pero si Dios te ha concedido ese don, es por algo, tú eres especial.

—Llevo con gusto la cruz de este don, pues no todo son amarguras, solo quería ser sincera contigo, pues toda mi vida he vivido con el miedo de ser condenada por brujería.

—Jamás lo permitiría, y sé que tu familia tampoco, además, según lo que he oído sobre estas tierras, es común entre tu gente tener ese tipo de don—intento tranquilizarla, y alejar el temor que su confesión ha despertado en mí.

—Eso es cierto —sonríe—. Soy celta y sangre gitana corre por mis venas, así que creo que era inevitable.

Ambos guardamos silencio de nuevo, ahora que algunos de nuestros secretos han salido a la luz, ahora que Marian sabe que jamás quise dejarla, me siento más liviano. Para mí es importante que sepa que, a pesar de la distancia que nos ha separado los últimos años, ella fue la dueña de mi corazón, pero tenemos tiempo para hablar del pasado más adelante, ahora debemos sortear escollos más importantes, aunque tengo el apoyo de su madre y de sus abuelos; sus tíos, su hermano Evan y su padre, aún desean mi cabeza en bandeja de plata.

—Debemos volver, o mi padre organizará a sus hombres para colgarte — intenta bromear Marian, tras darme un corto beso y levantarse con mi ayuda.

No quiero regresar, pero sé que tiene razón, ha sido un logro poder escapar ayudados por Sofía, quien, al parecer, tras mi confesión, me odia un poco menos. Ahora, puedo recordarla con claridad, la chiquilla que siempre seguía a Marian a todos lados ha acabado convertida en algo así como una hermana para ella, lo que me alegra, pues sé que ha estado en todos los malos momentos en los que yo no he podido estar. Solo espero que llegue el día en que me perdone totalmente, que pueda ver el amor que siento por Marian, pero no solo ella, también todos los que aún ponen en duda lo que siento.

No echo de menos los lujos, los bailes, el dinero al que renuncie por ella. No. Renunciaría mil veces a todo eso, ¿daría mi vida por ella! Prefiero vivir un último amanecer a su lado que vivir mil años sin poder amarla como deseo. Y si el precio que debo pagar es verme privado de todo lo que me corresponde por derecho, sin familia, sin patria, sin nada, con gusto lo hago.

Solo por tenerla a ella.

Regresamos a paso lento, pues ninguno de los dos quiere volver a estar rodeados de gente que nos juzga, sobre todo a mí.

—No voy a permitir que nos separen de nuevo —intento tranquilizarla antes de entrar—. Seremos una familia Marian—afirmo, pues estoy convencido de ello.

Me sonrío feliz, tiene plena confianza en mí, y eso me hace temer decepcionarla de nuevo. Ver en sus ojos el dolor de quien se siente traicionado, es algo que no sería capaz de soportar.

Cuando volvemos a entrar en el gran salón, solo está ocupado por una persona que da grandes zancadas delante de la gran chimenea, es su padre Sebastien, que al vernos se detiene y me mira sanguinario, mientras Marian, a mi lado, me suelta la mano y se acerca a él.

—Padre...

—No deberíais estar solos juntos, ordené incluso antes de saber quién era este miserable, que Sofía o alguien siempre os acompañara —sisea, intentando pasar por el lado de su hija, pero ella lo detiene con ferocidad.

— ¡Basta! —ordena en voz baja, aun así, su voz emana poder—. Padre ya estoy embarazada, no seas ridículo —dice intentando esconder una sonrisa.— Lo que tanto intentas evitar, ya ha ocurrido, no fui obligada padre, me entregué a él porque lo amo, no me arrepiento, si insistes en culparle por ese crimen, entonces también lo tendrás que hacer conmigo, soy tan culpable como Eric.

—No digas tonterías, Marian —su voz es potente, su furia palpable—. Eres una niña, eras virgen...

—¿Seguro que lo era padre? —pregunta con seriedad, ¿qué demonios hace?
—Viví toda la vida junto a una ramera, ¿cómo sabes que no me enseñó su oficio?

Veo como Sebastien palidece, incluso se tambalea, por un instante temo que vaya a caer al suelo inconsciente.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto, sin comprender cuál es su juego—. Marian era virgen, jamás se había entregado a ningún hombre.

Ella me mira furiosa, pero no me importa, no voy a permitir que manche su honor solo por salvarme a mí. Sebastien a su vez nos observa a ambos, y algo en su forma de mirarme cambia.

Tal vez aún hay alguna esperanza.

—Vamos fuera muchacho —me pide sin más.

—¡No padre, por favor! —ruega, interponiéndose en el camino de su progenitor.

—No voy a hacerle daño, Marian —responde serio, sin siquiera mirarla—. Solo vamos a hablar.

Ella se aparta muy a su pesar, le dirijo una mirada con la intención de calmarla, espero que busque consuelo en su madre o Sofía, no quiero que esté sola. Después, sigo a Sebastien sin decir una palabra, caminamos y llegamos a las caballerizas.

—¿Te gustan los caballos? —pregunta, y la verdad me sorprende.

—Por supuesto —digo, no muy convencido de entender qué tiene que ver los caballos con mi amor por su hija.

—¿Ha sido feliz? —pregunta susurrando, mientras acaricia a un caballo de color marrón oscuro, que parece conocerlo muy bien—. ¿Cómo era de pequeña?

—Hermosa —respondo sin más—. No fue por completo feliz, no voy a mentir, nunca se sintió cómoda, ni amada, nunca se sintió parte de nada, como si fuera una extraña, ahora entiendo por qué.

—Me he pasado todos estos años buscándola, y volviendo a casa con las manos vacías, cada vez que veía a Valentina, como poco a poco se iba apagando más y más... —Parece que le cuesta encontrar las palabras, guarda silencio durante unos segundos—. Es mi hija y la he querido desde el momento que supe de su existencia, no importa que no haya podido criarla, la amo igual que amo a mi hijo, por eso quiero lo mejor para ella.

—Entiendo eso, deseo para ella toda la felicidad del mundo, la amo como nunca amaré a nadie más en esta vida —afirmo.

Veo como niega con la cabeza.

—No sabes nada muchacho, existen diferentes clases de amor, y cuando nazca tu hijo me comprenderás. —Me mira, puedo ver en sus ojos tan parecidos a los de Marian, una sabiduría ganada con sangre y lágrimas, este hombre se ha hecho a sí mismo—. Valentina es el amor de mi vida, lo fue desde el momento que la vi por primera vez, es mi alma, pero mis hijos me robaron una parte de mi corazón.

—Marian, es el mío, fue así desde que éramos niños, fue mi mejor amiga, mi confidente, mi curandera, lo es todo para mí, por eso no podía permitir que mis padres me arrebataran también eso —confieso sin pudor al padre de la mujer que quiero—. Nunca quise dejarla, nunca quise que se fuera como lo hizo. Y nunca voy a arrepentirme de dejar todo por ella.

Sebastien, me mira con sus profundos ojos negros y asiente, no sé qué piensa, y eso me pone bastante nervioso, no sé si va a aceptarme o va a enviarme a Inglaterra hecho trocitos.

—No puedo apartarte de ella por errores pasados que hayas podido cometer, pues yo mismo cometí equivocaciones peores que las tuyas —me dice sin mirarme, como si sintiera vergüenza—. No he sido un buen marido para Valentina, mis demonios me han acompañado siempre, no he sido un buen padre, pues no traje de vuelta a mi hija.

—No te permitiría apartarla de mí, me lo prometí a mí mismo y a ella, solo la muerte podrá apartarme de su lado, y cuando esta llegue, encontraré el modo de volver con ella. —Necesito dejarle claro esto.

—Eres valiente, debo darle la razón a mi Laird, es eso o eres muy estúpido como dice Evan. —Puedo darme cuenta que se ha relajado, así que yo también lo hago.

—Puede que sea un poco de ambas cosas, pero también soy decidido y leal —respondo.

—Sé que la amas, lo veo en tus ojos —afirma con seriedad—. Pero debo hacerte la misma advertencia que mi suegro me hizo a mí en su día, si le tocas un solo pelo, si la haces llorar, iré por ti y te enfrentarás a la mismísima muerte. —No es una advertencia, es un juramento.

—Nunca volveré a hacerle daño —prometo, convencido.

—No sabes lo que puede ocurrir muchacho, solo toma un consejo de alguien que ha cometido uno de los peores errores posibles, y aun así consiguió el perdón de la mujer amada —dice atormentado—. Nunca permitas que ninguna mujer te desvíe de tu camino, no traiciones nunca la confianza de la mujer que

te la ha entregado con los ojos cerrados.

—Nunca traicionaría a Marian de esa forma —espeto algo ofendido, pero segundos después comprendo que habla de sí mismo.

No sé qué decir, ni qué hacer, no estoy seguro de que Marian sepa algo de esto.

—Recuerda siempre eso muchacho, ahora márchate, tranquiliza a mi hija.
—Me da la espalda y se marcha hacia el fondo del establo.

Me quedo por unos minutos allí parado, sin saber qué hacer ahora mismo, ¿me ha dado su consentimiento para estar con su hija? Desde lejos, escucho su potente voz por última vez.

—Os casareis lo más pronto posible. —Es la mejor orden que he escuchado en mucho tiempo, me marcho sonriendo.

Me dirijo de nuevo hacia el castillo, feliz, cada vez veo más cerca el sueño de poder pasar mi vida junto a Marian y el hijo que estamos esperando. Sé que no todo está ganado, aún quedan muchos obstáculos en el camino, pero juntos los superaremos. Una vez llego a la entrada de la fortaleza, me encuentro a Marian bastante tranquila, una sonrisa se forma en sus perfectos labios cuando me ve llegar, se acerca a mí y me besa con ardor, con todo el amor que sentimos el uno por el otro.

—Tu padre no me mató —digo intentando bromear, para controlar el deseo que siento por ella.

—No, no lo hizo.

Entramos abrazados y la acompaño hasta su alcoba, por mucho que los dos deseemos estar juntos, solo es cuestión de esperar un poco más.

Capítulo 24

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

La espera se me hace insoportable, y aunque mi madre intenta tranquilizarme, mi corazón parece que va a estallar en cualquier momento.

—Tu padre, no va a hacerle ningún daño —repite por tercera vez—. Me lo ha prometido, se ha calmado lo suficiente como para intentar entender la posición de Eric, sin caer en provocaciones absurdas o golpes.

—¿Tan difícil es de entender madre? —pregunto, deteniendo mis pasos—. ¿Tan inconcebible es entender que nos amamos? ¿Qué haya sido capaz de abandonar todo por mí?

—Por supuesto que no, Marian —niega apenada—. Debes entender que es difícil para tu padre; para todos. Acabamos de recuperarte, y no queremos perderte—intenta contener el llanto.

Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que mi familia temiera que me marchara de aquí, pues esa idea nunca se me ha pasado por la cabeza. Mi sitio está aquí, junto a ellos, este es mi hogar, Escocia es mi patria.

—Madre —digo, mientras me acerco a ella y la abrazo—. No voy a marcharme, nunca volveré a dejaros.

—Hija mía, entendería si lo hicieras, vas a formar tu propia familia —susurra, mientras se acerca a mí para acariciar mi rostro, recorre cada contorno de él como si quisiera grabarlo a fuego en su memoria—. Solo que Inglaterra está tan lejos, no podría soportar no verte de nuevo, irme de este mundo sin volver a ver tu hermoso rostro, tus ojos tan parecidos a los del hombre que amo.

—¡Basta, madre! —ordeno, asustada por sus palabras, asustada de que llegue el día en el que ella ya no esté más a mi lado—. No voy a irme, Eric y yo encontraremos una solución.—afirmo convencida.

Cuando la dejo más calmada, decido salir fuera a esperar la llegada de Eric, no hace mucho que se fue con mi padre, pero a mí me han parecido siglos, muy en el fondo de mi corazón, sé que no va a hacerle daño, pero los nervios no me abandonan.

Me paseo por los pasillos de la fortaleza, y bajo y subo los escalones

nerviosa, hasta que, escucho pasos amortiguados y me giro, una sensación de paz y tranquilidad me invaden al instante, y siento que puedo volver a respirar con normalidad cuando Eric llega hasta mí y puedo ver que no tiene ninguna herida y que está, ¿feliz?

No puedo evitar sonreír, sé que todo ha ido bien, y que mi padre de alguna manera a dado su permiso para que ambos estemos juntos. Temía que eso no llegara a pasar, y que me impidiera cumplir la promesa que hace rato le hice a mi madre. Una vez juntos, me acompaña hasta mi alcoba, por mucho que deseé que él se quede conmigo, sé que aún no es posible, no mientras no seamos marido y mujer.

Después, me besa frente a la puerta, pero ninguno de los dos nos permitimos recrearnos el uno en el otro más de lo necesario, pues debemos separarnos, y con semblante risueño lo observo marchar hacia su habitación, que comparte con Tito Antes de adentrarme en la mía y encontrarme a Sofía sollozando.

—¿Qué te ocurre, Sofía? —pregunto, acercándome a ella.

—Quiero irme Marian, quiero volver a Inglaterra —responde, entre sollozos.

—¿Qué tonterías dices? —No doy crédito a sus palabras—. ¿Qué ha ocurrido para que estés en este estado?

De pronto, la puerta de nuestra habitación se abre y Evan entra como un torbellino.

—Tú no vas a marcharte a ninguna parte, Sofía—ordena enérgico—. Estoy harto de que nos ataquemos mutuamente, buscando salir vencedores en una batalla que ninguno va a ganar...—Abro los ojos como platos, ¡al fin está ocurriendo!

—¡Tú no eres quien para decirme lo que debo hacer, Mackencie! —grita mi amiga levantándose del lecho, y yo ruedo los ojos, ¡ahí vamos otra vez!

Estoy dispuesta a intervenir, cuando de repente, mi hermanito camina decidido hacia Sofía y, cogiéndola entre sus brazos, la besa con una pasión abrasadora, mientras yo no sé si ruborizarme o llorar de la emoción.

—Soy el hombre que te ama desde el momento que no te dejaste amedrentar por mí, soy el hombre que se va a casar contigo y compartiremos nuestra vida hasta el día que la muerte nos separe. —Su confesión de amor es tan apasionada, tan sincera, que hasta yo puedo sentir ese amor, que surgió sin que los dos pudiera evitarlo.

—Pero soy una sasennach, estoy cansada de oírtelo decir... —murmura ella, con miedo a creer lo que Evan acaba de decir.

La entiendo, llevan tiempo peleando, acercándose y alejándose, pero sé que esto acabará en boda, en un amor de los que duran para toda la vida, y que juntos formarán una hermosa familia que continuará el linaje de los Mackencie a través del tiempo.

—Eres mi sasennach, estoy cansado de inventar pretextos para odiarte, porque nunca lo hice —susurra de vuelta—. Dime que me amas como yo te amo a ti—suplica, cerrando los ojos y apoyando la frente en la de su amada.— Dime que te casarás conmigo.

El silencio se prolonga, casi ni respiro esperando la respuesta de Sofia, cuando estoy a punto de gritarle para que reaccione, habla por fin.

—Te amo, Evan—confiesa sonriente—. Me casaré contigo, maldito arrogante.

—Gracias a Dios —susurro sin poderlo evitar, ambos recuerdan mi presencia y se ruborizan como niños, solo puedo romper a reír.

Ellos no pueden evitar imitarme, reímos de felicidad, me siento feliz por ellos, por mí, porque al fin puedo estar con Eric, sin que nada, ni nadie, se interponga en nuestro camino.

Lo único que empaña mi felicidad, es saber que Eric ha dejado atrás todo a lo que tiene derecho y para lo que fue educado, y aunque él se empeñe en asegurarme que no le importa haber perdido sus privilegios por hacerme su esposa, temo que con los años surja algún reproche de sus labios. Por otro lado, sé que a los ojos de los Duques de Darlington nunca seré lo suficientemente buena para su hijo, no importa que sea la nieta de un Laird, para ellos seré siempre una bastarda gitana que alguna vez trabajó para ellos.

Cuando aparto esos tristes pensamientos, me doy cuenta que vuelvo a estar sola en la habitación, conociendo al loco de mi hermano, seguro ha despertado a todo el mundo para anunciar su próxima boda, me alegra saber que Sofia al fin tendrá un hogar y una familia a la cual pertenecer, no importa lo que ocurra conmigo, no importa a dónde vaya a partir de ahora, ella ha encontrado su lugar.

Me acuesto en la cama, poso mi mano sobre mi vientre abultado, dentro de pocos meses conoceremos a nuestro hijo, sé que va a ser un varón, pero aún no se lo he dicho a Eric. El destino es caprichoso, él tendrá el heredero que sus padres tanto ansiaban, por las venas de mi hijo correrá sangre celta, pertenecerá a un linaje de guerreros escoceses y su sangre gitana lo hará más sensible a todas las cosas que no siempre son visibles para los demás, pero no tendrá mi don, este solo pasa a las mujeres.

Tal vez mi don, acabe conmigo, hace tiempo que no he vuelto a soñar con mi tía, y siento la necesidad de hablar con ella. Pensando en ella, aquella que nunca conocí, caigo en un profundo sueño.

Cuando abro los ojos me encuentro en una colina en la que nunca he estado, frente a una tumba, por un instante el corazón se me detiene, pensando que es un mal augurio, que alguien cercano a mí va a morir. Pero al leer el nombre que hay grabado en la roca, un suspiro trémulo sale de mi boca.

Marian Mackencie. Mi tía descansa aquí, al menos su cuerpo, pues su alma hace largo tiempo que abandonó este mundo. ¿Por qué estoy aquí? Miro a mi alrededor, buscando una señal que me indique el motivo, pero nada me hace saber por qué.

—Estas aquí porque ya es hora de que me despida de ti. —La suave voz de mi tía me sorprende.

Me giro y la encuentro muy cerca de mí, no puedo evitar sonreír con alegría al verla, pues estaba necesitando algunos consejos de ella.

—¿Por qué debes despedirte? —pregunto sin comprender, no quiero decirle adiós, cuando hace tan poco que puedo hablar con su espíritu.

—Todo tiene su ciclo querida, siento que no hayamos podido hablar más, pero siempre estuve a tu lado —explica con resignación—. Has vuelto dónde perteneces, mi hermano ha recuperado a su hija, y va a ser abuelo, lo he visto transformarse en un hombre, y casi ya es un anciano.

En sus ojos puedo ver con claridad algo que no me cuenta, y antes de que me dé tiempo de preguntarle, niega con la cabeza y me sonríe con pesar, indicándome con ese simple gesto que no va a decirme nada, y el miedo atenaza mi corazón, sé que algo está próximo a ocurrir, y no saber lo que es, va a matarme.

—No puedes irte y dejarme con tantas preguntas... —me niego a aceptarlo.

—Como ya te he dicho, la vida es un ciclo —responde con seriedad—. No puedo revelar nada, pero llegado el momento tú lo sabrás, y ayudarás a las personas que lo necesiten del mejor modo.

—¿Qué voy a hacer sin tu consejo? —insisto casi con desesperación.

—Muy en el fondo sabrás lo que digo, estaré guiándote siempre, tú y yo estamos unidas de una forma que no muchos entenderían, eres como la hija que nunca tuve, que la vida no me dio la oportunidad de tener.

Me acaricia mi estómago, sonrío y sé que ha visto lo mismo que yo.

—No será el último —me guiña un ojo divertida.

—Espero que no —ríe un poco avergonzada.

—Debo irme —me abraza, me aferro a ella, no me siento capaz de dejarla ir—. Como hizo tu padre y tu madre antes que tú, debes dejarme marchar. Diles que los quiero a todos.

Asiento con lágrimas en los ojos, y sin más se desvanece para siempre ante mis ojos.

Despierto llorando, intento tranquilizarme, el dolor de saber que nunca más veré a mi tía en sueños es comparable a sentir la muerte misma de un ser querido. No solo perdí la oportunidad de conocerla en vida, pues Dios decidió que su tiempo entre los vivos había concluido, sino que ahora, me es arrancada la única forma en la que podía hablar con ella.

—¿Qué ocurre Marian? —pregunta, adormilada Sofía, no sé cuántas horas llevo durmiendo, ni siquiera sé a qué horas a regresado mi amiga.

—Nada... —susurro—. Solo una despedida.

Sé que para ella no tiene mucho sentido lo que le he dicho, pero me conoce bien y sabe que cuando estoy así de afligida es mejor dejarme.

—Intenta volver a dormir, aún es de noche —aconseja con voz calmada, antes de darse la vuelta y continuar su descanso.

No creo que pueda volver a dormir.

Lo intento por lo que parecen horas, pero cuando las primeras luces del amanecer dan la bienvenida al nuevo día, desisto. Me visto con un traje color gris, pues así me siento por dentro, ni siquiera cuando vivía tan lejos de aquí y rodeada de tanta maldad y desprecio sentí esta dolorosa angustia, creo que es porque muy en el fondo sabía que ella cuidaba de mí.

Rezo para que nadie me sorprenda tan temprano, pero es en vano, pues mi padre está ya preparándose para el duro entrenamiento, y cuando me ve descender hacia el patio, guarda su espada, y el gesto sombrío en mi mirada lo alerta de inmediato.

—¿Qué sucede hija? —pregunta preocupado cuando llega hasta mí—. ¿No has dormido bien? ¿Es él bebé? ¿El inglés te hizo algo?—Son tantas preguntas.

—Nada de eso padre, solo ha sido un sueño. —No quiero causarle más tristezas, y sé que hablar sobre su hermana le causa un gran dolor.

—Olvidaba que mi hermana sufría el mismo don que, aunque para ella era

un privilegio; yo siempre lo vi como una maldición —me dice—. Sé que algo te ha afectado.

—Las despedidas siempre son duras padre —confieso al fin.

—¿Despedidas? —pregunta sin comprender, pero segundos después un brillo de sospecha inunda sus ojos—. Tu tía se ha despedido de ti, ¿cierto?

Cierro los ojos y asiento en silencio, intentando no llorar.

—Lo hizo, fue como si hubiera muerto para mí, hasta ahora era alguien constante en mi vida, en sueños podía hablar con ella, y lo hizo desde que Esmeralda y Marcus murieron.

—Si ella se ha marchado, es porque ya no la necesitas, no realmente —susurra él visiblemente dolorido.

—Me dijo que te dijera que te quiere, nos quiere a todos, y me pidió que la dejara marchar, al igual que tú y madre en su día tuvisteis que dejarla ir.

—Nunca he sido capaz de dejar ir su recuerdo —confiesa apenado—. ¿Ella está bien?

—Lo está —le aseguro sonriendo, al recordar la paz y la felicidad que reflejaba siempre el rostro de mi tía—. Ella es muy feliz, y llegado el momento, todos nos reuniremos al fin.

—Espero ese día con ansia —asiente y añade—. Pero sé que aún tengo mucho que hacer aquí, no voy a dejaros hasta saberos bien a todos.

Asiento y le pregunto.

—Iba a ver su tumba, ¿vienes conmigo?

—Vamos. —acepta, y se pone en marcha junto conmigo, pero de pronto, se detiene y me mira extrañado. —¿Cómo sabes hacia donde tenemos que ir?

Lo miro sonriendo, ¿Cómo puede preguntarme algo así?

—Cierto —suelta varias carcajadas fuertes y claras—. Marian te ha enseñado dónde está.

Dicho eso, ambos caminamos hacia la colina en la que descansa para toda la eternidad la muchacha que nos ha cuidado y guiado durante todos estos años, y todo es más hermoso que en mi sueño, el sol baña las flores mojadas por el rocío de la mañana y los pájaros entonan un cantico precioso. Durante minutos contemplamos el lugar completamente hechizados y, tras asimilar cada uno a su modo la pérdida de quien se fuera demasiado pronto, nos despedimos por última vez de ella y regresamos cogidos de la mano en silencio.

—¿Cómo era? —pregunto al cabo de un rato, curiosa.

—Risueña, bondadosa, lo más hermoso que había visto en mi vida —contesta sonriendo, inducido por los recuerdos—. Cuando te miro a ti es como

tenerla de nuevo a mi lado, contigo cerca podré ver cómo hubiera sido con el paso de los años.

Lo abrazo para reconfortarlo y que me reconforte a mí, pues en los brazos de mi padre al igual que en los de Eric me siento a salvo del mundo.

Cuando llegamos de nuevo a la fortaleza, veo con gran alegría que Eric me espera sentado en los escalones, al verme se levanta y viene hacia mí, al llegar a nuestro lado saluda a mi padre con mucho respeto, mi progenitor devuelve el saludo y se marcha dejándonos solos.

—Pensé que te habías ido, no podía encontrarte —susurra en mi cuello.

—Nunca volveré a dejarte de nuevo, ni abandonaré Eilean Donan.

Nos besamos, reafirmando nuestro amor, que muy pronto será sellado a ojos de Dios y de toda nuestra familia.

Capítulo 25

(Eric Darlington) Eilean Donan, Escocia.

Al despertar, mi primer pensamiento es para Marian, como ha sido siempre desde que ella llegó a mi vida, e hinchado por el deseo de verla, me levanto y aseo rápido dispuesto a ir en su busca. Cuando salgo de mi habitación, en donde he dejado a Tito durmiendo, me encuentro para mi sorpresa con una Sofia, sonriente.

—¡Buenos días, Lord Darlington! —me saluda muy contenta.

¿Desde cuándo ha dejado de odiarme?

—Llámame Eric, Sofia—le pido con amabilidad.

—No podría yo... —dice avergonzada.

—Sí puedes, por ahora no soy Duque, recuerda que mis padres me han repudiado.

—Siempre serás Lord Darlington para mí —responde igual de terca como siempre—. ¿Está Marian con usted? —pregunta.

Por un momento, sus palabras me dejan descolocado. ¿Dónde está Marian si no es en su alcoba?

—No la he visto desde que la acompañé anoche a su habitación —respondo, preocupado.

—No debe angustiarse, seguro se despertó temprano y ya está abajo con su familia —me explica.

Asiento, pero me marcho deprisa, y del mismo modo, desciendo las escaleras, en cuyo final me encuentro con Marie y le pregunto por Marian. Ella no la ha visto, y eso me angustia aún más y anima a buscarla en el patio donde los hombres ya están entrenando, pero no la veo allí, tampoco a Sebastien. Espero que esté con su padre, y mientras espero a que aparezca, me siento en los escalones y observo a los hombres luchar, tal vez debería empezar a entrenar con ellos, aunque no sé si sea buena idea dadas las circunstancias, muchos me miran con curiosidad y otros con desprecio.

Al cabo de un rato, veo a lo lejos a Marian acercarse de la mano de su padre. Ambos se ven afligidos, y de inmediato, me levanto y voy a su encuentro deseando saber qué les ha ocurrido. Pero antes de que pueda

preguntar algo, la tomo del rostro y le doy un suave beso en los labios ante la mirada ceñuda de mi suegro, quien en tono severo e incómodo enfatiza.

—Deben casarse ya, Valentina.

Al escucharlo, separo mi boca de sus labios y sonrío, esa idea es la mejor de todas, y así se lo hago saber con mi pregunta.

—¿Cuándo?

—Dentro de una semana —responde.

Marian jadea sorprendida, mientras yo el abrazo lleno de felicidad. Dentro de una semana, seremos marido y mujer, y juntos esperando la llegada de nuestro primer hijo.

—Debes comer algo —ordena su padre.

Y de inmediato, la miro con desaprobación, no me gusta que ponga en peligro su salud, por lo que, sin dejarla negarse, la acompaño al interior del castillo directo hacia la cocina, donde va a tomar un buen desayuno, aunque tenga que encargarme yo mismo de hacérselo. Pero por suerte no es así, Marie está allí y sin que se lo pida nos prepara algo delicioso, mientras escucha a Marian darle los pormenores de nuestra inminente boda.

—Querida niña, tu abuela y tu madre nos llevan a todos locos con los preparativos —le explica riendo.

Lo que me hace sonreír como un estúpido, conforme Marian me comenta seguido el porqué del buen humor de Sofía. Ahora entiendo algunas cosas, espero que Evan y ella sean igual de felices que nosotros.

—Quiero ir a ver a Cameron, él fue el hombre que nos ayudó a llegar a casa, nos salvó y nos acogió en su hogar —me pide, cambiando la conversación.

Asiento, pues yo también deseo conocer al hombre que ayudó a la mujer que amo a llegar a su hogar, sana y salva. Por lo que, después de asegurarme que ha comido suficiente, emprendemos el camino hacia la casa del tal Cameron, sé que tengo mucho que agradecerle, aun así, los celos me atenazan. Él hizo todo lo que yo tenía que haber hecho por Marian, ¿y si ella se hubiera enamorado de él? ¿Y si hubiera llegado demasiado tarde y hubieran estado casados?

—Estás muy callado —susurra Marian, mirándome con preocupación.

Niego con la cabeza, no quiero confesar lo estúpido que me siento en estos momentos.

Al cabo de un rato, llegamos a una pequeña choza, de la que sale humo por la chimenea, al llamar a la puerta unos pasos apresurados se escuchan tras

esta.

Una pequeña muchacha, no mayor que Marian, abre la puerta.

—¡Buenos días, Cinthia! —saluda mi amada—. ¿Se encuentra Cameron?

—Mi señora —exclama ruborizada—. Cameron salió con otros hombres de caza ayer, no creo que tarde mucho. ¿Desean pasar?

—Sí, claro Cinthia, me gustaría descansar un poco, este embarazo ya comienza a dejarme agotada por todo.

La miro extrañado, hace poco no parecía agotada de nada, al contrario, pero cuando detallo su rostro en busca de una respuesta, ella me guiña un ojo y sonrío antes de adentrarse en la choza. Un segundo después, la sigo más desconcertado que antes.

—¿Cómo estás, Cinthia? ¿Cómo te ha tratado Cameron durante este tiempo? —interroga con preocupación.

«¿Acaso San Cameron puede tratar mal a alguna mujer?» Pienso con ironía.

—Mi señora, siento mucho no haber ido al castillo por el trabajo que me ofreció, para mí fue un gran honor, y le juro que la mañana siguiente de su visita estaba lista para marcharme, pero Cameron me lo impidió —confiesa alterada.

—¿Te hizo daño? —pregunta Marian, levantándose de golpe de la silla.

—¡No! —exclama en voz demasiado alta—. Disculpen, no por supuesto que no, Cameron jamás me golpearía.

Marian asiente un poco más tranquila y bebe de la bebida caliente que Cinthia le ha ofrecido, yo he rehusado con amabilidad.

—Me alegra escuchar eso, quiero que sepas que no me sentí ofendida porque no aparecieras por el castillo, es más tenía la esperanza de que fuera así, quería que Cameron reaccionara, si lo logré me doy por satisfecha —confiesa ella con una sonrisa pícara.

—¿Reaccionar? No entiendo, mi señora —Cinthia está tan confundida como yo.

—¿Cameron, no ha cambiado de opinión respecto a ti? —pregunta, ahora extrañada.

—Me trata mejor, al menos lo poco que está en casa, ya no me ignora tanto —dice con tristeza, y por su tono deduzco de inmediato que la muchacha está enamorada del tal Cameron.

Marian maldice en gaélico, lo sé porque hace muchos años aprendí algo del idioma debido a razones que ella desconoce, dentro de mis posesiones se encuentra un pequeño castillo en Inverness.

—Cuando lo vea, juro que lo voy a moler a palos —dice furiosa—. Ese hombre es más testarudo que una mula.

La pobre muchacha, la mira sin comprender, intento calmarla pues no es conveniente en su estado que se altere tanto.

—Claro que voy a calmarme —sisea, mientras se levanta de la silla—. Cinthia, recoge tus cosas, te vienes con nosotros.—ordena después.

La mujer la mira asustada, nerviosa y a punto de romper a llorar, se le nota que no quiere marcharse, no quiere dejar el hogar que comparte con Cameron.

—Marian, cálmate —ordeno con seriedad, alguien tiene que conservarla—. ¿Por qué estás obligando a esta pobre muchacha a dejar su hogar?

—¿Hogar? —pregunta con ironía—. Si todo sigue igual como semanas atrás, esta casa no es su hogar, pensé que Cameron había reaccionado, que mis palabras le habían hecho recapacitar, que por eso ella no había venido al castillo —suspira con pesar—. Pero es mucho peor, Cameron necesita ver que la va a perder para que al fin se dé cuenta de una verdad que está intentando negarse a sí mismo.

La muchacha contiene el llanto, pero obedece a Marian, en poco tiempo tiene todo guardado en un pequeño saco.

—Todo lo que tengo está aquí mi señora, así que podemos marcharnos cuando deseé —susurra.

—Sea—asiente Marian, puedo ver que esto no le está gustando, pero sé que ella hace lo que cree más conveniente.

Salimos de la casa, después de apagar el fuego y dejar todo cerrado.

Ninguna parece tener mucha prisa por llegar hasta el castillo, y decido quedar un poco atrás para que puedan hablar tranquilas, pero sin dejarlas desprotegidas.

Cuando llegamos al castillo, vemos a Brianna hablando con un hombre bastante enfadado, pelirrojo y con el pelo bastante largo, al que Cinthia reconoce antes de detener sus pasos y mirar a Marian un poco asustada. Sin dudas, ese debe ser el tal Cameron, y nada más verlo confirmo lo que ya sabía, no es de mi agrado.

Marian al mirar el estado de la muchacha, llama la atención de su abuela silbando, ambos callan y se giran, el hombre al ver a Cinthia, frunce el ceño y sus labios se convierten en una línea blanquecina, para después dirigirse a nosotros con pasos raudos y fuertes, además de una mirada asesina directa sobre mí, que respondo con otra igual de feroz. No voy a permitir que me amedrente.

—¿Qué demonios está ocurriendo muchacha? —sisea mirando a la joven a penas nos da alcance—. Llego a casa y no estás, vengo preocupado hasta el castillo a molestar a mi señora, y te encuentro con Marian y este inglés —pronuncia esto último con asco.

—Cinthia, ha decidido aceptar mi oferta, a partir de este momento es mi dama de compañía, y te agradecería Cameron Mackencie, que la trataras con respeto, y por supuesto también a mi futuro marido —responde, Marian.

Lo que provoca que, el hombre vuelva a mirarme con mucho más desprecio y pregunte.

—¿Es el padre de tu hijo?

—Lo soy —afirmo orgulloso, y añadido—. Soy Eric Darlington.

—No intentes impresionarme sassenach —espeto—. Aquí tú no eres nadie.

—¡Basta, Cameron! —ordena firme Marian, odio que crea que tiene que defender mi honor—. Eric es el hombre al que amo, el padre de mi hijo y mi futuro marido, así que te exijo respeto.

—Lassie en estas tierras el respeto se gana —dice cruzándose de brazos—. Pero no estoy aquí por tu inglés, estoy aquí por Cinthia.

—No voy a volver a tu casa, Cameron —habla por primera vez la mujer.

Cameron, la mira como si se hubiera vuelto loca, y Marian sonrío complacida.

—¿Te has vuelto loca? Soy tu único pariente, soy responsable de ti —le dice apartando la mirada, y ese gesto es suficiente para advertir que hay algo más, y Marian lo sabe

—Ahora, yo soy responsable de ella Cameron, no debes preocuparte, vuelve a tu casa y sigue regodeándote en tu soledad —espeto mi mujer.

El hombre, mira a las dos mujeres como si deseara matarlas, pero sin más va hacia su caballo, monta sin volver la vista atrás y se marcha a galope.

Cinthia, rompe en llanto, Marian intenta consolarla, pero no lo consigue.

—¡Estaba equivocada, mi señora! —solloza, apartándose de su contacto—. Él se fue.

Brianna, que ha sido testigo mudo de todo, se acerca.

—Ven conmigo niña, mi nieta siempre tiene buenos motivos para hacer lo que hace —dice mientras se la lleva dentro del castillo—. Nunca pongas en duda sus actos.

—Maldito cabezota —sisea Marian con voz irritada, mientras mira hacia donde se ha marchado el tal Cameron—. Vendrá.

No estoy tan seguro, pero igual no opino al respecto.

—Vayamos dentro, Marian —apremio, pues empieza a soplar un viento frío y nubes grises comienzan a cubrir el cielo.

—No —niega con firmeza y luego asegura—. Va a volver, tiene que hacerlo.

Pasan los minutos, y las primeras gotas de lluvia comienzan a caer, la cojo por el brazo, debemos entrar, no voy a permitir que caiga enferma por un hombre cuya tozudez no le permite aceptar lo que hasta yo soy capaz de ver.

Marian se deja guiar, la tristeza empaña su rostro, parece derrotada.

—Me he equivocado, Eric —susurra mientras me mira intentando no llorar.

De pronto, por sobre el retumbar de los truenos, se escucha el galope de un caballo y ambos nos giramos sorprendidos al distinguir a Cameron a lo lejos. Está empapado, al igual que nosotros, pero no parece importarle.

Desmonta del caballo y grita a pleno pulmón.

—¡Cinthia! —Marian de nuevo sonrío, contenta por tener razón.

La muchacha no tarda en aparecer, y una resplandeciente sonrisa ilumina su lloroso rostro al observar cómo el fornido hombre desmonta su caballo y se le planta en frente con gesto decidido.

—Cinthia... Mo crihe —dice a continuación, antes de que de forma impulsiva la muchacha vuele a sus brazos totalmente conmovida.

—¿Qué dijo? —pregunto en voz baja.

—Le dije que, ella es su corazón—responde Marian igual de emocionada.

Vaya, así que el guerrero tiene corazón.

Segundo después, somos testigos del primer beso de la apasionada pareja y de cómo, al darse cuenta de que los observamos, ambos se ruborizan y sonrían visiblemente felices.

—Gracias —dice Cameron a Marian, y su gratitud suena genuina.

—Ya era hora de que te reconocieras a ti mismo los sentimientos que esta muchacha despierta en ti —riñe con cariño—. Deja el pasado atrás, deja a los muertos descansar.

—¿Ella está bien? —pregunta con voz ronca, y al escucharlo, el dolor atraviesa la cara de Cinthia también.

—Está muy bien, está en paz y feliz por vosotros —asegura Marian.

—Gracias —solloza Cinthia en su lugar, luego mira hacia el cielo y susurra algo que no alcanzo a escuchar por la lluvia.

Al fin los dejamos solos, entramos al castillo y Valentina nos recibe con sus brazos en jarra y mirándonos con desaprobación.

—¿Es necesario que te enfermes por hacer de casamentera? —pregunta,

mientras apremia a Marian hacia su alcoba, donde de seguro la espera una tina llena de agua caliente.

Cuando las dos mujeres desaparecen, Alexander se acerca a mí con una carta en sus manos, lo miro extrañado, pues no creo que quiera hacerme confidencias sobre sus asuntos, menos aún pedir mi consejo o ayuda.

—Has recibido carta de Inglaterra —me la entrega y miro el nombre del remitente.

Se trata de Gabriel como suponía, pues él es el único que sabe con exactitud dónde me encuentro. Una vez la abro, leo la misiva con rapidez y en ella me cuenta que mi padre está muy enfermo, no tiene muchas esperanzas de que sobreviva, aun así, mi amigo con sutil sinceridad me asegura que mi padre no desea verme, ni siquiera en sus últimos momentos. También, me desea mucha y promete informarme de todo lo que pase, pues ambos sabemos que una vez mi padre fallezca tendré que volver a Inglaterra.

Cuando ese momento llegue, intentaré llevar todos mis asuntos desde aquí, pues sé muy bien que Marian no quiere irse.

—¿Malas noticias? —pregunta Alexander, que no se ha movido de mi lado.

—Mi padre se está muriendo—respondo sin más.

—Demonios muchacho., ¿debes partir? —pregunta con preocupación.

—No —niego y, mirándolo fijamente a los ojos, le aseguro—. Él no quiere verme, ni yo quiero retrasar la boda con Marian.

Asiente y se marcha, consciente de que necesito un momento a solas.

—Alexander, ... —lo llamo—, no le digas nada de esto a nadie, quiero que mi boda sea un día de júbilo, no quiero que nada ni nadie la empañe.

—Sea—asiente de nuevo y se marcha.

Parece mentira, mi padre siempre gozo de buena salud, ahora que me he ido de su casa, cae enfermo, pareciera que hasta eso lo hiciera a propósito para hacerme sentir culpable, culpable por preferir vivir mi vida al lado de la mujer que amo. Pero no voy a permitir que su muerte me aparte de Marian de nuevo, todo va a seguir según lo previsto, dentro de una semana me casaré con el amor de mi vida, Marian será mi mujer para toda la eternidad.

Después de eso, esperaremos la llegada de nuestro bebé, que completará nuestra felicidad. Durante años he vivido para mis padres, ahora, me toca vivir para mí y mi Marian.

Capítulo 26

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Mi madre, me regaña durante todo el trayecto de ida y, tras entrar en mi alcoba, me ayuda a desvestirme con rapidez y a meterme en la tina llena de humeante agua caliente. Tengo el cuerpo totalmente entumecido.

—¿A qué ha venido eso de ahí fuera, Marian? —pregunta, algo enfadada.

—Madre, no podía dejar que Cameron perdiera la oportunidad de volver a ser feliz —suspiro aliviada y satisfecha de haber conseguido mi propósito.

—Pero no hacía falta que te quedaras bajo la lluvia para hacer que ese hombre volviera por la mujer que ama —reprende.

—Sabía que volvería —digo feliz, mientras enjabono mi cuerpo—. Aunque debo reconocer que por un momento me asuste.

—Mantente dentro del agua caliente hasta que comience a enfriarse —dice, mientras recoge mi ropa mojada—. Te traeré algo caliente para beber.

Se marcha dejándome sola, cierro los ojos y me relajo. Me siento feliz, Evan y Sofía van a casarse en breve, Cameron y Cinthia con toda seguridad seguirán su ejemplo. En tan solo pocos meses todos hemos encontrado el amor, y sé con seguridad que será para toda la vida.

Mi madre, no tarda en aparecer con un tazón de sopa caliente y, tras ayudarme a salir de la tina, me visto con un vestido azul claro y bebo esta mientras deajo que ella me peine mi larga cabellera.

—Como me hubiera gustado hacer esto cuando eras una niña —dice con voz queda.

Su dolor me traspasa el corazón, y no puedo evitar pensar en todo lo que Esmeralda y Marcus nos arrebataron y no podemos recuperar por mucho que queramos, pero decidida a no dejar que la tristeza y el dolor de un pasado imposible de reparar, tomo sus manos entre las mías y le digo en tono cariñoso y esperanzador.

—Madre, debemos dejar eso en el olvido, porque si no lo hacemos dolor no nos va a dejar ser feliz con lo que tenemos ahora. Y ahora lo tenemos todo.

—Tienes razón, mi niña —acepta sonriendo—. Tu padre me ha dicho que tu tía Marian se ha despedido de ti.

Asiento, incapaz de expresar lo mucho que me duele ese hecho.

—Supongo que si ella se ha ido es porque a partir de ahora ya no la necesitas más —intenta consolarme mientras acaricia mi pelo—. ¿No has visto a nadie más en tus sueños?

—No madre, ¿a quién debería ver? —pregunto, ahora con mucha curiosidad.

—Pensé que tal vez Esmeralda o Marcus te atormentarían en sueños —confiesa.

—Esto no funciona así madre, ellos no pueden hacerme más daño —intento tranquilizarla, y parece que lo consigo.

Así como, sus constantes y suaves caricias en mi pelo, logran hacerme guardar silencio y adormecerme la consciencia poco a poco, apenas si puedo escuchar instantes después abrirse la puerta y a mi madre susurrar con alguien, hasta que, el sueño me vence por completo y una tibia manta me cubre el cuerpo.

Horas después y por primera vez en varios días, al despertar no recuerdo si he soñado algo o no, y eso me genera preocupación, no me gusta sentir que algo va a ocurrir y no saber el qué.

Me levanto y decido ir en busca de alguien, no es de mi agrado estar sola demasiado tiempo, no por miedo, sino porque disfruto más estando en compañía de quienes amo y me aman.

Encuentro a mi abuela y mi madre, muy ocupadas junto a Sofía...

—¿Qué hacéis? —pregunto contenta.

—Preparando tu boda y la de esta señorita —responde mi abuela igual de entusiasta—. Hacía años que en Eilean Donan no se celebraba una boda, y ahora van a ser dos en muy poco tiempo.

Me acerco más a ellas, y en las tarjetas que preparan leo muchos nombres de clanes que ni siquiera conozco.

—Debemos invitar a todos nuestros amigos, incluidos los que viven más lejos —explica mi abuela—. Todos ellos son aliados y fieles a tu abuelo.

Los nervios comienzan a embargarme al pensar que faltan pocos días.

—Por supuesto que usareis mi vestido de novia, todavía está igual que el día en que me casé con Alexander.

—Pensé que nos casaríamos juntas —digo algo confusa.

—Evan y Sofía estuvieron de acuerdo en que cada uno debía tener su día

especial —responde mi madre sonriente—. Y tienen razón, tú te casarás un día antes que ellos, así toda la gente que viene desde tan lejos puede asistir a las dos bodas.

—Para mí será un honor poder utilizar el mismo vestido de novia que todas las mujeres Mackencie—susurra avergonzada, Sofía.

—Tú ya eres una de los nuestros niña, sin importar si te casas con mi nieto o no —responde mi abuela.

—¿Qué demonios le estás diciendo a mi prometida abuela? —grita Evan, que acaba de entrar al salón.

Todas reímos, pues se le ve ofendido en demasía.

—Querido, no estaba diciéndole a la muchacha que no se casara contigo, ¿qué clase de abuela sería? —se burla.

—Pues eso me ha parecido escuchar a mí —gruñe, mientras se acerca a Sofía y la besa en la boca—. Me ha costado demasiado convencerla, para que tú le llenes la cabeza de cuentos.

—Tu familia jamás hablaría mal de ti, Evan—intenta tranquilizarlo mi amiga.

—¿Tío James y Tía Sarah aún no llegan? —pregunta.

—Lo harán dentro de uno cuantos días, tranquilos que no se perderán las bodas de los nietos Mackencie —responde mi abuelo, quien también ha entrado en el salón acompañado por mi padre y mis tíos Aydan y Keylan.

—Todo será perfecto —exclama mi abuela.

—Por supuesto, esposa —asiente mi abuelo—. Si tú lo dices, nadie puede negarse a Lady Brianna Mackencie.

—Exactamente mi señor esposo, ni el clima va a ser capaz de desafiarme —dice riendo y haciendo que todos lo hagamos con ella.

Justo en ese momento, Marie anuncia que la cena está a punto y que muy pronto será servida en la mesa. ¿Dónde está Eric? Pienso al notar su ausencia, y después le pregunto por él a mi hermano y tíos, quienes me dicen que no lo han visto, pero mi abuelo al escucharlos, me informa que ha salido a dar un paseo y que volverá en cualquier momento. Lo que me extraña y preocupa, Eric no conoce muy bien estas tierras.

Pero cuando me dispongo a ir a buscarlo, aparece por fin en el salón.

—¿Dónde estabas? —pregunto mientras me acerco a él.

—Fui a dar un paseo mientras dormías, no quería preocuparte —se disculpa, avergonzado, y en sus ojos puedo distinguir una chispa de preocupación que intenta ocultar.

—¿Qué ocurre Eric? —insisto.

—No ocurre nada mi amor, vamos a cenar, tu familia nos espera —me acompaña hasta la mesa y se sienta a mi lado.

—También es la tuya —susurro para que solo él pueda escucharme.

Asiente sonriente, y comenzamos a cenar, no tengo mucho apetito, pero hago el esfuerzo de comer todo lo que Mari a cocinado por mi pequeño, mientras escucho a mis tíos, padre y abuelo hablar sobre cosas del clan y observo como excluyen a Eric de la conversación, lo que me molesta muchísimo, pues sé que él está más que dispuesto a ayudar en lo que se necesite, ¿por qué no pueden darle al menos una oportunidad?

Mi abuela, que observa lo mismo que yo, me mira con gesto tranquilizador y los interrumpe.

—Caballeros...—alza la voz, todos callan, todos la miran—, creo que estáis siendo maleducados.

—¿Qué demonios dices mujer? —inquire mi abuelo, frunciendo el ceño.

—Eric está sentado a tu mesa Alexander, te juro lealtad y estás excluyéndolo —responde ella molesta.

—Mi señora, no me he sentido ofendido, cuando su esposo crea conveniente pedir mi ayuda o consejo, con gusto se lo daré —responde mi prometido.

—Ves Brianna, no veo cuál es el problema —exclama satisfecho mi abuelo, creyendo todo solucionado.

—No lo veo de ese modo —insiste ella—. Aydan, Keylan yo no os he educado para ser así, si tenéis algún problema con que Eric sea inglés, tal vez deba recordaros que soy igual de inglesa que él, que por vuestras venas corre sangre de la casa de York y que mi familia luchó en la guerra de las dos rosas contra los Lancaster.

En su voz se nota el orgullo al hablar de su familia, Eric se queda asombrado al escucharla hablar de su linaje, ojalá sus padres estuvieran aquí para oírlo también.

—Madre, nunca he querido hacer sentir a Eric incomodo o no deseado, es el hombre que mi sobrina ha elegido y para mí es suficiente —dice mi tío Aydan, y su esposa Eara sonrío complacida.

Dicho eso, mi encantador hermano bufá y Sofía le pega una patada bajo la mesa, algo que me hace soltar una carcajada y a Evan mirarme furioso mientras le pregunta a su prometida y masajea su pierna.

—Tú, ¿de parte de quién estás?

Ella no le responde, solo lo mira de modo severo y eso basta para poner, de

momento en su sitio, al bruto de mi hermanito. Acabada la cena, mis tíos se retiran junto a sus esposas, mis abuelos son los siguientes en retirarse, y el resto nos sentamos en el salón junto al fuego.

—¿Cómo os conocisteis Sofía y tú? —pregunta Evan muy interesado

Ambas nos miramos, recordando el momento en el que conocí a una pequeña niña de cinco años herida y asustada.

—Sofía tenía cinco años y yo siete —comienzo, no estoy muy segura si contar todos los detalles.—, acababan de morir sus padres, y ella estaba herida y enferma, no recuerda nada anterior al momento que la encontré, así que la curé y me encargué de que la ama de llaves de los duques la cuidara, una vez se hizo un poco mayor, comenzó a ayudarme en las tareas y así fueron pasando los años.

—Marian me salvo la vida, y consiguió un sitio donde pudiera vivir, por eso le estaré siempre agradecida —dice Sofía, embargada por la emoción de los recuerdos.

—¿Y ya está? —pregunta él desconfiado.

—En resumen, sí querido, nuestra vida ha sido bastante monótona y aburrida —se apresura a responder, Sofía.

Eric y yo guardamos silencio, si ella no quiere contar como fue su infancia, no voy a ser yo quien la traicione.

—Cierto hermanito, nuestros días eran ocupados por tareas, y en las noches estábamos demasiado cansadas —intento convencerlo para que no insista.

—Lo mejor sería que todos nos fuéramos a dormir —aconseja mi madre—. Mañana comienzan a llegar los invitados y deben ser atendidos.

Todos asentimos, Eric y Evan nos acompañan hasta nuestra alcoba, se despiden y ambas entramos en silencio, nos desvestimos y metemos en la cama.

—Gracias por no contar nada —susurra Sofía en la oscuridad, solo las ascuas del fuego alumbran un poco la habitación.

—Tu infancia fue igual o peor que la mía, y a mí no me gusta contar cómo me sentí en esos días tan oscuros, así que tus secretos morirán conmigo —respondo.

—Fuimos maltratadas, repudiadas, nunca recibimos cariño, pero ahora, todo eso quedó atrás Marian, ahora, tenemos una familia, y unos hombres que nos quieren, y que dentro de pocos días serán nuestros esposos.

—Así es amiga mía, nuestra vida comienza ahora —Le doy la razón, pues la tiene. De mi infancia solo puedo rescatar y recordar con nostalgia los

momentos que compartí con Eric y Jonathan, nada más.

No volvemos a hablar.

Despierto al alba del siguiente día, y al abrir mis ojos, noto que Sofía no está a mi lado. El embarazo me hace dormir más de la cuenta. Recuerdo de golpe que hoy comienzan a llegar los invitados para mi boda y la suya, así que decido ponerme un vestido más elegante y con el que pueda esconda mi abultado vientre, pero es imposible.

No es que me sienta avergonzada de mi embarazo, pero no quiero dejar a mi familia en evidencia, por desgracia no puedo hacer nada por evitarlo, así que al final me decido por un vestido verde oscuro con bordados en dorado en el corpiño, y después de colocármelo, recojo mi cabello en una trenza y pellizco mis pálidas mejillas para intentar darles algo de color.

Estoy realmente nerviosa y ansiosa, y antes de que más pensamientos negativos inunden mi mente, bajo las escaleras y camino directo a la cocina. Muero de hambre. Más tarde buscaré a Eric, no puedo estar pegada a él todo el tiempo, aunque quiera.

Al entrar en la cocina, me encuentro con mi abuela dando órdenes como loca a Marie y, las chicas al verme, sonrían.

—¡Buenos días, cariño! —me saluda, mientras señala la silla a su lado — Ven, siéntate conmigo, Marie por favor da de comer a mi nieta, debe comer por dos.

Segundos después, estoy sentada junto a ella y Marie ha servido un sustancioso desayuno, y mientras como observo cómo las muchachas preparan gran cantidad de carne y verduras para lo que de seguro será una cena muy concurrida.

—Estás hermosa, mi niña —me alaba mi abuela, mientras acaricia mi cabello—. Aunque, este vestido te viene algo grande.—frunce el ceño.—Tal vez Marie pueda arreglártelo.

—¡No! —Exclamo demasiado alto, tanto que hasta la aludida se sobresalta—. Me gusta así abuela.

Ella me mira extrañada unos instantes, y al comprender lo que no soy capaz de decirle, pregunta en tono bajo y cariñoso.

—Marian, no estarás avergonzada de tu hijo, ¿verdad? No tienes porqué, estar embarazada es la mayor bendición que Dios puede dar a una mujer.

—No estoy casada abuela —respondo.

—¿Por eso intentas ocultar tu vientre? —pregunta incrédula—. Marian no estamos en Inglaterra donde la moral es más estricta. Nadie en su sano juicio osaría mirarte mal o juzgarte, aquí la palabra de tu abuelo es ley.

—Pero lo pensarán —insisto.

—¡Que lo hagan! ¿Crees que yo no sé qué muchos aún me desprecian por ser inglesa? Pero tienen que soportar mi presencia, no solo eso, deben respetarme, para ellos eso es lo peor —dice risueña.

No puedo evitar reír, mi abuela es una mujer de armas tomar.

—Que los demás piensen lo que quieran, tú mantén siempre tu cabeza alta, nunca dejes que nadie te humille. Estás embarazada del hombre al que amas, y con el que te vas a casar, no es lo correcto, pero en el amor nada lo es.

—Gracias, abuela —La abrazo, ¿qué haría sin esta sabia mujer?

Unas horas más tarde, comienzan a llegar los clanes que viven más distantes, son tantos que ni siquiera logro recordarlos a todos. Los Macrae son los primeros en llegar pues son nuestros aliados más fieles.

Los McLeods y los McDonalds, no han sido invitados por supuesto.

Todos parecen felices y complacidos de haber sido invitados a las bodas Mackencie como todos las llaman. Eric parece uno más de ellos, mi abuelo le ha dado un kilt con el color de los Mackencie, el honor más grande que una persona puede recibir de mano de su Laird, cuando he sido testigo de ello, no he podido evitar llorar.

Ahora, todos estamos celebrando entre bailes, música y bebida, y mientras disfruto del momento, no puedo evitar pensar en que mi abuela tenía razón, nadie si siquiera ha osado mirarme el vientre, incluso, algunos guerreros se cuidan de no decirme algo ofensivo.

—¿Me concede este baile? —La voz de Eric, a mi lado, me sorprende.

—Por supuesto, mi señor —respondo sonriendo y cogiendo su mano.

—Dentro de tres días serás mi esposa —Me besa la frente, conteniendo el deseo que tiene de hacerlo en los labios—. Serás mía.

—Siempre he sido tuya —respondo, mientras miro sus ojos azules, oscurecidos por la poca luz que nos alumbraba.

Falta poco para que mi sueño se haga realidad, y pueda dejar todas las pesadillas atrás.

Capítulo 27

(Eric Darlington) Eilean Donan, Escocia.

Hoy por fin es el día de mi boda, ante Dios y los hombres uniré mi vida con la de Marian, la mujer que amo, y dedicaré mis días a hacerla la mujer más feliz y amada que existe sobre la faz de la Tierra. Sé que para ella su familia es muy importante, y he notado como sufre por las diferencias que existen entre nosotros. Por eso, en estos días, me he esforzado por integrarme más logrando mejorar la convivencia con ellos, he aprendido incluso muchísimo de Alexander, he visto cómo se comporta y la magnitud del peso que recae sobre su espalda al ser el Laird del clan.

Muchos dirían que ya es un anciano, pero lo cierto es que un hombre como él nunca envejece, y aunque su pelo ya no es negro como antaño y su cara tiene ciertas arrugas, sigue siendo un hombre que emana fuerza, poder, liderazgo y es asombroso ver como su gente le confía su vida, le pide consejo y es amado por todos. Aún no puedo creer que haya sido él mismo quien días atrás me entregara el kilt con los colores de su clan, es un gran honor en verdad, por eso, ese mismo instante me juré a mí mismo hacer todo lo posible por ser merecedor de tal obsequio. Por otro lado, también me siento bastante contento porque por fin he logrado limar asperezas con Evan; parece que Sofía ha causado en él un gran cambio, y después de una larga charla donde le expliqué todo lo que siento por su hermana, llegamos a entendernos.

Solo la enfermedad de mi padre empaña mi felicidad aun cuando él no merece ninguna consideración de mi parte, aunque, con esa nefasta noticia enviada por Gabriel también llegó un importante documento, que será el regalo de bodas de Marian y de cierta manera para el pequeño Tito, ese niño sentado a mi lado y al que le debo muchas cosas y me ha dado sin saberlo, además de su cariño, el valor y fuerza para luchar por mi amor. Su vida a partir de ahora cambiara para siempre.

De pronto, llaman con fuerza a la puerta y seguido aparece Evan con semblante impaciente.

—¿Quieres morir inglesito? —sigue llamándome así a modo de broma, ya no me lo tomo como un insulto—. Todos están impacientes, se supone que es

la novia la que debe retrasarse.

Asiento y me encamino seguido por Evan y Tito.

—Sabes lo que debes hacer, ¿verdad? —pregunta mi cuñado—. La primera ceremonia se realizará en la puerta de la capilla, y me temo que no entenderás mucho pues será en gaélico, luego el sacerdote os casará dentro, allí será en latín.

—No me hace falta entender nada Evan, aceptaré cualquier cosa por Marian, solo avísame cuando pueda besar a la novia —respondo, intentando controlar los nervios.

Evan me golpea la cabeza con fuerza.

—Estás hablando de mi hermana —dice con seriedad, aunque sé que realmente no está ofendido, he llegado a conocer su peculiar carácter, no es tan fiero como su padre—. Tito, tú vienes conmigo.

Cuando al fin veo a Marian, mi corazón enloquece. ¡Está hermosa! Lleva puesto un vestido blanco al que ha sido incorporado un gran trozo de tela con los colores de su familia, su pelo negro suelto al viento, sus ojos con un brillo inmenso, sus mejillas sonrojadas, y su sonrisa de felicidad. Al llegar a mi lado, su padre se acerca también y nos une con un pañuelo bordado con nuestras iniciales, y antes de alejarse de nosotros, me advierte con su mirada una vez más que cuide de su hija, su máspreciado tesoro.

—Al fin se cumple mi sueño —susurro en su oído y escucho como jadea, sorprendida.

—El nuestro querido, nuestro sueño —responde sonriente.

Y acto seguido, el sacerdote comienza la ceremonia en gaélico frente a la pequeña capilla y, tras culminar y escuchar los escandalosos vítores de todos al verme besar a la novia, pasamos al interior de esta para oficializar la siguiente ceremonia en latín que sellaría de una vez por todas nuestra unión como marido y mujer.

Esta vez, cuando beso a Marian, mi mujer, lo hago con verdadero ardor y pasión, la necesidad de poseerla de nuevo es realmente dolorosa, y aunque sé que ella siente lo mismo, me separo de sus labios y miro su hermoso rostro hasta calmarme. Necesito que llegue la noche pronto.

—Esta noche... —esas palabras susurradas por su boca son una dulce promesa, y una amarga tortura, pero lo soportaré.

Acabada la ceremonia, todos nos dirigimos al patio donde están preparadas grandes mesas llenas de comida, música, bebida, todo listo para celebrar nuestro enlace. Y luego de ver a todos los invitados disfrutar de toda aquello,

decido que ya es hora de entregar mi regalo de bodas a mi esposa, por lo que, me levanto intentando llamar la atención de toda la gente aquí reunida, aunque, parece una tarea algo imposible, gracias a Dios Alexander decide ayudarme.

Da un fuerte silbido y como por arte de brujería todo el mundo guarda silencio, de repente, los nervios me dejan sin habla, Marian me mira expectante, algunas personas con impaciencia, pues desean seguir con la fiesta.

—¿El inglés va a hablar? —se escucha un grito de fondo.

—Eric —me susurra mi esposa—. ¿Qué ocurre?

La preocupación en su voz, me hace reaccionar.

—Primero, debo agradeceros que hayáis venido desde tan lejos para compartir con nosotros este día tan especial —comienzo mi discurso, varios gruñidos son recibidos como respuesta, no sé cómo sigo olvidando que estos hombres son rudos guerreros y no lores delicados, así que decido ser directo—. Quiero entregar mi regalo de bodas a mi esposa delante de todos vosotros.

Marian, se levanta sonriente y sonrojada a la par, le entrego el pergamino y me mira con curiosidad.

—¿Le regalas papel a la muchacha? —pregunta alguien desde lejos, ruego los ojos y pido silencio.

Veo como Marian rompe el sello y comienza a leer, conforme va entendiendo de qué se trata, sus manos que sostienen la carta comienzan a temblar, y aunque no puedo ver sus ojos sé que están humedecidos, solo espero que esto le haga feliz.

Al fin alza la cabeza, no me equivoqué en suponer que estaba intentado contener el llanto, le sonrío para tranquilizarla.

—Eric... esto es... lo más hermoso que alguien ha hecho por mí —susurra con voz entre cortada por la emoción—. Te amo tanto.

Se abalanza sobre mí y me besa, y yo la abrazo feliz de saberla contenta.

—¿Se puede saber cuál es el regalo muchacha? —pregunta Ian—. Queremos seguir celebrando.

Ella se aparta de mí, sonrío a toda la gente que nos observa, alza el papel en alto y dice.

—Mi esposo, me acaba de regalar un hijo —responde en voz alta.

Los jadeos, maldiciones y demás no se hacen esperar. Segundos después, Marian se da cuenta del error cometido e intenta llamar la atención de los invitados para aclarar la confusión que se ha creado.

—¿Debes reconocer a su bastardo? —pregunta su padre alterado. Niego

con la cabeza intentando ser escuchado.

—¡Silencio! —grita a todo pulmón la pequeña mujer que tengo al lado, Brianna Mackencie se ha levantado de su asiento y ha conseguido que la gente vuelva a callarse.

Después, nos hace seña para indicarnos que hablemos de una vez, antes de que todo vuelva a salirse de control.

—Mi esposo no tiene ningún bastardo —aclara Marian—. Eric ha sabido darme lo que mi corazón anhelaba hace tiempo, como todos habréis podido daros cuenta, pero no habéis tenido el valor de decir en voz alta, estoy en cinta, pero antes de que nuestro hijo nazca, en la familia ya habrá un pequeño al que ya queremos con todo nuestro corazón.

Busca a Tito entre la gente y cuando lo encuentra, lo llama con su mano, el niño parece asustado, no entiende muy bien de qué se trata todo esto. Cuando llega a nuestro lado, Marian lo abraza y le susurra algo al oído, la reacción del pequeño me emociona, pues rodea con sus delgados brazos el fino cuello de mi esposa, ella lo alza entre los suyos, y puedo ver cómo Tito está sollozando.

—No llores pequeño —susurra—. Todo está bien, ahora, nos tienes a nosotros.

Tito se gira hacia mí, sonriente.

—Muchas gracias, mi señor —susurra entre lágrimas.

—! ¡Cómo que mi señor! —protesto igual de afectado y prosigo—. Si así tú lo deseas puedes llamarme padre.

Tito asiente, y Marian deja que el niño vaya junto a su madre, que lo recibe entre sus brazos igual de emocionada, para después mirarme risueña y asentir en consentimiento a mi acto de amor por su hija.

—Mi marido ha adoptado legalmente a Tito, un niño que para ambos es muy especial, pues sin él, hoy Eric y yo no estaríamos juntos, así que a partir de hoy Tito es mi hijo y como tal exijo el respeto que merece.

Los aplausos y vítores no se hacen esperar, y entre muestras de alegría y felicitaciones continuamos con la celebración hasta bien entrada la madrugada, hasta que, de pronto, mi suegra y Brianna, junto a las mujeres de los tíos de Marian y varias mujeres más se la llevan. Extrañado, las miro desaparecer dentro del castillo, ¿dónde demonios van?

—Van a prepararla para su noche de bodas, aunque, ese es un paso que ya os habéis saltado —dice Keylan—. No me malinterpretes, estoy a favor del disfrute fuera del matrimonio, cuando era un jovenzuelo la practiqué a menudo, pero como es de mi sobrina de quien hablamos, no me parece tan bien.

No sé qué decir, no tengo justificación alguna.

—Tranquilo muchacho, por suerte para ti, no soy el padre de Marian, imagínate si como tío deseo partirte las piernas, como padre te hubiera partido el cuello—aclara sonriente—. Pero como mi padre ha visto algo de valía en ti, voy a darte una oportunidad, pues Alexander Mackncie pocas veces se equivoca.

Después, se marcha dejándome solo, no sé cuánto rato pasa antes de que Valentina se dirija hacia mi sonriente, pero con de tristeza en su mirada.

—Marian te está esperando —dice en voz baja, y luego me abraza y añade—. Hazla feliz.

—Siempre. —Es mi respuesta, antes de levantarme y dirigirme a la alcoba que voy a compartir con Marian de aquí en adelante.

Me siento nervioso, no porque vaya a ser nuestra primera vez de intimidad juntos, sino, porque deseo con toda el alma que Marian tenga el mejor recuerdo posible de nuestra boda y de la primera noche que pasaremos juntos ya como marido y mujer, pues quiero resarcir el daño que mi impulsividad le ocasionó al arrebatarse a destiempo su tierna virginidad.

Una vez llego frente a la puerta, doy un hondo respiro y entro decidido a lograrlo, pero lo que me encuentro a continuación me deja sin aliento. Marian está más que hermosa que nunca con su camisón blanco, su pelo negro como la noche suelto sobre sus hombros, y su expresión, aunque teñida de felicidad, se va algo ansiosa.

Cierro la puerta tras de mí, pero no soy capaz de moverme para acercarme hacia ella.

Solo quiero quedarme así, para siempre, venerándola. Pero cuando veo que su sonrisa va desapareciendo, dejando paso a la desazón, me muevo a toda velocidad.

—Marian..., eres lo más hermoso que han contemplado mis ojos —digo con voz trémula—. Y eres mi esposa.

—Por un momento pensé que te estabas arrepintiendo —dice, y con sus hermosos ojos fijos en sus manos entrelazadas sobre su regazo, añade—. Sé que algo te aflige, y que no me tengas la confianza suficiente para acudir a mí me produce un dolor insoportable.

Cierro los ojos por el sufrimiento que escucho en su voz, ¿cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo pude olvidarme de que ella es especial?

—Marian, jamás podría arrepentirme de haberme unido a ti —le aseguro alzando su rostro hacia el mío, quiero que vea la verdad en mis ojos—. No

quise decirte nada, pues no quería que nada empañara la felicidad de nuestra boda, ellos no se lo merecen.—intento explicar mis motivos, el cómo me siento, pues ella es la única persona en la que puedo confiar, con la cual no debo fingir.

—¿Ellos? —pregunta sin comprender de quién estoy hablando, por un momento dudo en continuar con todo esto, pues solo deseo poder disfrutar de nuestra noche, pero sé que mi mujer se sentirá muy dolida si no comparto con ella lo que ocurre.

—Mi padre se está muriendo, ni siquiera sé si aún sigue con vida — respondo a su pregunta.

La escucho contener el aliento, y veo después cómo una sombra de compasión ensombrece sus ojos, niego con la cabeza y me acerco más a ella, esto es lo que quería evitar, incluso ahora, mis padres están arruinando un momento mágico para nosotros.

—Pero Eric deberías estar en Darlington Manor, deberías estar junto a tu padre en estos momentos —exclama horrorizada—. ¿Qué he hecho? Te he apartado de tu familia en el peor momento.

—¡Basta! —exclamo horrorizado por sus palabras, por su sentimiento de culpa—. Tu no me has apartado de nada ni de nadie, ellos nunca han sido unos padres amorosos, no me une a ellos el amor que debería existir entre padre e hijo, así que la decisión de irme y dejarlos para venir en tu búsqueda no fue difícil de tomar, no me dolió dejarlos atrás, pero el perderte a ti, estaba consumiéndome.

—Eric —susurra emocionada, dividida entre lo que cree correcto y lo que siente, sé que teme perderme, es algo de lo que hemos hablado en muchas ocasiones.

—No voy a permitir que sigan arruinando nuestra vida, no debes preocuparte por nada, lo tengo todo arreglado, Gabriel me está ayudando. —Asiente no muy convencida—. Y ahora, esposa mía, es hora de que tú y yo disfrutemos de nuestra primera noche juntos.

Ambos sonreímos, y comenzamos a besarnos abrazados como los amantes que siempre debimos ser, pasamos la noche demostrándonos de mil formas distintas el amor que nos une, el alba nos sorprende agotados y felices, y al fin caemos rendidos ante el cansancio, y dormimos uno en brazos del otro.

Capítulo 28

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Estoy preparada, esperando que mi padre venga a buscarme, llevo el vestido de mi abuela, para mí es un honor llevarlo, pues mi bisabuela bordó a mano una a una las flores que lo adornan. Estoy nerviosa, no solo porque es el día más importante de mi vida, sino porque sé que Eric desde hace unos días me oculta algo, no es solo mi don que me advierte, otra de las razones es que lo conozco muy bien, se cuándo algo le preocupa e intenta mantenerlo oculto y solucionarlo solo, una mala costumbre, nacida del hecho de que sus padres jamás le prestaron ayuda alguna.

Durante todos estos días, los ha pasado con la mirada perdida, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de aquí a pesar de que su cuerpo estaba a mi lado. Esa actitud distante, fue el primer indicio que me llevó a sospechar que algo malo estaba ocurriéndole, y estoy segura de que no se trata nada referente a mi familia o al clan, pues me ha sorprendido gratamente ver cómo lo han aceptado sin mucha complicación, para casi todos los habitantes de Eilean Donan, Eric es uno más de nosotros, algo que me hace muy feliz y proporciona mucha paz.

Así que debe ser algo referente a sus padres, tal vez los echa de menos, al fin y al cabo, son su familia, o tal vez echa de menos su patria, no lo sé, pero ese temor me ha atormentado estos últimos días.

Los golpes en la puerta, me sacan de mis cavilaciones.

—Adelante —respondo pensando que es mi madre o tal vez Sofía, pero es mi padre quien entra en la alcoba con su pelo negro mojado peinado hacia atrás, está muy atractivo, ahora entiendo por qué mi madre se enamoró de él.

Me observa con seriedad, muchas veces no soy capaz de saber qué piensa, es tan cerrado, esconde tanto sus sentimientos que parece un hombre frío, pero nadie sabe todo lo que yo sé, pues durante años soñé con mis padres, pude ver las veces que sostenía a mi madre mientras lloraba mi pérdida, y él también lo hacía en silencio, ocultando su dolor.

—Estás hermosa, hija mía —me dice.

—Gracias, padre —respondo sonriente—. Tú también estás muy elegante.

—Tu futuro marido por fin acaba de llegar, debemos salir —contesta de vuelta y me acerco a él.

—Estoy lista, padre. —Agarro su brazo, y él me aprieta fuerte la mano mientras nos ponemos en marcha.

—Te deseo toda la felicidad del mundo pequeña, aunque eso suponga perderte —el dolor, en sus ojos negros, detienen mis pasos.

—Nunca más voy a alejarme de aquí, Eric entiende eso —le aseguro, pues sé que tanto él como todos los demás viven con el temor constante de perderme de nuevo.

Él asiente no muy convencido, aún desconfía del que va a ser mi marido a pesar de Eric se ha esforzado en demostrarle a todos que, aunque no hicimos las cosas bien en un principio, está dispuesto a resarcirlo nuestro error, porque ambos somos responsables.

Segundos más tarde, bajamos las escaleras y caminamos hacia la capilla que se encuentra entre los muros de Eilean Donan, construida por mi abuelo como regalo a mi abuela, es un símbolo imperecedero que sobrevivirá a través de los siglos como muestra del amor que Alexander Mackencie sentía y siente por su esposa.

Cuando al fin veo a Eric, mi corazón se desboca y mi respiración se agita aún más al observarlo mirarme de ese modo tan suyo, como si no hubiera en el mundo nada más hermoso que yo, lo que me ruboriza y provoca que tropiece ligeramente frente a los invitados y que mi padre me sujete del brazo con mayor fuerza, antes de lanzarle una última mirada de advertencia a mi futuro marido y besar mi frente con cariño dispuesto a tomar su lugar junto a mi madre, quien nos observa a punto del llanto.

Eric, se acerca a mi oído poco después y me susurra.

—Al fin se cumple mi sueño. —Y su aliento cálido, en mi cuello, me hace jadear.

Saber que mi sueño también es el suyo hace que lo ame todavía mucho más, y así se lo hago saber con una pequeña sonrisa, hasta que, un carraspeo nos saca de nuestro momento y miramos al frente dónde el obispo nos mira ceñudo. Casi al instante, da inicio a la ceremonia en un gaélico tan cerrado que hasta a mí me cuesta comprenderlo, pero cuando llega el momento de intercambiar nuestros anillos y besarnos eso lo entiendo a la perfección.

Acto seguido, se oficia la segunda ceremonia dentro de la capilla, tras la cual, una vez somos felicitados y vitoreados por los invitados y mi familia, continúa la fastuosa celebración. Varias mesas han sido preparadas con

abundante comida, decoradas con hermosas flores, y la música y la bebida no faltan en ningún momento. Todos bailan y nos animan a hacer lo mismo, enseñándonos danzas tradicionales escocesas que ambos disfrutamos muchísimo.

Entrada la tarde, pasamos a la mesa para disfrutar del succulento banquete, Eric se levanta de pronto y me mira algo nervioso sosteniendo una carta en su mano, y es cuando comienza a hablar que entiendo que ese es su regalo de bodas, pero ¿qué puede ser? ¿Será un poema? Mi mano tiembla al coger el papel que Eric me tiende, al principio me cuesta entender de qué trata la misiva, pero a medida que leo lo que en esta se explica no puedo evitar llorar con toda el alma, no de tristeza sino de absoluta felicidad. Eric acaba de entregarme un hijo, mi esposo acaba de adoptar legalmente a Tito, el niño que ayudó a que este día se hiciera realidad, al pequeño que me fue tan leal como para aguantar una paliza que estuvo a punto de costarle la vida.

Amo a este niño como si fuera de mi sangre, y para mí es un honor ser su madre.

Todo el mundo está ansioso por el misterioso regalo, pero necesito que Tito sea el primero en saber que acaba de convertirse en nuestro hijo, no heredará ningún título pues no es hijo de sangre de Eric, aunque desde luego no quedará desamparado tras nuestra muerte, si en Inglaterra no es reconocido como tal aquí con los Mackencie siempre tendrá su hogar.

Por lo que, lo llamo y se acerca algo avergonzado por la atención recibida, como el aún no sabe leer, algo que me propongo solucionar muy pronto, entre susurros le explico lo que ocurre, el niño se lanza a mis brazos agradecido, lo siento temblar, y es entonces cuando dejo de intentar disimular mi llanto. Le prometo que a partir de ahora nos tiene a nosotros, nunca más volverá a estar solo, cuando ambos logramos tranquilizarnos un poco, explico a mi gente que es lo que está ocurriendo, pues los murmullos comienzan a hacerse notar y las acusaciones absurdas a escucharse de boca de los más impulsivos.

Les explico que, mi regalo de bodas es Tito, y exijo que se le respete como si fuera sangre de mi sangre y los vítores y gritos de alegría que se escuchan después me dejan saber que así será, el pequeño a su vez, luego de agradecerle a Eric, se marcha junto a Sofía, quien llora también de felicidad.

La celebración, continúa hasta bien entrada la noche. Siento nervios, expectación por lo que va a ocurrir esta noche, no porque tenga miedo, sé que ya no va a dolerme, pero siento un poco de pudor, la noche que me entregué a Eric por primera vez no estaba planeado, solo me dejé llevar por mis

sentimientos, hoy sé lo que va a ocurrir, lo que debe ocurrir para dar el matrimonio como válido, aunque nosotros nos hayamos saltado ese paso.

Deseo a Eric, pero no sé muy bien cómo debo comportarme.

Mi madre, junto a las demás mujeres de mi familia, se acerca a mí.

—Hija, debemos ayudarte a prepararte —susurra, asiento y dejo que me guíen hacia el dormitorio que, a partir de hoy, compartiré con mi esposo.

No miro hacia Eric, pues no quiero que vea el temor en mis ojos, además no quiero que descubra en mis ojos la inquietud que me produce saber que lleva ocultándose algo todos estos días, eso me tiene angustiada y dolida a partes iguales, he intentado olvidarlo y esperar a que sea él quien busque mi consuelo, pero no sé si seré capaz de aguantar mucho más.

Unos minutos más tarde, ya estoy en la alcoba caldeada por la lumbre de la chimenea, el lecho está cubierto de sábanas blancas preparada para los novios, una tina de agua humeante y un fino camisón blanco está tendido sobre la mullida cama.

—Metete en la tina mi niña, antes de que el agua se enfríe —apremia mi madre.

Me ayudan a despojarme del traje y quedo desnuda frente a ellas, estoy tan nerviosa que pese al calor que hace en la alcoba, tiemblo.

—¡Vamos, adentro! —ordena, ahora, tía Sarah—. Estás helada.

—Son los nervios, hermana. —Habla por primera vez mi abuela, sentada en una butaca cerca del fuego—. ¿No recuerdas tu noche de bodas?

Todas las mujeres, se miran unas a otras sonrientes, después dirigen sus miradas hacia mí, y con rapidez me hundo en el agua caliente perfumada con pétalos de rosa.

—Querida, no deberías estar nerviosa, pues tú ya has pasado por esto — intenta tranquilizarme tía Rachell—. Aunque debo confesar que la noche de boda con Keylan, estaba loca de miedo, los nervios casi me hacen vomitar, y eso que era viuda y había tenido dos hijas.—reconoce algo avergonzada.

—Para mí, esta noche es diferente—digo mientras me enjabono el cuerpo—. La primera vez fue hermosa, pero no es lo que hubiera querido—explico seguido—, no me malinterpretéis, no me arrepiento, pero sé que hoy será distinto y no puedo evitar sentirme así.

—Te comprendemos pequeña —me anima mi madre, mientras vuelve a lavar mi cabello—. No creas que yo no estaba nerviosa la noche que me entregué a tu padre, y siendo completamente honesta, si de mí hubiera dependido, mi noche de bodas hubiera sido como la tuya.

—¡Valentina Mackencie! —grita mi abuela

—Lo siento madre, pero debo ser sincera con mi hija—responde conteniendo la risa.

—Al menos deberías tenerme más respeto —reprende de nuevo la abuela.

—Madre, eres la mujer que más respeto en el mundo, pero déjame recordarte que tuviste tres hijos. —Todas estallamos en carcajadas.

Es así como, entre bromas y risas, y sin apenas darme cuenta, logro relajarme y disfrutar mi baño, para cuando salgo de la tina y me cubro con un fino camisón que no deja nada a la imaginación, ya me siento bastante calmada. Y mientras mi madre cepilla mi largo cabello frente al fuego, escucho charlar a las demás mujeres y sus sabios consejos, que en cuestión de una hora no solo me hacen comprender que tener miedo es absurdo, también que el hombre que va a compartir mi lecho es el mismo al que amo con locura, nada cambia al estar casados, solo que ante los ojos de Dios y los hombres estamos haciendo lo correcto.

Una vez estoy lista, tras desearme suerte, las mujeres salen de mi habitación, dejándome sola con la mujer que me dio la vida.

—No debes estar nerviosa hija mía, recuerda que Eric es el hombre que tu corazón ha escogido, él te ama, de eso no me cabe la menor duda, así que relájate y deja que tus sentimientos te guíen. —Me besa en la frente con emoción contenida—. Sé feliz mi niña.

Ambas nos miramos una vez más y, luego de sonreírme dulcemente, se marcha también cerrando la puerta despacio y dejándome sola por fin. Después, miro a mi alrededor a la espera de la llegada de Eric y segura de que es hora de hablar con él sí o sí, pues necesito saber qué me oculta, mi mente inquieta no deja de imaginarse mil cosas, necesito saber que es feliz habiendo renunciado a todo por mí, si no es así, aunque se me parta el corazón lo dejaría libre, libre para volver a su patria y a su familia.

De pronto, la puerta se abre y a través de esta entra un Eric de mirada indecisa y embelesada, lo que hace dar un leve respingo y sentirme halagada a la par de deseada, pero tras unos segundos, el miedo vuelve a atenazarme cuando imagino que esa vacilación brillando en sus ojos se deba a que está arrepentido de nuestro enlace y no encuentra el modo de decírmelo.

Un asfixiante nudo se apodera de mi garganta, y Eric al ver la angustia reflejada en mi rostro y escucharme exteriorizar mis temores, se acerca veloz al lecho y, acariciándome con ternura mi mejilla, me explica la verdadera razón de su desasosiego. Ahora, lo entiendo todo. Su padre, el Duque de

Darlington se está muriendo, y aunque ese hombre nunca me trato con respeto, es un ser humano y todos merecemos dejar este mundo rodeados de nuestra familia, y yo, le he arrebatado eso, a Eric.

Por eso, y a pesar de la negativa de Eric y de las sobradas razones que tiene para no sentirse unido a sus padres, insisto en que vaya a verlo, pero él se niega y en su lugar promete que nada volverá a separarnos nunca más, antes de besarme en los labios y repartir una lluvia de besos por mi abultado abdomen. Lo amo con todo mi corazón, y siento verdadero orgullo al ser consciente de que el hombre que me besa no es ni la sombra del que sus padres manejaron durante mucho tiempo a su antojo como si se tratara de una marioneta.

Ahora, es libre, decidido, valiente y feliz, y es todo mío.

Por lo que, sin miedo y embargada por un avasallador deseo, beso su cuello y disfruto acariciando su ancho pecho cubierto de una fina capa de vello tan rubio como su pelo, mientras a su vez le permito a mi cuerpo entregarse al placer máximo que experimento bajo el toque de Eric y sus constante gemidos. Beso a beso, me quita el fino camisón y sus manos recorren mi piel con verdadera adoración, la pasión es realmente abrasadora, y mientras esta nos consume toda mi piel se enciende y mi deseo de ser poseída se acrecienta, y tiemblo al sentir su cuerpo desnudo y sudoroso contra el mío y su poderosa virilidad invadiéndome y llevándome hacia los límites de un placer inexplicable, al que me dejo arrastrar segura de que, pase lo que pase, ya nada podrá separarnos.

Y así me lo recuerda Eric entre incontables besos y caricias, mientras me posee con una pasión indomable y un intenso ardor estalla en lo más profundo de mis entrañas, para después, saciados y sudorosos, susurrarnos un millón de promesas más antes de amarnos nuevamente casi al alba y dormirme entre sus fuertes brazos e impregnada de su olor.

Capítulo 29

(Eric Darlington) Eilean Donan, Escocia.

Despertar al lado de Marian, es como un sueño, verla dormir con tanta paz y con sus mejillas sonrojadas a causa de las caricias de mi barba, me provoca un sentimiento incomparable. Sus labios aún hinchados por los besos recibidos, también son una hermosa visión, anoche fue la mejor noche de mi vida, nunca había sentido un placer tan sublime en brazos de ninguna mujer, y aunque no era la primera vez ni para Marian ni para mí, esta fue diferente. Hacer el amor con la mujer amada va más allá de experimentar el simple placer físico.

Sin poder ni querer evitarlo, acaricio su bello rostro y al sentir mi tacto ella se remueve dormida aún en busca de más caricias, lo que me hace sonreír como un tonto y darle un delicado beso en su frente, que la hace abrir sus ojos al fin y aletear sus espesas pestañas, mientras además una hermosa sonrisa se dibuja en sus labios poniendo mi corazón a latir con demasiada rapidez.

—¡Buenos días, esposa! —Mi voz ronca, tras el sueño, suena bastante extraña—. No deseaba despertarte, pero hoy es un día importante, recuerda que tu hermano y Sofía se casan dentro de unas horas.

Tampoco deseo separarme de ella tan pronto, pero sé que no querrá perderse ni un minuto de este día, no solo por su hermano, si no por Sofía. Hoy no puedo permitirme ser egoísta, nos queda toda una vida por delante.

—Buenos días, esposo —susurra sonrojada y enarco una de mis cejas curioso.

—¿Ahora sientes vergüenza de mí, esposa? —pregunto burlón, ella en respuesta entierra su rostro contra mi cuello, su aliento me eriza la piel, y sin poder evitarlo mi deseo por ella se enciende de nuevo—. Marian, si sigues haciendo eso no vamos a salir de esta alcoba en una semana, así que como el caballero que soy voy a salir de esta cama y a marcharme para alejarme de ti, y poder dejarte disfrutar este día con tu familia.

—No quiero que te alejes —susurra contra mi piel y su cálido aliento me hace gemir de placer—. No debes dejarme para que pueda disfrutar con mi familia, te quiero a mi lado siempre.

—Y siempre voy a estarlo mi amor, pero ahora mismo necesito un baño de agua helada —gruño frustrado al levantarme como mi madre me trajo al mundo. Marian, me devora con los ojos, y si no fuera por el fuerte golpe que suena en la puerta y nos sorprende a ambos, creo que hubiera enviado al infierno mis buenas intenciones y vuelto a meterme entre las sábanas con mi esposa

Me cubro con rapidez con una de las pieles que están sobre el lecho y entreabro la puerta, tras la que una Marie algo avergonzada asoma su rostro y sonrío al verme.

—Buenos días —saluda feliz—. Veo que estáis despiertos. —dice dirigiendo su dulce mirada hacia Marian.—Sofia está histérica y me ha obligado a venirte a buscar mi niña, hemos intentado calmarla, pero temo que se vuelva loca si no acudes a su lado, debes disculparla, son los nervios por la boda.

Mi mujer asiente con la preocupación reflejada en su mirada, todo rastro de deseo a desaparecido de su rostro y suspiro con resignación, espero que Marie se marche para vestirme y bajar a desayunar mientras mi mujer calma a la nerviosa novia.

—Más tarde, esposa —le prometo antes de salir raudo por la puerta.

Cuando llego al gran salón, todo está recogido y decorado de nuevo, los sirvientes han trabajado duro estos días. Me encuentro con los hombres Mackencie desayunando, a la cabecera de la mesa Alexander Mackencie, a su izquierda su hijo Keylan y a su derecha Aydan, al lado de este último su tío James, y al lado del gemelo mayor está Sebastien, no veo a Evan por ningún lado.

—Vaya, el recién casado es madrugador, parece mentira muchacha, deberías estar en la cama con tu esposa —se burla James.

Se escucha un fuerte gruñido y un golpe sordo en la mesa.

—Es mi hija de la que estás hablando, padre —sisea Sebastien.

James mira a su hijo con fiereza y se dispone a contestarle, cuando Alexander habla.

—Basta —ordena sin alzar la voz, no lo necesita—. Hoy se casa tu hijo Sebastien, no inicies una discusión, acepta que tu hija es una mujer casada, como yo, en su día acepté que mi hija fuera tu esposa.

Nadie vuelve a hablar, pero la tensión se puede cortar con un cuchillo.

—Sofia está muy nerviosa, Marie se ha llevado a Marian —explico, mientras comienzo a comer.

—Las mujeres se ponen histéricas muy fácilmente —espeta Keylan.

—Será mejor que no te escuche la tuya hermano, o Rachell te hará pagar caro tus palabras —dice Aydan entre risas.

Acabado el desayuno, decido ir junto a los hombres al lago, pues todos desean darse un baño para estar presentables en la boda, además, no me vendrá mal un baño y afianzar la relación con mis parientes.

Alexander y yo nos quedamos atrás, está más silencioso de lo normal.

—Espero que ya te hayas sincerado con mi nieta, muchacho —habla con tranquilidad, aunque percibo cierta advertencia en su voz.

—Lo hice anoche —asiento, ahora, mucho más tranquilo por haber hablado con ella.

—Bien, me alegra saber que no comenzaste tu matrimonio con secretos —asiento complacido—...Voy a darte un consejo muchacho, en tu esposa encontrarás el mejor apoyo y un amor incondicional, que no te avergüence buscar consuelo en los brazos de la mujer que amas.

Asiento, pues estoy de acuerdo con sus sabias palabras, nunca se me pasó por la cabeza excluir de mi vida a mi mujer, Marian y yo somos uno en todos los sentidos.

—Sé que te duele la inminente muerte de tu padre Eric, y no sientas que eres más estúpido por ello, mi padre tampoco fue cariñoso, era un señor de las Highlands, un guerrero, para él, el amor y el cariño eran una debilidad —explica sin dejar de caminar y mirar al frente—. Cuando murió no le lloré, pues pensé que había arrancado de mí todos los buenos sentimientos, dejándome ser un hombre frío y sin corazón, y tuvo que pasar el tiempo y que llegara cierta pequeña inglesa para dejarme entender la verdad.

Puedo verlo sonreír con nostalgia, pues ya han pasado muchos años desde entonces, pero he escuchado todo tipo de historias sobre el gran amor de Alexander y Brianna Mackencie, el Laird más temido y el que más odiaba a los ingleses, acabo adorando a una inglesa.

—No sé lo que siento en realidad, pero desde luego no siento el mismo dolor que sentí cuando perdí a mi hermano Jonathan, él fue para mí un padre.

—Puedo entenderlo, no te culpes muchacho —se detiene, y cuando miro al frente veo que hemos llegado a nuestro destino—. Démonos el baño y volvamos raudos, o las mujeres nos colgarán de las almenas de Eilean Donan.

El agua está helada, tanto que creo que no voy a poder soportarla, pero los demás parecen estar en una tina caliente.

—¿Demasiado fría inglesito? —pregunta Keylan, es el único que aún me

llama así—. Más vale que te acostumbres, los hombres de verdad venimos a bañarnos más al lago que en tinas perfumadas.

—No me baño en tinas perfumadas —gruño, y todos ríen.

Tiempo después, volvemos al castillo con rapidez, cuando llegamos todo está listo, incluso el novio está esperando a su futura esposa, lo veo tan nervioso que siento lastima por él, pues ayer era yo quien estaba en su lugar.

Sebastien se acerca a su hijo e intenta calmarlo, busco a Marian y no la encuentro, supongo que saldrá junto a todas las demás, ¡malditas bodas! Segundos después, al fin veo salir a las mujeres por la puerta y a Sofía siendo escoltada por Sebastien, ya que, al ella no tener padre, él se ha ofrecido a acompañar a la futura mujer de su hijo en este día tan importante.

Marian, a su lado, me sonrío y envía un beso desde lejos, que para mí no es suficiente, desearía tenerla a mi lado para devorarla, pero mi ansiedad disminuye, una vez comienza la ceremonia y ella se coloca a mi lado con esa sonrisa de felicidad que ilumina todo.

—Te he echado de menos, esposo —susurra sin dejar de mirar a los novios. Está tan hermosa con un vestido morado y su cabello suelto y brillante.

—Y yo a ti, esposa —respondo acercándome a ella, para susurrarle al oído—. Deseo que volvamos a estar solos de nuevo.

—Silencio—ordena, sonrojándose y dándome un suave golpe en el brazo.

No volvemos a hablar durante la ceremonia y, tras las felicitaciones, llega la hora de comer, beber y bailar, y vaya que ha esta gente les gusta hacer estas tres cosas, siempre que no estén en batalla claro.

Marian está radiante, y por fin veo a Sofía algo más calmada, aunque, cuando llegue la hora de la verdad, cuando caiga la noche y deba prepararse para su noche de bodas, no sé cómo va a conseguir calmarla Evan, tiene un buen trabajo por delante, pero amándose como se aman, todo saldrá bien, y mañana lo recordarán como algo digno de contar a sus nietos.

Animado por el feliz ambiente, bailo con mi esposa, con mi suegra y hasta con Brianna, quien a pesar de su edad tiene una vitalidad increíble. Hasta que, de pronto, Marian me besa como despedida antes de acompañar junto con las demás mujeres a Sofía, quien palidece y mira de reojo a Evan con preocupación.

Una vez me quedo solo, no puedo evitar pensar en mi padre, aún no recibo noticias de Gabriel y eso me tiene intranquilo, no sé si eso significa que se ha recuperado o que ya no está en este mundo. Tampoco sé cuánto he bebido, pero decido dejar de hacerlo, pues no quiero emborracharme, quiero disfrutar

de nuevo de mi amada esposa.

Una hora después, Valentina y Marian salen de nuevo y avisan a Evan que ya puede reunirse con Sofia, y los hombres al verlo marcharse veloz estallan en gritos y obscenidades, que rápidamente son acalladas por Alexander, mientras me acerco y abrazo a mi esposa que luce algo agobiada.

—Llévame a nuestra alcoba Eric, estoy muy cansada —me pide en voz baja, y acto seguido la alzo en mis brazos y nos retiramos tras despedirnos de sus padres y abuelos.

Como ayer todo está limpio, ordenado y calentito. Le ayudo a desvestirla, quedando solo con una fina camisola y calzones puestos, me agacho y beso su vientre, se ha tornado costumbre hacerlo, y mientras lo hago ella me acaricia el cabello y cierro los ojos aspirando su aroma, y sintiendo a mi hijo en su vientre.

Segundos más tarde, me levanto de nuevo y la llevo al lecho, hoy quiero hacer el amor lentamente, con tranquilidad, saboreando cada instante, cada trozo de su piel. Y así lo hago, durante horas acaricio, beso, lamo y mordisqueo su cuerpo a placer, hasta que al final, ninguno de los dos puede soportar la dulce tortura mucho más y la hago mía de nuevo. Una vez saciados y agotados, nos dormimos como la noche anterior, abrazados y felices. No sé qué hora es con exactitud, cuando Marian se despierta sudorosa y sollozando, se abraza a mí, pero no parece necesitar consuelo, más bien parece que me lo está ofreciendo a mí, y un sudor frío comienza a recorrerme la espalda.

—¡Lo siento tanto! —susurra una y otra vez, intento calmarla para que pueda explicarme qué ocurre, cuando al fin lo consigo, mis sospechas se confirman—. Tu padre acaba de morir, Eric.

Cierro los ojos, rezando una plegaria por su alma y además pido para que pueda reencontrarse con el hijo que tanto amaba y del que tan orgulloso estaba. Me abrazo a Marian, no siento ganas de llorar, ni siento su pérdida, pues nunca lo tuve en realidad, pero ante todo era mi padre, me enseñó muchas cosas, no de la forma correcta, pero lo hizo. Ahora, mi preocupación es por mi madre, no porque tema que haga cualquier locura, nunca quiso a mi padre, sino porque va a necesitar la protección adecuada y lo que más temo es la reacción de Marian o la de su familia, pues debo partir, aunque solo será para dejar todo arreglado tras la muerte de mi padre y dar instrucciones a Gabriel de cómo se debe cuidar a mi madre, y la asignación de dinero que se le debe dar, no quiero que le falté nada.

Por ahora, decido no decirle nada a Marian, quien se duerme agotada

después de la pesadilla y de tanto llanto, yo en cambio, no puedo volver a dormir, y durante horas no paro de darle vueltas a todo lo que debo solucionar en Inglaterra antes de regresar junto a mi esposa y estar con ella en el nacimiento de mi hijo.

Al día siguiente, me levanto antes que ella y voy a hablar con Alexander y Sebastien, a quienes informo del cómo estoy tan seguro de que mi padre ya no está entre nosotros aun cuando no he recibido carta que lo confirme, ninguno de los dos duda del don de Marian, luego les informo de mis planes y quedo sorprendido al verlos asentir comprendiendo mi situación. Pensé que Sebastien, no llevaría bien mi marcha tan pronto después de mi boda con su hija.

—Nada más llegue la carta partiré, y arreglaré todo lo más rápido posible, dejaré a mi madre bien atendida y regresaré junto a mi esposa.

—Vuelve a mí, esposo —la voz trémula de Marian nos sorprende a todos.

Ninguno de nosotros la hemos visto entrar, la mala noche que ha pasado se le nota en sus ojos hinchados y apagados, me parte el corazón verla así, y causarle tanta pena al marcharme tan pronto después de nuestra boda. Me acerco con rapidez hacia ella y se lanza a mis brazos, con el rabillo del ojo confirmo que su padre y su abuelo nos dejan solos y la abrazo, la siento temblar y una vez más odio a mi padre por hacernos esto.

—Volveré a ti, Marian. ¡Lo juro! Solo serán unos pocos días, dejaré todo arreglado para mi madre y volveré junto a mi familia.

Con esa promesa parece quedar más tranquila, aunque la pena en sus ojos no desaparece del todo, y durante todo el día y el siguiente espero noticias que no llegan, incluso llego a pensar que Marian por primera vez se ha equivocado. Pero la mañana del tercer día, nos sorprende un forastero, al menos así lo llama Ian, quien da la voz de alarma.

—Dejadle pasar, es amigo de Eric —dice sin más mi esposa y la miro impresionado.

Seguido, se abre el portón y veo entrar a mi mejor amigo, lo veo agotado.

—Gracias por ser tu quien me traiga las malas noticias, amigo —le agradezco nada más desmonta y se acerca a mí—. ¿Cómo está mi madre? —pregunto, no voy a perder tiempo en condolencias.

—Tranquila y tan fría como un tempano, parece que no conoces a tu madre, querido amigo —responde mientras me abraza.

—¿Sufrió? —sigo interrogando.

Niega con la cabeza, le hago pasar y veo que Marian se ha levantado para recibir a mi invitado.

—Bienvenido a Eilean Donan, mi señor —saluda con respeto, y a mí no me gusta que lo haga como si siguiera siendo una sirvienta.

—Encantado de volver a verte, Lady Marian —besa la mano de mi esposa, quien parece avergonzada por su gesto—. Siento que sea en estas circunstancias.

Marian ordena a Marie que prepare una habitación y un baño para Gabriel, mi amigo necesita descansar, pues quiero partir mañana mismo, y así se lo hago saber, gracias a Dios entiende mis motivos para querer partir cuanto antes.

Por la noche, cuando ya todos duermen me cuenta todo lo que ha ocurrido desde que me marché de Darlington Manor, tal como suponía si mi padre no hubiera muerto tan repentinamente, hubiera malgastado lo que con tanto esfuerzo logró construir mi abuelo. Y aunque me gustaría saber mucho más, porque veo que algo carcome a mi mejor amigo, dejo que se marché a dormir, pues mañana será un día duro, y los siguientes no serán mejores, además, también yo necesito pasar estas últimas horas abrazado a Marian, a quien encuentro ya acostada e intentando ocultar su sollozo entre las sábanas.

—Volveré, Marian —vuelvo a prometerle, durante estos días, las noches se han convertido en rutina, yo le hago siempre la misma promesa y ella me contesta lo mismo.

—Lo sé, pero no hace que duela menos, sé que debes ir —susurra—. Quiero que vayas, pues tu deber como hijo y como duque es cuidar de los tuyos, pero mi corazón no puede evitar sentir el temor de perderte.

—Siempre regresaré a ti, de un modo u otro —la beso, quiero sentirla por última vez.

Esa noche, hacemos el amor despacio queriendo alargar las horas, y cuando por fin Marian se queda dormida me dedico a observarla hasta entrada la madrugada, quiero grabar su rostro en mi memoria. Cuando el alba llega, me levanto sin hacer ruido, no quiero volver a despedirme de ella, no puedo; escribo una carta que espero le sirva de consuelo mientras no esté a su lado, salgo de la habitación y una vez fuera del castillo veo que Sebastien tiene mi caballo preparado y Gabriel está ya esperándome.

—Dos de los mejores hombres de los Mackencie os acompañaran hasta la frontera —informa con seriedad, mientras monto en el caballo—. No quiero

que mi hija quede viuda antes de tiempo muchacho, así que cuídate.

Sé que es una forma de preocuparse muy al estilo de Sebastien, asiento agradecido, y dando una última mirada al castillo que ha sido mi hogar durante este tiempo, emprendo la marcha en compañía de Gabriel y los dos hombres Mackencie.

—Pronto volverás, no te aflijas —intenta animarme, Gabriel.

En silencio, recorreremos algunas millas hasta que él vuelve a hablar.

—He visto a Beatriz después de tres años —suelta de golpe, lo miro, no puedo descifrar si ese encuentro lo ha conmocionado o no, después de todo se casó con la joven por conveniencia, pues mi amigo siempre ha estado enamorado de Diana, su amante desde que era un jovenzuelo—. Tengo una hija, se llama Rose.

—¡Cielo santo! —susurro—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —responde, puedo sentir su lucha interna—. No conozco a mi esposa, ni ella a mí, no nos amamos, pese a eso, la única noche que la hice mía, engendramos una hija, ¿Qué clase de hombre soy, Eric? Cuando lo supe, lo primero que pensé fue en Diana, cuando debía haber pensado en todo lo que mi hija y mi esposa han debido pasar solas.

Por su expresión sé que no quiere hablar más, necesita pensar, y yo le dejo el espacio suficiente para que ordene sus ideas y sentimientos, pues yo también tengo los míos revueltos.

Vuelvo a Inglaterra, después de que juré que no lo haría nunca más...

Capítulo 30

(Marian Mackencie) Eilean Donan, Escocia.

Han pasado dos semanas, durante las cuales no he sabido nada de Eric, estoy consciente de que el viaje de regreso a Inglaterra es largo y que a su llegada habrá tenido que ocuparse del entierro, pero la angustia no es menos por saber eso. Enterrar a su padre, siento el hombre malvado que fue, no será fácil para Eric, y aunque me hubiera gustado acompañarlo y estar a su lado en este momento tan difícil, en mi condición era una absoluta locura.

Por eso, durante días he intentado mantenerme ocupada, tejiendo ropita para mí bebé, preparando su habitación, paseando con Tito y Sofía para aminorar el dolor en mis ya hinchados pies. También me he entretenido ayudando con los preparativos de la pronta boda de Cameros y Cinthia, estoy muy feliz por ellos, aunque para mí será difícil asistir a otra celebración sin mi marido.

Mi mayor temor, es que Eric no pueda volver, que ocurra algo que lo retenga en Inglaterra, soy consciente de que tiene muchas obligaciones a causa de todas sus posesiones y títulos, no soy estúpida, sé cómo funciona el mundo, y no podría exigirle más de lo que ya ha hecho. Si él no pudiera regresar, debería ser yo quien fuera a su lado, rompiendo la promesa que les hice a mis padres. Y eso, me partiría el corazón, no sé si seré capaz de dejarlos de nuevo ahora que los he encontrado, no quiero causarles más dolor del que ya han pasado por mí.

Ahora, mirando a lo lejos a la espera del regreso de Eric. la tristeza se apodera de mí, lucho contra las lágrimas, pues no deseo que nadie de mi familia se preocupe más de lo que ya lo han hecho, sé que están pendientes de todos mis movimientos, vigilando que coma correctamente, que duerma lo necesario, que descansa la mayor cantidad de tiempo. Por eso, he subido hasta aquí arriba, para escapar un poco de todos esos ojos que me vigilan, sé que lo hacen por mi bien, que me aman y se preocupan por mí, pero siento que me ahogo, que necesito respirar.

—Suponía que te encontraría aquí. —La voz grave de mi abuelo, me sobresalta—...No quería asustarte pequeña.

Pequeña...

Desde que volví me ha llamado de ese modo, hace un tiempo le pregunte por qué y su respuesta humedeció mis ojos, dijo que para él siempre sería su pequeña a la que no pudo ver crecer, pero que siempre había amado y que nunca se cansó de buscar.

Enternecida por ese recuerdo, sonrío a mi abuelo, el gran Alexander Mackencie, quien desde hace unas semanas parece algo cansado y preocupado, y no sé cuál pueda ser la razón. Incluso, da la impresión de haber envejecido más de la cuenta, y muchas de sus tareas como Laird las ha delegado al tío Keylan y a mi padre.

—Necesitaba pensar, abuelo —respondo intentando sonreír, aunque por su penetrante mirada, sé que no he conseguido ocultar mi tristeza.

Asiente, y se coloca a mi lado, mirando hacia el frente, a lo lejos.

—Puede que no te haya visto crecer Marian, pero se reconocer la congoja cuando la veo —dice sin mirarme—. Verla en tu hermoso rostro, me duele muchacha.

Cierro mis ojos, intentando controlar las lágrimas que amenazan con ahogarme.

—Intento resistir abuelo, pero el temor a que Eric no regrese es más fuerte que yo —reconozco sin vergüenza.

—Ese hombre volverá a ti Marian —afirma con mucha seguridad—. He visto muy pocos amores tan puros y fuertes como el vuestro, y Eric regresará.

—No podría reprocharle que no lo hiciera —reconozco.

—No, no podrías —asiente—. Pero si llegara ese caso, tú deberás ir junto a él.

Lo miro incrédula, sin poder creer que sea él quien me recomiende abandonarlos de nuevo.

—Sé que no quieres dejarnos, sé que piensas que estarías abandonándonos de nuevo, pero no es así pequeña —coge mi mano entre la suya—. Cuando te arrancaron de los brazos de tu madre, eras solo un bebé, no podrías haber hecho nada al respecto. Ahora eres una mujer, casada con un Lord inglés, esperando tu primer hijo, tu deber es estar al lado de tu esposo.

Asiento, sabiendo que sus palabras son las correctas, se cuál es mi deber, y si no fuera porque mi corazón está dividido, todo sería muy fácil, pues siempre voy a estar al lado de Eric, para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

—Os amo a todos abuelo, pero Eric es el dueño de mi corazón y mi alma —reconozco con la voz ronca por el nudo que tengo en la garganta.

—Lo sé pequeña, sé lo que se siente —sonríe, profundizándose sus arrugas en sus ojos grises—. Tu abuela ha sido el amor de mi vida, la única mujer a la que he amado con todo mi corazón, créeme cuando te digo que encontrar la persona que es tu alma gemela, es el mejor regalo que Dios puede hacerte.

—Solo espero que regrese muy pronto a mi lado, no quiero que nuestro hijo nazca antes de que llegue su padre —intento bromear, pues estoy cansada de tanta tristeza.

—Eso si no puedo asegurarlo pequeña, tu vientre parece a punto de estallar, ni siquiera recuerdo que tu abuela estuviera nunca tan hinchada —me devuelve la broma—. ¿Seguro no serán gemelos?

—No abuelo, es uno solo, un varón —afirmo, contándole mi secreto—. Pero no debes decirle a nadie.

—Juro guardar tu secreto —me besa la frente—. Bajemos con los demás, o muy pronto darán la voz de alarma y comenzarán a buscarte.

—Que exagerado—río, mientras lo sigo y comenzamos a descender por las escaleras.

—No subestimes a tu padre niña, créeme cuando te digo que es mucho peor que yo —responde.

Cuando llegamos al gran salón, puedo ver que mi abuelo tenía razón, pues mi abuela está intentando tranquilizar tanto a mi madre como a mi padre. Este último es el primero en verla y, al hacerlo, un aliviador suspiro escapa de sus labios, mientras mi madre corre hacia mí con el semblante descompuesto a causa del miedo.

—La encontré en una de las almenas, necesitaba pensar, ¿verdad, pequeña? —pregunta pasando un brazo por mis hombros y abrazándome contra él en ademán protector.

—Padre, no hace falta que protejas a mi hija, ¿acaso crees que sus padres le causarían algún daño? —pregunta ella con el entrecejo fruncido.

—Sé que tú no, pero tu marido tiene un carácter de mil demonios —responde, mirando al hombre que se acerca a nosotros.

—¿Y tú no, viejo? —pregunta serio, no sé si bromea o no, pero nunca he visto que mi padre le falte el respeto a su Laird.

—Últimamente, no —dice mi abuela mientras también se acerca hacia nosotros—. La vejez le ha cambiado el carácter, sigue igual de gruñón, pero tiene más paciencia.

—Soy más sabio mujer, y no me digas anciano, creo que te demuestro muchas noches que de viejo no tengo nada —espeta entre gruñidos; mi abuela se

sonroja, mis padres ruedan los ojos a la vez, y yo la verdad no sé dónde esconderme en estos momentos, no es algo que una nieta desee saber.

—No vuelvas a desaparecer así, Marian —reprende mi padre—. Puedo entender que necesites tu espacio, cuando eso ocurra dilo y lo tendrás.

—Lo siento padre, no quería causaros quebraderos de cabeza, solo necesitaba respirar aire fresco y pensar —respondo, algo avergonzada, pues sé que he obrado mal, he sido muy inconsciente.

—Bueno, resuelto este pequeño susto, vayamos a comer, no se vosotros, pero estoy hambrienta —nos convida la abuela, encaminándose hacia la mesa.

Segundos después, nos sentamos y charlamos mientras esperamos a los demás miembros de la familia, los primeros en llegar son el tío Aydan y Eara, seguidos por Keylan y Rachell, y los últimos Sofía y Evan.

Estos últimos, lucen muy felices y enamorados, parece mentira que hasta hace poco actuaban como enemigos, y que a pesar de mis visiones llegué a pensar que jamás llegarían a estar juntos. Verlos a todos con sus parejas me recuerda de nuevo la ausencia de Eric, pero me niego a dejarme vencer de nuevo por la melancolía.

No tengo mucho apetito, me siento pesada y muy cansada, las noches de insomnio no ayudan, así que, al acabar de comer, decido dormir un poco, me despido de mi familia y me dirijo hacia mis aposentos. Al entrar, voy hacia la mesa, donde guardo la carta que me encontré al despertar la mañana que Eric se fue, no pudo volver a despedirse de mí, y en cierta forma se lo agradezco, pues verlo partir creo que hubiera sido demasiado para mí.

Querida Marian, mi amada esposa.

Me marcho no porque lo desee, tanto tú como yo, sabemos que es mi deber. Aunque el saberlo, no mengua el dolor que siento al tener que dejarte de nuevo, cuando te prometí que no lo volvería hacer, en estos momentos mientras te veo dormir plácidamente, después de haberte hecho el amor, siento que mi corazón se está partiendo en dos, pues me siento dividido entre el amor y el deber, como tantas veces lo estuve en el pasado.

Pero te juro que será la última vez que me separe de tu lado, mi padre ya no está, y me aseguraré de que mi madre no sea capaz de separarnos de nuevo, nunca más. En mi ausencia no te dejes vencer por la tristeza, quiero que estés bien junto a tu familia la cual te ama, no cuentes los días que estemos separados, pues nunca lo estamos en realidad, mi mente y mi corazón se quedan contigo. Cuida a nuestro bebé, rezo a Dios para llegar antes de que nazca, no podría soportar no estar a tu lado en el momento que llegue al

mundo, cuida también a Tito, pues ese pequeño también tiene una parte de mi corazón.

Te amo Marian Darlington, siempre lo hice y siempre lo haré.

Regresaré a ti de un modo u otro, espérame en las estrellas.

Tuyo, Eric Darlington.

Y como cada vez que la leo, no puedo evitar derramar unas cuantas lágrimas, a pesar de que Eric me pide que no lllore, ¿Cómo no hacerlo?

Me duermo aferrada a su carta, el cansancio y el llanto me vencen.

La mañana siguiente, cuando despierto, lo hago sabiendo que he soñado algo que no puedo recordar, lo que, de inmediato, me produce una sensación de intranquilidad. Unas nauseas intensas y un agudo dolor de espalda empeoran mi estado segundos más tarde, y decido llamar a Marie para que ordene que me preparen un baño.

Cuando las criadas comienzan a llenar la tina con agua caliente, las observo, son jóvenes, tal vez incluso más que yo, recuerdo cuando estuve en su lugar, y aunque sé que aquí en Eilean Donan bajo el cuidado de Marie y mi abuela no son tratadas como fui tratada yo, decido que a partir de mañana ayudaré en lo posible a que todos los que trabajen aquí para que se sientan lo más cómodos y bien tratados.

Una vez está todo listo, entra Sofía como un vendaval y me mira preocupada.

—No tienes buen aspecto, Marian —dice, mientras toma asiento al lado del fuego—. ¿Te encuentras bien?

—Me desperté con dolor en la espalda y nauseas, todo por un mal sueño que no logro recordar, eso me tiene muy preocupada —contesto, conforme dejo que el agua caliente y perfumada me relaje.

—¿Quieres que llame a tu madre o a la partera? —se levanta con rapidez.

—¡No! —exclamo—. No debes preocuparte, estaré bien.

—¿Y si es el bebé? —pregunta no muy convencida.

—Aún falta para su llegada —intento tranquilizarme más a mí misma que a ella.

—La partera dijo la última vez que te vio que podía adelantarse —me recuerda, sentándose de nuevo.

—Si lo hace, llegado el momento lo sabremos. —Estoy bastante intranquila, y que Sofía me recuerde que mi hijo puede nacer antes de tiempo no ayuda en absoluto.

Guardamos silencio, pues lejos de desaparecer el dolor parece aumentar, tanto

que aprieto con fuerza los dientes para no gemir. Me muevo, buscando una mejor postura con la esperanza de que la molestia desaparezca, pero no es así. —Marian... —susurra asustada mi mejor amiga, cuando no puedo contener un quejido —, voy a buscar ayuda.

Dicho esto, sale corriendo en busca de mi madre.

Intento no dejarme vencer por el pánico, pero algo me dice que mi hijo no está en camino, aún no es el momento, no debería nacer ya, y no solo porque su padre no está a mi lado, sino porque faltan aún algo más de un mes.

Comienzo a jadear pues el dolor recorre más fuerte mi cuerpo, cierro los ojos, intento pensar cosas bonitas, a mi mente acuden las noches pasadas junto a Eric, las mañanas al despertar a su lado, los paseos con Tito, pero no es suficiente para hacerlo remitir.

—¡Hija! —exclama mi madre, cuando me sorprende intentando salir por mis propios medios de la tina, se apresura a ayudarme—. Ya mandé a Evan a por la partera.

Tras ayudarme a salir y secarme, me viste con un camisón y lleva hacia el lecho, en el que me tumbo mientras la abuela arregla con rapidez varios almohadones para que esté lo más cómoda posible, a pesar de que, en estos momentos, con los dolores que vienen y van, me siento abrumada por la situación.

—Me duele mucho, madre —exclamo—. No debería ser así—sollozo asustada.

—Debes tranquilizarte, querida —aconseja mi abuela—. Es bastante normal que los bebés se adelanten, lo importante es que tú estés fuerte para el arduo trabajo que tienes por delante.

—¿Y él? —pregunto apretando su mano—. ¿Y si mi bebé no es lo bastante fuerte para sobrevivir? —Las lágrimas no me permiten ver muy bien su rostro, pero puedo ver como frunce sus cejas y aparta la mirada.

—Rezaremos para que eso no ocurra, Marian —dice con firmeza—. Ahora, mientras llega la partera deja que te mire.

Siento como alza mi camisón hasta mis caderas y luego separa mis piernas temblorosas, para después examinarme y mirar a mi madre con su rostro desbordado de preocupación. Aunque, al dirigirse a mí lo hace con tranquilidad y firmeza, intentando a mi parecer infundirme valor.

—Marian, escúchame muy bien, estás de parto, pero aún falta mucho para que tu hijo llegue al mundo, quiero que intentes guardar tus fuerzas para cuando sean necesarias. —No suelta mi mano, mientras mi madre está dando

instrucciones a las criadas, quienes traen palanganas con agua caliente, paños limpios y todo lo necesario para asistir mi parto.

Tiempo después, llega la partera y, como hace un rato hizo mi abuela, me examina, atentamente, mientras a su vez intento leer su expresión, pero no consigo descifrar nada en esta. Al terminar, informa a mi abuela y a mi madre, y tanto secretismo hace que un escalofrío de terror recorra mi cuerpo.

Muchas horas ya han pasado y la noche ha caído, el ambiente está bastante tenso en mi habitación, puedo sentirlo, solo se escucha el crepitar del fuego y mis gemidos ahogados. El dolor se ha vuelto insoportable, a cada segundo siento mis entrañas retorcerse con más rapidez, y mi madre seca el sudor en mi frente angustiada, mientras Sofía sale con mayor frecuencia del cuarto, supongo que a informar a los hombres de la familia. La abuela, parece ser la única que conserva la calma a estas alturas.

—Él bebé es perezoso, no va a salir si no le obligáis mi señora —dice la partera, después de mirar entre mis piernas por enésima vez.

—Eso intento —gruño frustrada.

—Al parecer no lo suficiente —responde—. Debe empujar con todas sus fuerzas, parece que está demorando el momento, poniendo en peligro no solo su vida, sino la de su hijo. ¿Es eso lo que quiere?

—¡No! —exclamo—. Empujaré.

Todas las mujeres asienten por fin aliviadas, reconozco que no estaba haciendo lo suficiente, intentando demorar el nacimiento de mi hijo con la esperanza de que Eric llegara a tiempo.

Lo siento mi amor, sé que lo entenderás, la vida de nuestro hijo es más importante...

Comienzo a empujar con todas mis fuerzas cada vez que el dolor regresa, pasan horas, pero no parece que mi hijo esté listo para salir, creo que él también desea ver a su padre aquí para su llegada al mundo.

En un momento de tregua, me dejo caer contra los almohadones y cierro los ojos, estoy exhausta, aun así, escucho los murmullos de la partera y mi madre que dicen que al parecer no está funcionando y que no voy a lograrlo, eso me hiela la sangre, no sé si se refiere a que la vida de mi hijo peligra o a la mía propia.

Sofía, entra corriendo con una sonrisa radiante y se dirige hacia mí.

—¡Están entrando por el portón, Marian! —exclama—. ¡No te rindas!

—¿Eric? —pregunto con la voz ronca y cansada.

—¡Sí! —asiente con fervor—. Tu padre está informándole en este momento,

no tardará en aparecer por esa puerta, te lo aseguro.

Cierro los ojos de nuevo, dando gracias a Dios por devolverme al hombre que amo, al que he necesitado durante todas estas horas a mi lado.

Segundos más tarde, escucho unos fuertes pasos encendiendo por las escaleras y, después un fuerte ruido en la puerta, me hace abrir los ojos de nuevo, y ahí está, ha regresado a mí, no puedo evitar sollozar a pesar de la alegría de volver a verlo, sano y salvo. Es Eric, mi Eric, quien, al verme, corre a mi lado y en sus ojos veo el deseo contenido de abrazarme, de besarme tanto como yo deseo hacerlo.

—Mi amor... —susurra, sonrío cansada pero feliz—, ya estoy aquí, no voy a permitir que nada os ocurra.

—Bien, ahora que el padre de la criatura ha llegado, veamos si decide salir — exclama mi abuela con alivio.

Dicho esto, vuelvo a empujar ahora con fuerzas renovadas, Eric aprieta mi mano, me susurra palabras de aliento, me dice cuando me ama y me pide mil veces perdón por no haber estado conmigo desde el principio. No tengo ni tiempo ni fuerzas para responderle, intento no gritar, pero no sé en qué momento dejo de controlarme, no me importa que todos me escuchen, pues al parecer gritar me ayuda y, tras varios empujones más, escuchamos al fin el llanto de un bebé.

—¡Es un niño! —anuncia la partera.

Eric y yo, sonreímos escucharla, y Sofía sale de inmediato a dar la buena nueva, mientras mi madre y la abuela también sonrían conforme lavan a mi hijo y la partera termina de atenderme.

—¿Cómo vamos a llamarle? —pregunta mi esposo.

Sé muy bien qué nombre desea ponerle.

—Jonathan —susurro mirando sus ojos humedecidos.

—Gracias, mi amor —me besa y le beso por fin.

Me siento agotada, solo deseo dormir, y sin más me abandono...

Capítulo 31

(Eric Darlington) Eilean Donan, Escocia.

Nos despedimos de los hombres Mackencie al cruzar la frontera, desde entonces solo somos Gabriel y yo. Durante el camino, nos ponemos al día respecto a lo acontecido durante estos meses de ausencia, le he contado como fue mi viaje, lo que me ocurrió en la batalla que desencadenó en unos días de amnesia, para mí, los peores de mi vida, lo único que me salvó, fue que aun así mi alma y mi corazón reconocieron a Marian.

Además, le cuento, lo que me ha costado ganarme mi puesto en el clan y los problemas que tuve con mi suegro y cuñado, sobre los celos que sentí de Cameron, y durante todo el tiempo Gabriel a escuchado en absoluto silencio, ahora soy yo, quien debo hacer lo mismo, porque lo conozco, sé que haber vuelto a ver a su mujer ha sido un duro revés, más el enterarse que tiene una hija.

—Al principio no la reconocí —habla mirando al frente—, no reconocí a mi propia mujer. Cuando me casé con Beatriz era casi una niña, era bonita sí, pero no despertaba en mí ni el más mínimo deseo, ahora, es toda una mujer, y muy hermosa, tendrías que haberla visto Eric. —Me mira con el tormento reflejado en sus ojos—. ¿Qué clase de hombre soy? Durante todos estos años delegué en alguien la tarea de buscarla, y muy pronto la dejé en el olvido, sin ningún remordimiento de conciencia.

—Gabriel, éramos unos niños por aquel entonces... —intento ayudar a que todo el remordimiento y dolor que debió sentir en el momento que Beatriz desapareció, disminuya un poco, pero reconozco que no hay excusas posibles, por muy amigo mío que sea, lo que hizo es imperdonable.

—No Eric, sé lo que intentas hacer, pero no tengo perdón. —Niega con la cabeza—. La abandoné a su suerte, porque para mí era más fácil que ella desapareciera de mi vida y poder seguir con Diana. ¿Sabes dónde ha estado durante todo este tiempo? —pregunta con los dientes apretados.

Niego con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

—En una taberna en las tierras bajas, ¡mi esposa es una tabernera! — exclama con furia—. Tuvo que trabajar para mantener a mi hija, ¡mi hija!

Vestida con harapos, cuando es hija de un conde.

Su voz se quiebra, sé que está a punto de romper a llorar, guardo de nuevo silencio, porque diga lo que diga, nada va a aliviar el dolor y el remordimiento. Además, veo cómo se estremece sobre el caballo, está sollozando y eso me desconcierta un poco, nunca he visto llorar a Gabriel, solo cuando su madre murió, su padre ni siquiera mando por él al internado donde estudiábamos. Se enteró semanas después, por una carta de su abogado, en la que le informaba lo que había heredado por parte de su madre, quedó devastado, pues era muy cercano a ella.

Nunca más lo vi llorar, hasta ahora...

No puedo imaginar el dolor que siente al saber que se ha perdido los primeros años de la vida de su hija, no solo eso, sino que mientras él vivía una vida de lujos y privilegios, su mujer e hija, sabe Dios lo que han debido padecer.

—No ha querido venir conmigo —susurra más calmado después de unos minutos—. Y no me sentí capaz de obligarla, ¿cómo ejercer unos derechos cuando durante años los he obviado?

—¿Puedes culparla, Gabriel? —pregunto, pues debo ser honesto—. Eres mi mejor amigo, como mi hermano, pero no voy a decirte lo que deseas escuchar, abandonaste a su suerte a esa muchacha, sin saber que ya estaba embarazada, ha tenido mucha suerte de seguir con vida, ambas lo han hecho.

—Lo sé —reconoce derrotado—. No me merezco nada, ni siquiera la hija tan hermosa que tengo, si la hubieras visto Eric, ella es... —se queda mudo, sin ser capaz de describir a la pequeña.

—Debe ser preciosa —digo sonriendo, de inmediato siento deseo de poder tener entre mis brazos a mi bebé, ver su rostro, poder sentir su pequeño cuerpo contra el mío.

—Es más que eso Eric, es hermosa —sonríe a pesar del rastro de lágrimas en sus ojos—. Cabello rubio rizado como Beatriz, pero tiene mis ojos, cuando me miró con total indiferencia, sin saber que soy su padre, se me partió el corazón, y aun así fui tan estúpido que mis pensamientos también fueron para Diana, ¿qué pensará?

—¿Qué pensará tu amante de que tengas una hija con tu legítima esposa? —pregunto incrédulo, nunca me gustó Dina, pues ejerce un dominio sobre mi amigo que no apruebo.

—¡Lo sé Eric! —exclama—. Sé que soy el mayor imbécil de Inglaterra, que poseo más de lo que merezco, pero le hice una nueva promesa a Beatriz, una

que no pienso romper. Cuando vuelvas a Eilean Donan, yo te acompañaré al menos hasta donde ella se encuentra, y mi esposa y mi hija volverán al sitio donde pertenecen.

—Es hora de que hagas lo correcto, Gabriel —asiento complacido—. Y sabes qué es lo correcto respecto a Diana.

Nunca toco ese tema, pues hemos discutido mucho al respecto, pero siento que es algo que ya no se puede pasar por alto, cuando Beatriz desapareció, yo también ayudé a buscarla, no la encontré y muy dentro de mí tenía la esperanza que hubiera huido con un hombre que realmente la amara. Esa fue la única vez que golpeé a Gabriel, pues él insistía en que no era su culpa, que Beatriz no sabía nada de Diana, pero yo siempre he estado convencido de que esa víbora se encargó de hacerle saber dónde estaba mi amigo. Después de que él hubiera consumado su matrimonio, fue a los brazos de esa arpía, a la mañana siguiente nadie sabía el paradero de Beatriz, y así ha sido hasta ahora, solo espero que no cometa los mismos errores del pasado que lo llevaron a esta horrible situación.

No responde, y no hablamos durante lo que queda de trayecto, el viaje lo hacemos en el mínimo tiempo posible, solo paramos cuando anochece, de modo que mañana a más tardar estaremos en Darlington Manor. Cuando oscurece paramos en una de las posadas y pedimos una sola habitación, necesitamos comida y un buen baño, después de días de cabalgadas continuas parecemos unos guiñapos.

Entrada la noche, ambos seguimos inmersos en nuestros pensamientos, y no tardamos en acostarnos, pues al despuntar el alba, recorreremos el tramo final de nuestro viaje. Cierro los ojos, pensando en Marian, ¿cómo estará? Solo espero que esté bien, que la tristeza no se haya adueñado de ella, que disfrute de su familia y de Tito, y que esté tan deseosa de verme como yo a ella. No quiero ni imaginar qué ocurriría si las cosas en casa están descontroladas y debo quedarme más de lo previsto, mi plan es llegar arreglar todo de forma que yo solo deba viajar una vez o dos al año y despedirme de mi madre de nuevo, lo cual no me será difícil.

Me duermo al fin agotado.

La mañana siguiente, es Gabriel quien me despierta ya listo para partir, y mientras yo me aseo, él baja a preparar los caballos y pagar la estancia en la posada. Cuando emprendemos el viaje, ni siquiera ha salido el Sol por completo, mejor así, calculo que llegaremos antes del anochecer, de ese modo podré mirar los documentos y ver en qué estado se encuentra todo, tras la

muerte de mi padre.

Cuando llegamos al fin, al que fue mi hogar hasta hace pocos meses, lo observo con detenimiento, a simple vista lo veo igual que la última vez que lo miré antes de partir, pero si antes sentía que no pertenecía a este sitio, ahora, siento que es algo completamente ajeno a mí.

Gabriel se ha ofrecido a acompañarme al menos hoy, pues merece un buen descanso, pero mañana partirá hacia su hogar para preparar todo para la llegada de su esposa e hija, luego irá a buscarla. Es así, como en su compañía entro por la gran puerta, todo sigue igual y a la vez tan distinto, el aire es asfixiante, siento que no puedo respirar, como si fuera otra vez ese hombre que se dejaba manejar al antojo de sus padres, intentando de una vez por todas ganarse su afecto.

Al llegar al salón, mando llamar a mi madre, pues quiero hablar con ella en un lugar neutral, y sus aposentos no lo son, son sus dominios, así que decido ir al despacho de mi padre y ponerme cuanto antes al día con las finanzas. Gabriel, mientras tanto, es conducido por otra de las criadas a una habitación donde podrá descansar, sabe que la reunión que tengo por delante con mi madre no será agradable, y agradezco que me dé mi espacio.

Al entrar al despacho y verlo vacío, un sentimiento de pérdida me embarga, que desecho enseguida. Luego, me siento tras la mesa de roble de mi padre y comienzo a leer los libros de cuenta, muy pronto confirmo que mis padres no han tenido tiempo de malgastar dinero, y que Gabriel ha hecho muy bien su tarea intentando controlarlos.

De pronto, la puerta se abre con un gran estrepito y mi madre hace su entrada triunfal, vestida por completo de negro.

—Así que el hijo prodigo ha vuelto —exclama con sorna—. Vuelves ahora que tu padre está muerto, como si fueras un ave carroñera en busca de su botín.

—Buenas tardes a ti también, madre —respondo levantándome de mi asiento, no me acerco demasiado a ella, pues sé que un abrazo no sería bien recibido—. Te recuerdo que para reclamar mi botín como tú lo llamas, no me hacía falta viajar hasta aquí, he vuelto para dejar todo solucionado y a ti en buena posición para que no te falte nada, después volveré junto a mi esposa, mi hijo Tito y mi bebé que está próximo a nacer.

—Así que al final esa bastarda gitana ha conseguido su cometido —escupe con asco—. Además, adoptas a un bastardo al que nadie le importa, tu padre

debe estar revolcándose en su tumba.

—Si debo ser sincero madre, eso a mí no me importa —respondo indiferente, sé que perder los estribos con ella no me llevará a ninguna parte—. Creo recordar que te ordené que no volvieras a insultar a Marian en mi presencia, es tu nuera y la madre de tu futuro nieto, trátala con el respeto que merece.

—Para mí siempre seguirá siendo una bastarda gitana —espeta alzando con orgullo su mentón—. Si tan deseoso estás de volver junto a tu fulana, puedes marcharte por dónde has venido.

—Si vuelves a insultarla, me encargaré de que no te quede ni una libra con que comprarte una mísera camisola —amenazo con furia.

Y mi amenaza surte efecto, pues guarda silencio, aunque con la mirada esté deseando matarme.

—Como parece que no deseas decir nada más, seré yo quien hable —vuelvo a tomar asiento—. Por lo poco que he podido observar veo que las finanzas están casi igual a cómo las dejé, ya que Gabriel ha hecho un magnífico trabajo. Ahora bien, te toca decidir a ti dónde deseas pasar el resto de tus días madre. Cualquiera de nuestras propiedades está a tu disposición, pues tanto yo como mi familia viviremos en Eilean Donan, o en su defecto en la mansión que tenemos en Escocia.

—No pienso moverme de esta casa, llevo más de veinte años en ella, y no saldré de aquí hasta el día de mi muerte —responde digna.

—Sea —asiento—. Si deseas consumirte en este mausoleo, es tu decisión, dicho esto y dejando aclarado este asunto, voy a asignarte cinco mil libras al año, y sobra decir que siempre podrás recurrir a Gabriel que estará más cerca de ti, o a mí, pero como sé que eso no es lo que vas a hacer, por ello te doy varias opciones.

—Si necesito algo, se lo haré saber al Conde de Oxford, al menos Gabriel hizo lo que se esperaba de él —espeta con saña, intentando herirme, lo que ella no sabe, es que hace mucho que perdió el poder de hacerlo.

—De acuerdo madre, esto es todo lo que necesitaba saber, si no deseas compartir conmigo más tiempo, eres libre de hacer lo que te plazca. —Muy en el fondo deseo que se quede, que me pregunte cómo estoy o cómo me siento, que me pregunte por mi nuevo hogar, por mi nueva familia.

Pero no lo hace.

En lugar de eso, se levanta, me observa durante lo que parecen horas y se gira sin siquiera despedirse saliendo luego de la habitación, dejándome otra

vez con la sensación de abandono recorriéndome el cuerpo. Pero esta vez, no dejo que eso me afecte y continúo revisando y poniendo orden todo el papeleo pendiente, mañana se lee el testamento, eso retrasará mi partida, pues debo estar presente y cumplir con cada una de las cláusulas del mismo, ya que era la voluntad de mi padre.

Pronto cae la noche y decido descansar, cenamos en el gran comedor solo Gabriel, pues mi madre no se presenta. Una hora más tarde, por fin entro en mis aposentos y no puedo evitar que mi mente reviva recuerdos de los días felices vividos aquí, cuando Jonathan aún vivía.

Jonathan.

«Debo ir a visitar su tumba» Con ese pensamiento me duermo.

La mañana siguiente, despierto con el ruido de los criados al comenzar sus labores, me levanto dispuesto a ir a visitar a mi hermano, antes de la lectura del testamento. Estar frente a su tumba de nuevo, es como un mazazo para mí, sé que esté donde esté está feliz por mí, porque ahora soy realmente libre.

—Hola, hermano —saludo mientras me agacho para leer el nombre y fecha que adornan su lapida—. Sé qué hace mucho que no vengo a verte, pero sabes que ahora mi hogar está lejos de aquí. Estoy cumpliendo la promesa que te hice, te echo de menos, pero poco a poco he ido aprendiendo a vivir con el dolor de tu partida.

Veo como varias golondrinas salen volando hacia el norte, sonrió sin poderlo evitar.

—Sí, pronto volveré a marcharme, no sé cuándo regresaré, pero te llevo en mi corazón hermano.

Emprendo el camino de regreso a casa, y al entrar soy informado de que el abogado de mí padre ya está esperándome en el despacho, solo estamos presentes él, mi madre, Gabriel y yo. Una hora más tarde, tal como suponía, soy puesto al tanto de que todos sus bienes me los ha dejado, eso sí debe tenerlo revolcándose en su tumba, y a mi madre al borde de un ataque de nervios. Aprovechando que el abogado se encuentra aquí, y que Gabriel aún no se ha marchado, dejo todo estipulado en lo referente a mi madre con la intención de marcharme cuanto antes de aquí. Pero, para mi mala suerte mi viaje se retrasa dos días más, lo que agudiza mi ansiedad por regresar al lado de Marian, llevo más de una semana alejado de ella y me urge regresar, siento como si algo muy poderoso me impulsara a marcharme, un presentimiento.

Por lo que, decido no demorarme más y partir al tercer día, mi madre ni siquiera ha salido de sus aposentos para despedirse, aun así, Gabriel y yo partimos al alba, tenemos casi cuatro días de viaje por delante, y él está más decidido que nunca a traer de vuelta a Beatriz y Rose a su hogar. Sé que le queda un largo camino por recorrer y un infierno que atravesar sino decide dejar a Diana, pues esa arpía no va a permitir que nadie ocupe su lugar.

El viaje se me hace eterno, con cada milla recorrida me siento más ansioso por llegar. El día que al fin cruzamos la frontera y nos dirigimos hacia la taberna donde trabaja Beatriz, solo deseo dejar allí a Gabriel y seguir mi camino, pero mi amigo, se merece más que eso, él siempre ha estado apoyándome y ayudándome, así que lo menos que puedo hacer es acompañarlo y de paso conocer a su pequeña hija, de la cual está tan orgulloso.

La taberna es pequeña y descuidada, no sé qué tipo de vida pueden tener aquí, pero se me encoge el corazón al imaginar todas privaciones que han sufrido estos años, deberían estar en Londres en la mansión de Gabriel, no aquí, solas.

Desmontamos y nos dirigimos a la entrada.

—Entremos —dice con voz fría mi amigo.

Al entrar el olor a bebida, humo y sudor nos sorprende, hay bastante gente para ser tan temprano, busco inmediatamente a Beatriz, pero no la encuentro.

—Está sirviendo a la mesa del fondo —informa Gabriel, mientras observa con una intensidad abrasadora a la que es su mujer por derecho.

Miro hacia donde ha indicado y me quedo con la boca abierta, no puedo creer lo que veo, Beatriz ha cambiado muchísimo en estos años. No se parece en nada a la chiquilla miedosa y tímida de antaño, se puede apreciar la confianza en sí misma de la que antes carecía, físicamente también ha cambiado, tal vez por el embarazo, o porque le faltaba madurar, pero cuando la conocí, era muy delgada, sin las curvas necesarias para hacerla parecer una mujer. Incluso en aquel entonces, entendí por qué Gabriel no podía sentirse atraído por ella, pero ahora, es incapaz de apartar la mirada de ella.

Cuando Beatriz por fin se gira y nos observa, sus ojos color miel reflejan temor y trata de alejarse, pero Gabriel, se acerca con rapidez a ella y lo impide, comenzando a discutir en voz baja segundos más tarde, puedo ver como mi amigo está perdiendo la paciencia, algo raro en él, pues suele ser frío como un tempano y capaz de controlarse en cualquier situación.

No sé qué debo hacer, pero cuando veo que Beatriz está llorando no lo pienso más y me acerco a ellos, Gabriel debe tranquilizarse.

—Gabriel basta, mírala —susurro, pues mi amigo está tan enfrascado en su empeño de recuperar a su mujer e hija, que no ve más allá de eso—. Está llorando, este no es el lugar.

Deja de hablar y mira a su mujer apretando su mandíbula y pasando una mano por su pelo, ya de por sí desordenado.

—De acuerdo —acepta—. ¿Dónde está mi hija?

Beatriz se limpia las lágrimas, y lo mira con furia, ¡vaya! Parece que me equivoqué al pensar que necesitaba mi ayuda.

—Mi hija —recalca el posesivo con un siseo—. Aún duerme, y no pienso seguir hablando contigo Gabriel, márchate al lugar del que no deberías haber salido, y déjanos seguir con nuestras vidas.

—Eres tú la que no deberías estar aquí, tanto tú como Rose debéis estar en mi casa, bajo mi cuidado —espetea Gabriel con brusquedad, no está llevando el asunto por buen camino, de esta forma, es imposible que Beatriz decida regresar con él a Londres.

—Debéis calmaros y hablar como personas civilizadas, pues lo único importante es vuestra hija. —Mis palabras parece que los hacen reaccionar y calmarse un poco, aunque puedo ver el desprecio en los ojos de Beatriz y algo mucho más oscuro en los de mi amigo.

—Sigue tu camino amigo mío, déjame solucionar todo esto con mi esposa, la tuya te espera —dice Gabriel sin mirarme, una parte de mí no quiere irse, pero algo más poderoso me empuja a recorrer la distancia que aún me separa de Marian a toda velocidad.

Por lo que termino aceptando su recomendación y emprendiendo de nuevo mi viaje, al ir solo puedo llevar un ritmo más rápido, no paro ni siquiera para descansar, sé que mi caballo lo necesita, pero espero que soporte este último empujón, después tendrá todo el tiempo del mundo para descansar. Durante el camino hacia Eilean Donan, hace frío, incluso comienza a llover cuando ya estoy próximo a mi destino, es de noche y casi no veo por dónde cabalgo, los nubarrones cubren la poca luz que la luna ofrece, pero sigo mi instinto y me guío por lo que recuerdo del paisaje, espero no perderme.

Estoy calado hasta los huesos, y cuando creo que nunca voy a llegar a mi destino, a lo lejos, veo el humo que sale de las chimeneas de las cabañas de las gentes del clan, doy gracias a Dios mil veces por haber llegado sano y salvo a mi destino, llego al puente y traspaso el portón que sorprendentemente está abierto. Y, tan pronto traspaso el umbral de este, desmonto con rapidez al ver que Sebastien se dirige hacia mí corriendo con la preocupación dibujada

en su rostro.

—¡Marian, está de parto! —grita para hacerse oír entre la lluvia y los truenos.

—¡Pero aún no es el momento! —respondo asustado, mientras me dirijo corriendo hacia la entrada, mi suegro me sigue de cerca.

—Los bebes no entienden de tiempo, lleva horas en labor de parto, debes ir junto a ella —ruega—. Mi hija no aguantará mucho más.

No escucho lo que dice a continuación, corro por las escaleras que me llevan a nuestro aposento y, al escuchar gemidos, entré corriendo para encontrarme a todas las mujeres de la familia presentes, intentando a ayudar a mi esposa a dar a luz. Marian está en la cama, rodeada de paños llenos de sangre, su cabello negro pegado a su frente por el sudor, pálida, sus ojos vidriosos por el dolor, puedo ver el cansancio en su hermoso rostro.

Corro hacia ella, le pido perdón una y mil veces, de nuevo siento que le he fallado. Pero, para alivio de todos, al parecer que mi llegada le da nuevas energías y con unos pocos empujones más trae al mundo a mi hijo.

Cuando Marian anuncia el nombre que ha escogido para nuestro primer hijo, no me importa que las mujeres me vean llorar, que mi bebé lleve el nombre de mi hermano es un gran orgullo para mí, y nunca podré agradecerle lo suficiente a mi esposa por este maravilloso regalo.

Veo como ella cierra los ojos y me asusto, y de inmediato, mi suegra me tranquiliza diciendo que solo necesita descansar y reponer fuerzas, pues durante muchas horas ha estado luchando por traer al pequeño Jonathan al mundo, así que por lo que queda de noche me siento a su lado, con mi hijo en brazos, contemplando a las personas que más amo en este mundo, y sonriendo al cielo pues sé que mi hermano, esté donde esté, se siente feliz porque su sobrino lleve su nombre.

Epílogo

(Marian Mackencie) Eilean Donan, primavera de 1501.

Han pasado seis meses desde el nacimiento de Jonathan, durante los cuales toda mi familia se ha volcado en mirarlo y cuidarlo. Es él bebé más hermoso que he visto jamás, con su cabello rubio como su padre, incluso, sus ojos azules, tan parecidos a los de su tío, ese, que por desgracia nunca llegará a conocer. Desde la llegada de nuestro hijo, Eric se ha convertido en un padre ejemplar, estaba convencida de que lo sería, pero no hasta tal punto, si Jonathan tiene una mala noche, mi marido se queda conmigo para cuidarlo, no soporta verlo llorar, y por eso se ha ganado las burlas y varios reproches de los hombres mayores de mi familia, tales como mi abuelo y mi padre, que amenazan con moler a golpes a Eric si convierten al niño en un afeminado.

Algo que no creo que ocurra; a mi hijo, a pesar de su corta edad, le encanta cuando mi abuelo lo coge entre sus brazos y comienza a contarle historias de las innumerables batallas en las que ha participado. Me encanta observar esos momentos, ver generaciones juntas, sobre todo porque mi abuelo, aunque nadie se atreva a decirlo frente a él, y ni siquiera lo aparente, ya es bastante mayor, aunque sigue poseyendo la fortaleza y semblante del aguerrido Laird del clan Mackencie de antaño, título que a futuro ostentará mi tío Keylan.

Durante estos meses, todo ha sido felicidad en la familia por la llegada de su nuevo miembro y la espera de otro, pues Sofía está embarazada, ¡voy a ser tía!, y como siempre guardo el secreto de que será una hermosa niña. También he estado algo ocupada, pues la gente del clan que conoce mi conocimiento en hierbas y curaciones, acude a mí por cualquier cosa, incluso he ayudado a la partera en varios partos, mi madre se siente muy orgullosa, pues dice que me he convertido en todo lo que mi tía Marian predijo cuando aún no había nacido.

Eric no ha vuelto a ver a su madre, su amigo Gabriel es quien le informa sobre ella y lleva todo lo relacionado con sus asuntos en Inglaterra, aunque soy consciente que varias veces al año tendrá que viajar, y espero poder acompañarle. En cuanto a su amigo, él me ha contado que se hicieron muy cercanos durante su estancia en el internado donde ambos estudiaron, creo que

encontró en él lo que había perdido al morir Jonathan. También mencionó que este se casó y que esa misma noche su mujer lo abandonó, corrieron así todo tipo de rumores, pero con el paso del tiempo todo quedó en el olvido, como ocurre con la alta sociedad, siempre tienen chismes nuevos de los que cotillear.

Ahora, Lady Beatriz y Gabriel junto a su hija, viven en Londres. Aunque Eric, sigue preocupado por la situación de su amigo, pues no será fácil para él recuperar verdaderamente a su familia. Y entiendo su preocupación, por muy canalla que haya sido este con su esposa, es un buen hombre y entiendo la lealtad de mi esposo hacia él.

Aquí nuestra vida es muy pacífica, Eric entrena cada día con mi padre y mi tío y ha mejorado mucho, tanto que hasta el gran Alexander Mackencie lo ha felicitado en varias ocasiones, también ayuda con asuntos relacionados con el clan.

Por su parte, Sofía y Evan son muy felices a la espera de su primer hijo, cada día se les ve más enamorados y compenetrados. Mientras que, Cameron y Cinthia también disfrutan de su amor, muchas veces voy a visitarlos y me sorprendo al ver que el hombre huraño que nos rescató hace tantos meses no parece ser el mismo, vuelve a sonreír, incluso puede mencionar el nombre de su primera esposa y su hijo sin desmoronarse.

Todo el mundo está donde debe estar, juntos y compartiendo la vida con las personas que aman, y, aun así, de un tiempo para acá, un sueño oscuro me persigue. Siempre es la misma pesadilla, y aunque al despertar no la recuerdo en su totalidad, sé que es lo mismo y una sensación de desolación y tristeza me atenaza. Pero no dejo que eso interfiera con nuestra felicidad, además, hoy vamos a celebrar una pequeña fiesta en honor a Jonathan, la idea la tuvo el abuelo, pues desea presumir a su biznieto, algunos clanes vecinos han sido invitados, así que de seguro la celebración se alargará por varios días, lo que me encanta pues sé por mi abuela de los años grises que oscurecieron este castillo, sobre todo desde que Esmeralda me raptó.

Ahora, he regresado a dónde pertenezco, estoy con mi familia, ayudo a mi gente, estoy casada con el único hombre que he amado y tengo dos hijos maravillosos. Tito es un niño maravilloso, cuida a su hermano en todo momento, y para él he vislumbrado una vida tranquila, será un Mackencie en todo el sentido de la palabra, llegará un gran amor a su vida, no veo grandes sobresaltos ni tristezas, tendrá una larga vida y una gran familia, eso me hace muy feliz. Sobre Jonathan, no puedo ver nada, tal vez sea porque aún no es la

hora de que lo sepa, o porque al ser mi hijo se me es negado saber sobre su futuro, en ocasiones lo agradezco, pues no soportaría saber que algo malo le espera.

—¡Marian Mackencie! —escucho que gritan mi nombre de repente, y salgo con rapidez de la cocina donde estaba ayudando a las chicas con los preparativos.

Veo a Cameron muy preocupado y nervioso.

—¿Qué ocurre, Cameron? —pregunto acercándome a él.

—Cinthia, se ha desmayado —espeta de golpe—. Debes venir conmigo, ¡rápido! —me coge del brazo y me arrastra con él.

—¡Cameron! —grito, para que reaccioné—. Déjame que coja mis hierbas, debes tranquilizarte.

Me suelta y salgo corriendo, entro de nuevo a la cocina y cojo mi tartán repleto de todo lo que necesito, sin más corremos hacia la cabaña donde viven. Al entrar, veo a una Cinthia tranquilamente acostada en la cama, pero pálida y demacrada.

—¿Desde cuándo está así? —pregunto—. Deberías haberme llamado antes Cameron.

—Solo ha sido un mareo, mi señora —susurra la mujer.

—Nada de eso Cinthia —la examino, aunque nada más poso la mano sobre su vientre y una imagen llega a mi mente: una hermosa niña corriendo entre las verdes colinas de Eilean Donan.

Sonrío y cierro mis ojos, cuando vuelvo a abrirlos frente a mí está una mujer menuda, muy parecida a Cinthia, quien se acerca a ella y posa su mano cómo hace unos segundos hice yo y le besa la frente, luego, sonriendo, se acerca hacia Cameron y lo besa en la mejilla para luego desaparecer.

¡Dios santo...!

Acabo de ver a Katlin, intento contener el llanto, pues la mujer ha venido a despedirse y darles su bendición. No sé si decirles lo que acabo de ver, por ahora, solo les daré la buena noticia.

—Cinthia no está enferma Cameron, vais a ser padres —afirmo feliz.

Ambos se miran con incredulidad, parece que no se les había pasado por la cabeza tal probabilidad. Tras varios segundos, a Cameron por fin reacciona al comprender lo que eso significa y el terror lo invade, y tan pronto comprendo el motivo, me apresuro a asegurarle que nada malo va a ocurrirle ni a Cinthia ni al bebé, le hago comprender que su pasado no volverá a repetirse.

Cuando ambos están más tranquilos, me despido y salgo corriendo hacia el

castillo para terminar de ayudar con los preparativos, y al ver a mi madre y a Sofia no puedo evitar darles la buena nueva sobre Cameron y Cinthia, para después juntas seguir ayudando en todo lo posible a las criadas para que todo esté perfecto, mientras observo a lo lejos a Eric contar todo tipo de historias a Jonathan que lo mira con sus pequeños ojos como si fuera un dios.

Horas más tarde, la gente comienza a llegar y a sentarse en las mesas, la música empieza a sonar y los hombres se reúnen en varios grupos para hablar de sus cosas. Los niños corretean y gritan, jugando felices y sin ninguna preocupación. Seguido, el tío James y tía Sarah aparecen también, aún me resulta raro verlo con bastón, hace unos meses cayó del caballo y su pierna no se ha recuperado, lo he intentado todo, pero nada he conseguido, y aunque siempre bromea al respecto diciendo que, mejor que le haya pasado a él y no al abuelo, pues no aguantaría ser un lisiado ni un solo día de su vida, eso no me reconforta en lo más mínimo.

Cuando por fin todos estamos reunidos, nos sentamos en la mesa y comenzamos a comer mientras hablamos sobre lo ocurrido durante todos estos meses de feliz tranquilidad, y otros tantos, bailan y disfrutan de la animada música. Cuando la tarde empieza a caer, vemos como un carruaje que reconozco muy bien atraviesa el puente, y Eric al verlo, se levanta raudo y se dirige hacia el lugar donde se ha detenido.

Todos guardan silencio, parece que el tiempo se ha detenido, aun cuando observo con total claridad descender del carruaje a la madre de Eric, vestida con un elegante atuendo negro y, tan pronto tiene a este enfrente, comienzan a discutir de forma acalorada. No sé qué hacer, si me acerco con seguridad empeoraré las cosas, esa mujer me odia.

—Supongo que es la madre de, Eric —dice mi madre a mi lado, solo asiento sin despegar la mirada, por un momento el temor y la vergüenza me invaden.

Mi abuela, rápidamente, se posiciona a mi derecha y aprieta con suavidad mi hombro.

—Recuerda quién eres —por su tono de voz, deduzco que no está contenta por esta interrupción, y mucho menos por la escena que la madre de Eric está provocando delante de toda nuestra gente.

Me acerco a ellos con pasos decididos, recordando cada una de las veces que esta mujer me ha humillado, no voy a dejar que la ira me domine, pero creo que es hora de que alguien más la ponga en su lugar.

—¡Bienvenida a Eilean Donan, Lady Darlington! —saludo con cordialidad,

al menos yo tengo modales.

Ambos guardan al verme llegar, mi esposo me mira con preocupación, mi suegra con el mismo desprecio de antaño, lo que me demuestra que las cosas no han cambiado, ni creo que lleguen a cambiar con ella, a pesar de que soy la esposa de su hijo y la madre de su nieto, nunca va a aceptarme.

—No te des aires de grandeza niña —escupe mirando a su alrededor—. Estoy rodeada de salvajes, vacas y estiércol, no tienes nada de lo que presumir, sigues siendo una fulana bastarda, que me ha arrebatado a mi hijo.

Eric, coge por el brazo con fuerza a su madre, dispuesto a subirla de nuevo al carruaje, pero lo detengo, pues las palabras de esta señora ya no me afectan.

—Usted ya no puede hablarme así, yo no soy ninguna bastarda —respondo tranquila y en voz alta para que todo el mundo me pueda oír—. Mis padres ya estaban casados cuando yo nací. Dígame señora, ¿usted duerme por las noches? ¿Su conciencia se lo permite?

No me responde, pero me mira dispuesta a abofetearme.

—Yo no le he arrebatado nada, usted nunca ha querido a Eric, el mejor hijo que alguien podría tener, siempre lo despreció, está sola por decisión propia.

—He venido a llevarme a mi hijo donde pertenece —alza el mentón con orgullo.

—Ya te he repetido hasta la saciedad madre, que ahora Eilean Donan es mi hogar, donde sea que Marian y mis hijos estén, allí estaré yo —gruñe enfurecido.

—¡No puedes abandonarme! —grita histérica.

—Tú me abandonaste en el momento que nací, aun así, soy capaz de sentir algo de compasión por ti, si mi mujer está de acuerdo podrías vivir parte del año en la mansión que tenemos en Escocia, de ese modo podrías estar más cerca de nosotros y conocer a tu nieto.

—No pienso vivir en este maldito lugar —sisea—. Mi sitio está en Inglaterra, al igual que lo está el tuyo.

—Ya no, madre; y nada de lo que hagas o digas me hará cambiar de opinión, mucho menos si faltas el respeto a mi esposa —responde mi marido con seriedad.

Mi suegra me mira con odio, ahora más que nunca sé que desea mi muerte, todos estamos en silencio, esperando otro estallido de furia por su parte, incluso espero un ataque contra mí, pues se ve acorralada, se ve sola.

De pronto, es la abuela quien habla con voz fuerte y clara mientras se acerca a nosotros.

—Bienvenida a Eilean Donan Lady Darlington, soy Lady Brianna Mackencie, señora de estas Tierras —se presenta con orgullo, sin dejarse amedrentar por la mirada de desprecio de la madre de Eric—. No he podido evitar escuchar sus absurdas e histéricas palabras, y déjeme decirle que no permito este tipo de comportamientos en mi hogar, si usted ha venido con intención de celebrar junto a su hijo y su nieto, es más que bienvenida, de lo contrario, puede marcharse por donde ha venido.

—¡Maldita salvaje! —escupe furiosa—. ¿Crees que tú, una insignificante escocesa va a darme ordenes?

—Nunca he sido insignificante pequeña arpía de tres al cuarto —sisea mi abuela enfurecida, perdiendo la compostura que a toda costa intentaba conservar—. Antes de ser una Mackencie, mi nombre era Lady Brianna de Clarence. —Veo como mi suegra abre la boca y palidece, mi abuela sonrío triunfal—. Sí, veo que reconoce mi apellido, mi padre perteneció a la casa de York, y ahora soy la mujer del Laird más poderoso y temido de las Tierras Altas, así que si vuelve insultarme voy a enviarla de un bofetón a su amada Inglaterra.

De repente, los aplausos y vítores me ensordecen, aplauden a su señora, pues ha puesto en su lugar a la forastera que ha osado a venir a insultar a las Mackencie.

Mi suegra en cambio, nos mira a todos por última vez y, tras detener su mirada por más tiempo sobre Eric, sube al carruaje de nuevo y parte sin mirar a atrás.

Eric observa a todos después preocupado y avergonzado al mismo tiempo.

—Que dos hombres los sigan al menos hasta la frontera —ordena mi abuelo que se ha acercado hasta mi abuela.

Mi marido le agradece con la mirada y todos vuelven a sus asientos, pero la música ha cesado, ni siquiera los niños se mueven, hasta...

—¡Que siga la celebración! —ruge mi abuelo, y de inmediato todo vuelve a la normalidad, al menos todos los demás, para mí, todo se ha venido abajo.

—¡Lo siento tanto! —susurra mi esposo mientras me abraza, escondo mi rostro en su pecho, sintiéndome segura.

—Tú no tienes culpa de nada —intento sonreír—. No dejemos que ella nos arruine más momentos hermosos como estos.

—Ni siquiera ha querido conocer a mi hijo —susurra con dolor—. ¿Cómo puede odiarme tanto?

Alzo su rostro, lo miro a sus ojos ahora atormentados por el desprecio de su

madre, me duele, me enfurece, si volviera a tenerla frente a mí, juro que la abofetearía por causar tal dolor en el hombre que amo.

—Yo te amo por las dos, siempre seré tu hogar, siempre seré tu apoyo cuando sientas que todo se desmorona, cuando te sientas perdido solo abrázame —todo lo que digo lo hago de corazón, y espero que él pueda verlo en mis ojos.

—Te amo tanto, desde que te conocí fuiste mi amiga, mi confidente. —Me besa hambriento y con una emoción descontrolada—. Voy a amarte hasta el fin de mis días, incluso cuando muera buscaré la manera de volver a tu lado.

Nos besamos deseando poder marcharnos los dos solos, pero el deber se impone, esta fiesta es en honor a Jonathan, quien se acerca a nosotros en brazos de mi madre y sostengo en los míos antes de darle miles de besos, mientras los brazos de su padre nos envuelven de forma y observo a toda la gente que nos rodea, incluida mi familia, esa que me recibió con los brazos abiertos luego de tanto tiempo de ausencia, de dolor y lágrimas.

Mis abuelos, mis tíos, mis primos, mis padres, todos felices, todos juntos, disfrutando del amor que en su día los unió, cada uno con una historia y sus fantasmas, pero juntos y dispuestos no solo a luchar en batallas, también por lograr encontrar y conservar el amor, pues es el sentimiento más poderoso del mundo.

Las mujeres Mackencie somos guerreras, madres, esposas e hijas, que no dudan en luchar por ganar y conservar el amor del hombre que les robó el corazón, y así seguiremos haciéndolo, pues aún queda mucho por vivir y mucho qué contar.

Sonrío al recordar muchas de las cosas que le depara a esta familia, sabiendo que no todo será bueno, pero al lado de las personas que amamos, todo es posible de superar.

Teniendo a Eric, puedo con todo...

Extra

(Marian Mackencie) Eilean Donan, invierno de 1506.

No sé dónde estoy, miro a mi alrededor, pero no reconozco nada que me ayude a entender en qué lugar me encuentro. Sé que es un sueño, así lo presiento. Escucho a lo lejos el galope de varios caballos, pero no logro divisarlos, estoy rodeada de niebla, tan espesa que ni siquiera puedo verme los pies. Cada vez los caballos están más cerca, así que decido moverme aun sin saber dónde estoy, comienzo a caminar, y luego a correr sin motivo alguno, pero es una necesidad que no soy capaz de detener, corro sin rumbo, hasta que tropiezo con una gruesa raíz de un árbol y caigo de bruces, gimo de dolor al palparme el tobillo, no está roto lo sé, pero no creo que sea capaz de andar y mucho menos de seguir corriendo.

—¡Ayuda! —grito sin muchas esperanzas de ser escuchada. —¡Ayuda!

Guardo silencio y para mi alivio, escucho como el galope de un caballo se acerca, y a pesar de la bruma distingo la sombra del corcel y su jinete, quien desmonta gallardo y me deja boquiabierto cuando distingo los colores Mackencie en su tartán. Es un hombre muy apuesto, su cabello es negro y largo, su rostro varonil con un poco de barba, sus ojos grises, algo en él me resulta familiar y no logro saber el qué. No es mucho mayor que yo, tal vez roza la treintena o menos, me observa con una sonrisa de melancolía en su rostro que no logro comprender, ¿por qué no me habla? ¿por qué no me ayuda?

Decido ser yo quien comience a hablar, pues el silencio que nos envuelve comienza a ponerme los pelos de punta, ni siquiera se escucha el trinar de los pájaros.

—Gracias por venir a rescatarme amable señor —digo con educación, esperando que se presente, que me diga su nombre.

—No es nada, pequeña. —¿Pequeña?... solo una persona en este mundo me llama de ese modo, y ese es mi abuelo, ¿Cómo es posible que este apuesto hombre me llame así?

A no ser... ¡No! Me niego a pensar en tal posibilidad.

Me sonrío con tristeza como si fuera capaz de leer mi pensamiento,

comienzo a negar frenéticamente con la cabeza, negándome a creer que pienso.

—¡No! —exclamo, y olvidando mi dolor, me levanto del suelo y me acerco hacia él— ¿Abuelo? —pregunto asustada por su respuesta.

—Sí pequeña, así me veía en mi juventud —asiente sonriente, con orgullo.

—Pero eso significa que... —guardo silencio, porque no me siento capaz de decir en voz alta lo que significa que mi abuelo este ante mí con su aspecto juvenil—. ¡No! —grito negándome a reconocerlo—. ¡No puedes estar muerto!

—Llego mi hora, mi niña —susurra con tristeza al ver mi estado de histeria, mi llanto es incontrolable—. Debes ser fuerte, necesito que cuides de tu abuela.

—¡No puedes marcharte! —exclamo—. No puedes dejarnos solos...

—Niña, tú mejor que nadie sabes que todos morimos algún día, y mi día ha llegado —acaricia mi cabello intentando tranquilizarme—. He tenido una larga vida, una vida maravillosa junto a la mujer que he amado con locura, la cual me dio unos hijos y nietos estupendos, dejo a mi clan en las mejores manos.

—Pero la abuela te necesita —le recuerdo ya sin fuerzas.

—Ella os tiene a todos vosotros —me abraza, intuyo que nos queda poco tiempo—. Dile que la amo, y que la estaré esperando, debe ser fuerte, ella debe recordar quién es, aunque yo ya no esté, es Brianna Mackencie, la mujer que me enseñó lo que era el amor verdadero, la que perdonó lo imperdonable por estar a mi lado, mi mayor apoyo, mi compañera...

Su voz se quiebra, lo miro a los ojos por última vez, no sé cómo no he sido capaz de reconocerlo a simple vista.

—Te amo abuelo, te voy a echar mucho de menos, pero volveremos a vernos —afirmo sollozando, admirando su rostro por última vez, pues sé lo que voy a encontrarme cuando despierte.

—Y yo te amo a ti pequeña, cuida de tu abuela —me besa por última vez, monta su caballo y se marcha no sin antes volver su vista hacia mí.

Luego, espolea su caballo y se pierde entre la bruma, y me dejo caer de rodillas llorando, sin querer despertar y encontrarme la dura realidad, que el pilar del clan Mackencie ha muerto, mi abuelo se ha marchado para siempre.

Escucho un grito de pura agonía y sé que es el momento de despertar...

—¡No! —el grito de mi abuela me hace incorporar en el lecho, sé de qué se trata, así que cuando Eric está dispuesto a coger su espada, se lo impido negando con la cabeza, me mira sin comprender, pero me sigue fuera de la alcoba—. ¡Alexander!

Corro hacia la habitación de mis abuelos, esa que han compartido por más de treinta años, mis tíos ya están dentro siendo espectadores mudos, de cómo mi abuela sostiene entre sus brazos el cuerpo inerte de mi abuelo. Se mece con él en brazos, sollozando sin control, no permite que nadie se acerque, pues no quiere que la separen de él, verlo con tanta paz me da tranquilidad, ha muerto mientras dormía, sin sufrir, al lado de la mujer que amaba.

Mi abuela no para de repetir una y otra vez la misma frase.

«Tú no, tú no por favor... No puedes dejarme»

—Madre, deja que nos acerquemos —dice el tío Aydan con voz rota—. Padre ya no está.

—¡No! —exclama—. Alexander no está muerto, ¡no lo está!

Todos estamos conmovidos, mi madre se abraza a mi padre, el tío Keylan intenta contener las lágrimas, el tío James ni siquiera es capaz de disimular su llanto y la tía Sarah lo abraza entre sollozos.

Pasado un rato, por fin decido acercarme a ella a pesar de sus negativas, está tan sumida en su dolor y en susurrar a mi abuelo palabras de amor en su oído, que ni siquiera se da cuenta de mi cercanía hasta que me siento a su lado. Me mira perdida, jamás he visto un dolor igual en la mirada de nadie, esto me está matando, pero se lo debo a mi abuelo.

—Basta, abuela —pido con suavidad—. El abuelo no quería esto. —niego con tristeza.

—Él no puede marcharse sin mí, no puede dejarme aquí sola —suplica.

—No estás sola abuela, nos tienes a todos nosotros —intento que se separe de mi abuelo, sin éxito—. El abuelo me dio un mensaje para ti. —Eso hace que me preste atención de inmediato—. Me dijo que debes ser fuerte, recordar quién eres, has sido el amor de su vida, y te estará esperando en el otro lado cuando llegue tu hora, pero aún no lo ha hecho abuela, debes ser fuerte.

—¿Lo has visto? —pregunta intentando controlar los sollozos y asiento.

—Apenas lo reconocí, cuando apareció frente a mí era un abuelo más joven —intento bromear para conseguir levantarla de la cama.

Aunque ya no se aferra a él, no deja de observarlo ni acariciarlo.

—Debes dejarnos prepararlo, madre —repite el tío.

—Yo lo haré —responde ella con una firmeza que hace unos instantes no

parecía poseer—. Dejadme a solas con él.

Todos obedecen, cuando estoy a punto de salir, su voz me detiene.

—Tú no niña. —asiento, y veo a toda mi familia salir de la habitación.

Se levanta con paso lento, se ve más frágil que nunca, como si hubiera perdido su fuerza vital, sin que ella me lo pida la ayudo a vestirse por completo de negro, recojo su cabello rubio canoso en un moño apretado, se niega a ponerse joyas, solo su anillo de bodas, su palidez me asusta y su silencio aún más.

—Abuela —la llamo, mientras la puerta se abre y aparece mi madre llorosa y con una palangana de agua caliente, que deja aun lado del lecho y vuelve a salir.

—Abuela —vuelvo a insistir, y sin responder comienza a lavar a mi abuelo poco a poco, con una ternura que trae de nuevo lágrimas a mis ojos.

Guardo silencio pues no sé qué más hacer.

—La primera vez que le vi, estaba en las escalinatas acompañado por su amante Isabella —comienza a contarme—. Me pareció apuesto, pero me propuse odiarlo para toda la eternidad, y no me lo puso muy difícil.

—Era realmente apuesto —asiento, no quiero que deje de hablar, no quiero que vuelva a encerrarse en sí misma.

—A pesar de todo, me enamoré de él —sonríe entre lágrimas—. Estuvo dispuesto a dar su vida por mí, pasó cada día de nuestra vida juntos demostrándome su amor, y lo arrepentido que estaba por sus acciones pasadas.

—Lo sé abuela, el vuestro era un amor inmenso, ten por seguro que superará las barreras del tiempo —intento reconfortarla, sin éxito.

—¿Qué voy a hacer sin él? —vuelve a sollozar y cierro los ojos, el dolor me está destrozando, pero le prometí a mi abuelo que sería fuerte por ambas, y lo voy a cumplir.

—Abuela, no puedo imaginar el dolor que estás sintiendo, si perdiera a Eric no podría soportarlo, pero piensa en los que aún estamos vivos —suplico.

—No sé cómo voy a soportar este dolor —susurra.

La ayudo a vestirlo con su tartán, luego me pide que la deje a solas con él y no tengo corazón para negárselo, me marcho para saber cómo van los preparativos del entierro. Toda la familia está reunida en el gran salón; Ian y Marie, están intentando consolar a mi madre, ya que mi padre y el tío Keylan con toda seguridad están disponiendo todo.

Me acerco a ellos.

—La abuela, está más tranquila —informo, todos me miran—. Pero me ha

pedido que la deje a solas con el abuelo.

—No va a ser capaz de superarlo —solloza Marie, ella mejor que nadie conoce a mi abuela, han sido amigas desde que llegó de Inglaterra.

—No puedo creer que mi Laird esté muerto —susurra Ian—. Mi amigo, mi leal compañero.

Todo transcurre, lentamente.

El día pasa mientras el gran Alexander Mackencie es velado por todo su clan, toda su gente quiere rendirle homenaje por última vez, mi abuela no ha vuelto a hablar, apenas ha probado bocado.

La mañana siguiente, amanece lloviendo, incluso el cielo llora la partida del abuelo, transportamos su cuerpo hasta la colina en donde descansan todos sus antepasados. Todo está preparado, y cuando mi padre y el tío James ayudado por el tío Keylan y Aydan comienzan a dejar caer la tierra sobre el cuerpo sin vida del hombre que todos amamos, mi abuela vuelve a perder el control.

Necesito la ayuda de Eric para sujetarla, pues está dispuesta a abalanzarse sobre la tumba de su marido. Intento tranquilizarla, susurrándole de nuevo las palabras de amor que mi abuelo me transmitió para ella, pero ni siquiera parece escucharme. Finalmente, pierde fuerza y cae desmayada, y es Ian quien la sujeta entre sus brazos, y tras mirar por última vez la tumba en la que descansa ya el abuelo, se la lleva al castillo acompañada de una llorosa Marie.

Uno a uno se van marchando, nos quedamos solo Eric y yo.

—Nunca olvidaré todo lo que me enseñó, él fue el primero en darme una oportunidad —susurra mi esposo, sonrío con tristeza al recordar aquellos momentos—. Debemos volver, está empezando a llover de nuevo.

—Ve tú, déjame a solas con él por última vez —le pido con un hilo de voz.

Parece dudar por un instante, pero se marcha dejándome sola.

—No puedo creer que estés ahí abajo, eras tan fuerte, parecías invencible —susurro arrodillándome—. La abuela no va a superarlo, mi corazón me lo dice, espérala hasta que llegue su hora abuelo, vuela libre Mackencie.

Me levanto y comienzo a caminar hacia el castillo, dejando atrás el hombre al que más he respetado y admirado. El hombre que llevó a un clan a ser el más poderoso de las Tierras Altas, quien se ganó el respeto de sus aliados y el odio y temor de sus enemigos, se ganó el amor de su esposa, hijos y nietos.

Hasta pronto abuelo...

Extra 2

(Marian Mackencie) Eilean Donan, primavera de 1507.

Ha pasado más de un año desde que el abuelo se fue, poco después de su partida me di cuenta que estaba embarazada, y luego de ocho nació mi segundo hijo al que nombramos Alexander en su honor.

Todos hemos intentado seguir con nuestras vidas, ha sido difícil.

Mis tíos, han seguido el legado de su padre, junto a sus esposas han encontrado un bálsamo para su dolor, pero el tío abuelo James, no ha vuelto a Eilean Donan desde que su hermano murió, varias veces he ido a su hogar para curar la pierna que nunca consigo sanar por completo. Al irse el abuelo, se llevó una parte de nosotros, él era el alma de la familia, la fuerza vital, unos lo llevamos mejor, otros no tanto.

La llegada de Alex me ayudó mucho, pues no me pude dejar vencer por la tristeza, mi esposo ha sido mi mayor apoyo, hace unos meses recibimos una carta de Gabriel anunciando la muerte de Lady Darlington, acompañé a Eric hasta Inglaterra para el entierro, era la primera vez en años que volvía al país donde crecí, pero al que no me ata ningún sentimiento. Allí pude conocer a la mujer de Gabriel y a su encantadora familia.

Pero la abuela, aunque en un principio se esforzó por cumplir al pie de la letra lo que el abuelo dijo para ella, ya no era la misma, ni siquiera el nacimiento de mi hijo pudo alegrarla. Al perder a su alma gemela, las primeras semanas ni siquiera se levantaba de la cama, dormía abrazada a uno de los tartanes de su esposo, al final tuve que ponerme firme, pues le había prometido al abuelo que no dejaría que su mujer muriera de pena.

Aún recuerdo esa confrontación como si fuera ayer...

—Brianna Mackencie —entro furiosa a su habitación—. Levántate de inmediato.

La alcoba apesta, ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que la abuela se bañó, así que ordeno a Marie que preparen una buena tina de agua caliente para asearla.

Mientras las criadas llenan la tina, Marie y mi madre levantan a mi abuela del lecho, ni siquiera lucha contra ellas, se deja llevar, tiene la mirada perdida, su rostro demacrado y sus hermosos ojos sin vida.

Marie llora en silencio al ver el aspecto de su señora, ninguna de las tres podemos creernos en lo que se ha convertido Brianna Mackecnie. Cuando la tina está lista, quitamos el camisón mugriento que recubre el cuerpo de la abuela, y no puedo sorprenderme al verla, está en los huesos, siento como el llanto me ahoga.

—¿Este es el amor y respeto que le tienes a tu esposo? —digo mientras la ayudo a meterse en la tina con brusquedad—. Al menos mi abuelo no tiene que contemplar en lo que se ha convertido su mujer.

—¡Marian! —me reclama mi madre enfadada.

Con la mirada le comunico a mi madre que debe guardar silencio, pues todo lo que pueda decir o hacer en estos momentos es necesario, mi abuela debe reaccionar, debo llegar hasta ella y traerla de vuelta.

—Dejarte morir, no va a traer a tu esposo de vuelta —observo como mi abuela comienza a temblar, cierra sus pequeñas manos en puños y eso me da a entender que voy por buen camino —Él no está, no va a regresar.

—¡Basta! —susurra cerrando sus ojos, e intentando taparse los oídos, no se lo permito.

—Abuela, repite conmigo —mira mis labios—. Alexander Mackcencie, mi amado esposo está muerto.

Niega con la cabeza, estoy comenzando a perder la paciencia.

—¡Abuela, él está muerto! —grito zarandeándola—. ¡Jamás va a regresar! No habrá más abrazos, ni besos, ni confidencias arropados por las mantas de vuestro lecho, no habrá más noches de amor, ni mañanas de paseos... ¡No va a volver!

La bofetada que recibo me hace enmudecer, cierro mis ojos y me permito llorar, no por el dolor del golpe, sino porque al fin mi abuela ha reaccionado.

—Lo siento, lo siento tanto —exclama sollozando, sé que se disculpa por todo, por golpearme y por el tiempo en el que se ha permitido ser débil y ausentarse de sus responsabilidades, no solo para con la familia, sino para el clan entero.

—Ahora, vamos a bañarte —le digo con cariño, intentando sonreír a pesar de la tristeza.

Desde ese día, poco a poco volvió a ocuparse de sus cosas, y enseñó a Rachell todo lo que la señora de estas tierras debe hacer. También, ayudó a tío Keylan, para él tampoco estaba siendo fácil eso de ser el Laird, pues, aunque mi abuelo le enseñó todo lo necesario, no es sencillo ganarse el respeto y confianza de todo un clan y sus guerreros, aunque seas el hijo de Alexander Mackencie, creo que eso pone aún las expectativas más altas.

Ahora, estos últimos meses con la ayuda de mi abuela eso ha cambiado, todos lo hemos hecho, y jamás podremos recuperar aquello que se fue con mi abuelo, solo debemos aprender a vivir sin él.

Por otro lado, el tío Aydan se ha refugiado en su familia ahora más que nunca y en el vínculo que lo une con su hermano, mi madre se apoya en mi padre y en mí, pues no quiere entristecer más de la cuenta a mi hermano, para él también está siendo difícil, pero el nuevo embarazo de Sofia lo mantiene esperanzado.

En los próximos días, debo partir hacia el hogar del mi tío James, su pierna empeora cada vez más y temo que la gangrena aparezca sin que yo pueda detenerla, mi tía Sarah es consciente de la precaria salud de su esposo, pues no he querido mantenerla engañada como me suplicó mi tío que hiciera. Ella se merece saber que es muy probable que quede viuda, aunque haré todo lo que esté en mi mano para impedirlo, aunque la actitud de tío James no ayuda, no se cuida, no escucha mis consejos, y se niega a venir a Eilean Donan donde lo podría tener más vigilado.

Miro al horizonte, intentando encontrar la solución a todos mis temores, pero no la encuentro.

—¿Qué te aflige? —la voz de mi esposo me sorprende, tan ensimismada estaba en mis pensamientos que no le he escuchado acercarse.

—Todo —respondo cansada—. Desde que mi abuelo murió, todo se ha desmoronado.

—Poco a poco todo volverá a la normalidad, mi amor. —Sé que intenta reconfortarme, pero hay algo más que no me atrevo a decir en voz alta, algo con lo que llevo soñando semanas y rezando a Dios que no se cumpla—. Debes darles tiempo a todos...

—¡No hay tiempo Eric! —lo interrumpo, solo yo sé lo que se avecina, otro duro mazazo para los Mackencie, y odio saberlo y no poder impedirlo, aún más tener que guardar silencio para no ser la causante de más dolor, pero ¿quién me quita el dolor que siento en mi interior?

—¿A qué te refieres, Marian? —pregunta intentando abrazarme, pero me

aparto, si me toca me desmoronaré, y no puedo permitirme tal debilidad ahora mismo—. ¿Es por los sueños que estás teniendo últimamente?

Cierro los ojos, me conoce tan bien, no puedo ocultarle nada, y la verdad necesito contarle a alguien los sueños que perturban mi paz.

—Cada noche tengo el mismo sueño, Eric. Cada noche veo a mi abuela morir —susurro con tristeza, compartiendo con él, el dolor que solo guardaba para mí.

—Con toda seguridad, es una pesadilla, mi amor —me abraza y no lo rechazo de nuevo—. Es el miedo a perder a alguien más lo que hace que tengas ese horrible sueño.

Niego con la cabeza y lloro en silencio, pues sé que no se trata de mis temores, es una de mis tantas premoniciones, y al igual que me ocurrió cuando mi abuelo se fue, ahora, debo revivir una y otra vez la muerte de mi abuela.

—Es una premonición, Eric —le aseguro—. Voy a contarte mi peor pesadilla, para que entiendas el porqué de mi comportamiento extraño todos estos días, ya no puedo guardarme todo esto solo para mí, o acabaré enloqueciendo.

—No deberías guardarte nada Marian, si el dolor te derriba yo te sostendré, si el miedo te paraliza te guiaré a través de él, cuando sientas que no puedes más háblame y te escucharé. Tu carga es mi carga.

—Te amo tanto —le digo acercando mis labios húmedos a los suyos, nos besamos por lo que parecen horas, consiguiendo mitigar el dolor que siento por unos instantes—. Mi abuela morirá en su lecho, rodeada de todos nosotros, se reunirá al fin con su esposo, dejando un vacío aún más grande del que dejó Alexander Mackencie.

—Entonces tendrá una buena partida de este mundo Marian, sé que te duele porque es tu abuela, pero tú mejor que nadie sabes que nuestro ciclo aquí en la Tierra no es eterno, nacemos, crecemos y morimos —intenta reconfortarme.

—Saberlo, no hace que duela menos, ni me ayuda a comprender el porqué —digo en voz baja, mirando hacia Eilean Donan, mi hogar.

—Debemos regresar —aconseja mi esposo, pues he estado tanto tiempo fuera que casi oscurece.

Regresamos en silencio, cogidos de la mano, sé que me quiere decir algo, pero no encuentra las palabras para hacerlo.

—Debes decirles. —En su voz escucho el temor que siente al pedirme tal cosa, pues sabe lo difícil que va a ser para mí.

—¿Crees que no lo sé? ¿Por qué crees que me siento así? —pregunto

afligida—. ¿Cómo le puedo decir a mi madre, que la mujer que le dio la vida va a morir? A mis tíos, a tía Sarah, es su hermana, y es a la primera que debo decírselo, pues debe volver a Eilean Donan.

—¿Cuánto tiempo queda? —pregunta con seriedad.

—No lo sé con exactitud, pero presiento que será poco tiempo, debo adelantar mi viaje al hogar de mis tíos—. respondo.

—Partiremos mañana mismo, y tus tíos regresarán con nosotros. —Lo dice con tanta convicción que hasta yo llego a creerlo, pero sé que traer de vuelta a tío James va a ser una ardua tarea—. Debes decirle al menos a tu padre lo que va a ocurrir.

Asiento, al llegar a nuestro hogar intento tranquilizarme y encontrar el valor para hablar, sin perder tiempo, busco a mi padre, gracias a Dios lo encuentro en las caballerizas, después de asegurarme que estamos solos, comienzo a hablar.

—Padre, necesito hablar contigo —intento no alzar mucho la voz, pues no quiero arriesgarme a ser escuchada.

Mi padre, me mira con preocupación.

—¿Qué ocurre, Marian? —pregunta con rapidez, impaciente como siempre.

—Llevo semanas teniendo el mismo sueño —respondo.

Cierra los ojos y pregunta aterrado.

—¿Quién va a morir? Dime por favor que no es tu madre, ni tu hermano —suplica al final.

Niego con la cabeza y le aclaro.

—Es la abuela. —Al escucharme, suspira derrotado.

—Me imaginaba que su final estaba cerca, no tengo tu don, mi parte mística se la llevó mi hermana, pero soy medio gitano y eso me hace más sensible que los gadjo. Sin Alexander ella solo es una triste sombra de la mujer que fue antaño.

—¿Cómo se lo voy a decir a madre? —pregunto aterrada y abrumada por la pena.

—Yo se lo diré —contesta—. No debes llevar el peso de esta terrible carga tu sola.

—La abuela morirá rodeada de su familia, mañana mismo Eric y yo partiremos hacia el hogar de tío James, deben estar a su lado.

Asiento, y juntos nos encaminamos hacia el castillo, ya todos están reunidos en la gran mesa, pero me sorprende ver el sitio que ocupa mi abuela está vacío, un terrible presentimiento me hace detenerme. ¿Y si es demasiado

tarde?

—Madre no se encuentra muy bien, Marie le va a subir la cena a su alcoba —informa mi madre, puedo darme cuenta lo preocupada que está.

Mi padre y yo nos miramos, ambos compartiendo el secreto en silencio, intento tranquilizarme y sentarme a comer con mi familia, pero necesito avisar a tía Sarah, es urgente y temo que, si viajo yo, retrase su llegada y sea demasiado tarde.

—Eric, necesito enviar una carta a tía Sarah, ella debe venir de inmediato. —La ansiedad me consume.

—Mañana al despuntar el alba yo mismo partiré, al anochecer estaremos de regreso, aunque eso signifique no descansar ni un segundo —me promete.

Apenas puedo probar bocado, y antes de que todos se retiren a sus aposentos, me armo de valor y les digo.

—Necesito hablar con todos vosotros. —Alzo la voz, pues tanto tía Eara como tía Rachell están a punto de abandonar el salón—. Llevo semanas soñando lo mismo, aquí todos sois conscientes de mi don y lo que mis sueños significan.

—Si fuera bueno, no sería tan difícil de decir —susurra tía Rachell.

—Habla, Marian —ordena el tío Keylan, veo como Eric se remueve inquieto a mi lado, no le ha gustado el tono que ha empleado para hablarme, pero le indico con la mirada que guarde silencio.

—La abuela, no va a recuperarse —respondo lo más firme y fuerte posible.

Lo siguiente que escucho son murmullos y un llanto desgarrador por parte de mi madre y Marie.

—¿Cuándo? —pregunta el tío Aydan en voz baja.

—No lo sé con exactitud, pensaba que tendríamos más tiempo, pero... —dejo de hablar pues no sé qué más decir.

—Al alba partiré para traer a Sarah y James —habla Eric por primera vez, mis tíos asienten agradecidos, ninguno de nosotros quiere alejarse en estos momentos.

Sin más que decir, cada quien se marcha a sus aposentos, y mi madre va directo al de la abuela negándose a separarse de ella. Está destrozada, al igual que el resto, y yo me siento morir al soñar de nuevo con la inminente partida de la abuela, cada vez está más próxima, lo sé.

La mañana siguiente, al despertar, noto que Eric ya no está a mi lado, llevo

tantos días durmiendo mal que ni siquiera me di cuenta cuando se marchó. Después de levantarme y ver a mis hijos, decido ir a la habitación de la abuela, mi madre sigue a su lado, se ve agotada, tiene unas marcadas ojeras bajo sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Madre, ve a descansar, me quedaré con ella —susurro—. Ella no se va a marchar hasta que no se haya despedido de todos.

—De mí ya lo ha hecho —rompe a llorar y me abraza buscando consuelo, cierro los ojos y aprieto mis brazos alrededor del cuerpo de la mujer que me dio la vida, quien ya está sintiendo el dolor de la perdida—. Me dijo que se siente orgullosa de la hija que he sido y de la mujer que he llegado a ser, dice que no tiene miedo a la muerte, solo quiere reunirse con padre.

—Ve a descansar —vuelvo a repetir con voz temblorosa, antes de que mi padre entre a la habitación y se la lleve a descansar.

Cuando al fin quedo a solas con la abuela, la observo y noto su tranquila respiración, parece dormir en paz, y en sus manos empuña un trozo del tartán de mi abuelo, es como su amuleto.

Retengo un sollozo al pensar que, muy pronto van a volver a estar juntos.

—No llores niña, vuelvo con mi esposo —susurra abriendo apenas sus ojos verdes, ahora pagados y sin vida—. He tenido una larga vida, donde no todo ha sido alegrías, pero he sido feliz, no puedo pedir más.

—Sé que es ley de vida abuela, pero no por ello duele menos, ¿qué vamos a hacer sin ti? —pregunto asustada.

—Vivir —responde con firmeza—. Seguir el legado que Alexander y yo os hemos dejado, honrar el apellido Mackencie, pero sobre todo ser felices. No os preocupéis por mí, allá donde voy estaré bien, siempre que esté con Alexander estaré bien. Debéis dejarme marchar.

—Abuela... —sollozo, cogiendo su frágil mano entre las mías y besándola sin parar.

—Llama a los demás —me pide cerrando los ojos de nuevo.

Me levanto y hago lo que me pide. En cuestión de minutos, uno a uno van entrando; primero mi tío Aydan y su esposa Era; luego, mi tío Keylan y Rachell, y poco tiempo después las mujeres salen sollozando y le piden a mi padre que entré, a mi madre no la hemos despertado pues ya se ha despedido de mi abuela, además necesita descansar para lo que se avecina.

Está a punto de anochecer, y el frío que se instala en mí, anunciándome que no falta mucho para que la muerte venga por mi abuela. Eric y mis tíos aún no llegan, pero confío en mi visión y sé que ellos estarán al lado de mi abuela

cuando llega su final. Y a entrada la noche, me informan de que mi esposo está cruzando el portón y corro a su encuentro, el tiempo es crucial, pues se nos está agotando.

Cuando llego hasta Eric, ya está ayudando al tío James a desmontar, en cuyo rostro se refleja un agudo dolor, pero su pierna tendrá que esperar, no tengo tiempo siquiera de hablar antes de que la tía Sarah me abrace sollozando.

—Dime que no es cierto, Marian, por favor —suplica temblorosa.

—Ella os está esperando, ha llegado la hora —respondo, sin querer mentirles.

Consigo que tía Sarah se tranquilice un poco mientras nos ponemos en marcha, tío James camina detrás de nosotras junto a Eric en silencioso y, al llegar frente a la habitación de la abuela, abro la puerta y tengo que sostenerla pues la impresión que se lleva es fuerte.

—¿Brianna? —susurra rota de dolor, y mi abuela en respuesta sonrío y alarga su mano hacia ella —. No puedes dejarme —suplica al llegar a su lado.

—No te dejaré por completo hermanita, una parte de mí siempre estará contigo —sonrío con tanta paz, aunque sus ojos están anegados de lágrimas—. Pero no soporto esta vida sin Alex, debéis dejarme ir.

—No puedo Brianna, con tu partida te llevas una parte de mi corazón, nuestras hermanas y padres ya no están, solo quedamos tú y yo, no puedes dejarme sola. —Me parte el corazón escucharlas.

Todos somos espectadores mudos de esta despedida.

—Nunca estarás sola, tienes a James, a tus hijos y a los míos, todo un clan te protege, no temas hermanita —mi abuela parece cansada—. No llores por mí, vuelvo a los brazos del único hombre que he amado.

—Ruego a Dios que así sea hermana —solloza tía Sarah—. Durante toda mi vida he rogado que tu lugar sea el cielo y no el infierno.

—No me importa, sabes que por salvarte volvería a hacerlo. —La abuela cierra los ojos y guarda silencio durante lo que parecen horas, hasta que, al fin, los vuelve a abrir y murmura—James, acércate.

Mi tío obedece, ambos se miran y parecen comunicarse con la mirada, veo la tristeza en los ojos del hombre que sostiene su mano.

—Has sido el hermano que nunca tuve, has cuidado de una de las personas más importantes de mi vida, y le has dado felicidad y una hermosa familia, no puedo estar más agradecida contigo, James Mackencie.

—Te he amado como una hermana, gracias por la familia que dejas — responde él y besa su frente—. Abraza a mi hermano muy fuerte, y si ves a...

No es necesario que diga nada más, mi abuela asiente comprendiendo.

—¿Dónde está, Marie? —pregunta—. ¿Dónde está mi fiel amiga?

En ese momento Ian entra sujetando a la buena de Marie, está destrozada, la acompañó hasta el borde del lecho de mi abuela y dejó de contener el llanto al verlas juntas.

—Has sido mi fiel compañera durante todos estos años, se feliz y vive por las dos, estaré esperándote en el otro lado —solloza—. Ian te ordeno que sigas cuidándola y adorándola como has hecho hasta ahora.

El hombre solo asiente, pues es incapaz de alzar la mirada y dejar ver que la partida de su señora lo tiene al borde del llanto.

—Ha sido un honor servirte, mi señora —responde en voz baja.

Después, la abuela sonrío por última vez, todo queda en silencio, solo se escucha el llanto de la gente que ama a esta mujer con todo su corazón. Pasan las horas, poco a poco ella respira con más dificultad, sujeto su mano, mi madre la otra, tres generaciones juntas, despidiendo a la mujer que nos dio la vida a todos. Y así permanecemos, hasta que, al fin, una última exhalación abandona sus labios y Brianna Mackencie deja este mundo, sonriendo.

Un rato después, mientras los llantos no cesan en la habitación, algo inesperado me ocurre, ante mis ojos una reveladora y hermosa visión se desarrolla sin necesidad de estar dormida.

Frente a mí, aparece la figura del abuelo joven y sonriente, y entre sus brazos, una hermosa y rubia mujer me observa del mismo modo risueño. Ambos se besan, apasionadamente, sin saber que los observo, o tal vez sí y no les importe en absoluto.

Se susurran cosas, algunas las puedo escuchar.

—Te echado de menos mo cridhe —dice mi abuelo.

—Ha sido una condena vivir sin ti, Alexander Mackencie; pero nuestra familia me necesitaba, ahora al fin podía marcharme en paz, aunque lloren mi muerte, el tiempo aliviará su dolor.

Vuelven a besarse y luego se giran hacia mí, sonriéndome con amor y despidiéndose con sus manos, antes de alejarse cogidos de la mano hasta que ya no soy capaz de verlos.

Cuando mi visión desaparece, a pesar de estar llorando sonrío de felicidad,

mi corazón ciertamente llora su partida, pero también se siente en paz pues sé que ahora ambos están juntos. Y así se lo hago saber a todos, sé que eso no aliviará el dolor, pero les dará tranquilidad y fortaleza.

—Al fin están juntos —sonríe mi madre.

Ahora, solo nos queda esperar que el destino nos vuelva a juntar. Mientras tanto los que quedamos honraremos su memoria. Brianna y Alexander Mackencie nunca morirán, pues siempre estarán en nuestros corazones.

FIN.